Hasta que el tiempo nos alcance



HellenCross

HASTA QUE EL TIEMPO NOS ALCANCE

Hellen Cross

Henko Ediciones

Copyright © 2026 Henko Ediciones

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

A mi padre, Manuel Cruz, te marchaste antes de publicar este libro, pero fuiste mi inspiración de vida.
A mi pequeo Jaime, la luz de mi vida.

CONTENTS

Title Page
Copyright
Dedication
Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Books By This Author

Hasta que el tiempo nos alcance

© Copyright 2026
Título original: HASTA QUE EL TIEMPO NOS ALCANCE
Autora: Hellen Cross
Primera edición: Mayo 2026

Ilustración de cubierta: Toñi Cruz
Maquetación y diseño de portada: Henko Ediciones
Corrección: Belgg Correcciones

Depósito legal: GR 647-2026
ISBN: 979-13-991025-9-8

© Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de la editorial.

PREFACIO

Esta historia lleva cuajándose en mi cabeza casi veinte años. Todo surgió cuando leí un artículo sobre el descubrimiento de las excavaciones de Marroquíes Bajos en Jaén. Llegué incluso a iniciar el trabajo de documentación y los primeros capítulos, pero mi profesión y responsabilidades familiares me impidieron continuar. La tenía apartada, pero siempre presente en mi cabeza, donde se sucedían los capítulos que escribiría cuando tuviese tiempo.

Y llegó ese tiempo: el confinamiento y el cese de mi actividad laboral, me permitió poner en marcha este proyecto largamente aplazado. He de añadir que el reportaje de James Cameron, donde habla de Marroquíes Bajos como posible emplazamiento de la Atlántida me sorprendió un poco, pero desestimé cambiar el argumento de mi historia. La pobre ha estado por tanto tiempo cocinándose en mi cabeza que se merece ver la luz tal y como la imaginé. Eso sí, esta no es una historia sobre la Atlántida. Esta novela trata sobre la mezcla de culturas, su desarrollo e influencia desde una visión creativa.

Aunque me he documentado y estudiado para hacer más creíble la historia, debo admitir que he modificado algunas fechas para cuadrar la intersección de culturas. Espero me perdonen esta pequeña licencia literaria que aclararé al final de la obra para no inducir a error. Además, me he permitido inventar una parte de la excavación que me ha ayudado a desarrollar mi historia.

Pido perdón por adelantado, si en mi entusiasmo cometo errores anacrónicos en las expresiones y diálogos, es mi forma de darle un estatus actual cuando me enfrento a las expresiones que debieron de producirse en esta época, siendo todo fruto de mi

imaginación y sin pretensiones de crear un lenguaje verosímil. En todo caso, nunca he pretendido convertirme en lingüista, eso se lo dejo a quienes realmente están preparados para ello. Solo puedo iniciar un acercamiento creativo al lenguaje tal y como creo que debió de ser.

CAPÍTULO 1
Marroquíes Bajos

Cnosos 1220 a. C.

Corro a toda velocidad por el camino que desciende del palacio. He quedado con Damián y como siempre llego tarde, solo espero que no cumpla su promesa de no esperarme. Llego hasta la entrada al puerto sin aliento, me paro y agacho la cabeza mientras apoyo las manos en mis rodillas. Me pongo bien la capa corta, mientras me levanto y busco a Damián con la mirada. El puerto está hoy muy concurrido. Han llegado varios barcos, por eso he quedado con mi amigo, queremos ver la nave egipcia. La curiosidad nos puede, es tan grande de lejos que no nos queremos perder su amarre.

—¡Eirene! —Damián corre a mi encuentro—. ¡Corre, casi te lo pierdes!

—Pensé que no me esperarías —hablo con dificultad mientras recupero el aliento.

—Debería hacerlo —me sonríe con picardía—, eso ha hecho que llegues solo unos minutos tarde. —Me saca la lengua y echa a correr.

—¡Serás tramposo! —grito y corro detrás de él esquivando a todos los que caminan tranquilamente por la calle del puerto.

Lo tengo casi al alcance de mi mano, y no es de extrañar, puesto que soy mucho más rápida que él. Le cojo de la capa y voy a tirar hacia mí, pero me choco con su espalda y el golpe me hace caer al suelo de culo. Unas grandes manos me levantan de un tirón y me quejo.

—¡Mira lo que nos ha traído el viento, Ion! —El gigante me sujeta del brazo en alto sin que mis pies toquen el suelo y siento que se me va a desencajar el hombro.

—¡Suéltame, pedazo de carne con ojos! —Le doy una patada y me suelta, pero mi libertad no dura mucho, ya que su compañero me coge del cuello.

—¡Niños, más respeto! —Su voz me hace temblar, pero al darme cuenta de que nos ha llamado niños, sonrío con maldad.

—¿Tenéis miedo de lo que os puedan hacer dos niños? —Me carcajeo—. Cada vez los hombres son más grandes, pero más tontos.

—¡Serás cretino! —dice indignado, suelta a Damián y se centra en mí.

—¡Ahora verás, enano!

Esa es la señal que esperaba. Le doy una patada con todas mis fuerzas en sus partes blandas, lo que hace que me suelte por obligación, pues su primera opción es agarrarse la entrepierna para evitar daños mayores. Entonces, me cuelo entre sus piernas gateando y al levantarme lo empujo con todas mis fuerzas, apoyando mis pies en su culo y las manos en el suelo. Para incorporarme doy una voltereta para atrás y me pongo en pie ante el asombro de los dos gigantes. No me detengo para ver lo que hacen, sino que me lanzo a correr con toda la velocidad que me permiten mis piernas y, al mirar atrás, los veo cerca de mí. Hago un requiebro hacia una serie de vasijas apiladas y empujo la última hacia las demás, el golpe de esta desequilibra a la de al lado y las hace caer a todas.

Me río a carcajadas al verlos saltando las vasijas, que parecen tener vida propia y atacarlos a su paso, pero eso los cabrea aún

más. Damián me silba, está en una estructura de descarga, lo sigo y trepo con rapidez. Nos miramos con complicidad y vemos a los gigantes trepar en pos nuestra, nos agarramos a la cuerda y volamos sobre el barco para engancharnos a otra estructura. Volamos como pájaros sobre el puerto, hasta que llegamos al final y nos dejamos caer con unas volteretas que reducen el daño de nuestra caída.

Desde el suelo vemos a los gigantes intentar coger la cuerda, les silbamos y con un movimiento del brazo nos despedimos entre risas para perdernos entre las calles que rodean el puerto hasta estar seguros de que no nos siguen.

—Joder, Eirene, no sé cómo te las apañas que siempre nos metes en líos —dice respirando trabajosamente.

—¿Perdona? —Lo miro enfadada y sin aliento—. ¡Has sido tú quien ha chocado con esas dos moles! De no ser por mí, estarías hecho puré en la calle.

—Para eso tendrían que pillarme —me saca la lengua—, y ha sido a ti a quien han cogido.

—¡Porque tú no me dejabas mirar! —Le doy un empujón—. Vamos al entrenamiento o nos castigarán.

Corremos por el camino hacia el palacio dándonos pequeños achuchones y riendo, hasta que llegamos a la explanada de entrenamiento, donde los chicos mayores ya están practicando el salto. Cosmo, el entrenador, nos ve llegar y niega con la cabeza mientras nos señala la casa de baños. Entramos y nos quedamos solo con el taparrabos, yo vuelvo a recoger parte de mi rizado pelo en un moño sobre la cabeza. A Damián no le hace falta, el suyo se lo hace tan apretado que nunca se le escapa nada.

Al llegar junto al bloque que hace de toro, el entrenador nos hace poner en la fila. Nos mira con desaprobación, pero no dice nada, se pone ante el bloque y empieza a llamarnos uno a uno.

—Basil, ¡quiero un salto sencillo y terminado en finta lateral!

Basil salta sobre el bloque, se impulsa con las manos y cae de lado haciendo una finta.

—Bien, muchacho, pero te falta altura todavía al recibir. —Se gira hacia Damián—. Tú, el mismo salto, pero la finta hazla hacia el lado contrario.

Damián coge velocidad y salta sobre el bloque, se impulsa con las manos apoyadas para guiar su cuerpo hasta la finta lateral, pero se le escurre una mano y cae patoso hacia un lado.

—¿Te has impregnado las manos de polvo? —grita el entrenador a Damián con enojo.

—No, entrenador —dice mientras agacha la cabeza.

—¡Ve al establo a limpiar! —dice Cosmo enfadado—. Los que quedáis en la cola, ¡haced todos el mismo salto!

Uno a uno, vamos saltando el bloque: algunos; con más gracia y estilo, otros; caen pesados sobre la tierra, pero todos conseguimos el salto.

El disco solar está bien alto cuando el entrenador nos libera y nos vamos todos riendo a la casa de baños. Yo cojo mis cosas y busco a Damián, por suerte este es un establo pequeño, donde dejan los caballos para entrenar y solo hay cuatro. Al entrar, me lo encuentro tirando agua sobre el suelo de la entrada y casi me moja los pies.

—¡Ten cuidado! —Le doy un empujón cariñoso.

—Ya. A este paso, ni para limpiar el establo seré bueno —se queja.

—No te preocupes, ha sido solo un olvido —lo abrazo—, mañana te saldrá bien.

—Si es que me deja continuar —añade mientras se coloca la capa.

Nos sentamos en un banco junto a la puerta, el disco solar no nos alcanza por lo que se está bien en la penumbra que genera el edificio del establo. Intento animar a Damián, que la verdad es un poco desastre, pero es un saltador genial. La única pega es que

cuando tiene público no le sale nada bien. Casi le saco una sonrisa, pero en ese momento escuchamos voces fuera del establo. Es el entrenador, está diciendo que buscará saltadores. Entonces, escucho a mi padre. Me asomo por la esquina y el mundo se me viene encima, junto a él están los dos gigantes a los que hemos ridiculizado en el puerto.

Le doy un codazo a Damián y le pongo la mano en la boca; entiende que debe callar. Lo cojo de la mano y le llevo al fondo del interior del establo, nos colamos por una ventana y salimos por detrás. Corremos sin parar hasta quedar ocultos por la arboleda que da la entrada a los almacenes del palacio, allí nos paramos y recuperamos el aliento.

—Eran los gigantes —respiro con agitación—, estaban con mi padre y el entrenador quería saltadores.

—¿Y? —Me mira sin comprender.

—Pues que nos iba a pedir una demostración de saltos para los extranjeros. —Me mira con cara de pazguato—. ¡Imagina lo que nos harán los tipos cuando nos pillen, después de lo de esta mañana!

—¡Por la Diosa Madre! Te dejo, que tengo que volver a casa, todavía tengo trabajo que hacer. —Me da un abrazo y sale corriendo hacia el pueblo.

Jaén 2002

El tumulto ruidoso que trae el viento me anuncia la entrada de alguien en la tienda. Probablemente será Miguel, que necesita mi aprobación hasta para mear. Me desperezo con lentitud mientras los restos del sueño aún perduran en mi memoria. Suspiro ruidosamente y miro la entrada cubierta con lona. Cuento: uno, dos, tres, cuatro…

—¡Profesora García! —Entra sin resuello Miguel—. ¡Tiene que venir a ver esto!

—Tranquilo, Miguel, mira que no tenemos desfibrilador aquí. —Sonrío quitando importancia a su arrolladora entrada.

—En serio —resuella—, ¡esto es muy grande! —Coge aire por momentos y vuelve a gritar—: ¡Está en la zona sur!

—Está bien, Miguel, siéntate. Inspira por la nariz, espira por la boca. —Lo veo seguir mis instrucciones—. Otra vez, así.

Recupera el aliento, me siento a su lado en la silla de campaña y lo miro sonriente, mientras por dentro hago acopio de toda la paciencia que puedo reunir.

—Ahora, dime eso tan importante. —Le sonrío con calma.

—Es una vivienda, creo, pero estamos esperando a que usted supervise la apertura.

—¿Está intacta? —Me pongo en pie con rapidez y salgo por la puerta. Al ver que no me sigue Miguel, me doy la vuelta—. ¡Vamoooos!

El joven estudiante corre delante de mí. Le sigo a grandes zancadas, hasta que veo la zona de excavación que tenemos abierta y, desde lejos, me doy cuenta de la apertura en la roca. Aprieto mis pasos y lo adelanto. En cuanto llego, los tres alumnos que están trabajando se me acercan y empiezan a hablar al unísono. Chasqueo la lengua y me controlo para no poner los ojos en blanco.

—Por favor, ¡de uno en uno! —les grito para que me oigan y parece que surte efecto.

—Profesora, hemos encontrado unos escalones que conducen al interior de la roca. Al principio pensamos que eran naturales, pero al limpiarlos, no hay duda —me sonríe Javier ilusionado—, ¡están excavados por el hombre!

—Déjame ver. —Me agacho en la zona que me indican y asiento sin mirarlos—. No hay duda, son escalones.

Me levanto y ando alrededor del montículo, por la forma parece un *tholos1.* Lo extraño es que se hayan excavado escalones para darle acceso, siendo lo normal que se hicieran a cota de suelo cero. Sigo volteando el montículo alrededor mientras compruebo las dimensiones.

Parece enorme, casi se mete en el anillo siguiente del foso, del cual apenas hemos excavado algunas estructuras. Volteo de nuevo el perímetro y les pido un metro. Me lo acerca Laura y, sin mirarla, me centro en el diámetro intentando averiguar las verdaderas dimensiones.

—Profesora, ¿y si excavamos más escalones para comprobar la profundidad?

—Después. —Lo miro con seriedad—. De momento, tenemos que averiguar hasta dónde llega por si pisa otros restos dentro del anillo del foso.

Les pido que se sitúen en los límites del enorme montículo y luego intento trazar el diámetro con los brazos en alto. Le doy el metro a Miguel y se lo llevo hasta Javier, que está en el lado opuesto. Compruebo la acotación y lo apunto en la libreta que saco del bolsillo posterior del vaquero. No puede ser, digo para mí y vuelvo a comprobar la medida; no hay duda, son sesenta metros de diámetro.

—¡Es enorme! —grito emocionada sin poder contenerme.

—Y parece que no ha entrado nadie, está completamente oculto —dice con inocencia María José.

—Pues claro, niña, si lo hubiesen abierto no tendríamos que excavar. —Miguel habla con chulería, me vuelvo hacia él y le regaño con la mirada, no me ha gustado nada su forma de tratar a María José.

—Vale, ahora vamos a organizarnos. Para empezar, tendremos que fotografiar la zona y realizar una limpieza, para lo que necesitaremos: paletín, azadas y cepillos. Posteriormente, delimitaremos el área de excavación. —Los miro y todos asienten con la cabeza—. Crearemos un espacio cerrado mediante cuatro puntos fijos unidos con cuerda; la cuadrícula. Para ello necesitaremos primero una línea base, dos puntos unidos con cuerda, de la que podamos crear triángulos rectángulos a lo largo de esta línea base, usando el teorema de Pitágoras, de manera que podremos realizar tantas cuadrículas como sean necesarias. A partir

de ellas, crearemos un sistema de coordenadas, que nos ayudará a localizar los restos que vayan saliendo durante la excavación en un plano. También será importante establecer un punto de referencia, el punto cero, para tomar las cotas o la profundidad a la que vayan apareciendo. —Compruebo que están siguiendo mis instrucciones y les recuerdo la teoría de Unidades Estratigráficas—. Ya sabéis, primero, depósitos; niveles de tierra acumulados de forma natural o artificial; cortes, cualquier tipo de fosa excavada por el hombre y que corte tanto depósitos como estructuras y, por último, estructuras; deberéis limpiar muy bien esas escaleras.

—Profesora, ¿empezamos ya? —Miguel está ansioso por iniciar el trabajo y su entusiasmo lo delata.

—Bien, como ya tenéis las parcelas, limitaros a fotografiar lo nuevo y empezad a limpiar los estratos. Y ojo, cuando utilicéis la criba, no la tiréis en cualquier lado, quiero comprobarlo yo también. —Los veo parados frente a mí—. ¡Vamoooos!, ¡que es para hoy!

Me vuelvo a mi tienda y cojo el plano que estamos desarrollando actualmente, se ven los círculos de los fosos con claridad y las acotaciones parecen correctas. Miro dónde hemos encontrado las escaleras, la primera acotación que hicimos y compruebo hasta dónde llega. Utilizo la escala para convertir dimensiones y se me escapa un silbido, pues llega hasta el segundo círculo de los fosos. Me echo hacia atrás en la silla de campaña y cierro los ojos. Puedo visualizar los escalones descubiertos y mi imaginación hace el resto. Por la altura de la cúpula y el diámetro del *tholos* puede ser un enterramiento enorme, tal vez sea una inhumación colectiva, o mejor aún, un caudillo y en su interior los tesoros que se llevó a la tumba. Me rio en sueños mientras dejo volar mi imaginación.

Abro los ojos y me encuentro ante mí al concejal de Urbanismo. Me incorporo de inmediato y voy a disculparme, pero entonces lo veo. No ha cambiado mucho, por un momento le doy un repaso visual. Está a la derecha del edil, todavía tiene esa sonrisa de suficiencia y altanería. Me quedo mirando ojiplática, hasta que el carraspeo del concejal Santos me saca de mi estado.

—Señorita García, espero no ser inoportuno. —Me lanza una mirada de desprecio y chasquea la lengua con indolencia.

—No, nada de eso, señor Santos. Estaba repasando mentalmente las mediciones de hoy. —Le muestro el mapa para corroborar mis palabras.

—Sí, bueno… —Carraspea—. He venido a presentarle a su nuevo superior. —Sonríe con maldad en su mirada.

—¿Cómo? —Me sobresalto—. No he debido oír bien.

—No se equivoca, señorita. —Apoya sus regordetas manos en mi mesa de trabajo—. Se contrató al señor Fernández para coordinar las excavaciones. Tanto los patrocinadores privados como las entidades públicas involucradas, hemos decidido acelerar el proceso de excavación. —Me mira con reproche—. Su trabajo va demasiado lento y necesito que acaben el estudio, tenemos la ciudad colapsada en su expansión por el norte y no puedo hacer nada mientras usted no finalice su trabajo.

—Si quieren que vaya más rápido, deberían contratar profesionales en vez de tirar de los alumnos de la universidad —respondo y me cruzo de brazos levantando una ceja en espera de contestación.

—Pues eso hemos hecho. Le traemos un profesional que acelerará el proceso de investigación. —Ríe descarado—. Para que vea que escuchamos sus peticiones.

—Mierda. —Se me escapa la palabra y veo que Juande eleva uno de los lados de la boca y esa sonrisa ladeada termina de alterarme—. Genial, pues entonces me voy con mis alumnos a trabajar —lo digo con tanta mala leche que, si me muerdo, me enveneno.

Salgo de la tienda a grandes zancadas, no miro para atrás, seguramente estarán haciéndose la pelota mutuamente; uno para garantizar su trabajo y el otro, para tener de su lado al responsable de la excavación y así poder manipularlo. Si conoceré yo al regordete del concejal Santos.

Estoy casi llegando donde están mis alumnos, pero un brazo me detiene.

—Suéltame —chillo con voz aguda.

—Solo quiero que me esperes, me gustaría acompañarte. —Su voz ronca acaricia mis oídos como antaño.

—¿Acaso no sabes distinguir las zonas de trabajo? —digo con chulería.

—Sí, pero prefiero que me las muestres tú, que para eso has estado en este proyecto durante tres años.

Me lanza esa sonrisa ladeada y casi me derrito, y digo casi, porque con los años he aprendido a resistir esos ataques de sensualidad. Lo miro, me mira, nos miramos y al final aparto la cara y le indico con un dedo que me siga. Le llevo hasta la zona donde los chicos están limpiando, me vuelvo hacia Juande y le hablo con voz seca.

—Este es nuestro último hallazgo. —Señalo los escalones—. Hemos empezado a limpiar la zona para comprobar la cota de profundidad, que a juzgar por el diámetro del *tholos,* debe ser mucha.

Me giro hacia los chicos que están limpiando el escalón con una catalana y un punzón. Laura y María José llevan entre las dos una espuerta casi llena, la ponen en una zona protegida y la van vaciando poco a poco. Parece que se han tomado muy en serio la criba de tierra.

—¿Cuánto mide de diámetro? —Se quita las gafas de sol y mira el perímetro con atención.

—Hemos medido unos sesenta metros, pero pueden ser más, no lo tengo claro.

Se inclina sobre los escalones y observa la huella descubierta, coge un puñado de tierra y la contempla de cerca. Toca otra vez el escalón, se levanta y se queda satisfecho asintiendo con la cabeza.

—Buen trabajo, chicos —dice mientras se remanga la camisa y coge un punzón para unirse a ellos.

—Cretino —susurro por lo bajo—. Se pensará que no sabemos lo que hacemos.

Cojo una pica y me voy a un lado del escalón, lejos de donde trabajan ellos, pero lo bastante cerca como para comprobar el ancho de la huella. Comienzo a picar la superficie, primero con suavidad y al comprobar la dureza del estrato, aplico más fuerza. Me centro en sacar la tierra tras cada golpe, tengo un buen montón acumulado para hacer una criba manual. Veo que no hay restos y lleno una espuerta para hacer una segunda criba más a fondo.

Apenas me doy cuenta del calor ni del paso del tiempo, solo pico, rebusco y guardo hasta que un carraspeo llama mi atención.

—Profesora, ya es la hora. —Miguel me mira con duda—. ¿Podemos marcharnos ya?

—Eh…, sí claro, Miguel. Nos vemos el lunes —me despido de ellos y me incorporo.

Miro en derredor y veo que han recogido el material de trabajo, por lo que cojo mi pica y la espuerta y las llevo a la caseta de herramientas. Al entrar, él está allí y parece hacer inventario.

—No tenemos mucho material, solo el suficiente para el pequeño grupo que somos —digo cuando dejo el pico con los otros en el suelo y meto la espuerta que traigo dentro de otra.

—Ya veo. —Se encoge de hombros—. De todas formas, ahora mismo tampoco necesitamos más. Si se te ocurre algo para acelerar el trabajo duro, házmelo saber.

—Tal vez más arqueólogos con experiencia, no estudiantes en prácticas —la ironía del reproche no debe escapársele. Sonríe indulgente y yo amusgo los ojos para que no se crea que me amedrenta.

—Para eso estoy yo aquí. —Se señala su pecho para afirmar sus palabras.

—Seguro que eso es lo que necesitamos. —Chasqueo la lengua y contengo el gruñido que estoy a punto de lanzarle.

Me doy la vuelta y entro a la tienda para recoger mis cosas. Engancho las llaves a la trabilla del pantalón vaquero, cojo el pequeño reproductor MP3, me pongo los auriculares y salgo sin mirar atrás. Rebusco en los bolsillos, hasta que encuentro la tarjeta del bus y me espero en la puerta de acceso al perímetro de la excavación. Golpeo impaciente el suelo con el pie derecho mientras le veo venir bajándose las mangas de la camisa. Niego para mí misma, pues con esas pintas no creo que trabaje mucho, será cuestión de tiempo que se quede sentado en la tienda durmiendo la siesta.

—¿Has cogido todo?

—Sí. —Mira a ambos lados—. ¿Tú cierras la valla?

—Siempre soy la última en irme. —Me encojo de hombros y cierro con el candado, tras lo cual me pongo en marcha hacia el hotel Infanta Cristina para coger el autobús.

—¡Espera, Ana! —Me coge del brazo.

—¡Suéltame! —exclamo mirando la mano que me agarra.

—Lo siento… —lo dice con tanto sentimiento que casi se me olvida quién es—. ¿Tomamos una cerveza y nos ponemos al día?

—No, gracias, he terminado mi jornada laboral —contesto cortante y vuelvo a ponerme en marcha, esta vez con pasos largos y ágiles—. ¡Hasta el lunes… JEFE! —grito sin mirar atrás.

—Si quieres, te llevo a casa.

—¡No, gracias!

—Hasta luego. —Su voz se escucha lejana.

Tomo el autobús que me lleva al centro, me bajo en la plaza de las Palmeras y ando los últimos metros hacia la calle Mesones. Cuando entro en casa, me quito el MP3 y me desnudo en el dormitorio antes de ir al baño. No espero a que salga el agua caliente, me meto en la ducha y dejo que el líquido fresco resbale por mi cuerpo y calme los músculos doloridos.

Mi cabeza sigue dando vueltas en torno a lo sucedido hoy. Menuda suerte tengo, me ponen de director de proyecto a la última

persona a la que quiero ver. Se me escapa un grito de rabia, lo que supone el punto de partida para desahogarme, y lloro con pena, sin esperanza. La amargura me recorre y me dejo vencer. Me siento en el plato de ducha mientras el agua cae en cascada sobre mí.

No sé cuánto tiempo pasa tras mi arrebato de abatimiento, pero me levanto con decisión repitiendo mi antiguo mantra:

—Esto no me vencerá. No me vencerá. No me vencerá. —Aprieto los puños y salgo de la ducha.

Me seco y aplico crema hidratante, es una rutina que me permite repasar cada momento importante del día. Luego voy a mi dormitorio y me pongo unos pantalones pitillo negros y una blusa rosa palo, me calzo los tacones y cojo el bolso de la entrada.

Ando los pocos metros que me separan de La Manchega, una taberna con casta donde he quedado con Susi. Tras un breve repaso visual, la veo al fondo morreándose con Felipe.

—Por favoooor, ¡dejad algo para cuando estéis solos! —Me carcajeo.

—Calla, pava. —Susi me lanza un beso.

—Pareces cansada. —Felipe me mira de arriba abajo.

—Qué va, lo que estoy es cabreada. —contesto y los miro muy seria—. Me han puesto un jefe de excavación —suelto un exabrupto y me dejo caer en la silla— y, ¿adiviináis quién es?

—Ni idea, nena.

—¡Juan de Dios Fernández! ¿No podían buscar a otro? —Me paso la mano con desesperación por el pelo—. Creo que voy a renunciar —afirmo soltando el aire.

—Pero ¿¡estás tonta o qué!? —Susi se sienta en la silla vacía junto a la mía—. ¡Ni se te ocurra! Que se vaya él.

—Es muy fácil decirlo, le han nombrado director de la excavación, así que ahora tendré que sufrir su presencia —me quejo.

—Necesitas paciencia —me coge las manos—, y si te fastidia mucho, ya sabes lo que hacer. —Me guiña un ojo.

—¿Qué?, ¿qué tengo que hacer?

—Pues jugársela hasta que se harte y se vaya. —Sonríe satisfecha.

—¡Qué fácil lo ves! —Me echo hacia atrás en la silla y cierro los ojos—. Pídeme una cerveza, Felipe, que ni ganas tengo de levantarme.

Escucho el golpe de la botella sobre la mesa y la cojo sin mirar. Me trago casi medio tercio de una sentada, y cuando los abro, dejo la botella en la mesa, entonces veo la cara tan rara que tienen Susi y Felipe.

—¿Quéééé? ¿Qué pasa? —Susi señala con la cabeza detrás de mí, y al girarme lo veo—. ¡Cago en tooooo!, ¿qué coño haces aquí? —digo rabiosa y me levanto con intención de marcharme.

—Esto es un bar y me apetece una cerveza. —Me lanza esa sonrisa ladeada.

—Pues búscate otro, que este lo tenemos pillado. —Chasqueo los dedos delante de su nariz.

—Lo siento, ya he pedido. ¿Puedo unirme a vosotros? —Mira a Susi y a Felipe—. Hola, parejita, ¿cómo os va? —indaga a la vez que se sienta con el respaldo entre las piernas abiertas.

—Está bien. Si tú no te vas, lo haremos nosotros. —Les hago señas a mis amigos para que se levanten.

—No seas infantil y siéntate, Ana —dice Juande mientras le da un trago a su vaso.

—Adiós —respondo sin hacerle caso, cojo el bolso, la chaqueta y salgo disparada de La Manchega.

—¡Ana! —Juande me sigue hasta la puerta y me coge del brazo —. ¿Podemos hablar?

—No. Fuera del trabajo no tenemos nada que decirnos. —Tiro del brazo y me suelto con brusquedad.

Me vuelvo a casa y me pongo el pijama. Intento tranquilizarme, respiro hondo y espiro despacio. Siento que vuelvo a controlar mi

cuerpo y mi voz. Saco el móvil y llamo a Susi.

—Nena, ¿seguís en La Manchega?

—Espera —susurra—. Ya está, me he salido a la calle, ¿cómo estás?

—Rayada —gruño—. No lleva ni un día aquí y ya estoy saturada. No sé cómo voy a soportar las horas de trabajo —me quejo.

—Tranquila, tú descansa y ármate de paciencia, solo tienes que ignorarlo.

—Es fácil decirlo, no eres tú quien lo verá todos los días. Después de lo que me hizo, no sé ni cómo se atreve a acercarse a mí todavía.

—Míralo en perspectiva, toma distancia todo lo que puedas de él y piensa que solo tendrás que hablarle en caso de que tengas dudas, lo cual creo que será muy raro, conociéndote. Vamos, que seguro que es él quien tiene que preguntarte a ti.

—Ja, ja, ja. Tú sí que sabes levantarme el ánimo. Gracias, cielo, te llamo mañana.

—Hasta mañana, guapa.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando al techo de mi habitación. Noto las mejillas húmedas y me doy cuenta de que de mis ojos brotan lágrimas sin intención, por lo que me las seco con brusquedad y grito con rabia. Hace seis años que no lloraba sin control y, en aquella ocasión, también había un único culpable: Juan de Dios Fernández Arquillos, compañero de clase, de estudios y el responsable de que mi matrimonio se rompiera. Vuelvo a rememorar aquellos días en los que era una tonta ilusa y confiada.

Me tumbo en la cama mientras una suave brisa se cuela por la ventana. Estamos a últimos de Julio, hace calor, pero siento en mi piel el frescor que se cuela por la rendija y me hace estremecer. Cierro los ojos con fuerza mientras el recuerdo de lo ocurrido en la excavación me enerva, y siento que la ira se apodera de mí

nuevamente. Respiro hondo y dejo salir el aire con lentitud, todavía puedo notar su aliento en mi oreja.

Sacudo la cabeza, vuelvo a inspirar y espiro con fuerza. Busco en mi mente algo que me distraiga de lo ocurrido sin éxito y me revuelvo en la cama, desesperada por encontrar el alivio del sueño.

CAPÍTULO 2
Mirada al pasado

Mis padres murieron en accidente de coche. Los días que siguieron fueron los más terribles que jamás he vivido, ya que me quedé sola con dieciocho años. En aquella época estaba saliendo con Simón. Él y sus padres se hicieron cargo de todo y yo, que estaba en una nube de dolor, les dejé hacer. En poco tiempo me vi viviendo con mi novio. No sé ni cómo ocurrió, un día me di cuenta de que tenía todas sus cosas en mi casa y en poco tiempo me estaba pidiendo que nos casáramos. Me pareció el paso siguiente a nuestra relación, así que acepté.

Me matriculé en Historia y seguí la rama de arqueología; todo parecía irnos bien. Yo estudiaba gracias al dinero de mi herencia. Mis padres eran profesores de historia, y hoy en día, todavía conservo su despacho con las dos mesas y las estanterías hasta el techo de libros. Simón trabajaba en la tienda de sus padres y yo apenas me ocupaba de nada, salvo de estudiar. Él se encargaba de llenar la nevera, limpiar y su madre nos mandaba la comida. Todo parecía idílico, hasta que Simón se quejó de dormir en mi cuarto cuando el dormitorio de mis padres estaba vacío, y así fue como a los dos años de casados, me convenció para cambiar los dormitorios.

Mi preocupación eran los exámenes, por lo que le di carta blanca. Ya contaba los días para terminar la carrera, teníamos previsto celebrar las becas toda la clase juntos. Simón se negó a venir conmigo y no sé qué ocurrió, pero acabamos en la Bariloche. Supongo que me pasé de copas, porque lo siguiente que recuerdo

es a Simón hecho una furia golpeando a Juande y zarandeándome hasta hacerme vomitar. Cuando desperté al día siguiente con tremendo dolor de cabeza, él estaba de pie en la puerta del cuarto y con una maleta a sus pies. De nada sirvió disculparme, pedirle perdón, suplicarle… Ese día salió de mi casa y de mi vida.

Durante el divorcio, intentó hacerse con la mitad de todo. Quería la mitad del piso y del dinero que me dejaron mis padres. Simón se quedó helado cuando descubrió que no podía echar mano a nada de lo mío, pues todos mis bienes venían de la herencia de mis padres, por lo que los hacía intocables para él. Pensándolo desde la perspectiva que me da el tiempo, pienso que esa fue su intención desde un principio. Aunque lo peor fue descubrir que quien yo creí que era mi amigo, aprovechó el lio del divorcio y se quedó con la plaza para ir a la excavación de Egipto, la cual me correspondía a mí por tener el mejor expediente académico. Cuando quise darme cuenta, había perdido a quien se suponía que me amaría toda la vida, al compañero inseparable en la universidad y un futuro prometedor como arqueóloga. Entonces, fue cuando me di cuenta de lo sola que estaba. El único apoyo que tuve fue el de Susi que alegró mis días. Ella fue la hermana que necesitaba, y seis años después, nos une una relación más fuerte que la sangre.

Ahora Juande ha vuelto, se me revuelven las tripas solo de pensar que pueda volver a entrar en mi vida para ponerla patas arriba. Doy vueltas en la cama, pero no encuentro la postura. Al final me quedo dormida, pero mis sueños son atacados por imágenes recurrentes de Juande, Simón, mis padres y otra vez Juande.

Me despierto empapada en sudor y desorientada. Miro el reloj, son las siete y media de la mañana, y aunque es sábado me pongo unas mallas, una camiseta y deportivas, me engancho el MP3 y bajo corriendo a la calle. La canción *Suerte* de Shakira me levanta el ánimo. Corro por la calle Campanas y bajo la Alcantarilla en dirección a la carretera del colesterol; en realidad es la Ronda Sur, pero cuando inauguraron esta circunvalación en Jaén, toda persona con colesterol salía a caminar por sus aceras, de ahí que la bautizaran con ese nombre.

Suena *Can't Get You Out Of My Heart* de Kylie Minogue y mis piernas vuelan sobre el acerado. Acompaño el ritmo de mi respiración con mis latidos cardíacos, disfruto del fresco despertar del día y tarareo el estribillo que suena en mis auriculares. Siento una presencia junto a mí. Al girar la cabeza, mi peor pesadilla se hace realidad.

Juande sigue mi ritmo sin dificultad y me sonríe al girarme hacia él. Se me escapa un gemido e intento acelerar el paso para dejarlo atrás. Menuda tontería, él con sus largas piernas no tiene ningún problema en alcanzarme, al contrario, ese esprint me hace respirar con agitación. Me paro y apoyo las manos en los muslos, bajo la cabeza e intento recuperar el aire. Veo sus zapatillas ante mí, pero me niego a levantar la vista.

Se escucha un teléfono sonar, saca el móvil del bolsillo trasero de su malla y contesta. Alzo la cabeza al darme cuenta de que está de espaldas a mí. Miro hacia la izquierda y veo el camino que conduce a las olivas. No me lo pienso, salto a la vereda y en vez de seguir corriendo, me escondo a un lado de la pendiente bajo un arbusto joven y frondoso. Intento controlar mi respiración, y no emitir ruidos. Por suerte mi ropa es negra, lo que me ayuda a camuflarme.

Lo veo pasar como una bala, sigue el sendero entre las olivas a grandes zancadas. Al perderlo de vista salgo de mi escondite y vuelvo a la carretera del colesterol, cruzo cuando no pasa ningún coche y cojo la estrecha carretera que sube hasta el Club de Campo. Atravieso las instalaciones a toda velocidad hasta que por fin llego a los jardines de la Alameda. Tanta carrera cuesta arriba hace que me falte el aliento y me detengo para recuperarme. Tras unos minutos de desahogo, continúo andando a paso rápido y me encamino hacia la catedral, paso la plaza de San Ildefonso, la Carrera, calle Campanas y por fin llego a la calle Mesones. Abro con rapidez la puerta y subo en el ascensor, pues ya no tengo fuerzas para más ejercicio. Me dejo caer en la cama completamente agotada. Mientras recupero la respiración pienso en la niñería que he hecho, sé que no es de ser muy madura salir corriendo ante su sola presencia. Podría

darme cabezazos contra la pared si no fuera porque mis piernas no me responden, pero está claro que tengo que aprender a gestionar mi frustración o de lo contrario acabaré loca.

Paso el fin de semana sin salir de casa, repaso mis libros, busco por Internet y me pongo al día con el arte del período calcolítico. Bajo ningún concepto pienso solicitar su aprobación, erudición ni nada que pueda darle a entender que sus conocimientos son superiores a los míos. Cojo mi libreta de campo y anoto algunos datos que me pueden venir bien en la excavación.

***

El lunes a las ocho estoy abriendo la verja de entrada del yacimiento arqueológico, la dejo abierta y me voy a la tienda para guardar mi bolso en la taquilla. Me siento ante la mesa y compruebo los datos del mapa.

Miro el reloj y son solo las ocho y diez. En ese momento, entran mis cuatro alumnos riendo y charlando sin cortarse en mi presencia.

—Buenos días, profesora —saludan que parecen cuatrillizos.

—Preparaos para seguir trabajando —digo con la voz más seca de lo normal—. Os espero en la excavación.

Cojo mi sombrero estilo Indiana Jones y salgo dando grandes zancadas. En la caseta de material recojo varias espuertas y herramientas, las pongo en la carretilla y voy al punto de excavación. Cojo un cepillo sin palo, una brocha y un pequeño recogedor, luego bajo los escalones descubiertos y limpio con cuidado y mimo la huella. Recojo el polvo y lo llevo a una de las espuertas, repito la operación hasta llegar al último escalón descubierto. Los cuento; ya son cuatro escalones y no se ve el final, lo cual me sorprende e intriga a partes iguales.

Vuelvo a la carretilla y saco un pico y una pala, después empiezo a cavar en un lateral. Quiero hacer un corte de sección de los estratos y comprobar el extremo de la escalera. Lleno una espuerta con los restos y al sacarla veo que los chicos están charlando alrededor de la carretilla, lo cual me enfurece.

—Chicos, ¿cuándo vais a poneros a trabajar?

—Perdón, profesora. —Miguel coge varias herramientas y corre hacia la escalera.

Los veo afanarse en iniciar el trabajo, pero nadie pregunta por las tareas de ese día, lo cual me vuelve a enfadar y vuelvo a gritarles.

—Miguel, ¡sigue limpiando la escalera! Javier, ¡ayuda a las chicas a cribar de nuevo la tierra sacada! —ordeno porque los veo que no hacen nada—. ¡Vamoooos, que es para hoy!

—Si les hablas así, pronto nos quedaremos sin voluntarios —me susurra Juande desde atrás. Se me eriza todo el vello del cuerpo y me pongo en tensión al recordar el encuentro del sábado.

—Vaya, gracias por venir a trabajar —ironizo y me cruzo de brazos mientras lo miro de arriba abajo. Viene con vaqueros rotos y una camiseta gris descolorida, su aspecto es muy diferente al del arqueólogo erudito. Trago saliva y ordeno a mis pensamientos que se controlen.

—Señorita García, ¿puede acompañarme al despacho de campo? —dice con la cara mortalmente seria.

—¿Para qué? —Mi voz ha perdido toda la potencia anterior.

—Sígame. —Echa a andar y no mira si lo sigo.

No me queda más remedio que correr detrás de él. No sé qué querrá ahora, pero me tiene mosca, tan pronto ríe porque les regaño, como me exige que lo acompañe. Ya creo saber para qué quiere hablar conmigo: me va a regañar por las formas de dirigirme a los chicos, pero tiene la suficiente clase para hacerlo en privado. Le sigo en silencio mientras siento cómo me encojo de estatura. Voy a apartar la lona para entrar, pero se me adelanta y me pide que entre.

—¿Llegaste bien a tu casa el sábado después de correr? —dice con calma mientras se sienta y se retrepa en la silla, estira las largas piernas bajo la mesa y me mira con esa sonrisa ladeada.

—Si no vamos a hablar de trabajo, será mejor dejar esta conversación —suelto con chulería y me levanto para salir de la tienda.

—¡Siéntate! —grita mientras señala la silla que acabo de abandonar.

—Mira, Juande —respondo y apoyo las manos en la mesa e intento poner mi cara más intimidante—, si no tienes nada que aportar sobre el trabajo, que es lo ÚNICO que nos une, será mejor que me dejes en paz y te ocupes de lo tuyo.

—Está bien. No quieres hablar, como quieras. —Me mira con cara de pocos amigos—. Dime la organización de trabajo para hoy.

—Prácticamente como el viernes, seguimos descubriendo escalones. Estoy preparando un corte de sección para ver la estratificación y tres de los voluntarios están cribando el material de desecho. —Me levanto—. ¿Algo más?

—Puedes irte —dice con voz cansada.

Salgo sin mirarlo. Me hago la dura porque me conozco, sé que, si seguimos a este ritmo, su acercamiento será real en poco tiempo y cuando eso ocurra, estaré indefensa ante él. Me volverá a encandilar y con lo tonta que soy seguro que lo perdono, incluso le ayudaré a levantar su carrera a expensas de la mía. Sacudo la cabeza y reniego de mí misma para volver al trabajo de campo. Necesito despejarme y para ello no hay nada mejor que la fatiga física.

Hemos estado durante toda la semana limpiando y cribando, ya tenemos al aire doce escalones y la estratificación deja claro que la estructura se excavó en roca, que no fue una construcción propiamente dicha. En el cribado, no han aparecido restos interesantes ni lascas de embellecimiento ni de útiles. La impaciencia me puede, y es que conforme descendemos las escaleras el trabajo se hace más pesado. Hemos levantado una carpa para que nos proporcione sombra durante el trabajo.

Juande quiere que cerremos la entrada para trabajar con más intimidad en el hallazgo, pero me niego, por lo que a determinadas horas tenemos que trabajar bajo la atenta mirada de curiosos transeúntes. Puedo oírlos discutir sobre lo que hacemos y las apuestas que hacen entre ellos sobre el próximo jarrón roto que vamos a sacar. Chasqueo la lengua y reniego para mí ante la ignorancia y la falta de respeto por el trabajo ajeno. Pero claro, son solo unos cuantos vejetes que no tienen nada que hacer, hasta que les llegue la hora de su cervecita en el bar, así que intento ignorarlos y sigo sacando espuertas de tierra para cribar.

Por fin es viernes. Recogemos todo el material y lo guardamos, me cuelgo la mochila y me voy a la puerta de salida donde me despido de los voluntarios y espero hasta que llega el jefe para darle las llaves del candado. Me he encargado toda la semana de abrir y cerrar la excavación. Ya que tiene la responsabilidad y la capacidad de decidir, le voy a pasar el resto de sus funciones. Las llaves son una de ellas, se acabó el simular que todo sigue igual. Solo soy una arqueóloga bajo el mando de Juande, ya lo he asumido y esa realidad es lo que tengo que hacer valer si quiero distanciarme de él.

—Ya es hora de que asumas todas tus responsabilidades. —Le lanzo el llavero, me doy la vuelta y me marcho dando grandes zancadas.

—¡Adiós y gracias! —me grita el imbécil.

Llego a casa muerta, las horas que paso trabajando estoy en tensión, lo cual me agota. Tal vez debería plantearme abandonar la excavación, pero es superior a mis fuerzas, me encanta mi trabajo, ensuciarme las manos y caer exhausta en la cama al final de la jornada. Tal vez esa sea la mejor parte de todo, quedar tan agotada que el cerebro se ralentiza y no da opción a pensar ni dar vueltas alrededor de ideas locas. He de reconocer que desde que apareció Juande, mi cabeza está llena de montones de ideas sin sentido: perdonarlo, besarlo, acariciarlo y abrazarlo.

Me doy un tortazo mental mientras sacudo ideas tan locas y desatinadas.

Me desnudo y me doy una ducha vivificante. He quedado a las nueve con Susi y Mamen, hoy es nuestro día de chicas y no me lo pienso perder. Me visto con rapidez con un vestido entallado de color azulón que es un poco provocador, pero conociendo a mis amigas será muy modesto en comparación con los suyos. Me echo espuma en el pelo y lo seco con la cabeza hacia abajo apretando los rizos entre los dedos de la mano. Queda un poco alborotado, pero me gusta. Bajo la luz del baño mi pelo adquiere tonos rojizos, mis ojos color avellana toman un poco del color del vestido haciéndolos parecer azules y ese efecto me agrada. Me calzo los tacones y cojo el bolso. Hemos quedado en La Barra, un bar de toda la vida donde las tapas que acompañan a tu bebida son más que suficientes para una cena. Llego y solo está Mamen, por lo que, mientras esperamos a la otra loca, nos pedimos una caña.

Cenamos a base de raciones regadas con abundante cerveza y salimos a terminar la noche en el St. Patrick, un *pub* irlandés donde te sirven todos los tipos de cerveza internacional. Para no acabar pedo, continúo con la cerveza de importación. Estamos sentadas en un rinconcito junto a la entrada, charlando de chicos mientras la suave música nos relaja. Susi me da un codazo y me señala con la cabeza. Me giro y lo veo en la barra. No está solo, el hombre que lo acompaña me suena de algo, pero no recuerdo de qué. Me encojo de hombros y le quito importancia a su presencia.

Seguimos riendo hasta que no me puedo aguantar las ganas de ir al servicio.

—Susi, ¿vienes al baño? —Me levanto.

—Espera que me la acabo —dice y le da el último trago a su copa, dejando el vaso vacío.

Entre risas y algo piripis, vamos al aseo. Entramos juntas, yo limpio la taza con papel higiénico y vacío mi vejiga sin sentarme en la taza. Susi sigue mi ejemplo, nos lavamos las manos y no podemos secarlas porque hemos gastado el papel higiénico en limpiar la taza del inodoro, así pues, las sacudimos al aire y salimos carcajeándonos. Me choco con un muro que no es de piedra

precisamente, me disculpo y me aparto, pero al mirar hacia la cara del dueño de ese bloque se me abre la boca. Juande me sonríe con esa sonrisa ladeada y debo hacer un gran esfuerzo para evitar que se me caigan las bragas.

—Deberías mirar por donde andas, Ana —susurra con esa voz sensual.

—Anda, y tú también. Con esos pectorales podrías romperle la cara a la próxima incauta que no mire por donde va. —Madre mía, ¿en serio? ¿cómo he podido soltar eso?

—Ja, ja, ja. Lo tendré en cuenta, pero si quieres puedes guiarme de la mano para evitar choques.

—¡Qué más quisieras! —contesto y me aparto de su lado algo tambaleante por lo que cojo a Susi del brazo.

—Como quieras —dice mientras me da un repaso visual y se pierde en el aseo de caballeros.

Volvemos a nuestra mesa y veo que han rellenado las jarras, cojo la mía y bebo con ansias. Retomamos nuestra charla frugal y llenamos de risas el local.

—Como te digo —Mamen bebe de su jarra—, han sido unas vacaciones inmejorables. Andrés me ha tenido como una reina: me llevaba el bolso de las toallas, me retiraba la silla para sentarme. —Nos mira sonriente—. En mi vida, pero nunca, me había sentido tan amada, cuidada y adorada… —Cierra los ojos un momento—. Es que no tengo palabras.

—Nos alegramos un montón.

—La última noche decidimos quedarnos en el hotel y el animador había organizado una noche de talentos, pidió voluntarios para subir a hacer algo al escenario, pero nadie subía. Entonces, entró un niño de unos tres añitos y la gente aplaudió, pero cuando el animador le preguntó lo que quería hacer, el niño soltó por el micrófono: «Quiero hacer un chorrito» y la gente estalló en carcajadas. Las risas eran contagiosas. Al final apareció la madre de

la criatura y se lo llevó entre aplausos y vítores. —Se echa para atrás —. Os juro que fue el colofón perfecto para terminar las vacaciones.

—Nena, te pasan unas cosas… —Susi todavía se ríe mientras habla—. Pero esta vez yo también tengo una buena anécdota que contar.

Pedimos que nos rellenen las jarras y seguimos con el cachondeo de las vacaciones. Entre risas y golpecitos llamando su atención, la convencemos para que nos cuente sus aventuras de verano. Al final se deja caer en el respaldo de la silla, da un trago a su cerveza que paladea como si fuese su último trago y se lanza a contarnos sus vacaciones.

—Pues yo me fui con Felipe a casa de mi prima, al norte. Nos hemos recorrido Asturias, incluso estuvimos en La Concha. El día que fuimos había unas olas enormes, pero nos metimos cerca de la orilla y jugamos como niñas a saltar las olas. El problema fue que nos fueron metiendo mar adentro y en una de esas, la fuerza del agua desató los lazos del bikini de mi prima Luisa y se lo llevaron flotando las olas. —Ríe divertida y detiene su narración unos segundos para recomponerse—. Si me hubieseis visto nadar y bucear… Mi prima gritaba como una loca, y el socorrista pensó que tenía problemas para salir del agua, así que se lanzó a por ella. —Susi se ríe con más fuerza—. Luisa gritaba y le pegaba al socorrista. El pobre chico debió pensar que estaba loca o tenía un ataque de histeria y pidió refuerzos. Entraron dos socorristas más y entre todos se la llevaron a la orilla, mientras ella chillaba y gritaba. Yo entretanto, conseguí la braguita del bikini y nadé todo lo deprisa que pude hacia ellos, que incluso entre tres tenían problemas para sacarla del agua —deja de hablar un momento para beber—. Al final le di el bikini delante de ellos, os juro que en mi vida he visto tantos hombres sonrojándose.

—Entonces, ¿se puso el bikini delante de los socorristas? — exclamamos las dos al mismo tiempo.

—¡Qué va! se dieron la vuelta y formaron una pantalla delante de ella para que se lo pusiese. —Ríe sin poder contenerse—. Dice

que no volverá a saltar las olas jamás.

—Pues sí que habéis tenido movida. —Bebo de mi cerveza, aunque ya casi no me cabe más líquido.

En ese momento, suena la canción *Lady Marmalade* de Pink y saltamos las tres a la zona despejada para bailar. Sobre los tacones y con varias pintas de cerveza, nos desmelenamos, cantamos y bailamos la canción como si estuviésemos en el videoclip. Los parroquianos del local nos vitorean, nos animan y nosotras, que no necesitamos mucho para divertirnos, hacemos nuestro baile más sensual e insinuante. Cuando terminamos nos ovacionan y piden un bis, pero nos volvemos a nuestra mesa para reponer líquidos.

Se abre la puerta de entrada y veo que es Felipe, le doy un codazo a Susi que al verlo se tira a su cuello y comienza a besarlo. Nosotras sonreímos con indulgencia hasta que junto a él aparece Andrés; el novio de Mamen. Definitivamente, se nos ha acabado la salida. Me levanto para irme con ellos, pero de lo borracha que voy, me tambaleo y caigo sentada de nuevo. Felipe niega con la cabeza, está a punto de ayudarme cuando aparece Juande.

—No te preocupes, tío, yo la llevo a casa. —Lo mira muy serio —. Llévate a tu chica antes de que se caiga.

—No me voy contigo —consigo decir, aunque se me traba la lengua.

—Ya lo veo. —Me da un repaso visual—. Si apenas te tienes en pie.

—¡Oye! —Me levanto tan deprisa que vuelvo a marearme y me coge de la cintura para que no me caiga.

—Ana, deja que te lleve a tu casa. —Sonríe—. Te prometo que te dejaré a salvo en tu cama.

—Hum, vale —se me cierran los ojos—, pero estate quieto que me mareo. —Siento que se me traba la lengua y mis pensamientos rondan tan lentos por mi cabeza, que apenas puedo protestar por nada, por lo que decido dejarme llevar.

—A la orden, señorita.

Me quito los zapatos de tacón para ganar estabilidad y le dejo que me coja de la cintura. Su mano se siente tan cálida y me da tanta seguridad que me dejo llevar. Nos despedimos en la puerta y no me quejo mientras Juande casi me arrastra por toda La Carrera hasta llegar a mi casa. Levanta una ceja y sin soltarme pone la palma de la mano hacia arriba. Lo miro sin comprender y se me escapa una risita de borracha que me sorprende hasta a mí. Tropiezo al subir los primeros escalones y si no me llega a tener sujeta me dejo los dientes en el suelo. Me aprieta contra su pecho y el aroma fresco de su colonia se introduce en mi nariz hasta casi hacerme babear. Cierro los ojos y me deleito con el tacto y el aroma. No me atrevo a mirarlo directamente, así que trago saliva, pero no intento soltarme.

El cúmulo de circunstancias se alían para ayudarme a superar el incómodo momento. Me toma en brazos y al cerrar los ojos me abandono a un dulce sueño de borracha.

CAPÍTULO 3
El hallazgo

Despierto con un terrible dolor de cabeza, en mi cama, vestida con el sujetador y el culotte. No recuerdo cómo llegué aquí, ni cómo me desnudé. Me dejo caer en la cama y el movimiento me provoca un estallido en la cabeza, gimo y me acurruco. Una sombra cae sobre mí y unos dedos me abren el párpado derecho.

—Buenos días, señorita —me abre el otro párpado—, espero que te duela mucho la cabeza.

—¡Oooh! ¡calla, retorcido! —digo y se me escapa un gemido, así que meto la cabeza bajo la almohada.

—Toma —se sienta en la cama junto a mí—, bebe esto y traga el ibuprofeno, verás como te sientes mejor.

—Lo dudo —contesto medio asfixiada.

—Vamos, no seas cabezota. —Me quita la almohada y tira de mí para incorporarme.

Me siento y cojo el vaso, lleno de un dudoso líquido oscuro. Huele fatal, pero me tapo la nariz y me lo bebo. Me detengo solo para coger la pastilla. Al terminar me dejo caer otra vez en la cama, hasta que recuerdo lo que llevo puesto, entonces me tapo con la sábana y cierro los ojos.

—No te preocupes, ya he visto todo lo que tratas de esconder. —Su voz suena extrañamente ronca.

—¿Tú?, ¿tú me desvestiste? —pregunto y lo miro enfadada.

—Tú no estabas en condiciones de hacer nada por ti misma. Solo quería que estuvieses cómoda —me guiña un ojo—, pero te juro que lo hice con los ojos cerrados.

—Ya. —Resoplo—. ¿Te tomaste más libertades?

—¿Por quién me tomas? —responde ofendido.

—Por un acosador que me trajo a la fuerza y me desnudó, y…

—¡Un momento! —Su cara de enfado cuadra perfectamente con su voz brusca—. No te he acosado ni te traje a la fuerza —dice y después traga saliva—, y si te desnudé fue para ponerte cómoda. Solo quise portarme como un amigo. —Hace una cruz con los dedos sobre el corazón—. Palabrita del niño Jesús.

—De todas formas, ¿qué haces aún en mi casa? —El malhumor me sale por las orejas.

—Quería asegurarme de que estabas bien. —Me mira muy serio —. Ahora que no me necesitas, me voy. —Se da la vuelta.

—Adiós y gracias —digo bajito.

—De nada. —Gira la cabeza y me sonríe—. Nos vemos el lunes.

Entre la resaca y el mal humor, paso la mañana en la cama rumiando lo que sucedió anoche. Intento recordar lo que pasó, pero nada, desde que vi aparecer a Felipe y Andrés no tengo ningún recuerdo. Por más que escudriño en mi memoria estoy en blanco. No es que dude de la palabra de Juande, pero yo no soy así. No me emborracho porque nunca me excedo con las copas, además solo bebí cerveza y, por supuesto, que no mezclé bebidas.

Me quedo dormida mientras mi cabeza arde en busca de recuerdos de la noche pasada. Un *flashback* me hace lanzar un gemido; puedo ver a Juande llevarme en brazos. Recuerdo su aroma y la forma en que reaccioné a su cercanía. Meto la cabeza bajo la almohada y deseo que el tiempo vuelva hacia atrás para evitar los sucesos de anoche.

Susi me llama horas más tarde para saber cómo estoy, por su forma de hablar deduzco que está igual que yo, y lo mismo pasa con Mamen. Las tres nos prometemos contenernos la próxima vez que

salgamos, aunque no nos arrepentimos de nada. Me siento tan mal que solo deseo que el día pase rápido y despertar el domingo sin dolor. Vuelvo a dormirme y sueño con una voz susurrante y el fresco aroma de colonia ligeramente especiado con sándalo y revuelto con menta. En sueños puedo ver esa sonrisa ladeada que remueve mis entrañas y me hace añorar cosas que no debiera.

El lunes llego temprano a la excavación y al buscar las llaves recuerdo que se las di a Juande. Me doy un pescozón mental. Miro la hora, falta más de media hora para que empiece la jornada laboral, por lo que me doy media vuelta y busco una cafetería en la zona donde hacer tiempo hasta que llegue el señor de las llaves. Río para mí ante el apodo que se me acaba de ocurrir, pequeña satisfacción para tantos malos ratos que me está haciendo pasar el susodicho. Todavía me cuesta recobrar la paz interior si pienso en lo ocurrido el fin de semana, pero hago de tripas corazón y me recompongo poniendo mi máscara de profesionalidad.

Vuelvo a la excavación y veo que Juande llega al mismo tiempo que yo, me mira con esa sonrisa ladeada y esta vez hace que me tiemblen las piernas.

—Buenos días —saludo enterrando el hacha de guerra.

—Buenos días, veo que estás mejor. —Sonríe con picardía.

—Es lo que tiene descansar —murmuro malhumorada por su buen humor.

—Me alegro. —Abre la puerta y me cede el paso.

Voy a grandes zancadas hasta la tienda para dejar la mochila, y luego saco de la caseta el material para continuar la excavación. Repaso el espacio y siento que queda poco para descubrir la entrada del *tholos*. Llegan los voluntarios y entre los cinco organizamos el trabajo de tal forma que va todo sobre ruedas. Ni nos estorbamos ni nos entretenemos con tonterías.

Me incorporo para estirar la espalda y compruebo el trabajo de todos, hasta que en mi campo visual entra la rechoncha figura del concejal Santos. No está solo. Como siempre, viene acompañado de

su chófer barra guardaespaldas. Está discutiendo con Juande y por los gritos que me llegan y el movimiento nervioso del concejal, intuyo que no está muy contento. Veo que mi compañero me observa, tiene la cara algo pálida, o al menos eso me parece. También el entrecejo fruncido, pero niega con la cabeza con tanto énfasis, que pienso le debe doler el cuello con tanto movimiento. Después de varios gritos e improperios del *gordobeso* de Santos, veo que Juande agacha la cabeza y el concejal se marcha hecho una furia. Si sigue así le dará un infarto.

No es que le desee nada malo, pero me hace gracia su exaltación por todo. Cómo se le hincha la carótida y su piel se vuelve arroalada destacando así aún más su calvicie rasurada. Este hombre cada vez me gusta menos. Niego con la cabeza y me saco los pensamientos más oscuros.

Guardamos las herramientas. Yo me retraso ordenando el material y dejándolo listo para el día siguiente. Luego voy a la tienda para recoger mi mochila y espero una explicación de la discusión que ha mantenido con el concejal.

—Hola —Juande está sentado mirando un mapa de la excavación—. ¿Qué quería el concejal?

—Lo de siempre —contesta serio—. Me presiona para que cerremos lo antes posible los estudios.

—Deberías decirle que este trabajo necesita tiempo.

—Ya. ¿Se lo dijiste tú?

—Pues sí —me siento frente a él—, por eso te trajeron a ti.

—Pues yo no me dejaré sustituir.

—¿Acaso yo me he dejado? —Frunzo el ceño.

—No escuché que te quejaras por mi entrada al equipo. —Levanta una ceja.

—Tal vez porque no me sustituyó, solo me puso un jefe —digo con sorna.

—El caso es que tiene prisa porque cerremos la excavación y no sé cómo darle largas. —Suspira.

—Fácil, dile que tenemos algo grande por sacar y que será un bombazo. —Me río.

—Eso no cuela, tiene tanta prisa que le da igual la fama que le traiga el descubrimiento.

—Pensaré en algo. —Me cargo la mochila al hombro—. Nos vemos mañana.

Cojo el autobús y tarda una eternidad en subir al centro, hay un atasco de narices. Al final, viendo que apenas avanza, me bajo en el parque de La Victoria y callejeo hasta llegar a casa. El problema con el concejal todavía me reconcome. Tal vez debería hablar con el rector de la universidad para que nos ayude a mantener la excavación. En el tiempo que llevo trabajando en el yacimiento nunca he acudido a pedir ayuda al rectorado, no entiendo por qué se me ocurre buscar soluciones para salvarle el puesto. La antigua camaradería está tan atrás que apenas es un susurro en el viento y, sin embargo, cada día la siento más presente en mi vida. Necesito tomar distancia como dice Susi, retomar mi vida sin Juande, volver a mis rutinas sin que me remueva los sentimientos de antaño.

¿A quién quiero engañar? Necesito un hombre en mi vida si no quiero caer en el embrujo que está tejiendo a mi alrededor.

Por mucho que he intentado alejarme de mis sentimientos hacia él, al día siguiente le comento mi idea a Juande, pero niega con la cabeza. La iniciativa privada que costea parte de la excavación es quien presiona, luego enfrentar a los patrocinadores no cree que nos lleve a ningún sitio. Estamos discutiendo los pros y contras cuando entra Miguel acelerado y nos distrae.

—Ya está. —Nos mira sonriente y excitado por la carrera—. Hemos llegado al final de la escalera y… ¡Es sorprendente! —grita emocionado.

Sin perder tiempo corremos hasta la zona y vemos a los chicos mirando hacia abajo con caras de asombro. Casi le hago un placaje a Juande para llegar primera a la zona, y digo casi, porque él reduce la velocidad y me deja pasar con elegancia. Yo paso de eso, estoy

deseando ver a dónde conduce. Bajo las escaleras con tanta rapidez que casi me caigo. Juande me sujeta desde atrás.

—Tranquila, loca, si lleva ahí miles de años, puede esperar unos minutos más para que la veas. —Noto que me suelta a desgana.

—¡Ja!, ¡muy gracioso!

Miro ojiplática el final de la escalera. Es una rueda, una gran piedra en forma de rueda colocada de tal forma que obstruye la entrada. Juande se une a mí y comienza a pasar las manos por toda la superficie. Yo lo imito, pero desde el lado contrario. Mis manos tocan pequeñas aberturas alrededor de la rueda, lo miro y asiente con la cabeza; él también las ha notado. Parece que no necesitamos hablar, nos entendemos con la mirada. Iluminamos la zona con linternas y contamos las muescas.

—Bueno, creo que deberíamos hacer un pequeño agujero, para compensar la presión atmosférica y ventilar el aire viciado del interior —digo y miro a Juande para ver qué le parece.

—Tienes razón. Incluso podríamos meter un pequeño catéter con una cámara y ver lo que hay dentro.

—Buena idea, pero no tenemos. Tendremos que hacer una petición y a saber cuándo nos lo darán. —Mi entusiasmo se desinfla.

—Déjame eso a mí. —Se vuelve hacia los chicos—. Bien, vamos a recoger por hoy. Mañana empezaremos a descubrir el *tholos.*

Al día siguiente llego temprano, pero no antes que Juande. Debo de tener cara de muerta, porque me he pasado toda la noche dando vueltas en la cama, los nervios no me han permitido descansar y eso que lo he probado todo: leche caliente, una infusión de valeriana, incluso me serví un vaso de *whisky*, pero no ha servido de nada. La expectación de lo que encontremos hoy me tiene los nervios de punta. Casi puedo mascar el triunfo, este hallazgo nos dará la proyección que necesitamos para impulsar la excavación, y esa emoción me tiene como una niña el día de Reyes. No es que quiera relevancia profesional ni nada de eso, es el hecho de dar al mundo una nueva fuente de información. Porque hay algo que tengo

claro: sin pasado no hay futuro, necesitamos saber de dónde venimos para saber a dónde vamos.

Entro en la tienda y sorprendo a Juande con un portátil. Tiene abierto el AutoCAD y varias capas del plano de la excavación se superponen. El efecto es increíble, parece cobrar vida en la pantalla.

—Vaya, ¿ya has preparado el plano en el ordenador? —digo mientras me acerco y me inclino a su espalda para observar mejor. Hasta mí llega el olor fresco y especiado de su colonia, el leve toque de sándalo con toques de menta invade mis sentidos y me hace desear acercarme a él para saturar mi olfato. Huele tan bien que sin querer me relamo como un gato. Me doy un coscorrón mental y sacudo la cabeza para alejar esos tontos pensamientos que me provoca su simple aroma.

—Sí, quiero utilizarlo por si sube la presión para que cerremos. —Se aparta a un lado y me deja mirar con libertad.

—¿Y si además hacemos una reconstrucción de cómo era la ciudad? —añado y lo miro esperando su respuesta.

—Eso puede ser muy vistoso, pero necesitamos argumentos económicos para convencerlos. —Echa una ojeada a su reloj y se da unos golpecitos en la sien.

—No puede ser que este asentamiento, que es un modelo singular de hábitat de la prehistoria de Europa Occidental, se deje de estudiar e investigar por culpa de los intereses de unos pocos.

—No hace falta que me convenzas a mí, pero te diré una cosa, esta excavación se interpone en la expansión de la ciudad. Te puedes imaginar lo que ello supone. —Tiene una expresión seria al decirlo —. El dinero presiona, esta gente no sabe nada más que de beneficios.

Lanzo un sonoro bufido y me siento frente a él para continuar la conversación.

—Revisa las capas y confirma las medidas, yo mientras buscaré el catéter y la cámara. —Se levanta y sale antes de que pueda negarme.

—De acuerdo, pero solo porque vas a por la cámara —refunfuño—, este es tu trabajo.

—Y el tuyo también, señorita, eres tan responsable de esta excavación como yo.

Sale antes de que pueda replicarle, pero me deja con una sonrisa de oreja a oreja. No lo pienso más, me pongo ante el ordenador y saco mi libreta de acotaciones, me centro en análisis y comparativas del plano con el terreno. Puedo avanzar el trabajo porque nadie me molesta, los chicos están haciendo un cribado exhaustivo de la tierra despejada.

La entrada de Juande me saca de mi concentración.

—¿Has tenido suerte? —Me levanto con prisa.

—Sí, mañana nos lo traerán.

—¡Bien! Eres el mejor. —Me lanzo a su cuello hasta que me doy cuenta de lo que he hecho, le suelto y me aparto con rapidez—. Lo… lo… siento. —Cojo mi mochila y salgo corriendo de la tienda sin despedirme.

No me detengo hasta pillar el autobús. Todo el camino me voy dando bofetadas, tantas que ya me duelen las mejillas. ¿Cómo puedo ser tan tonta?, pero ¿qué he hecho? Me bajo en la plaza de Las Palmeras y sigo andando como un robot, después de tanto tiempo esquivando sus acercamientos, me siento como una tonta por el arrebato. Debe pensar que no sé lo que quiero, pues tan pronto lo espanto y niego cualquier acercamiento con él, como me lanzo a su cuello y lo beso. Tengo tal batiburrillo en mi mente que siento que el cerebro se me licua y se apodera de mí un sordo dolor de cabeza. Solo pienso en la forma tan estúpida en que me he comportado. Ahora se pensará que puede abordarme.

Dios, cómo odio lo que he hecho. Mañana le pediré perdón. Sí, eso es, mañana le diré que fue un arrebato y que me perdone.

Más tranquila con la dirección de mis pensamientos, entro en casa dispuesta a continuar con mis rutinas.

Al día siguiente, llego otra vez antes de hora y él está en el ordenador. Dejo la mochila en la taquilla y me muevo despacio hacia la mesa. Carraspeo para llamar su atención. Es inútil posponerlo, necesito dejar las cosas claras para liberar mi mente y centrarme en el trabajo.

—Juande, tengo que disculparme —digo sin mirarlo mientras mantengo la cabeza agachada.

—¿Por qué? —Levanta su mirada del ordenador.

—Ayer tuve un arrebato. —Lo miro a los ojos—. No era mi intención abochornarte.

—No te preocupes por eso. —Agita la mano para quitarle importancia al asunto—. Mira, ya está terminado el plano por capas y he empezado la reconstrucción. He utilizado el plano para la planta y estoy terminando la vista frontal. Ahora solo hay que añadir los laterales.

Me asomo al ordenador y se me escapa un silbido. Ante mis ojos veo las construcciones circulares, que forman un poblado enorme. Les ha puesto una techumbre de paja, incluso ha colocado personas junto a uno de los edificios. Me fijo y caigo en que es el *tholos* que estamos excavando actualmente. No lo puedo evitar, una gran sonrisa aparece en mi cara.

—¿Te has quedado toda la noche? —Giro la cabeza hacia él, pero no he calculado bien las distancias y nuestras bocas están casi juntas. Salto hacia atrás como si me hubiese quemado.

—Tranquila, no duermo mucho y anoche estaba desvelado, así que aproveché el tiempo.

Asiento con la cabeza y agacho la mirada, avergonzada. Carraspeo sin nada interesante que decir, pues mi mente se ha quedado en blanco, tras oler su aroma fresco. Me niego a convertirme en una masa de carne, así que salgo de la tienda con tanta rapidez que tropiezo en la entrada con un chico y lo tiro al suelo.

—¡Ay!, lo siento, cielo —exclamo tirando de su brazo para incorporarlo—. Lamento haberte tirado, hijo.

—No pasa nada, señora, solo ha sido un culetazo. —Me sonríe con simpatía.

—De verdad que lo siento. ¿Te duele en algún sitio?

—No se preocupe. Y no, no me duele nada; salvo el orgullo. —Sin dejar de sonreírme y mientras se sacude los vaqueros, entra en la tienda.

Me alejo de la puerta y voy a la excavación del *tholos.* Allí, los chicos tienen preparadas varias carretillas listas para deshacerse de la tierra, las sacan hasta la entrada y las vacían en el sitio preparado para ello. Mientras, yo hago un repaso visual de las escaleras y, por último, vuelvo a palpar la roca de la entrada. Me empapo de su textura y color, busco todas sus muescas y les busco un significado. Estoy intentando analizar el exterior antes de entrar, así que cierro los ojos y me dejo llevar por lo que mis dedos y mis manos perciben. Un escalofrío recorre mi cuerpo y me enderezo mientras me alejo de la piedra.

—Bien. ¿Dónde crees que deberíamos hacer el agujero? —Juande me habla con un ronco susurro.

—No sé… ¿Qué tal en el medio? Así podremos controlar las tres alturas. —Sonrío tensa.

—Bien pensado, parece que me lees la mente.

Se acerca con un taladro inalámbrico y empieza a presionar en el lateral de la pared, justo donde termina la piedra que tapona la entrada. Le cuesta hacer el agujero y el sudor perla su frente, pero sigue insistiendo. Cambia varias veces la broca hasta que finalmente atraviesa la pared, sube deprisa y vuelve a bajar con un tubo. Me fijo y tiene un cable que lo atraviesa. Con cuidado, hace pasar el objeto por el agujero, lo deja quieto y coge una pequeña pantalla que se ha quedado en el suelo, la enciende y me asombro ante la imagen del interior que nos devuelve el tubo.

A la izquierda se ven varios *pithoi 2* que parecen en buen estado de conservación; a la derecha se ven más que parecen iguales, una mesa de piedra y figuras votivas. Como no hay luz, solo la escasa luminosidad que desprende la cámara no es mucho lo que podemos apreciar si no está casi tocándola.

Sacamos el tubo y dejamos el agujero abierto para nivelar el aire interior con el exterior. Nos miramos nerviosos y sin poder creer lo que hemos visto a través de la cámara. Siento que debo decir algo y me lanzo entusiasmada.

—¡Es fabuloso!, ¿te das cuenta del tesoro que hemos encontrado? —Lo abrazo.

—Sí, fabuloso —dice con voz ronca—. Ahora dejemos que se compense, mañana veremos cómo mover la piedra.

—Pero ¡todavía podemos trabajar un poco más! —me quejo como una niña a la que castigan sin su juguete favorito.

—No. Será mejor esperar a mañana. —Me sonríe—. Vamos a recoger y lo celebramos.

—No sé si estoy preparada para celebrar —digo con voz sombría—. Todavía no se me ha olvidado la borrachera del viernes.

—Tonterías. Además, solo tomaremos una cerveza. —Se pone serio—. Mañana hay que seguir trabajando.

Recogemos las herramientas y salimos los seis, como una panda de amigos. Estamos de buen humor, la expectación por lo que encontraremos en el *tholos* nos embarga a todos. Tanto tiempo trabajando en el yacimiento y este hallazgo nos da esperanza y nos anima a seguir excavando; no todo está descubierto aquí. Nos sentamos en una terraza, al principio del paseo del Bulevar, la zona nueva de Jaén, pedimos una ronda de cervezas y nos traen de tapa un pan con tomate y jamón. Los chicos están muy emocionados, pero no se quedan mucho tiempo, prefieren continuar la fiesta con su grupo, por lo que se despiden hasta el día siguiente.

—¿Te apuntas a otra ronda? —Levanta una ceja retándome a negarme.

—Sí. —De pronto no encuentro palabras para hablar.

—A pesar del hallazgo tenemos que estar preparados para todo —me dice muy serio.

—No entiendo.

—Las presiones urbanísticas siguen ahí —da un trago a su caña —, esto no creo que sirva para detener la ambición de Santos.

—Pero no puede ignorar este descubrimiento, ni taparlo. —Niego con la cabeza.

—Puede y lo hará. Estamos impidiendo que se realice su plan urbanístico —expone muy serio—. Hay mucho dinero en juego, Ana.

—Hay que buscar apoyos, no podemos dejar que entierren el yacimiento —digo ofuscada.

—En ello estoy. —Me guiña un ojo—. ¿Subimos dando un paseo?

—Vale. —Me encojo de hombros y saco el monedero para pagar, pero me sujeta la mano.

—Por favor, deja que te invite.

Asiento con la cabeza y me levanto, al darme la vuelta me quedo mirando el antiguo Banco de España frente a mí y a su lado, la estación de tren. Debe de haber llegado uno, porque salen varios coches y gente arrastrando sus maletas que cruza el semáforo frente a nosotros. Por un momento, pienso en las historias que arrastran esas maletas. No conozco a ningún viajero, pero me alegra que vuelvan a casa. Meto las manos en mis bolsillos traseros y dejo salir la melancolía que me atenaza al darme cuenta de que no hay nadie que me espere, estoy sola.

—¿Vamos? —Se pone a mi lado y subimos por el paseo de la Estación en dirección al centro.

—¿No te pilla lejos mi camino a casa? —Giro la cabeza hacia él.

—¡Qué va, somos casi vecinos! —Se carcajea.

—¿Dónde vives? —pregunto interesada, aunque chasqueo la lengua.

—En el piso de mi abuela, en la calle Hurtado. —Me lanza esa sonrisa ladeada que me desarma.

—Pues es verdad que somos casi vecinos. —Durante un tiempo caminamos en un silencio incómodo.

—Ana —me coge del brazo y me detengo—, me gustaría aclarar algo contigo.

—No hace falta —niego mientras me aparto.

—Quiero hacerlo —aprieta los dientes—, nunca me diste la oportunidad y de verdad que lo necesito.

—Eso quedó en el pasado. —Agito la mano para restarle importancia.

—Yo no llamé a tu marido —dice sin que yo pueda parar sus palabras.

—Si no fuiste tú, ¿quién lo hizo? —Los recuerdos amargos vuelven a mí sin que pueda evitarlo.

—No lo sé. ¿Acaso crees que le hubiera dejado pegarme sin defenderme? Yo no lo llamé, pero sé que hice mal al besarte. —Se detiene frente a mí.

—¿No te defendiste? —Niega con la cabeza—. ¿Por qué?

—Pensé que era lo que merecía, me había metido en su terreno. —Se encoge de hombros—. Además, creí que al decirle que fui yo quien te besó se aplacaría y no la tomaría contigo, pero no fue así, ¿verdad?

—No. —Se me escapa un escalofrío—. Aunque le rogué y supliqué, no quiso escucharme. Según él estábamos liados desde el principio de la carrera, al menos eso fue lo que le dijo al juez cuando nos divorciamos. Ahora sé que lo único que pretendía era quedarse con la mitad de mis bienes. Por suerte, mi abogado pudo demostrar que todo lo que tenía y el capital procedían de la herencia que me dejaron mis padres.

—Lo siento, Ana —me abraza—, nunca fue mi intención hacerte daño.

—No lo pienses más. —Me detengo y me quedo pensativa—. En realidad, me hiciste un favor, se me revuelve el estómago de pensar lo que habría pasado si hubiésemos tenido hijos.

—Sí, una suerte. —Me mira y su expresión dudosa hace que lo mire con intensidad—. Todavía siento algo por ti —confiesa.

—No deberías —le sonrío con tristeza—, me he comportado como una niña al no querer hablar contigo —contesto y lo miro a los ojos, aunque se me escapa un suspiro.

—Lo de la plaza para ir a Egipto con el equipo de excavación no fue cosa mía. Nunca lo solicité, simplemente llamaron al siguiente en la lista de los mejores expedientes.

—Lo sé, no lo quería reconocer, pero fue culpa mía. Estaba tan obsesionada con evitar el divorcio, que no leí las cartas de la universidad ni atendí llamadas. Me da vergüenza admitirlo, pero en esa época lo único que quería era a Simón, fue mi tabla de salvación cuando murieron mis padres y no quería perder el único pilar de mi vida.

—¿Fue muy duro? —Coge mi mano y me acaricia la palma dibujando circulitos con un dedo.

—¡No te puedes ni imaginar! —Intento sonreír—. Por suerte, tenía amigas que me apoyaron.

—Me hubiera gustado estar contigo. —Su voz se va volviendo cada vez más ronca.

—No digas tonterías, ¡en esos tiempos no te quería ver ni en pintura!

—Y ahora tampoco —responde y me sonríe con tristeza.

—Eso no es del todo cierto —agacho la cabeza—, la verdad es que estoy deseando llegar a trabajar para volverte a ver.

—Pues lo disimulas muy bien —dice con voz ronca.

—Incluso tengo una canción que me ayuda cuando me siento hundida.

—¡No! —Se carcajea.

—Ajá. La de Juanes: *Volverte a ver*.

—Mentira. —Sus ojos verdes irradian una calidez que me hace temblar.

—¿Te lo demuestro? —En ese momento, sin importarme donde estoy, empiezo a cantar la canción—: *Daría lo que fuera por volverte a ver. Daría hasta mi vida y mi fusil, mis botas y mi fe.*

CAPÍTULO 4

Desde cero

No puedo continuar, Juande me abraza y su boca se apodera de la mía. Me acerca tanto a su cuerpo que puedo notar la dureza de su deseo, sus labios recorren los míos con sutileza, como si fuesen alas de mariposa que cosquillean en mi sensible piel. Me da un mordisquito en el labio inferior que me hace gemir, y aunque parece que no es posible, me pego más a su cuerpo. Abro la boca y su lengua se apodera de mi interior, nuestras lenguas marcan un baile más antiguo que el tiempo. Descargas de adrenalina me recorren y siento el deseo líquido entre mis piernas.

Me tambaleo un poco, y eso que llevo las botas de trabajo, aun así, siento que su abrazo se fortalece. No sé de dónde saco las fuerzas necesarias para apartarme, pero lo hago y me arrepiento enseguida, a pesar de lo cual, mantengo la compostura. Le miro, me mira, nos miramos, siento que la electricidad palpita entre nosotros y sacudo la cabeza en un intento de recuperar el aliento.

—Lo siento, me he dejado llevar. —Se da la vuelta—. No volverá a pasar.

—Entonces, tendré que perseguirte y acosarte hasta que lo repitas —digo sonriendo.

Se vuelve con rapidez hacia mí, coge mi cara entre sus manos y se queda absorto mirando. Parece estar descifrando un antiguo código por la seriedad con que lo hace. Acerca su nariz a la mía y su

lengua da un húmedo repaso por el contorno de mis labios haciéndome gemir. Da un paso hacia atrás, pero me coge de la mano con fuerza.

—Será mejor que entremos pronto en tu casa —mira en derredor—, de lo contrario, daremos un espectáculo.

Saco el llavero y se me escapa una risilla tonta. ¿Desde cuándo suelto risitas? Intento recomponerme y tomar un poco de distancia para coger mi dignidad y autoestima y ponerlas en su sitio.

Entramos corriendo de la mano como dos adolescentes, giro a la derecha para coger el ascensor y me sigue. Se cierran las puertas detrás de nosotros, me lanzo a su cuello, le agarro y me empino para tener acceso a su boca. Esta vez soy yo quien controla el beso. Con urgencia le meto la lengua y subo mi pierna hasta su cadera, lo escucho gemir y me vuelvo loca, meto las manos dentro de su camiseta y lo acaricio sin pudor. Trazo círculos alrededor de un pezón y luego del otro, empuja sus caderas hacia mí y un ramalazo de placer me sacude al notar su erección en mi fuente de deseo.

Un carraspeo nos trae a la realidad.

—Si queréis intimidad, será mejor que entréis en casa —dice Maruja, mi vecina, entre risitas.

—Lo siento. —Me separo con rapidez de Juande y tiro de su mano para que me siga.

Meto la llave con nerviosismo en la cerradura y abro la puerta con tanta fuerza que golpea contra la pared. Me engancho a su cuello y cierro de una patada cuando entra. Lo retomamos donde lo habíamos dejado, salto y me engancho a sus caderas mientras chupo sus labios; primero el superior, luego el inferior. Él me coge por el culo y me sujeta a su cuerpo, me restriego contra su bragueta sin vergüenza y gimo en su boca perdida en las sensaciones que me provoca.

—Espera, nena.

Me deja en el suelo y se baja con prisa los pantalones. Yo le imito, pero necesito quitarme antes las botas, por lo que me piso

una y saco el pie, luego hago lo mismo con la otra. Un minuto después, me quito el pantalón y las braguitas al mismo tiempo para volver a agarrarme a sus caderas con mis piernas.

—Eso es, nena, sujétame fuerte entre tus piernas. —Gime en mi boca.

Siento las chispas crepitar entre nosotros mientras nuestros cuerpos se mecen a un ritmo enloquecedor; mi alma llora de alegría. Puedo sentir cómo nuestra unión traspasa las barreras del tiempo, nuestros cuerpos no son los nuestros, pero, aun así, lo son. Esta dicotomía me satura los sentidos. Me centro en lo que realmente importa, Juande, yo y el tiempo que hemos perdido. Ahora, sé que él era lo que estaba esperando, la mitad que me faltaba, y lo demás, queda en el olvido. Los espasmos de placer que recorren mi cuerpo me hacen levitar y escapo a una vida, donde él y yo nunca nos separamos.

El beso en la frente me trae de vuelta a la realidad. Me bajo de sus caderas y voy al baño corriendo, pues noto su semen bajar entre mis piernas y me estremezco. Dios, ¿cómo he podido hacerlo sin condón? Cierro la puerta con fuerza y me agarro al lavabo mientras se me escapa un gemido de dolor. ¿En qué estaba pensando?

«Admítelo, tonta, no pensabas, solo te has dado una alegría». Sacudo la cabeza y me meto en la ducha para no escuchar la voz de mi conciencia. Me lavo con prisa, sobre todo en mi sexo, un intento infantil de eliminar su esperma de mi interior. Lo siento abrazarme desde atrás y besa mi nuca, me tenso ante su intrusión al baño y a mi intimidad. Voy a protestar, pero él me da la vuelta y pone un dedo en mi boca.

—No lo pienses —vuelve a besarme—, ha sido un desliz. La próxima vez me pondré protección, pero quiero que sepas que estoy limpio.

—Yo también, pero no tomo anticonceptivos —digo en voz baja.

—Lo siento. Si pudiera dar marcha atrás en… —Me mira pensativo—. Qué coño, ¡lo repetiría ahora mismo sin importar las consecuencias!

Me besa con fuerza y se apodera de nuevo de mi voluntad, nuestros cuerpos se unen bajo la cascada de agua. No puedo negarme, porque yo también lo deseo. Hace tanto tiempo que no me sentía tan bien, que solo pienso en aprovechar el momento. Escalofríos de placer recorren mi espalda, pero yo solo quiero pegarme más a él, quiero sentir su cuerpo junto al mío y dejar que nuestras almas se toquen de nuevo. No lo puedo evitar, el orgasmo me sacude arrollador, mi cuerpo se convulsiona extrayendo coletazos de placer con cada movimiento, entonces lo siento salir de mí y su líquido caliente cae en mi espalda junto con el agua.

Me da la vuelta y me besa con amor, porque este beso va cargado de amor. Una lágrima escapa de mis ojos y al darse cuenta me aparta.

—Ana, ¿te arrepientes? —Su mirada tiene un contenido de súplica que me hace tragar saliva.

—No —niego al mismo tiempo con la cabeza—, pase lo que pase después, ha sido maravilloso. —Le doy un piquito y me enjabono bajo el agua.

Lo veo sonreír y me quita la esponja para frotarme con cuidado. Muy despacio, enjabona todo mi cuerpo, incluso entre mis piernas y me muerdo el labio inferior con fuerza para acallar mi deseo. Le quito la esponja y le devuelvo el favor, aunque me vuelvo creativa y doy pequeños besos en su piel bronceada, arrancándole varios gemidos.

Salgo y me pongo el albornoz, y le saco una toalla de baño con la que lo envuelvo como si fuera un niño. Froto con cuidado: primero los brazos, después la espalda y los pectorales. Vuelvo a mirarlo y me relamo como un gato.

—Me vas a matar —dice entre gemidos mientras sujeta mi cabeza y me besa.

Nos quedamos dormidos abrazados. En mi vida he dormido tan bien y al despertar, estoy tan relajada que ni me doy cuenta de su presencia hasta que intento moverme. Giro la cabeza y me

encuentro sus achinados ojos verdes fijos en mí. Me estiro en lo que pienso es una pose sensual.

—Buenos días. —Me incorporo sobre un codo.

—Buenos días, princesa. —Me da un piquito y sonríe.

—¿Has dormido bien? —contesto y le devuelvo la sonrisa.

—Cuando dejaste de excitarme sí —dice con un susurro contra mi cuello.

—¿Tienes quejas? —pongo mi voz más sensual.

—¡Noooo! —Se echa encima de mí—. Cuando quieras, repetimos.

Me besa con pasión. Sus labios no se detienen en ningún sitio, van aleatoriamente por mi piel dejando un reguero húmedo, y aunque deseo que continúe, la realidad se impone: es de día y, si no nos damos prisa, llegaremos tarde.

—Vamos a vestirnos —le susurro en la oreja.

—¡Mierda!

Salta de la cama y sale al pasillo. Vuelve con su ropa en los brazos, se la pone tan deprisa que me hace gracia, luego se sienta junto a mí en la cama y vuelve a besarme.

—Voy a mi casa a cambiarme. ¿Te espero en la Diputación para bajar juntos? —Sus ojos llenos de esperanza me conmueven.

—En veinte minutos estaré allí. —Le doy un piquito, me levanto de un salto mientras sus ojos se entretienen sobre mi cuerpo y le regaño con un dedo—. Llegaremos tarde.

Me ducho con rapidez y me visto con mi habitual ropa de trabajo, cojo mi mochila y salgo a toda velocidad. Me paro en la cafetería La Colombiana y pido dos cafés con leche para llevar. En el semáforo de Diputación lo veo mirando el reloj, me acerco alegre y le doy un beso en la mejilla, lo que le sorprende.

—Toma —le tiendo el vaso de café—, vamos con tiempo.

Con paso rápido, llegamos hasta Cubero, tienda emblemática de Jaén donde suele quedar la gente, además de servir como parada

central del servicio de autobuses urbanos, y pillamos uno justo a tiempo que va al hospital Princesa de España. Nos bajamos en la parada de Donantes de Sangre y seguimos caminando con marcha rápida. Una vez en la valla de acceso al yacimiento, miro el reloj.

—Justo a tiempo, son las ocho.

Miro a ambos lados y veo al grupo de estudiantes andando hacia nosotros, traen una charla muy animada. Nos saludamos y empezamos las rutinas: dejar nuestras cosas y cambiarnos; el que lo haga, porque a mí no me importa ir cubierta de tierra. Sacamos las herramientas, los chicos se las llevan a la excavación mientras yo entro en la tienda y lo veo absorto en el ordenador.

—¿Pasa algo? —Mis manos se pasean por sus hombros para bajar por sus pectorales hasta llegar a su entrepierna.

—No seas mala. —Me sujeta las manos y se gira para besarme —. En marcha, a ver si podemos mover esa piedra. —Me da una palmada en el culo y sale riendo.

La apertura supone todo un reto, así que despejamos el perímetro de la piedra e intentamos moverla, pero no hay forma. Me aparto y miro detenidamente el obstáculo redondo. Me siento en un escalón y repaso las muescas con el dedo, en mi cabeza empiezo a ver engranajes y movimientos. Puedo imaginar el sistema de ruedas necesarias para poner en marcha semejante peso, pero no puede ser algo tan complicado. Después de todo, estamos ante una estructura del calcolítico, debe de ser algo mucho más sencillo que un sistema de ruedas dentadas.

—Se me ocurre una idea —salto para ponerme en pie—, busquemos un hierro que encaje en las huellas, luego vamos poniendo pesos en la parte contraria donde nosotros ejercemos presión, a ver si este movimiento la hace rodar.

—No sé. —Juande me mira rascándose la cabeza.

—Mira. —Saco mi libreta de campo y hago un boceto de lo que he explicado antes.

—Hum…, puede funcionar. —Se vuelve hacia los chicos—. Buscad en la caseta de herramientas a ver si encontráis hierros que nos sirvan.

Salen disparados y nos dejan solos. Su cara se pone a la altura de la mía, me mira con hambre y yo le devuelvo la mirada con las mismas ansias. Me besa despacio y mordisquea mi labio inferior. El beso me sabe a poco y casi me quejo, pero me contengo no sé cómo.

—Cuando acabemos el trabajo, me voy a cobrar lo de esta mañana, bruja. —Me da un besito en la punta de la nariz.

—Ajá. —Lo miro con los ojos entornados—. Te estaré esperando.

—Hemos encontrado estos. —Miguel y Javier vienen cargados de reglas de obra, las sueltan y miran satisfechos su tesoro.

Comprobamos que entran en las aberturas y gritamos al ver que entran, casi unos treinta centímetros dentro de la piedra. Tenemos seis reglas, colocamos tres en cada extremo de los laterales. Juande y los chicos empujan la barra de un lado; nosotras nos subimos a ella y saltamos para hacer más fuerza. El ligero movimiento nos asusta y bajamos de la barra.

—¡No os bajéis!, ¡está funcionando!

Volvemos a subirnos y reímos, emocionados todos al comprobar que la piedra se está moviendo. Sacamos las reglas y volvemos a colocarlas como al principio. Esta vez se mueve mejor, apenas tenemos que hacer fuerza, ya que hemos desplazado la piedra lo suficiente para que pase una persona. Juande nos hace parar, pero no nos bajamos de nuestra barra. Lo veo venir con una amoladora, la enchufa a la alargadera y saca una de las reglas, mide la abertura hasta la piedra en la parte superior, luego marca la regla y con un sonido metálico y entre chispas corta el trozo de metal. Tras ello, va hacia la abertura, la coloca apoyada entre la pared y la piedra que cierra.

—Soltad un poco y dejadla retroceder. Despacio, poco a poco.

Así lo hacemos, él sujeta la barra. La piedra se mueve un poco, la ligera pendiente del terreno y su propio peso la hacen rodar. Escuchamos crujidos, pero al final se detiene todo y vemos que queda sujeta. Juande se aparta de la abertura y nos mira sonriente.

—Ya podéis soltar. —Se mueve hacia nosotros—. Chicos, apartaos del recorrido, y vosotras —nos señala con el dedo—, bajad de una en una y apartaos.

Seguimos las instrucciones al pie de la letra. La última en bajar soy yo, lo tengo a mi lado para cogerme si hay algún problema. Escuchamos crujir la piedra, saltan algunas piedrecillas, pero se detiene enseguida. Saltamos y nos abrazamos eufóricos. Juande me besa en la boca, al principio me dejo llevar, pero escucho carraspear a alguien y me aparto con rapidez. Miro detrás de él y los veo mirar disimuladamente hacia cualquier parte.

—Traed las linternas —hablo con mi voz autoritaria, aunque por dentro me estoy regañando por mi momento de desliz ante los alumnos y me doy un coscorrón mental porque esto no es nada profesional. En poco tiempo, estoy destrozando mi reputación como arqueóloga.

Esto es algo que debo analizar en profundidad, pero no ahora, más tarde.

—Ya habéis oído —ordena Juande.

Salen a escape de allí, lo que aprovecha para cogerme por la cintura y volver a besarme. Su boca se mueve sobre la mía con lentitud pasmosa, me hace gemir y olvido toda mi diatriba interior sobre la profesionalidad y mi forma de comportarme. Solo me importa él, sus labios, sus manos y el placer que me provoca. Me suelta despacio.

—Señorita, no quiero escandalizar a estos jovenzuelos. —Me da un beso en la nariz—. Has tenido una idea genial.

—¡Graciaaaaaass! —hablo mientras intento recuperar el control de mi cuerpo para no volver a lanzarme sobre él.

Vuelven con dos lámparas eléctricas que conectamos a la alargadera y seis linternas; cuatro de sobremesa y dos de mano. Juande me da una de las de sobremesa y él coge una de mano. Lo veo inspirar con fuerza como si necesitase alguien que le dé un empujoncito para entrar, se me escapa una risita y él me mira con el ceño fruncido. Pero no le dura mucho. Al final me guiña un ojo y se pone en la puerta del *tholos*.

—Entraremos por turnos. —Se vuelve y señala a María José, Laura y Javier—. Vosotros esperad fuera, necesitamos que alguien se quede por si se cierra la piedra.

Entramos pisando despacio, con cautela. La luz invade el espacio y se nos escapa una exclamación. Dentro, montones de *pithoi* rodean el perímetro de la sala que es enorme; ayer en el visor de la cámara no me dio la impresión de que hubiera tantos. En el centro hay una mesa de piedra de gran tamaño. Me fijo bien y se me escapa un gritito a la vez que señalo la mesa.

—¡Esto no es una mesa, es una tumba en *cista 3*!

—¿Tú crees? —Juande recorre el perímetro de la supuesta mesa—. Puede ser…

—Seguro. Mira cómo se apoya la losa sobre las otras cuatro, mientras las verticales entran en el suelo.

Seguimos rodeando la mesa. Compruebo la losa superior y la empujo, pero no se mueve. Cansada, me deslizo hacia el suelo y apoyo la cabeza en la losa vertical, Juande se pone ante mí con las piernas abiertas y mira hacia la puerta.

—Trae herramientas para poder abrir la losa.

Levanto la cabeza para mirarlo y se me escapa un grito.

—¿Qué? ¿qué pasa?

No puedo hablar, levanto el brazo y señalo el techo iluminado por las linternas. Él se deja caer a mi lado.

—¡No es posible! —Me mira sonriente—. Eso es… —Niega con la cabeza.

—¡No me lo puedo creer!

Miramos al techo embobados. Está pintado en azul lapislázuli y en su interior hay una mujer con silueta arqueada de perfil, desnuda y alargada. Tiene su piel pintada de estrellas, está flexionada hacia la tierra sosteniéndose con las manos y los pies. Entre ellos, varios niveles de personajes pintados al estilo egipcio.

Se me escapa otro grito.

—¡Es la representación de *Nut 4*! —Me abrazo a él en busca de algo que me diga que lo que veo es real.

—¡Hostia puta!

—¿Juande? —Lo miro y está ojiplático, traga saliva con fuerza.

—¡Esto es una locura! —Me levanto con brío y enfoco la linterna a las paredes—. ¡Joder!, ¡parece una *mastaba 5* en vez de un *tholo*!

—¡No digas tonterías! —exclama poniéndose en pie. Me mira sin saber qué decir.

—Las pruebas están a la vista. —Le señalo las paredes.

Todo el espacio está tallado con bajorrelieves 6 policromados. El estilo es egipcio, con cabezas de perfil y cuerpo de frente, sus brazos largos y estilizados le restan esteticidad a la figura. Me apoyo contra la supuesta mesa, me abrazo y pellizco.

—¡Coño! —Miguel está tan asombrado como nosotros.

—Miguel, ni una palabra de esto. —Me giro hacia él—. Sal y deja que entren tus compañeros de uno en uno.

Las tres veces ocurre lo mismo, el grito exagerado o la palabrota es lo que nos anuncia la entrada de cada uno de los voluntarios.

—Tenemos que poner una puerta —dice Juande y sale del habitáculo.

Dentro nos quedamos Laura, Javier y yo. Ella, fotografía todo por partes intentando que no se le quede ningún rincón. Javier y yo, contamos los *pithoi;* dos tienen tapa y está sellada con lo que parece miel. Eso me hace esperar que su contenido esté bien conservado, ya sea cereal o aceite.

Me tiemblan las manos de emoción. En una esquina hay numerosas figuras votivas, incluso varias herramientas, espadas, hachas y escudos. Niego con la cabeza. Es increíble, si no fuese porque sé dónde estoy, podría pensar que estoy en una tumba egipcia.

El ruido en el exterior me hace volver a la realidad. Salgo de la tumba y veo a Juande junto a los chicos ayudando a otro hombre con una chapa enorme.

—Pero ¿qué hacéis? —Subo las escaleras con rapidez.

—Vamos a asegurar la excavación —responde mientras me mira muy serio—. Este es mi primo Ramón, ha venido en tiempo récord. —Me lanza esa sonrisa ladeada.

—Pero ¿cómo…? —No puedo seguir hablando porque me pone un dedo en la boca.

—Le di las medidas y le dije cómo quería la puerta.

—Vaya, ¡así que te adelantaste!

—No sabía lo que encontraríamos, pero había que protegerlo mientras lo catalogamos. —Se encoge de hombros.

Ramón clava los soportes de la estructura. Son grandes, pero a pesar de ello se introducen lentamente en la tierra. Cuando acaba con los de un lado, se pone con los del otro. Al final la estructura me recuerda a las puertas de los refugios anti tornados que salen en las películas.

Termina de colocar la estructura y abre la puerta tirando hacia nosotros, dejando al descubierto las escaleras. Vuelve a cerrar comprobando la movilidad de la puerta y le entrega las llaves a Juande.

—Tal y como me pediste, primo. Y eso que no me has dado tiempo. —Palmea en la espalda a Juande y se despide.

—Gracias, Ramón, te debo una.

—Si que te has dado prisa. —Rodeo el acceso y compruebo que no hay puntos débiles—. Rápido y eficaz, no esperaba menos de ti.

—Gracias, ahora vamos a la tienda, tenemos que hablar todos.

Cierra con llave la puerta y luego engancha una cadena con candado en unas argollas al principio de la puerta. Los seis nos dirigimos en silencio hacia la tienda. Nos sentamos alrededor de la mesa y esperamos hasta que él se sienta.

—Como habéis podido comprobar, tenemos un buen marrón. —Suspira—. Por un lado, nos presionan para cerrar la excavación, pues los planes de urbanización tienen prioridad para el concejal; por otro, la universidad quiere resultados. —Nos mira uno por uno—. Tenemos que ser muy cautelosos, catalogar todo lo que hay dentro de la tumba. Fotografiaremos y haremos el listado, pero no podemos decir nada a nadie. Escuchadme bien: A NADIE. Por lo menos hasta que hayamos comprobado todo lo que hemos encontrado. ¿Os ha quedado claro?

—Sí, jefe. —Miguel está nervioso—. ¿Seguiremos trabajando bajo la puerta?

—Sí, cuando pregunten diremos que se trata de un almacén. —Observa a los voluntarios—. No podéis decir ni sacar nada de la excavación.

Nos marchamos casi deprimidos. Después de la euforia por el descubrimiento, darnos cuenta de que no podemos decir nada ni celebrar este hallazgo único, nos ha desinflado. Sigo a Juande sin mirar por donde va, hasta que se detiene. Lo miro y señala el coche.

—Hoy subimos en mi coche. —Me abre la puerta y luego se pone en el asiento del conductor.

—Podemos subir andando —hablo en voz baja.

—Así llegaremos más rápido —dice y me aprieta la rodilla—. Además, necesito ropa limpia antes de ir a tu casa.

—¿Vienes a mi casa? —Levanto la cabeza con rapidez.

—Tenemos que seguir trabajando y no quiero ir con prisas por la mañana temprano. —Me da un beso en la mejilla.

—Vale.

CAPÍTULO 5

Incredulidad

Tomamos la variante sur y subimos hasta la rotonda de la Alcantarilla, donde termina la carretera del colesterol; después sigue Adarves Bajos y continúa hasta San Ildefonso, gira en la calle Hurtado y mete el coche en el parquin. Me coge de la mano y salimos a la calle para entrar al edificio donde vive, que está junto al aparcamiento, pero no tiene acceso directo desde el mismo. Abre el 1º B y entra deprisa mientras me dice que me siente, el piso es viejo y se nota que no se ha remodelado ni decorado desde que vivía aquí su abuela. Me siento en una butaca a esperarlo, pero no tarda mucho. Me da un beso en la frente y me ayuda a levantarme.

—Vamos —lleva una mochila grande sobre un hombro—, si no fuera porque es el piso de mi abuela y puede aparecer por aquí cualquier familiar, te invitaría a quedarte.

—No te preocupes. —Le sonrío—. Entonces, ¿no es tuyo el piso?

—No, es de mis padres y mis tíos, pero no se deciden a venderlo, por eso lo utilizamos mis primos y yo para vivir independientes cuando venimos a Jaén.

—¿No vives aquí?

—No tengo casa en ningún sitio, todavía no he sentado la cabeza como dice mi madre. —Me lanza esa sonrisa ladeada.

Entramos a mi edificio en silencio, pero nos reímos al llegar al ascensor cuando recordamos la regañina de Maruja. Abro la puerta y le conduzco hasta el dormitorio.

—Si quieres, puedes sacar tu ropa para que no se arrugue. Hazte sitio en el armario y los cajones.

—¿Puedo? —Levanta una ceja—. Entonces creo que pondré mis calzoncillos junto a tus bragas —dice y ríe divertido alzando de manera cómica las cejas.

—¡Serás malo! Para que conste, puede que no tengas sitio.

—Mejor, así se apretarán más. —Hace una imitación de escalofrío—. ¡Qué gusto!

—¡Payaso! —Me carcajeo—. Voy a darme una ducha.

Me desnudo y abro el grifo. Estoy metiendo el pie en ella, cuando entra Juande.

—¿Puedo? —Mueve las cejas arriba y abajo cómicamente.

—Por favor. —Le guiño un ojo y entro.

Me estoy mojando la cabeza, entonces, me toma desde atrás por la cintura, sus labios recorren mi nuca y descienden por la columna trazando un camino ardiente que me hace temblar. Me da la vuelta y se arrodilla a mis pies, en mi vida he disfrutado tanto de una ducha. Me deja temblorosa después de tener el orgasmo más asombroso de mi vida. Todavía estoy reponiéndome del placer que me ha dado, cuando me abraza con fuerza y susurra en mi oído.

—Podría alimentarme solo de ti. —Restriega la nariz en el hueco que queda entre mi cuello y el hombro.

—Entonces, creo que me toca a mí comer. —Me pongo de rodillas y le retribuyo el favor.

Me ayuda a incorporarme y me besa con pasión. Nos separamos a desgana y como el día anterior, nos enjabonamos mutuamente; todo lo convertimos en un juego. Nos secamos y salimos corriendo hacia el dormitorio para vestirnos, abro el cajón de mi ropa interior y sonrío al ver sus calzoncillos junto a mis bragas.

Voy a coger una, pero la dejo y saco un tanga de encaje, me lo pongo y le escucho emitir un gritito.

—¡No puedes ponerte eso! —Traga saliva ruidosamente y se relame—. ¡Tenemos que trabajar, Ana!

—No te preocupes, que no lo volverás a ver. —Sonrío y me pongo una camiseta larga.

—Ya, pero yo sé lo que llevas —lo dice tan bajito que apenas lo escucho.

Se acerca al cajón y saca un bóxer blanco. Ahora es mi turno de gemir, pues veo su gran erección y chasqueo la lengua.

—Si seguimos jugando, no podremos trabajar. —Le guiño un ojo.

Paso por su lado y salgo del dormitorio, no sin recibir antes una nalgada. En la cocina preparo una ensalada. No tengo que esperar mucho, entra vestido solo con el bóxer y esa sonrisa ladeada, se acerca a mí y me da un beso de los que yo llamo de tornillo. Se me escapa un gemido.

—Por favor, ¿no tienes nada para vestirte? —le digo con un falso enfado.

—Estoy tapado —dice con fingida seriedad.

—Sírvete. —Niego con la cabeza, le acerco un plato y el bol de la ensalada.

—¡Qué sano! —dice mientras se relame—, pero ¿no tendrás también algo con proteínas?

—¡Vale!, ¡déjalo ya! —Me río.

Mientras comemos, hablamos de la tumba. Yo le advierto que tiene algo diferente, incluso los *pithoi* tienen algo que me recuerda a otra cultura. Él defiende que las pinturas son claramente egipcias, las del techo son iguales a la bóveda celeste de la tumba KV55Yl y yo no se lo puedo rebatir, no he estado allí, pero puedo buscar las imágenes. Terminamos de comer y recogemos los platos, le cojo la mano y vamos al despacho. Al entrar, él pega un silbido, lo que me hace reír.

—¡Menudo despacho! —Mira las estanterías hasta el techo llenas de libros, luego pasa la mano por una de las mesas.

—Está tal y como lo dejaron mis padres —digo orgullosa—. Solo he añadido algún libro que otro.

—Es magnífica. —Va leyendo los títulos de los libros ordenados con pulcritud por temas.

—Lo sé —digo con orgullo y me acerco a la sección de Grecia. Repaso con el dedo los títulos hasta que encuentro el que busco. Me siento en una de las mesas y hojeo entre sus páginas—. ¡Aquí está!

—¿Qué? —Se acerca y mira sobre mi hombro—. ¿Qué pasa? Son *pithoi.*

—Sí, lo son, pero son de Creta. Mira —le señalo una fotografía —, son iguales a los nuestros: las figuras geométricas recorren el diámetro en varias circunferencias, y esto —le señalo las serpientes —, esto es muy de Cnosos*.*

—Eso parece. —Acerca su nariz a mi pelo y le escucho olisquear —. ¡Qué bien hueles!

—Haz el favor —le regaño—. Tenemos que trabajar. —Busco más imágenes de los *pithoi,* pero él me pone en pie.

—Creo que ahora tienes que ayudarme a buscar semejanzas de la pintura. —Me da un piquito.

—¿No decías que son egipcias? —Me cruzo de brazos.

—Pero quiero descartar otras influencias.

Me levanto y voy hasta la sección de Egipto, repaso los títulos y saco uno. Me siento en la mesa y busco en el índice referencias a *Nut*.

—¡Ja! ¡Mira! —Le doy la vuelta al libro y lo pongo frente a él—. Dime si no es igual. Pero fíjate que las líneas de personas bajo *Nut* están divididas según su clase social, no como en nuestra pintura.

—Tienes razón, como siempre. —Se levanta y pone un pósit. Luego hace lo mismo con el libro de Creta—. Estos nos los

llevaremos mañana —me mira—, ahora deberíamos descansar para llegar temprano.

—Vamos. —Apago la lámpara sobre la mesa y cojo los libros.

—Dime, ¿tienes mucho sueño? —Me agarra por la cintura.

—Hum, puedo esperar a dormir con el aliciente adecuado —afirmo a la vez que me muevo entre sus brazos.

—Entonces no se hable más. —Me coge en brazos, me echa sobre su hombro y corre hasta el dormitorio conmigo dando botes.

—Suéltame tonto, que te vas a hacer daño. —digo riendo a carcajadas y le hago cosquillas antes de que me deje caer en la cama.

Nos rebozamos como croquetas entre las sábanas mientras nos hacemos cosquillas mutuamente. Las risas llenan el silencio de mi casa. Hacía mucho tiempo que no se las escuchaba entre estas paredes y eso aligera mi corazón como nada. Entre lágrimas lo veo reír y ponerse sobre mí, pero no hace nada más.

—Hace mucho que sueño con esto. —Restriega su nariz con la mía—. Desde que te conocí, sentí una conexión contigo que nunca he vuelto a sentir, un rayo atraviesa mi cuerpo desde un extremo a otro y me siento morir si no te toco. —Besa mis mejillas—. Pero es mi corazón el que ha sobrevivido a tu ausencia, y créeme, no ha sido fácil vivir con las migajas que dejaste. He conocido a otras mujeres, pero ninguna ha llenado mi corazón ni mucho menos me ha robado el alma.

Se levanta y lo veo sacar un reproductor MP3, me pone un auricular y él se pone el otro. Escucho con atención y suenan los acordes de *El alma al aire* de Alejandro Sanz.

Yo quiero el aire que tiene tu alma
Yo quiero el aire que, que vive en ti
Yo quiero el aire, aire que derramas

Mientras la escucho, las lágrimas salen sin control de mis ojos, me las limpio, pero no hay manera, vuelven a salir. La música, junto

con la declaración que acaba de hacer, me pone llorona. Se incorpora y me las seca dándome tiernos besos. Recoge la humedad con tanta dulzura, que me hace derramarlas con más fuerza.

—Princesa, no llores, por favor. —Coge mi cara entre sus manos —. Mírame.

—Lo siento, es que me encanta esta canción y saber qué piensas en mí con ella… —Se me escapa un sollozo—. Abrázame. —Me coge entre sus brazos y me sienta en su regazo. Su cuerpo me envuelve mientras besa mi frente con dulces besos y me relajo tanto que cierro los ojos.

Me despierto y estoy sola en la cama. Miro hacia la ventana y veo el cielo clarear, me estiro y me levanto. Salgo en busca de Juande y lo encuentro en la cocina, está vestido solo con el bóxer de espaldas a mí. No me escucha porque veo asomar el cable de los auriculares y su cuerpo cimbrea al ritmo de lo que esté escuchando. Trago saliva y me acerco despacio sin hacer ruido, lo abrazo por la espalda y la riego con montones de besos. Se vuelve y me coge en alto para besarme, engancho las piernas alrededor de su cintura y le devuelvo el beso con pasión.

Me aparto y me chupo los labios relamiéndome. Sabe a café, dulce, excitante y adictivo. Le pongo un dedo en la boca y sonrío, de pronto me deja en el suelo.

—Desayuna o llegaremos tarde —dice al mismo tiempo que me da un beso en la nariz.

—¡Pero si acaba de amanecer! —me quejo.

—Pero tenemos que llegar pronto para empezar el inventario. —Me da una nalgada y sale de la cocina.

—¡Vale! Pero que conste que no nos pagan horas extras —le grito a su espalda.

Bajamos en su coche, lo cual me incomoda. Me gusta caminar si voy con tiempo, ya que me despeja y me anima a empezar el día. Mentalmente me voy trazando líneas de actuación para la jornada. Es mi rutina, debo tenerlo todo organizado, y aunque en los últimos

días he estado un poco dispersa, quiero retomar mis hábitos para el trabajo.

Dejamos nuestras mochilas en la taquilla de la tienda y nos acercamos casi a la carrera hasta la entrada de la excavación, saca el llavero, abre primero el candado y luego la puerta, bajamos y encendemos todas las linternas. La magnitud de lo que mis ojos ven me encoje el corazón. Miro en todas direcciones empapándome de toda esa belleza.

—Me gustaría saber lo que almacenan esos *pithoi.* —Lo miro expectante.

—Antes debemos contar cuántos hay y describir los modelos.

—Ya… Solo era un deseo. —Le doy una nalgada y se sorprende.

—Más te vale correr antes de que me las pagues, bruja. —Se ríe mientras sube tras de mí.

Caemos al suelo entre risas, mientras nos pellizcamos y cosquilleamos. Un carraspeo nos interrumpe y nos levantamos de un salto riendo todavía.

—Buenos días, madrugadores. Empezad sacando fotografías y clasificando. —Juande se pone serio, pero se le escapa una sonrisa.

—Sí, jefe. —Miguel baja con una libreta y una cámara de fotos mientras le siguen los otros voluntarios entre risas y juegos.

El viernes tenemos terminado el inventario y nos felicitamos por lo rápido que ha avanzado el trabajo, por lo que decidimos darles libre lo que queda de jornada y nos quedamos recogiendo. En tanto los chicos, se marchan con alegría, dejamos las linternas en el interior de la tumba, solo las apagamos, y como tenemos la puerta que cierra la excavación, dejamos las picas, catalanas, cepillos y brochas en el interior del *tholo*.

Subimos las escaleras de la mano, yo detrás de él pellizcándole el trasero, de pronto se detiene y casi me lo como. Me asomo por su derecha para ver lo que le ha detenido. Se me escapa un gemido de desagrado, pero me callo al sentir el apretón que me da Juande en la mano.

—Concejal Santos, ¿qué le trae por aquí? —Juande se tensa aún más si cabe.

—Necesito saber cuándo se concluyen los trabajos —dice con voz rotunda.

—Pues queda mucho para terminar y más después de lo que descubrimos. —Me adelanto y me pongo junto a Juande. Me aprieta con fuerza e intenta que desande el camino.

—No es eso lo que quería escuchar —dice enfadado el *gordobeso*.

—Señor Santos, cálmese. —Juande me mira y leo en su mirada que me calle.

—No, señor Fernández, no necesito calmarme, ¡necesito que termine este despropósito para poner en marcha la expansión de la ciudad! —termina gritando—. ¿Se da cuenta de que usted y nadie más, es el responsable de la paralización del plan general de ordenación urbano?

—Si me permite que le enseñe la excavación, comprenderá por qué no podemos cerrarla. —La voz conciliadora de Juande no tiene nada que ver con su cara de enfado.

—¡Veamos ese descubrimiento! —Nos indica que bajemos, y no se me escapan los gestos que dedica a los dos tipos que lo acompañan que son como armarios empotrados.

Me adelanto para encender las linternas y escucho las pisadas que me siguen. Estoy poniendo la última linterna de mesa, cuando entran uno detrás de otro y Juande se coloca a mi lado.

—Como puede ver, el hallazgo es asombroso. —Hace un movimiento para abarcar la totalidad de la enorme estancia.

—No veo nada fuera de lo común —suelta el muy cretino—. Las pinturas parecen hechas por niños.

—¡Será bruto! —Se me escapa—. Nada más que las pinturas suponen una vuelta a todo lo que se sabe de esta ciudad.

—Ana —me coge Juande y me reprende—, déjame a mí.

—¡No! Déjame a mí, señor Fernández. —Nos mira con rabia—. Se acabó el tiempo y mi paciencia. —Se vuelve hacia la entrada—. ¿Han visto algo?

—Sí, señor. —El armario empotrado número uno sonríe y no me gusta nada.

—Señor Fernández, profesora García, ha sido un placer conocerlos. Por desgracia, un accidente destruirá este hallazgo.

—¿Pretende destruir esto? —grito descompuesta—. ¡No se lo permitiré! —Voy a lanzarme sobre el *gordobeso*, pero Juande me sujeta con fuerza.

—No se preocupe, profesora García, ustedes no lo verán, serán víctimas de su trabajo.

Se vuelve y sale de la tumba, pero antes de que lleguemos a la puerta los dos armarios empotrados retiran la barra que impide que se cierre la abertura. La piedra nos cierra la salida con un ruido ominoso. Me quedo rígida, no puedo pensar en nada. Miro la piedra que nos impide salir y me doy cuenta de que nos han encerrado en el *tholos,* y por lo que he podido entender, van a destruir el hábitat.

CAPÍTULO 6

Enterrados vivos

Me dejo caer al suelo y lloro al comprender la magnitud de lo que nos han hecho. Mi cuerpo se estremece y se sacude sin que tenga control sobre él. Siento a Juande envolviéndome, lo abrazo y busco su solidez.

—Chist, princesa, cálmate, te necesito fuerte para salir de esta. —Me besa en la frente.

—Tienes razón —me recompongo con rapidez en su regazo—, tenemos que salir de aquí antes de que ese tarado destruya esto. ¿Pero dónde coño se cree que está? ¡Esto no es *Corrupción en Miami,* por Dios!

—Tranquila, todo saldrá bien —dice para calmarme—. Solo hay que esperar a que nos echen de menos. Además, mi coche está en la entrada de la excavación. —Me aprieta contra su cuerpo—. Supondrán que nos hemos quedado trabajando.

Lo miro casi sin comprender. Está muy tranquilo, y es esa calma lo que me hace estremecer. Levanto la cabeza y le miro a los ojos. Nuestras miradas se cruzan, pero ya no hay necesidad de hablar, ambos sabemos que para cuando nos echen de menos, el *gordobeso* habrá terminado su plan de destruir la excavación y de paso acabar con nosotros.

Le cojo por el cuello y lo obligo a bajar hasta mi boca. Nuestros labios se unen. Al principio, con un leve roce y poco a poco, como si fuese una caricia, su lengua sale a recorrer mis labios: empieza por

el superior, luego el inferior y, por último, le da un leve mordisquito que me hace humedecer. Mis gemidos resuenan en el habitáculo como ecos del pasado, y nos envuelven para hacernos desear más. Sus manos recorren mi cuerpo con lentitud, tras ello nos perdemos en el liviano consuelo que nos proporciona nuestra unión. Algo tan pequeño, pero a la vez tan enorme que nos evade de esta difícil situación. Es como si nuestras almas se buscasen y solo en la explosión de nuestra unión, se redimiesen.

Levanta la cabeza y me da esa sonrisa ladeada que me desarma. Me muevo en su regazo, hasta colocarme a horcajadas sobre él para lanzarme sobre su boca, y dejo que nuestros cuerpos hablen. Siento mi piel arder, el fuego me consume desde dentro y sus caricias solo sirven para prenderlo con más fuerza.

Nuestras respiraciones se escuchan con rotundidad en el interior del *tholos*. El silencio acoge nuestros gemidos y ensalza nuestros sentidos. Estamos solos, él, yo y la eternidad que nos envuelve.

—Bruja —se arrodilla ante mí y mordisquea el tanga por sus extremos—, te me has metido bajo la piel.

—Bueno, pues yo prefiero que tú te metas dentro de mí —digo pensando en que me he vuelto una descarada.

Coge la tira del tanga y va a pegar un tirón, pero le sujeto la mano y niego con la cabeza. Me lo quito despacio. No sé cuánto tiempo estaremos aquí, pero desde luego prefiero conservar la poca ropa que tengo. Durante interminables minutos se dedica a mi cuerpo, le rinde pleitesía como si fuese un caballero de brillante armadura. Nos abrazamos y besamos como si fuese la última vez, creo que es esta traumática situación la que nos hace entregarnos totalmente. Mi cuerpo convulsiona sin control, grito para desahogarme mientras mi mente se evade, y extraigo hasta la última gota de placer que me proporcionan sus movimientos. Puedo escucharlo mientras su propio desahogo lo avasalla y envuelve. Me toca tan adentro que grito con más fuerza, mi cuerpo ya no me responde, succiona su eyaculación y le escucho gritar y gemir

alternativamente. Los estertores de su clímax me sacuden exprimiendo las últimas sacudidas de mi orgasmo.

Se deja caer al suelo y me lleva con él hasta su regazo, todavía lo siento en mi interior. Me levanto un poco, me acomodo en sus brazos y cierro los ojos solo un momento, necesito descansar.

Despierto desorientada. Estoy en el suelo con la cabeza apoyada sobre un bulto de ropa, por lo que me muevo y un quejido se me escapa. Meto la mano en el costado y despego de mi piel una chinilla. De repente, recuerdo donde estoy y todo lo que ha pasado.

—¿Estás bien? Se encuentra en cuclillas inclinado sobre mí—. Lo siento, no tenía nada para extender en el suelo.

—No te preocupes, lo entiendo. —Sonrío de oreja a oreja—. Ya haces bastante.

—Cuando quieras más… —Me devuelve la sonrisa y veo que está vestido solo con los vaqueros.

Me dan ganas de pasar las manos por esa tabla de lavar, pero me contengo, pues tengo la boca seca. Me levanto sin pensar en ello, me pongo el tanga y la camiseta de tirantes.

—¡Ey! Si te paseas de esa guisa me vas a matar —se me acerca como un león a una presa—, pero te juro que no te será fácil.

—Antes tendrás que pillarme. —Pongo la mesa entre nosotros y le miro juguetona.

Sacude la cabeza y me hace señas con el dedo para que me acerque y yo lo hago, vaya si lo hago. Me abraza por la cintura y devora mi boca con ansias. La humedad de la suya refresca la mía y me separo un poco.

—Voy a mirar entre las cosas que guardamos aquí por si hay agua. —Rebusco en el rincón donde están las herramientas y se me escapa un grito de felicidad.

—¿Qué?

—La garrafa de agua, creo que los chicos la metieron aquí para que estuviera más fresquita. —La levanto a la luz—. ¡Y está casi llena!

—Genial, eso nos da más tiempo.

No lo había pensado, pero la falta de agua es lo primero que puede matarnos, así que vuelvo a dar gracias por la ocurrencia de los chicos.

Juande coge una pica y lo veo dirigirse a la mesa.

—Bueno, vamos a ver si es una tumba en *cista* o una mesa para ofrendas.

Mete el pico en una esquina y hace palanca, la losa se levanta unos centímetros, pero no puede mantenerla en alto mucho tiempo. Cojo una regla de obra y me acerco a la esquina junto a él. Levanta otra vez la losa y yo meto la regla y desplazo la piedra hacia el lado. No la hemos movido mucho, pero queda una buena abertura, así que cojo una linterna de mano y enfoco al interior. Se me escapa un grito y se acerca a mirar.

—Mierda, ¡es una tumba! —Me coge la linterna y pasa el haz de luz—. Hay dos esqueletos. —Me señala con la luz y vuelve a enfocar más detenidamente los cuerpos.

—Están abrazados. —Un escalofrío recorre mi cuerpo, es como si alguien caminara sobre mi tumba y lo miro—. Parece que los hubieran enterrado vivos, y simplemente, se tumbaron esperando su muerte.

—Ayúdame a tirar la losa al suelo.

Empujamos los dos, y con gran esfuerzo, además de ingenio cambiando de posición la palanca de la losa, la piedra cae provocando un gran estruendo al tiempo que levanta una gran polvareda. Nos tapamos la boca y la nariz con nuestras camisetas mientras tosemos y el polvo en suspensión baila ante las linternas.

Inclinados sobre los cuerpos, Juande confirma mi suposición: por el tamaño de los esqueletos son un varón y una mujer. Están abrazados, el esqueleto más grande abraza al más pequeño; casi puedo sentir la admiración que sintió por la mujer el sujeto en vida. Hay en su forma de abrazarse algo que me conmueve, e inspiro con fuerza para alejar la pena que amenaza con apoderarse de mí.

La ropa cuelga de sus huesos hecha harapos, en los pies, una piel los envuelve, está sujeta por una cincha de cuero. No me atrevo a tocarla, no sea que se desintegre. En la mano del varón llama mi atención un anillo, se lo señalo a Juande y él lo coge con cuidado. Consigue sacarlo del dedo medio y lo pone ante la luz, es un sello redondo con una especie de yunque en el centro y a cada lado un león rampante, miran hacia un olivo que divide la escena por la mitad. Se me escapa un gemido porque ya he visto algo parecido.

—¡Esto es de los *micénicos 7*! ¡Es igual al que hallaron en el Tesoro de *Atreo 7* en la tumba de Agamenón!

—¡Tienes razón! —Lo levanta a la luz—. Joder, esto no tiene sentido.

Me inclino sobre los cuerpos y veo que el esqueleto femenino también tiene un anillo, se lo señalo a Juande y se lo quita. Volvemos a observar a la luz y se me escapa un gemido. En el centro del anillo hay un toro embistiendo, sobre él la figura de un hombre en proceso de caída de un salto, con las manos apoyadas sobre el lomo del animal y las piernas describiendo el arco de la caída.

—Esto no tiene sentido. —Niego con la cabeza—. Tenemos una tumba con inequívoca decoración egipcia, pero en el sarcófago los cadáveres llevan el hombre un sello *micénico* y la mujer uno *minoico 8.* ¿Me estoy volviendo loca? ¡Coño, que estamos en Jaén!

—Menudo rompecabezas. —Pone ambas piezas en mis manos y se pone a revisar los *pithoi.*

—¡¿Esto es lo que quiere destruir ese descerebrado?! —Se me escapa un gemido.

Levanto la cabeza y lo veo mover las piezas. Dispuesta a no quedarme sentada, recorro el espacio por el lado contrario y hago lo mismo. Nos encontramos en el centro con los dos *pithoi* cerrados con tapa y sellados. Me guardo los sellos en el bolsillo del pantalón. Veo un punzón ante mi cara, Juande me lo ofrece para quitar la miel que lo sella, asiento con la cabeza y me pongo a trabajar.

Sentada en el suelo, voy siguiendo la línea de cierre, aprieto el punzón y atravieso el lacre de miel. Con paciencia voy limpiando hasta que, por fin consigo abrir la tapa sin romper las piezas. Juande ilumina el interior y se nos escapa al mismo tiempo una exclamación. ¡Son papiros! No los saco por miedo a que se desintegren.

—¿Qué hacemos, lo sacamos? —Lo miro con ansiedad.

—Con cuidado. Espera —me da su camiseta—, envuelve tus manos con esto.

Me pongo la camiseta en las manos y la acomodo como si fuese una manopla, saco el rollo de papiro y miro alrededor.

—Trae mi camisa y extiéndela en el suelo.

Pongo con cuidado el papiro sobre la camisa y deshago el nudo de la cuerda que lo aprieta. Cuesta un poco, pero cuando lo consigo lo dejo a un lado y lo desenrollo despacio. Ante nuestros ojos se muestran los jeroglíficos. Llama mi atención la imagen y me atrae como una luciérnaga a una bombilla. Mi exclamación hace que Juande se acerque más a mí.

—¡Es el *libro de los muertos 9*! —Me levanto y salto emocionada.

Juande mira con detenimiento las imágenes, enfoca la luz y sigue desenrollándolo, mueve la cabeza negando, pero no levanta la vista del papiro.

—Se parece mucho al *papiro de Ani 10* —me mira tenso—, pero es diferente. —Me señala una parte del papiro—. Mira, debería de empezar con: «El difunto entra en la tumba, desciende a los infiernos y el cuerpo recupera el movimiento y el habla». Pero aquí hay dos difuntos y no bajan a los infiernos, están tumbados como si fuese una escena costumbrista.

—Tienes razón, y fíjate: «Los fallecidos no viajan a través del cielo en el arca solar, sino que la ven partir como uno de los muertos benditos». Tampoco descienden al inframundo para presentarse ante *Osiris11*

—Espera, déjame que traduzca los nombres de los cartuchos. —Coge mi libreta y empieza a hacer variables de nombres con los jeroglíficos que encierra el cartucho.

—Ion y Eirene. —Se detiene en esos nombres y me mira desconcertado—. No son nombres egipcios.

—Son nombres griegos —dejo salir el aire contenido—. Ion es un nombre *aqueo 12*, de donde se cree que provienen los micénicos. Eirene es minoico.

—Como tenemos tiempo, ¿qué te parece si leemos el papiro?

—Vale, pero tengo un poco oxidado el egipcio.

—Entre los dos lo conseguiremos.

Nos ponemos alrededor del papiro, tomamos notas, corroboramos y contrastamos entre nosotros. Él va escribiendo la traducción y yo constato que no nos saltamos ninguna línea.

—Creo que ya está —dice sonriente y excitado como un colegial.

—¡Pues léelo! —Le doy un golpecito en el hombro para llamar su atención.

—Mejor hazlo tú. —Me pasa la libreta y enfoco las palabras. Dame más luz por favor, que se me juntan las letras.

—Eso es porque no te has puesto las gafas, no por falta de luz. —Se burla de mí y le saco la lengua.

—Muy gracioso —frunzo el ceño—, no uso gafas para nada, listillo. Por cierto, ¿dónde están las tuyas?

—Me operé hace tiempo —parpadea como un búho y me guiña un ojo—, ya no las necesito.

—Bueno, vamos al asunto que nos atañe. —Comienzo a leer—: «Ion y Eirene, destinados a ser uno solo no sucumben a la muerte, por eso Maat 13 no los juzga, Ammyt 14 se enfada y condena a sus almas a volver a la Tierra, hasta que el tiempo los alcance y puedan ser juzgadas. Horus 15 los devuelve a la tierra de los vivos sin presentarlos ante Osiris. Su vida será una lucha constante hasta que

venza el bien, solo entonces podrán regresar junto a Maat para el juicio final».

Cuando termino de leer, siento un escalofrío recorrer todo mi cuerpo.

—Es un conjuro muy fuerte, ¿verdad? —Juande observa el pergamino muy serio.

—Demasiado. —Bufo incrédula—. Pero ¿qué quiere decir?

—Estas dos personas hicieron algo, que les valió para que el culto de algún templo les preparara este conjuro como promesa o premio —dice sonriendo—. Al menos eso he entendido.

—Ya, pues de poco les sirvió, porque al final acabaron haciendo la cucharita en una tumba. —Le saco la lengua.

—Eres muy irreverente —señala el papiro—, ¿acaso no crees en la magia?

—¡Noooo! Ya no me faltaba nada más que eso. —Bufo—. ¿Tú sí?

—Hay más cosas entre el cielo y la tierra de las que vemos. —Se encoge de hombros.

—¡No me lo puedo creer! —Lo observo a los ojos esperando encontrar una burla, pero no, está muy serio, eso me hace ver que lo dice de verdad.

—Tampoco es para tanto, sobre todo teniendo en cuenta que me dedico a sacar a la luz civilizaciones y culturas antiguas. La religión y las creencias forman parte de ellas, por lo tanto, son objeto de estudio y de respeto.

—Una cosa es estudiarlas y otra creer en ellas. —Lo miro expectante.

—Para mí eso es lo mismo. Las estudio y creo en ellas, aunque no de forma obsesiva, simplemente acepto esas creencias.

Coge el otro *pithoi* y lo pone a mi alcance. Vuelvo a repasar las líneas de la miel que sella la boca. Esta vez lo hago con más seguridad y tardo menos tiempo en destaparlo, al menos eso creo.

Retiro la tapa y me asomo al interior, espero no encontrarme un difunto ni los restos incinerados de uno. Como puedo, me sacudo las ideas y me centro en el interior de la vasija.

Juande ilumina el interior y me caigo de culo al ver lo que contiene: ¡hay otro papiro!

—¿Lo saco? —Mi mirada de asombro se confunde con la ansiedad que siento.

—Vamos allá. —Enrolla el otro papiro y deja espacio para abrirlo en la camisa.

Con cuidado, desato el nudo que lo mantiene enrollado; este parece que está más apretado, pero sigo intentándolo. Una de las veces que tiro de una parte del nudo, se rompe y me quejo por mi torpeza.

—No pasa nada —se encoge de hombros—, de todas formas, es más importante el interior que la cuerda.

Asiento y lo despliego despacio, pero no puedo hacerlo del todo porque es muy largo, así que me centro en la escritura del principio para ir enrollando de un lado y desenrollando por el otro, conforme lo traduzcamos. Lo miro y se me escapa una exclamación.

—¿Tú también lo ves? —me dice con voz ronca.

—¿No lo estoy imaginando? —Trago saliva.

—No, a menos que estemos alucinando los dos. —Se le escapa una carcajada.

—Pero ¿cómo es posible? —señalo la escritura—. ¡Es escritura *Lineal A16* y puedo leerla!

—Lo sé, y yo también puedo leerla. —Cruzamos nuestras miradas, confundidos por todo lo que estamos descubriendo en tan poco tiempo.

—Vamos a ver lo que dice —digo expectante por saber más—, solo para comprobar que ambos leemos lo mismo.

Empiezo a traducir los signos, que me son tan familiares como mi escritura normal. Los nervios hacen que me tiemblen las manos,

él me las sujeta y me da un pequeño apretón para darme confianza, valor…

Ya no sé lo que me aporta, lo cierto es que me tiene a su merced y él está a la mía.

CAPÍTULO 7

Viviendo el pasado

Cnosos 1220 AC

Me cuelo por los almacenes y entro al palacio por detrás. Estoy casi en mi habitación cuando recuerdo que faltan tres días para mi cumpleaños. Mi padre está fuera, es la oportunidad para colarme en su cuarto para buscar mi regalo. Es un juego que hacemos desde que era pequeña: él esconde mi regalo en su cuarto, y si lo encuentro antes de mi cumpleaños, puedo quedármelo, si no, tendré que esperar hasta que me lo entregue. Claro que siempre lo encuentro, e. Es una tontería, pero nos reímos de las cosas que hago para conseguirlo antes del día. Mi madre no lo entiende, pero se divierte igualmente con nosotros.

Mi padre es el Minos de Cnosos, y aunque pueda parecer serio y altanero, me quiere mucho; soy su niña, aunque yo hubiera preferido ser su hijo. Cosas de la Madre, encerró mi mente aventurera y arriesgada en un cuerpo frágil de mujer. Por eso entreno para el salto, quiero demostrarle al Minos que soy su digna sucesora. Da igual mi sexo, él dice que no le importa, pero sé que algunos consejeros no lo ven bien.

Este año, en la fiesta de la cosecha saltaré el toro, seré la mejor saltadora y les demostraré que soy la digna sucesora de mi padre. Giro a la izquierda en el pasillo, después subo las escaleras

del atrio y por fin llego a la habitación del Minos. La abro un poco y asomo la cabeza, no se escucha a nadie. Me cuelo con rapidez y empiezo a buscar. Primero, en los pequeños arcones junto a la cama; me meto debajo de ella para explorar el suelo. No tengo mucha luz por lo que voy palpando con la mano todo el espacio. Nada. Me salgo y voy al gran arcón bajo la ventana, levanto la tapa y rebusco entre la ropa. Escucho las voces que se acercan. Sin pensarlo, me meto dentro del arcón y cierro la tapa, pero dejo un muñón de ropa en el filo para evitar que se cierre del todo.

—Cariño, ven y descansa. —Es la voz de mi padre, y por el tono está hablando con mi madre.

—Solo estoy un poco cansada, en cuanto me siente estaré mejor. —Escucho el sonido de un beso —. Ahora, déjame ir a buscar a las chicas de la cocina, tengo que darles el menú de esta noche.

—Túmbate y yo las haré venir. —Se escucha crujir la cama.

—Aunque seas el Minos, no tengo que obedecerte, te recuerdo que soy la sacerdotisa de la Madre.

—Bien, pero también eres la madre de mi hijo que está por nacer.

—Todavía quedan cuatro meses y estoy perfectamente.

Los escucho gemir, ya no estoy tan segura de que haya sido buena idea entrar aquí; una cosa es ver a tus padres besarse y otra muy distinta, ser testigo de su amor. Cierro los ojos y me pongo las manos en los oídos para no escuchar. Me quedo tanto tiempo así que tengo las piernas dormidas y los brazos entumecidos. Me paro a escuchar, están hablando otra vez. ¡Bien!

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —Mi madre suspira.

—Sí, lo he pensado y es lo mejor. Ya sé que solo tiene catorce cosechas, bueno, en tres jornadas serán quince, pero necesitamos la alianza con otros países. Los pueblos del mar son cada vez más atrevidos: capturan una ciudad, la saquean y luego no queda nada. Tenemos que proteger la nuestra.

—Eirene no te lo perdonará. Ella cree que podrá gobernar como Minos, para eso está entrenando. He tratado de conducirla hacia la Madre, pero ella prefiere ser Minos a Sacerdotisa.

—Pues no puede elegir.

Escucho la puerta cerrarse y la habitación queda en silencio. Estoy en *shock* después de escucharlos hablar. Yo pensé que mi padre me permitiría ser el Minos. No hay nadie mejor que yo, se lo he demostrado montones de veces. Cada vez que venía un dignatario extranjero o cuando me pedía ideas para mejorar el palacio o… Mierda, ¡he estado haciendo el tonto todo este tiempo! Siempre he sido la sucesora de mi madre; la sacerdotisa de la Madre.

Se me escapa un sollozo de pena, pero me lo trago, no pienso llorar ni darme por vencida.

Salgo del baúl y vuelvo a mi cuarto, al entrar me encuentro a mi madre sentada en el triclinio. Se me escapa un suspiro y cierro detrás de mí.

—Hola, madre. ¿Qué puedo hacer por ti? —Me apoyo en una columna de la cama y la miro con seriedad.

—Hija, esta noche tenemos invitados. —Se retuerce las manos en el regazo y me mira—. El Minos quiere que acudas a la cena vestida como la princesa que eres, heredera del Minos y de la Sacerdotisa de la Madre.

—Bien, así lo haré —contesto con sequedad.

—Por eso estoy aquí, para ayudarte. —Se incorpora y da unas palmadas—. Te he preparado un baño.

—Madre, sé bañarme perfectamente —le sonrío con socarronería—, no hace falta que vigiles si me lavo detrás de las orejas.

—Deja que te atienda esta noche. —Me mira suplicante.

—Harías mejor en descansar. Si hay invitados se te hará una velada muy pesada. —Me muevo hasta la ventana y miro por ella, aunque no me interesa el paisaje.

—Yo no acudiré, así pues, no debes temer que me agote.

—Arggg, sois de lo que no hay. —Me doy la vuelta y me siento a su lado—. Está bien, haz lo que quieras.

La bañera me espera tras la cortina, el vapor del agua caliente sisea por la estancia. Me meto en ella y me relajo, pero no por mucho tiempo. Las manos de las criadas comienzan a restregar, primero el pelo, y luego mi cuerpo. Las dejo frotar en la espalda, pero cuando van a lavarme por delante, les quito el trapo y las echo.

—Ya puedo ocuparme yo —digo malhumorada.

—Hija, no lo pagues con ellas, solo hacen su trabajo.

—Ya. —La impaciencia me come por dentro.

Me levanto y me envuelven con rapidez en una tela de lino, me secan con mimo y yo me muerdo los labios buscando paciencia. Entro desnuda a la alcoba y veo a mi madre con el vestido de gala en las manos: una falda larga de grandes volantes en color rojo real y carmín. Después, me ponen el corsé en rojo real con texturas circulares y me lo aprietan con cordones entrecruzados a la espalda. Aunque no sé para qué, por mucho que lo hagan mis pechos no se van a hacer mayores; es mi maldición, unos pechos insignificantes que apenas hacen que me reconozcan como mujer. Ese es mi gran trauma, encima de estar encerrada en un cuerpo de mujer, ni siquiera es un cuerpo voluptuoso. Todo lo contrario, es anodino, casi masculino, fibroso y musculoso. Por eso no me gusta vestir de mujer.

Me ponen la chaqueta con mangas que deja al aire mis ridículos pechos y ya estoy disfrazada. Madre me obliga a sentarme en la banqueta y recoge mis largos rizos en un moño, mientras deja caer mechones rizados a ambos lados de la cara y por la nuca.

Me pone una corona de perlas en la cabeza, rodeando el moño y luego añade un collar en malla que cubre mi pecho, pero no lo esconde. Bufo, malhumorada sin poder contenerme.

—Madre, eso no va a disimular la escasez de mi busto —refunfuño.

—Todavía es pronto para que crezca. En unos años, cuando tengas hijos y dejes de ejercitarte todos los días, se revelará y entonces… —Me lanza una sonrisilla cómplice.

—Ya. —Le devuelvo la sonrisa, pero a desgana.

—¡Estás preciosa! —Se seca una lágrima solitaria.

—Tú que me quieres y solo ves lo que quieres ver. —Le doy un beso y la abrazo.

Se abre la puerta del cuarto y entra mi padre, se detiene ante mí y su sonrisa le ilumina la cara. Va vestido para recibir embajadores, lleva un *chiton 17* en color rojo real adornado con aplicaciones de trenzas de oro, sobre la cabeza los cuernos de Minos le confieren una figura impresionante.

—Hija, me haces sentir muy orgulloso. —Acaricia mi cara con ternura, pero la baja de inmediato.

—Gracias, Minos. —Me inclino ante él—. Tú estás imponente, como siempre.

—Aduladora. —Suelta una carcajada y besa mi frente, pero de inmediato, se pone serio—. Hoy me acompañarás en la recepción de embajadores.

—Me lo ha dicho madre. —Me retuerzo las manos—. Intentaré ser una digna hija de Minos.

—Así lo espero, porque hoy conocerás a los pretendientes que he elegido para ti. —Levanta una ceja en espera de que proteste, y como no digo nada, continúa—. He seleccionado los tres pueblos cuya alianza nos será más beneficiosa.

—Padre… —Empiezo a dar vueltas por la habitación.

—¡No! —Me sujeta por el codo—. Necesitamos una alianza fuerte y duradera, los pueblos del mar son cada vez más osados y temerarios, por lo que no se atreverán con Cnosos si tenemos aliados fuertes. Además, los hombres que te he buscado son todos jóvenes. —Me coge del codo—. Vamos al salón del trono, no podemos hacer esperar a nuestros invitados.

No tengo más remedio que acompañarlo, pese a que me siento ridícula y expuesta. Entramos al salón del trono, el Minos saluda a los que esperan y se sienta en su sitial de alabastro mientras yo me quedo a su derecha de pie. Giro un poco la cabeza y me fijo en los grifos a ambos lados del trono, que parecen decirme que me estire y demuestre la sangre que corre por mis venas. El orgullo me puede y lo hago.

Miro a la sala, conozco a la mayoría de los que están aquí. Han venido el príncipe de *Festos 18* y el de *Malia 19*.

La música de las liras crea un ambiente distendido y ameno. En ese momento se abren las puertas y una trompeta llama la atención hacia el visitante, mientras un heraldo anuncia al primer visitante.

—¡Cam el Baal, hijo de Cam Yamir!

En la sala entra un hombre joven, se le ve apuesto. Si no fuera por la excesiva y ostentosa vestimenta, incluso sería agradable mirarlo, —bueno, si su exótico peinado no me distrajera—. Me río en silencio.

Se acerca hasta el trono y hace una leve inclinación de cabeza. Lleva el pelo recogido hacia atrás con una trenza de oro, los rizos pulcramente trazados le caen por debajo de la trenza en un ostentoso peinado.

—Bienvenido, Cam el Baal. Espero que disfrutes de la velada.

—Gracias, Minos. Permíteme ofrecerte un rollo de nuestra mejor seda púrpura. —Hace un gesto con la mano y se adelanta un criado con un gran rollo de tela; el color es tan brillante que casi tengo que cerrar los ojos.

—Gracias, Cam el Baal. —El Minos asiente con la cabeza, satisfecho.

Se abre la puerta de nuevo y vuelve a sonar la trompeta, en esta ocasión entra una procesión egipcia. El heraldo se yergue y presenta al nuevo visitante.

—Amenofis IV, hijo de Amenhotep III.

Encabeza la procesión un muchacho de extraña apariencia con la cara alargada y ojos rajados. Pero lo que más llama mi atención, es su cuerpo de torso delgado, pero con unas prominentes caderas y piernas gruesas que le dan un aspecto femenino.

Lleva un *shenti 20* ribeteado con filigranas de oro y en el pecho un *usej21* de complicada ornamentación. Las piezas de orfebrería atraen mi mirada como si fuese un cuervo; no puedo evitar admirar el brillo de las joyas.

—¡Bienvenido, Amenofis IV!, espero que disfrutes de la velada.

—Minos, te traigo este presente en nombre de mi padre, el gran Amenhotep III.

Se acerca uno de los hombres que lo acompañan y veo que lleva un cojín de seda rojo y sobre él un *usej* precioso, con líneas de lapislázuli alternadas con oro y terminado en diminutas borlas de hilos dorados.

—Me honra tan magnífico regalo de mi amigo y aliado, Amenhotep III.

—Se abren las puertas de nuevo y entran dos hombres gigantescos.

Los conozco, son los que me apresaron en el puerto y a los que Damián y yo toreamos por las calles hasta perderlos. Se me escapa un gemido e intento agachar la cabeza, no quiero que me reconozcan. Aunque ellos me tomaron por un chico, no estoy segura de su reacción, por eso me encojo y trato de pasar desapercibida. No tienen sirvientes ni ofrendas, lo cual me extraña.

—Ion de Micenas, hermano de Aqueo; rey de Micenas —anuncia el heraldo.

—Bienvenido, Ion de Micenas. Espero que disfrutes de la velada.

—Gracias, Minos. Como ofrenda del pueblo de Micenas, os he traído el caballo que montaba el general de los Escitas. Si os asomáis al atrio, podréis contemplarlo.

—¡Veamos tan magnífico regalo! —El Minos se levanta exultante de alegría.

Todos los presentes se acercan a la balaustrada que se asoma al atrio. Yo me quedo atrás, para estar lo más lejos posible de los micénicos, por eso tardo en poder hacerme un hueco para mirar. Abajo, un soldado uniformado sujeta las riendas de un magnífico caballo con las crines más frondosas de lo normal.

El esbelto animal, está vestido con arreos de plata que destacan el color oscuro de su pelaje y potencia su belleza. Como si se sintiera observado, el caballo se levanta sobre sus cuartos traseros y relincha con orgullo mientras agita la cabeza con energía. Sus largas crines se agitan con el movimiento y aumentan la majestuosidad del equino.

El Minos ríe extasiado mientras mira el hermoso caballo dar vueltas en el atrio, guiado por un soldado. Se levanta de nuevo sobre las patas traseras y su relincho adquiere mayor fuerza; parece que se queja por su cautiverio y reniega de su exposición. Aun así, no deja de ser magnífica su estampa. Poco a poco, todo el mundo regresa al salón, mi padre vuelve a ocupar su trono y yo detrás de él, vuelvo a intentar desaparecer.

—¡Amigos de Cnosos! Celebremos con nuestros aliados este día. Que el vino y la comida nos llene mientras disfrutamos de esta velada.

CAPÍTULO 8

Pretendientes

El Minos se vuelve hacia mí y me mira irritado al ver que estoy casi escondida a un lado del trono. Se levanta y me coge del codo para que lo mire.

—Ahora, te presentaré a los pretendientes.

Camina en busca de ellos mientras tira de mí. Parece que simplemente está paseando, pero yo sé que me sujeta para impedir que me marche. Al primero que nos encontramos es al cananeo. Nada más verlo, ya me repele, por ello, intento recomponer mi semblante para evitar que descubra mi desagrado.

—Cam El Baal, quiero presentarte a la princesa Eirene; mi hija.

—Princesa —hace una pequeña inclinación, pero sus ojos no se apartan ni un momento de mí—, es un placer conocer tan bella dama. —Coge mi mano y la besa.

—Príncipe —agacho la cabeza en señal de respeto, pero me incorporo con rapidez—, el placer es mío por estar ante tan ilustre hijo de *Canaán 22.*

—Decidme, Eirene. ¿Toda la isla es tan bonita como este palacio?

—No sabría decirle, señor, no la he recorrido entera. Pero baste decir que lo que yo conozco, es lo más bello que pueden contemplar los ojos.

—En eso debo discrepar. —Me sonríe ufano—. No creo que sea más hermosa que vos.

—No quisiera llamaros mentiroso, pero la isla es mucho más hermosa que yo. —Le devuelvo la sonrisa rígida por tan tonto intercambio de cumplidos.

Ya no aguanto más a este presuntuoso. No solo viste ostentoso, sino que su forma de actuar y dirigirse a mí me hace dar arcadas. Tengo que alejarme de él. Miro a todos lados y veo al príncipe de Egipto.

—Si me disculpa Cam El Baal, voy a conocer al resto de los invitados.

Él, arruga la nariz y hace un gesto despectivo con la boca, y de forma grosera se vuelve hacia el grupo que está tomando pequeños bocados de comida.

No necesito más excusas, lo dejo comiendo y voy en busca del egipcio. Mi padre me ve acercarme, y cogiéndome del codo me lleva hacia él.

—Amenhotep —lo llama mi padre—, quiero presentarte a mi hija, la princesa Eirene.

—Encantada. —Me inclino y sonrío con cordialidad.

—Princesa, es un placer. —Me mira, pero no hace ningún intento por acercarse a mí.

—Les dejo para que hablen. —El Minos vuelve a dejarme sola.

—¡Me encanta vuestra tierra, Amenhotep! —digo emocionada, no es mucho menor que yo, tendrá unos doce años.

—Egipto, es la tierra de los dioses, hemos sido bendecidos con su benevolencia. —Su sonrisa juvenil me hace sonreír también.

—Contadme cosas de allí. Sé algo de vosotros por vuestro embajador que me ha hablado de vuestros dioses y construcciones. La verdad es que me gustaría ver vuestros templos y pirámides —exclamo extasiada y de manera atropellada.

—Ya no se hacen enterramientos en las pirámides —dice solemne.

—Oh, ya lo sé. El embajador Adom me habló de los saqueadores de tumbas, el gran problema que representan para quienes quieren vivir al otro lado del Nilo. —Hago un leve movimiento de manos para quitar importancia—. Aun así, es impresionante lo que habéis construido.

—No menos de lo que habéis hecho en Cnosos, es un palacio magnífico. —Cada vez lo encuentro más simpático—. Si yo heredase el trono de las dos tierras, me gustaría construir algo tan fabuloso como esto.

—¿No sois el heredero al trono? —Me extraña que padre no haya traído al heredero.

—No. Mi hermano Tutmosis es el heredero, además del sumo sacerdote de *Ptah 22* en Menfis. —Mira a ambos lados, nervioso—. Mi madre, la reina Tiy, convenció a mi padre para que me enviase aquí y así estrechar aún más los lazos con el Minos.

—Creí que estabais aquí para buscar esposa. —Lo miro a esos extraños ojos—. Al menos es lo que me ha dicho el Minos, que tengo que elegir entre los tres emisarios que han llegado hoy. —Niego con la cabeza.

—Lo siento, no puedo casarme con una princesa extranjera, a no ser que me lo mande el faraón. —Me mira con inocencia—. Pero siempre os tendré en mi corazón como una amiga.

—Por supuesto —le doy mi más sincera sonrisa—, es un honor para mí. Mañana haremos un entrenamiento de salto, me gustaría que vinieses —lo invito porque cada vez me cae mejor este muchacho.

—Será agradable acompañarte a verlo. —Me devuelve la sonrisa.

—No, yo soy la que entreno, no voy a verlo, pero tú puedes animar a los saltadores. Mañana entrenaremos con una vaquilla de verdad —le digo emocionada.

—¿Tú saltas el toro? —Parece perplejo.

—Sí, llevo años entrenando. En la fiesta de la cosecha haré el salto —digo emocionada—. Tal vez puedas quedarte hasta entonces.

—Espero que sí. De todas formas, solo me quedaré hasta que me lo ordene el faraón —dice con pesar.

—Disfrutaré de tu amistad mientras permanezcas en Cnosos.

—Te invito a visitar mi tierra cuando quieras, así podrás ver por ti misma las maravillas de las dos tierras.

—Algún día te tomaré la palabra —contesto, y en un impulso, lo abrazo efusivamente.

Me separo algo atribulada por mi efusividad y veo que el micénico se acerca a nosotros. Me pongo nerviosa y decido despedirme del príncipe. Salgo con prisa por la primera puerta a la que llego y corro por el pasillo, giro a la derecha y bajo las escaleras que llevan al atrio, pero antes de llegar a él, me meto por el pasillo que conduce a los almacenes. Vuelvo a girar, esta vez a la izquierda y tomo las escaleras que conducen a las dependencias reales. Me detengo para recuperar un poco el aliento, y de camino escuchar si me siguen.

Mi corazón empieza a calmar el rápido latir. No escucho pisadas apresuradas; bien, puedo continuar mi loca huida con más calma. Camino deprisa, pero con tranquilidad hasta llegar al aposento de la reina. Llamo a la puerta y entro sin esperar respuesta, cierro detrás de mí y me apoyo en la puerta. Miro al frente y como siempre me sobrecoge la bella decoración de la estancia, los delfines parecen flotar en un agua imaginaria mientras las olas susurran a su alrededor.

Busco con la mirada a mi madre en la habitación, estoy a punto de darme por vencida cuando la veo sentada en un banco junto a una de las ventanas. Sin pensarlo, corro hacia ella y me arrodillo a sus pies.

Ella no dice nada, solo acaricia mi cabeza y espera a que le cuente lo que ocurre. No sé por qué, pero siempre sabe cuándo

hablar o callar. Apoyo la cabeza en sus rodillas y suspiro ante el aroma a hierbas frescas y trigo que siempre desprende.

—Madre, tengo que contarte algo —hablo sin mirarla.

—Dime, hija. —Suspira, con un deje de resignación en sus palabras.

—Uno de los hombres que el Minos me ha dado a elegir, no me gusta nada.

—Bueno, en ese caso está bien que te haya dado tres candidatos —dice con voz suave.

—Bueno, corrijo, dos de los hombres no me gustan nada. —Levanto la cabeza e intento sonreír.

—Todavía te queda un tercero —habla con rotundidad.

—Es que el tercero no es elegible.

—No puede ser, tu padre ha traído tres príncipes solteros bajo la promesa de matrimonio.

—Pues el príncipe egipcio me ha dicho que no puede casarse sin la orden del faraón. Es más, de hecho, no ha venido en busca de esposa.

—Debe ser un error.

—Ya, pero es que es el único que me gusta y resulta que está aquí con otro propósito.

—¿Y por qué no te gustan los otros príncipes?

—El cananeo es demasiado altanero y presumido. Mucho me temo que, si me caso con él, tendré que pelearme por mis cosméticos y vestidos. —Hago un gesto de asco—. Y el micénico, es imposible. —Niego con la cabeza.

—¿Por qué es imposible?

—Esta mañana me topé con él en el puerto, me sujetó tan fuerte que me asusté, así que le golpeé para liberarme y luego, cuando me persiguió, según él para darme una lección, Damián y yo los dejamos en ridículo saltando por las estructuras de descarga del puerto, haciendo piruetas hasta perdernos en las calles de alrededor.

—¿Te agarró? —Me levanta la cara—. ¿Ese hombre no respetó a la princesa de Cnosos?

—Bueno, en realidad pensó que yo era un chico —digo con mirada arrepentida—. Pero en el salón del trono me ha reconocido, estoy segura por la forma en que se dirigía hacia mí, y por eso he escapado.

—¿Acaso has abandonado el salón sin pedir permiso al Minos? —Niega con la cabeza—. Debes volver de inmediato y pide a la Madre, que el Minos, no se haya dado cuenta de tu escapada.

—Pero madre, ¡el micénico estará allí y querrá vengarse por lo de esta mañana!

—No podrá hacerte nada en el salón, pero tú debes disculparte con él para arreglar el error.

Se pone en pie y me obliga a levantarme. Juntas vamos hasta la puerta, la abre y me obliga a salir.

—Vuelve al salón, pídele perdón y haz como si hubieses tenido un imprevisto. —Me da un beso en la mejilla—. Mañana hablaremos, me voy a dormir que estoy cansada.

Me despido cabizbaja y vuelvo al salón arrastrando los pies. Se me traba la lengua y me ahogo solo de pensar en pedirle perdón al gigante, pero sé que debo hacerlo si no quiero provocar al Minos. Doy cada vez las zancadas más largas, apurando mi llegada al salón del trono. Miro hacia la puerta y casi se me cae la mandíbula al suelo. En la puerta, apoyado sobre la jamba y con los brazos cruzados sobre el pecho, está el micénico. Tiene una sonrisa ladeada que me pone el vello de punta.

Me paro en seco y lo miro. Sus ojos verdes y el pelo leonino le dan el aspecto de una fiera a punto de saltar sobre su presa, a pesar de la postura despreocupada que tiene. No aparto la mirada de sus ojos y tengo que alejarme unos pasos para no tener que echar la cabeza hacia atrás. Realmente tiene una altura impresionante, y eso que yo no soy bajita.

—¿Has dejado en ridículo a alguien más o solo necesitabas correr para eliminar la tensión? —Su voz ronca y fuerte me saca de mi distraído pensamiento.

—Solo necesitaba salir de la estancia un momento. —Levanto la barbilla y me acerco altanera para entrar al salón.

—¡Qué casualidad! —me da un repaso visual—, justo cuando me iba a presentar. —Chasquea la lengua y hace rodar los ojos hacia arriba.

Me encojo de hombros y le echo una mirada. Espero a que se aparte y cuando lo hace, entro con paso digno, no quiero que me vea correr por cobardía otra vez. Me vuelvo hacia la figura que me sigue y con la cabeza agachada le pido perdón por el golpe que le di en la mañana.

—¿Y por reírte de nosotros, no pides perdón? —Levanta una ceja.

—Eso os lo habéis buscado vosotros solitos. Si no sabéis trepar y voltear no deberíais meteros en ese jardín.

—Tienes razón, no debimos dejarnos llevar por el enfado. —Se sitúa a mi lado—. Y tú no deberías ir vestida de chico para evitar malentendidos. De haber sabido que eras la princesa, no te habría tratado de esa forma.

Lo miro ojiplática. ¿Esta mole gigantesca me pide perdón? ¿No se vanagloria ni exige compensación? Vamos, me pinchan y no sangro.

—Estamos empatados —respondo y sonrío indecisa—. Tal vez deberíamos empezar de nuevo.

—¡Ah! Veo que la has encontrado. —El Minos se acerca a grandes pasos—. Ion, esta es la princesa Eirene; mi hija.

Su sonrisa es de oreja a oreja, pero en sus ojos leo una pregunta sin hacer. Se ha dado cuenta de mi desaparición; mañana me espera una buena regañina. Agacho la cabeza y espero que Ion le cuente nuestro desencuentro de la mañana en el puerto.

—Es un placer, princesa.

Coge mi mano y me besa en los dedos, pero no me suelta, le da la vuelta y besa también la palma, sentir sus labios calientes me provoca un gran estremecimiento. El movimiento es involuntario y él se da cuenta, me mira con esa sonrisa ladeada y suelta mi mano con indolencia.

¡Uf! ¡Qué calor! Llevo la mano a la parte posterior de mi falda y la froto con disimulo.

—Lo mismo digo, príncipe Ion. —Mi voz suena débil, lo que me irrita. Me doy la vuelta para dejarle con mi padre, pero me sujeta del codo.

—Princesa, quédate con nosotros y alegra nuestra vista —dice con gracia y sonríe abiertamente.

—Como si fuese un animalillo en una jaula. —Bufo en voz baja, pero él lo ha oído y suelta una sonora carcajada.

—Hija, acompaña a nuestro invitado a comer. —Ion se da la vuelta y me guiña un ojo.

¿Será posible? Se cree que me gusta.

El Minos se mezcla con otros asistentes como si nada. Me giro hacia el micénico y con una sonrisa hierática niego con la cabeza.

—Me temo que tengo el estómago revuelto —le señalo los taburetes con bandejas—, pero allí tienes comida. Ahora voy a pedir permiso para retirarme.

Con pasos decididos me acerco al Minos, le doy un golpecito en el hombro y me empino hasta su oreja.

—Padre, no me encuentro bien, ¿puedo retirarme?

Se gira y escruta mi cara. Busca una forma de hacerme cambiar de opinión, pero me conoce, así que se le escapa un suspiro.

—Puedes retirarte.

Me da un beso en la frente, y salgo con rapidez del salón. No miro a nadie, solo necesito volver a mi cuarto y descargar la adrenalina de alguna forma, porque el micénico me pone los pelos de punta y mi cuerpo tensionado necesita liberarse.

Doy grandes zancadas por los pasillos, giro y vuelvo a girar hasta que me tropiezo con un muro.

—¡Mierda! ¿Otra vez? —Intento dar unos pasos hacia atrás, pero me sujeta por los brazos.

—Deberías cuidar tu vocabulario, no es adecuado para una princesa —dice risueño Ion.

—Y tú no deberías obstruir los pasillos —le contesto insolente.

—Otra vez has sido tú quien ha chocado conmigo. —Chasquea la lengua.

—¡Vaaaale! Ahora si me dejas pasar te…

—Primero, te dejaré claro que no soy un trozo de carne con ojos.

No me da tiempo a reaccionar, baja la cabeza y su boca se apodera de mis labios. Nunca me han besado, soy la hija de Minos y nadie se ha atrevido. Nunca. Sus labios insisten en los míos mientras su lengua fuerza la entrada. Entonces, siento el mundo desvanecerse a mi alrededor para dejar paso a una explosión de colores que me asusta. El corazón late desbocado, mi piel arde con un fuego interior que me asusta. Le doy un empujón para apartarlo, pero no se mueve nada. Levanto el pie derecho, lo pongo detrás de su rodilla y vuelvo a empujar, esta vez consigo que me suelte y de paso cae de culo ante mí.

No me detengo a preguntar si está bien, él solo se lo ha buscado. Corro como si el toro me persiguiera, giro en el último pasillo y llego a mi cuarto. Cierro la puerta detrás de mí y pongo la barra para impedir que entre nadie. Sigo apoyada en la madera mientras recupero el aliento, cuando escucho pasos en el exterior. Me asusta pensar que entre por la fuerza, por lo que miro en derredor, veo la mesa junto a la puerta y la empujo hasta bloquear el acceso a mi cuarto. Me aparto para ir a la cama y escucho una sonora carcajada. ¿Se ríe de mí?

Me dan ganas de abrir la puerta y borrarle la sonrisa con un buen guantazo, y casi lo hago. Sin embargo, me voy hasta la cama y

me dejo caer con un bufido.

Pienso en todo lo que ha pasado hoy y en los días que me quedan. No sé cómo decirle al Minos que ninguno de los pretendientes me gusta: uno, porque no busca esposa ni puede sin el permiso del faraón; otro, porque a pesar de su aspecto afeminado, me da repelús; y el último, es del todo imposible. Me siento entre la espada y la pared y no veo salida alguna a la situación. Sé cuándo el Minos ha tomado una decisión, y esta es una de esas ocasiones.

Necesito ganarme su atención; necesito que escuche mi opinión; necesito tiempo. Eso es, necesito tiempo para asimilar todo lo que está ocurriendo.

CAPÍTULO 9

Elección

Despierto con el disco solar calentando mi cara, su calor me hace sonreír. Al moverme me doy cuenta de que la noche anterior no me quité la ropa. Me levanto deprisa y compruebo los daños: los volantes de la falda están arrugados y vueltos hacia arriba, el corpiño se me ha movido y está desplazado a un lado, y la corona está enganchada en mis rizos; por más que intento desenredarla no lo consigo.

Me quito la falda y la chaquetilla como puedo, el corpiño sigue el mismo camino. Miro hacia la puerta trabada y con la mesa como barrera, se me escapa un bufido. Me pongo un taparrabos de lino y sobre él, la falda de entrenamiento. Tengo que arreglarme el pelo, así que quito las defensas de la puerta y salgo en busca de mi madre.

Primero, la busco en su cuarto y como no la encuentro allí, pregunto a una de las criadas, que me dice que está en el cuarto del Minos. ¿Cómo no se me ocurrió? Ando los pocos pasos hasta el cuarto de mi padre y llamo fuerte a la puerta. Esta vez esperaré a que me dejen entrar, no quiero quedarme ciega por ver lo que no debo.

—¿Quién es? —pregunta la voz atronadora de mi padre haciendo que me encoja.

—Soy yo, padre.

—¡Pasa, hija! —responde y en su voz se nota que está de buen humor. Eso me hace sonreír y me da esperanza, es posible que logre convencerlo de que no necesito un hombre a mi lado.

—Padre, ¿está contigo madre? —Entro en tromba.

—¿Qué ocurre, hija? —Mi madre se levanta entre las sábanas.

—Esto. —Señalo la corona—. Si no me la puedes quitar, tendré que cortarme el pelo. —Bufo enfadada.

—¿Has dormido con ella? —Levanta una ceja.

—Me quedé dormida —contesto, cabizbaja.

—Ven aquí.

Me siento a su lado en la cama y noto en mi cabeza cómo va desenganchando el pelo de la corona. Entre tirones, quejas mías y maldiciones de ella, consigue liberar el artefacto.

—¡Uf! ¡Qué alivio! —Me rasco la cabeza.

—¿Qué te parecen los pretendientes? —La voz de mi padre suena engreída.

Ya estamos. No podía darme más tiempo para pensar, no, en cuanto me ve lo primero que hace es preguntar. Me doy un golpe en la frente y me arrepiento, porque lo veo incorporarse y hacerme la pregunta de nuevo. Me pongo en pie y le respondo con fanfarronería.

—Uno, no es elegible. —Levanto un dedo—. El otro, no me gusta nada de nada. Pero nada. —Levanto otro dedo—. Y el último, es aún peor. —Levanto un tercer dedo—. Me temo, padre, que tendrás que buscar otro aliado para enfrentar a los pueblos del mar.

—De eso nada, te he dado tres candidatos a elegir, y eso harás —dice con voz ensordecedora.

Me encojo en la cama y percibo la mano de mi madre apretando la mía. Se me escapa un gemido y hasta casi un lamento, pero consigo retenerlo en el pecho.

—Padre, escúchame. —Me pongo en pie para coger fuerza—. El egipcio no ha venido a buscar esposa; el cananeo es insultante,

engreído y me mira de una forma que me da miedo, y el micénico, es tan grande y fuerte que me aterroriza pensar lo que pueda hacerme.

—No. Escúchame tú. —Me señala con un dedo—. Lo del egipcio lo averiguaré, pero debes elegir entre el cananeo y el micénico —gruñe por lo bajo—. Tienes dos días para escoger a uno de ellos.

—Pero padre, acabo de decirte que… —Lo veo ponerse colorado y señalar la puerta.

Salgo corriendo y doy un portazo al abandonar la alcoba. Me pierdo por los pasillos y tengo que detenerme para ubicarme, tras unos segundos me doy cuenta de que estoy en las escaleras que llevan a los almacenes. Siento una gran presión en el pecho, así que respiro hondo, resuelta a no dejarme vencer por el desánimo. Sigo bajando y salgo por los *propileos 24* del sur, llego hasta el corredor de las procesiones y bajo a la zona de entrenamiento.

La rabia me consume. Entro a la casa de baños y me dejo puesto solo el taparrabos. En la puerta me cruzo con Damián y le hago un gesto para que no diga nada, luego me pongo en la fila donde los chicos mayores ya están bromeando, mientras esperan que el entrenador deje suelta a la vaquilla.

Al otro lado del cercado, veo varias chicas del pueblo cuchicheando y echando miraditas. Me giro y veo a Calla. Llevo varios días sin verla entrenar, y antes no era muy buena, dudo que Cosmo la deje participar en el salto de hoy, pero yo no soy quién para decir nada.

Me giro de nuevo al sentir una mano en mi hombro. Espero ver a Damián, pero no, quien me llama es Ion. Me doy un golpe en la frente y niego con la cabeza.

—Por favor, vete a la zona del público y deja que me concentre. —Aprieto los dientes al hablar.

—Solo quería desearte suerte. —Me guiña un ojo y se marcha rodeando la valla, hasta la zona que ya empieza a llenarse de público.

—¿Qué pasa, Eiri? —Damián me sujeta por la cintura.

—El gigante del puerto —señalo con la cabeza—, está esperando para ver los saltos.

—¿Nos largamos? —Se encoge un poco para ocultarse.

—¡Para nada! Ayer tuve que disculparme —lo miro con enfado —, y para colmo el Minos dice que tengo que elegir esposo entre el musculitos o el afeminado cananeo.

—¿Cómo? —Me gira hacia él.

—Pues sí, tengo dos días para elegir o él lo hará por mí. —Mis ojos buscan entre el público y se detienen en el gigante. Desde aquí puedo ver la sonrisa de sus labios. Aprieto los dientes y me contengo para no ir a borrarle esa tonta sonrisa de la cara.

—¿Pero no puedes pedirle más tiempo o elegir a otro?

Lo miro muy seria y me doy cuenta de que sus ojos muestran dolor. ¿Por mí? ¡Qué buen amigo es! Sin pensarlo, lo abrazo con fuerza y lo beso en las mejillas.

—Gracias por ser mi amigo. —Apoyo mi frente en la suya—. No te preocupes, algo se me ocurrirá.

—Cuenta conmigo —añade y después me sonríe.

La llamada del entrenador nos devuelve a la realidad. Los chicos de delante pasan la cesta con tierra y nos impregnamos todos las manos, el entrenador nos pide un salto sencillo de media vuelta y caída hacia atrás. Lo haremos por parejas. Ni que decir tiene que Damián y yo somos una pareja de salto.

Empiezan a saltar y las ovaciones del público llenan el cercado. Miro entre la multitud y veo a Amenhotep junto al embajador egipcio, el Minos está con ellos y a su izquierda, el micénico. Sacudo la cabeza con enfado, ese hombre me saca de quicio.

Intento concentrarme en el salto, observo la vaquilla, nerviosa y muy fogosa, pero sin apenas cornamenta que pueda dañarnos.

—Damián, salta tú primero y yo te recojo.

—No. Mejor tú primero.

—¿Tienes miedo? —Le codeo el costado con humor.

—Más quisieras. —Me saca la lengua—. Lo que quiero es evitar que salgas corriendo.

—¡Serás…! —Lo empujo hacia el interior del cercado.

Nos separamos y vamos cada uno hacia un lado. Veo que se pone detrás de la vaquilla, me señala y llamo la atención del animal. Cojo carrerilla y al llegar a su incipiente cornamenta la agarro y me impulso sobre ella, estiro las piernas y dibujo un arco mientras caigo hacia atrás. Voy contando en mi mente los pasos que he hecho.

¿Me habré impulsado con suficiente fuerza? Sí. Lo conseguiré.

Estoy a punto de tocar el suelo y siento las manos de Damián en mi cintura para evitar que caiga.

Nos movemos con celeridad y volvemos a separarnos; ahora tengo que asistir a Damián. Le hago la señal para iniciar el salto y lo veo coger los cuernos e impulsarse con agilidad, describiendo un arco perfecto sobre el lomo. En cuanto veo que va a tomar tierra, le sujeto de las caderas y nos abrazamos emocionados. A la vaquilla no le ha gustado, se vuelve y nos embiste, pero somos más rápidos. Saltamos con agilidad sobre el cercado y hacemos una voltereta al caer.

Los aplausos son ensordecedores, miro al entusiasta y gimo: el micénico tiene tal cara de excitación y embelesamiento que me hace sonreír.

Nos llama el entrenador y nos reunimos todos alrededor de él.

—Saltadores, ahora vamos a practicar el salto con pirueta. —Nos mira uno a uno—. ¿Alguien prefiere no hacerlo?

—Yo. Yo no sé si podré —Calla, habla bajito—. Llevo varios días sin poder entrenar y estoy algo débil.

—Vale. —Los demás nos ponemos en fila para entrar al cercado.

Volvemos a llenarnos las manos de tierra y empiezan a ponerse en cola para el salto. Esta vez es en solitario y más complicado,

mucho más porque la vaquilla, aunque es grande, no tiene la suficiente cornamenta para asirla bien, y si se cansa y se cae…

«Cambia el pensamiento», me digo.

Veo a los saltadores realizar el salto sin complicaciones y me animo; ahora le toca a Damián. Le doy un apretón en el hombro y le sonrío. Aprieto los puños y me pongo en tensión hasta que lo veo hacer la pirueta y caer sobre sus pies con seguridad.

Entro al cercado y llamo a la vaquilla para que se olvide de Damián. Corro con velocidad, agarro los cuernos uno con cada mano, me impulso hacia arriba y caigo dibujando casi una circunferencia con mi cuerpo desde el suelo hasta los cuartos traseros, donde caigo con los pies juntos y desde ahí, ayudada por las coces del animal, me impulso hacia arriba y hago una voltereta para caer sobre las rodillas. Los aplausos y gritos de euforia me envuelven y me llevan en volandas. Me siento tan bien después de conseguir el salto, que me río a carcajadas y abrazo a todos los que se ponen a mi alcance.

Unos fuertes brazos me levantan. El micénico pone mi cara a la altura de la suya y sonríe encantado, acerca su boca a la mía, pero giro la cara y solo consigue besarme en la oreja. Le doy golpes en los hombros para que me suelte y esta vez no tengo que recurrir a tretas para conseguirlo.

El siguiente en acercarse es el Minos, me abraza y besa emocionado mientras me dice lo orgulloso que está de mí. Me deja en el suelo y veo a Amenhotep que me sonríe complacido.

—Ha sido un espectáculo magnífico. —Me da la mano con timidez—. Has hecho un salto perfecto. Me dan ganas de escribir lo que he visto para describir la perfección del salto.

—Gracias, ¡muchas gracias a todos! —Cojo a Damián de la mano y me despido.

En la casa de baños me pongo el faldellín y la capa, salgo con prisa contenta de haber conseguido pasar la prueba.

—¡Damián! Nos vemos en media hora donde siempre.

Me despido con la mano y salgo corriendo en dirección al palacio. Al mirar hacia un lado, veo a mi padre con Ion y Amenhotep. Agacho la cabeza y sigo corriendo sin prestar atención a las llamadas que me hacen. Atravieso los almacenes y subo a la planta de las dependencias reales, giro a la derecha y entro a mi cuarto. Cierro con fuerza y entro al baño; la bañera está preparada y varios cubos de agua esperan en el suelo. Me desnudo y me lavo con rapidez. Tengo prisa por salir del palacio, ya imagino que vendrán a buscarme, y tengo toda la intención de no dejarme ver en mucho tiempo.

Vestida con un faldellín limpio, cojo la capa, salgo hasta el ala norte del palacio, entro en la sala de costura, compruebo que no hay nadie y me descuelgo por la ventana. Luego me dejo caer al suelo y corro rápidamente hasta los arbustos del camino y me escondo hasta que llegue Damián.

Desde mi escondite escucho hablar a dos hombres, y aunque sus roncas voces deberían alertar de su presencia, el hecho de que hablen en voz tan baja me hace pensar que ocultan algo. Presto atención, pero no puedo entender las palabras. Me muevo hacia la conversación sin dejar mi escondite y me encuentro a Damián agazapado. Me pone un dedo en la boca y asiento con la cabeza.

—Los caballos vendrán en nuestros barcos, así lo ha decidido el general.

—Pero entonces, ¿cómo vamos a preparar el ataque? Necesitamos movernos con rapidez.

—No. Dice el general que no podemos levantar ninguna sospecha.

—Pues a ver cómo recorremos tanta distancia sin levantarlas.

—Ese es vuestro trabajo.

Escuchamos pasos en la tierra y el crepitar de las ramas al romperse. Me asomo entre la hojarasca, pero solo veo dos hombres andando en direcciones opuestas y cómo se alejan de donde estamos nosotros. Lo único que veo son sus espaldas.

—¡Mierda! ¡Están preparando un ataque! —digo a Damián con temor.

—Eso parece. —Su voz temblorosa me dice que está asustado, al igual que yo.

—Pero ¿quiénes son esos hombres? —pregunto sin esperar respuesta—. Está claro que son militares, hay que buscar entre los guerreros que han llegado a la isla —digo con decisión.

—Deberíamos hablar con el Minos. —Damián niega con la cabeza—. Esto es serio y nosotros solo somos unos críos.

—Lo haremos, pero cuando averigüemos quién organiza el complot. Necesitamos pruebas y para ello tenemos que encontrar a los conspiradores y desbaratar su plan.

—Eirene, no creo que debamos meternos en esto solos. —Me coge las manos y me mira a los ojos, puedo leer el miedo en su mirada, pero, aun así, no me retracto.

—Confía en mí, Damián. No nos descubrirán y cuando le presente al Minos el complot, seguro que cambia de opinión y deja de pensar en buscar alianzas externas. —Le sonrío para darle confianza mientras yo misma intento creer en mis palabras.

Salimos de nuestro escondrijo y tomamos la dirección al puerto en silencio. Ni él ni yo tenemos ganas de hablar. Aunque, en mi cabeza, mil ideas y posibilidades se entremezclan mientras doy vueltas en busca de respuestas. Por supuesto que no las tengo, pero eso no significa que no las busque. Necesito desenmascarar a los conspiradores, descubrir su plan y demostrarle al Minos que soy su digna sucesora.

En el puerto, deambulamos sin rumbo hasta que un uniforme me llama la atención, me fijo y lo reconozco; es uno de los conspiradores. Le doy un codazo a Damián y le señalo con la cabeza al gigante. Él también lo reconoce, afirmamos al mismo tiempo y lo seguimos con disimulo por las calles. En varias ocasiones está a punto de descubrirnos, pero conseguimos despistarlo al separarnos.

Lo veo andar por la pasarela de un barco, dejamos que se pierda en su interior y luego nos acercamos para curiosear.

Pillamos a un marinero recogiendo cuerdas y le preguntamos por la procedencia del barco, pero lo desconoce. Abordamos a otro que lleva un barril rodando.

—Chicos, es un barco de guerreros, así que no les molestéis. —Nos empuja con suavidad a pesar de la advertencia.

—¿Y de dónde son esos guerreros? —Le sonrío—. A lo mejor nos cogen para entrenarnos —le digo al marinero mientras le sonrío con inocencia.

—Creo que vienen del continente, de Micenas —gruñe por el esfuerzo de empujar.

—¿Y se quedan en el barco todo el tiempo? —pregunta Damián.

—Pues ya no lo sé, porque es la segunda vez que atraca el barco en cuatro jornadas. —Se para y nos mira mientras se rasca el pelo ralo.

Se me erizan todos los pelos del cuerpo al escucharlo. Si ya ha venido dos veces es que está descargando guerreros, pero ¿dónde se esconden? ¿Qué pretenden? Necesito respuestas, aunque en mi mente se responden por sí solas. Si vienen de Micenas solo conozco una persona que esté al tanto del desembarco de guerreros.

Vamos a casa de Damián. Necesitamos intimidad y pensar nuestro próximo paso para averiguar lo que está pasando. Yo puedo imaginar que Ion es el culpable de todo y estoy deseando enfrentarlo, pero no sé cómo hacerlo sin quedar en evidencia. Al entrar en la casa, me extraña el silencio. Mi amigo tiene cinco hermanos pequeños y siempre están haciendo ruido. Miro más detenidamente y se me escapa una exclamación.

—Madre, ¿qué hacéis aquí? —Está sentada tomando una taza de leche caliente mientras sus damas y guardias están de pie al fondo de la habitación.

—He venido a buscarte, hija —dice muy seria—. Se te ha olvidado que tenemos huéspedes a los que atender. —Su voz tiene ese punto de regaño que apenas escucho de ella.

—Lo siento, madre. —Agacho la cabeza porque me ha pillado; mi idea era desaparecer del palacio—. No pasa nada, pero tienes que venir a prepararte para la cena.

Da una palmada y salen todos de la casa. Me coge del codo y antes de salir se vuelve hacia la madre de Damián.

—Muchas gracias, Alida, he disfrutado mucho de tu compañía. —Frunce el ceño al mirarme y salimos juntas.

—Madre, ¡iba a volver ahora al palacio!

—Ya, pues volveremos juntas —me recrimina con la mirada y no puedo evitar sentirme cada vez más pequeña.

—¿Estás segura de que puedes caminar tanto?

—No te preocupes por mí. —Se detiene—. Hazlo por ti. El Minos está muy disgustado con tu comportamiento.

—Solo he bajado al puerto a curiosear como siempre, y ahora iba a subir al palacio después de saludar a la madre de Damián —intento disculparme.

—Guarda tus excusas para tu padre. —Tiene el ceño fruncido en una expresión que me intimida.

Llegamos hasta la calle principal y veo el palanquín real. Mi madre sube a él y me indica que me siente a su lado, pero niego con la cabeza. Necesito caminar y pensar en todo lo que he descubierto hoy. Todavía tengo que analizar la situación. Lo que más me intimida es conseguir las pruebas para que el Minos me crea. Tal y como van las cosas, seguro que piensa que es una estratagema para eludir su decisión de tener una alianza con un país extranjero. Y no lo culpo por ello, pues desde que me la anunció, no he parado de desafiarlo y esconderme para eludir a los pretendientes que me impone.

—Iré caminando. —digo insegura mientras la miro a los ojos esperando que me niegue esa mínima libertad que me queda—. Como quieras.

Da unos golpes a la estructura y los cuatro porteadores levantan las parihuelas y comienzan la marcha. Yo camino a su lado y miro de vez en cuando hacia la silla interior. No veo la cara de mi madre, pues las telas parcialmente echadas la tapan, pero por sus escasas palabras sé que está muy enfadada.

—Lo siento, madre. —Y es verdad, no quiero decepcionarlos a ninguno, ni a ella ni a padre. Pero tampoco es fácil plegarse a una decisión como la que han tomado por mí. Más aún cuando siempre he creído que sería la sucesora del Minos.

—Ya no se puede remediar. Solo espero que mañana decidas cuál de los pretendientes será tu esposo y que este no te rechace —habla mirando al frente sin ni siquiera girarse hacia mí.

—¡¿Pueden rechazarme?! —Mi voz suena ilusionada, pero ella asoma la cabeza, indignada.

—Por supuesto, ningún hombre quiere una esposa incapaz de atender a los invitados de su casa, y eso es lo que les has dicho con tu desaparición. —Vuelve a acomodarse en el interior del palanquín.

—¡Pero si me han visto esta mañana en el entrenamiento! —reniego de su aseveración.

—Eso está fuera de lugar. —Vuelve a asomarse—. Deberías haber comido con ellos y mostrarles los jardines para entablar confianza. Sin embargo, tú has preferido seguir con tus actividades como si nada.

—¡El Minos me vio y me ha felicitado! —declaro en un intento de rebajar la tensión que siento acumularse entre nosotras.

—¡Ya basta! No quiero escuchar más excusas.

Se retrepa en la silla y me callo, porque sé que esta discusión no nos conducirá a nada. Hacemos el resto del camino en tenso silencio. Al entrar al palacio me coge del codo y me lleva con ella hasta el *megarón 25* de la reina. Me quedo en la entrada mirando los delfines que tanto me gustan. Intento no pensar en las consecuencias de mi desaparición, pues ya se me está revolviendo el estómago.

—Vamos, entra al baño —me urge mi madre enfadada, por lo que no me queda más opción que obedecer y no enfadarla aún más.

Entro al baño y me quito la ropa, me siento en la bañera y dos sirvientas me atienden. Con incomodidad me niego a que me froten, así pues, lo hago sola. Cierro los ojos para no ver la dura mirada de mi madre. Me echan agua templada al acabar de enjabonarme, me secan y envuelven con un gran paño de lino. Al salir del baño, mi madre me espera con un vestido sobre la cama.

Me ponen una falda blanca acampanada, decorada con dos grandes franjas doradas en uve, entre los dorados se ve una filigrana azul. Me tapan el torso con el corpiño de color blanco también, y la chaquetilla blanca decorada con filigranas doradas y azules.

Me sientan en una banqueta y recogen mis rizos en la parte de atrás de la cabeza. Luego van cogiendo mechones de pelo y los engarzan con perlas para llevarlos atrás. Cuando han decorado la parte delantera de la cabeza, recogen todo el pelo en una cola y dejan caer los rizos sobre mi espalda.

Una de las sirvientas, se agacha a mis pies y me calza unas sandalias doradas. Mi madre se acerca con el arca de las joyas, me pone cuatro pulseras en cada mano y luego me engancha en el cuello, un fino collar de perlas rematado con lágrimas en la vuelta más grande. Me da la mano para que me levante.

—Estás preciosa, hija —dice mientras me observa con aprobación—. El blanco realza el color dorado rojizo de tu piel y los adornos dorados se reflejan en tus ojos, que parecen de oro. —Me da un beso en la mejilla.

—Supongo que eso debe bastar. —Miro mis pequeños pechos y me encojo.

—Ahora compórtate como la princesa que eres y enorgullece al Minos.

CAPÍTULO 10

La Fiesta

Salgo de la habitación de la reina y me dirijo al gran megarón, donde será la cena. Respiro hondo al llegar a la puerta y empujo para entrar. Me quedo en la entrada y busco al Minos, quien al verme sonríe y me hace un gesto con la mano para que me acerque.

—Eirene, siéntate entre nuestros invitados. —Señala los cojines entre el micénico y el cananeo.

—Sí, padre —digo con la cabeza baja.

Me siento en los cojines y apoyo el codo izquierdo sobre mi rodilla. No miro a ninguno de los príncipes, tomo un cuerno y bebo con ansias. Me atraganto un poco y toso, por lo que alguien me da golpecitos en la espalda. Entonces, me vuelvo y veo al micénico sonriendo.

Por un momento pienso en sacarle la lengua y olvidarme de él, pero lo pienso mejor, no quiero poner en evidencia al Minos.

—Gracias, el vino está un poco fuerte. —Me centro en la comida y cojo una concha de mejillón, me lo como y vuelvo a coger otra. Voy dejando las conchas vacías en el plato frente a mí.

—No estás muy habladora hoy —me susurra Ion.

Niego con la cabeza y me encojo de hombros. Vuelvo a la comida, cojo un panecillo y me lleno la boca para no hablar. Noto la mirada del micénico fija en mí, lo que me pone tensa, se me cierra

la garganta y el último bocado lo trago a duras penas. Si sigo así, antes de que acabe la noche me pondré enferma y tendrán que sacarme en brazos.

—¡Sí que tienes hambre! —Se acerca a mi oído—. ¿Dónde has estado todo el día? —dice con una voz susurrante que se introduce en mi cabeza.

—A ti te lo voy a decir. —Me vuelvo hacia el príncipe cananeo y le sonrío—. ¿Os ha gustado la demostración de *taurocatapsia 26*?

—No la he visto. —Arruga la nariz—. No me resulta interesante ver a unos niños saltando animales.

—Yo era una de las saltadoras —contesto, enfurruñada—. Es nuestra forma de demostrar el tránsito a la madurez.

—Algo más de ti que no me gusta. —Coge un mejillón y se lo traga—. En mi tierra, las mujeres no tienen que demostrar su paso a la madurez, su cuerpo habla por ellas.

Definitivamente este príncipe es tonto, desagradecido e inculto. De ninguna manera uniré mi vida a este tipejo. Me vuelvo y me encuentro a Ion sonriente. Es mi única elección, pero hay algo en él que me hace enfrentarlo. Desde que lo conocí en el puerto mis encuentros con él han sido un tira y afloja que me dejan agotada. No puedo controlarme en su presencia, tiendo a hacer tonterías y eso me noquea. Nunca me he comportado de manera tan infantil.

—No se lo tengas en cuenta, Eirene, no todo el mundo puede apreciar el valor que se requiere para dar el salto. —Su voz vuelve a taladrar mi cabeza y me provoca un escalofrío.

—¿Tú sí lo aprecias? —Me vuelvo insegura hacia él conteniendo una sonrisa.

—¡Por supuesto! Me ha encantado —me dice sonriente—. La agilidad y la belleza de tus miembros describiendo las curvas del salto han sido magníficas. —Su mano se posa sobre la mía como por casualidad y me provoca una extraña sensación, siento algo crepitar entre nosotros.

—Gracias —digo con timidez mientras aparto la mano.

—Solo imaginar lo que puedas hacer en mi lecho… y me pongo duro como una roca —me susurra.

Se me escapa una exclamación de horror y lo miro entrecerrando los ojos, mientras mi piel se caldea por el comentario totalmente fuera de lugar.

—Eres un grosero y un… —No sé qué decir sin levantar la voz ni atraer la atención sobre mí. Niego con la cabeza y me levanto con rapidez. Me acerco al Minos que habla con el embajador de Egipto.

—Padre, no me encuentro bien. ¿Puedo retirarme? —Se levanta y toca mi frente que debe estar caliente todavía por el comentario del micénico.

—Tienes la piel caliente, ve a tu habitación y descansa para la procesión de mañana. —Me da un beso en las mejillas y me sonríe con indulgencia.

—Gracias, Minos.

Me retiro apresuradamente y voy a la zona norte corriendo, necesito hablar con Damián, saber si ha averiguado algo más. Podría haberle preguntado al micénico por los soldados, pero no creo que sea buena idea. No deben saber que los hemos escuchado y que sabemos, al menos, parte de sus planes. Por ahora, tenemos la ventaja que nos da el anonimato. Mientras desconozcan que estamos al tanto de su invasión, tenemos opciones para desmantelarlos.

Me descuelgo por la habitación de costura y me dejo caer el último tramo de altura. Corro hacia los arbustos y maldigo el vestido tan blanco, pues llamará la atención a mucha distancia y para colmo, lo ensuciaré. Con decisión, me quito el corsé y luego la falda, me quedo solo con el taparrabos y la chaquetilla.

Me arrastro hasta el arbusto donde me espera Damián y él se queda mirando mi atuendo.

—No digas nada —lo corto—. Me he escapado de la cena y he dejado la falda y el corsé en el arbusto junto a la ventana.

—Solo iba a decirte que estás preciosa. —Se le abre la boca.

—Cierra la boca antes de que te entren moscas. —Me carcajeo —. Soy yo, ¡Eirene!

—Lo siento, es que nunca te había visto vestida de princesa. —Traga saliva con fuerza y aparta su mirada.

—Tampoco es para tanto, sigo siendo yo debajo de tantos volantes y perlas. —Le saco la lengua—. ¿Has averiguado algo? —Me pongo seria.

—El barco ha partido hace un rato, pero no he visto que bajasen soldados.

—Eso es que ya habrán desembarcado. ¡Mierda!

—No lo sabemos, tal vez estemos sacando conclusiones precipitadas. —Sin pensarlo, se me ponen los ojos en blanco.

—Mañana tengo la procesión hasta la cueva de la Madre, no creo que me pueda escapar —digo preparándome para confesarle lo que haré—. Además, he decidido marcharme de Cnosos.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Estás loca? —Damián me coge por los hombros y me sacude.

—¡Calla! No me voy a casar con ninguno de los pretendientes que me ha traído el Minos. —Lo miro con los ojos llorosos—. No quiero irme, pero no voy a permitir que me unan con uno de esos dos tipos.

—Entonces, ¡cásate conmigo! —Me agarra más fuerte de los brazos y sus ojos se vuelven soñadores—. Llevo años enamorado de ti. —Acerca su boca a la mía y me aparto con rapidez.

—¿Estás loco? ¡Eso es aún peor! —Lo miro con asco—. ¡Eres mi amigo! Además, no me quiero casar con nadie. —Me aparto de él dando varios pasos hacia atrás.

—¿Y a dónde irás? —pregunta arrepentido.

—Me esconderé en las montañas. Necesito que mañana recojas bajo mi ventana el hato que prepararé para quedarme allí. Luego lo subes a la cueva de la Madre y lo escondes en la escalera que sube al bosque. Cuando se vayan los visitantes, tú me haces llegar un

mensaje y bajaré. El Minos se pondrá furioso, pero con el tiempo verá que es lo mejor.

—No sé —se aparta un poco de mí—, ¿y si te atrapan antes?

—No lo harán. ¿Te olvidas de las veces que hemos escapado durante nuestras travesuras? —Me río confiada.

—No es lo mismo, Eiri, y lo sabes.

—No te preocupes. —Lo abrazo—. Ahora debo marcharme. Voy a recoger mi falda e intentaré trepar con esto. —Señalo las sandalias doradas y me encojo de hombros.

Me despido dándole un abrazo y corro agachada hacia el arbusto, recojo la falda y el corsé de su escondite y apoyo el pie derecho en un hueco de la fachada, hecha de *mampostería 27*, la mano izquierda la pongo en otro hueco y de esta forma voy trepando por el muro bajo, con la falda y el corpiño enganchados a mi cuello. Toco el alféizar de la ventana y respiro aliviada, pero me dura muy poco, pues una mano enorme tira de mi brazo y me levanta sin ningún esfuerzo. Me mete en la habitación, le golpeo y me aparto para liberarme, con la escasa luz que entra puedo distinguir a mi captor.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —Me pongo la falda con rapidez y me engancho el corpiño como puedo.

—Ayudarte a subir —lo dice con tanta simpleza que me dan ganas de golpearlo.

Hasta en penumbra puedo ver como arquea una ceja y la sonrisa ladeada que dibujan sus labios. Carraspeo para recomponerme y centrarme en lo que importa. Este hombre imposible me acosa y persigue, sin importarle cuántas veces lo rechace. Estoy muy enfadada y no solo por su intromisión.

—Gracias, pero puedo sin tu ayuda. —Doy un paso hacia la puerta, pero me detiene.

—Antes de irte, explícame de dónde vienes y por qué te reúnes en secreto con tu amiguito. —Su voz suena dura y contenida.

—No tengo que darte explicaciones. —Intento rodearlo, pero vuelve a apresarme.

—No juegues conmigo, niña. Se supone que serás mi esposa, luego tengo todo el derecho a saber con quién retozas.

—¿Cómo? —Lo apunto con el dedo índice—. Tú no eres nada mío.

—Te equivocas, el Minos me lo ha asegurado así. De hecho, cuando habló con mi hermano; el rey de Micenas fue para unir nuestros pueblos mediante nuestro casamiento.

—Eso está por ver. —Frunzo el gesto—. El Minos me ha dado a elegir entre tres pretendientes y tengo hasta mi cumpleaños para decidirme. —No le voy a explicar que no puedo elegir al príncipe egipcio ni que mi cumpleaños es mañana.

—¿No podemos empezar desde cero? —Me sonríe con picardía.

—¿Por qué? —pregunto dudosa por esta faceta de buena voluntad.

—Mejor desde cero que nunca. —Me guiña un ojo y sonríe.

—No te entiendo. —Estoy algo confusa y sus palabras me inducen a una mayor confusión.

—Las cosas no son siempre como las creemos. —Se muestra simpático y siento que dentro de mí se rompe algo.

Lo miro, me mira, nos miramos y se me escapa una sonrisilla. Mañana desapareceré y lo que hoy hablemos no será nada. Con esa idea en la cabeza tomo una decisión, no sé si es buena o mala, pero al menos es una oportunidad, algo que antes no tenía.

—Está bien, empecemos de cero. —Extiendo mi mano para estrechar la suya.

—Gracias. —Coge mi mano y sonríe—. No te arrepentirás.

—Ahora si me disculpas, tengo que irme. —Intento apartarle mientras ando hacia la puerta.

—Déjame acompañarte. —Asiento con la cabeza y me sonríe—. Pero antes voy a colocarte bien el corpiño. —Lo mueve y lo coloca bien en la cintura, incluso aprieta las cinchas—. No queremos que piensen nada raro de nosotros, ¿no?

Salimos al pasillo y me acompaña en silencio. De vez en cuando le miro de reojo. Es grande, muy grande, pero lo que más me llama la atención son sus ojos verdes y ese pelo leonado, que parece haberle robado brillo al disco solar.

La verdad es que, tiene un puntito de pícaro descarado que me hace pensar que pronto hará alguna gamberrada. Si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias seguro que sería un gran amigo. Incluso podría llegar a enamorarme de él.

—Dime, Eirene, ¿a quién prefieres de tus pretendientes? —pregunta, descarado, mientras me sonríe con picardía.

—Tendrás que esperar hasta dentro de dos días para saberlo, mañana es mi cumpleaños y debo hacer la ofrenda a la Madre. —Le saco la lengua y suelta una carcajada que me sacude por dentro.

—¿Y no prefieres al chico que te acompaña en tus travesuras? —la pregunta me coge desprevenida y él me mira con atención.

—¿Damián? No, por favor, es mi amigo. Es como un hermano. —Sacudo la cabeza y meto los dedos en la boca haciendo el gesto de vomitar.

—Vale. ¿Y no te resulto agradable? —pregunta con una voz tan sensual que me paralizo por un momento.

—Solo por momentos —respondo divertida cuando me recompongo y me planto delante de él—. Pero tendrás que esperar dos días como todos.

—Entonces tendré que hacer algo para que no me olvides —me susurra al oído.

Lo miro extrañada y él me coge de la cintura, me acerca a su cuerpo y me besa. Es el segundo beso que me da, pero esta vez no me asusta. Le dejo acariciar mis labios con la lengua, sus caricias parecen alas de mariposas en mi boca. Se me escapa un gemido y

aprovecha para meter la lengua dentro, intento echarle empujando con mi lengua contra la suya, pero solo consigo enardecer su pasión. Vuelvo a gemir, porque me gusta, vaya que sí, mis entrañas se tensan en espera de algo, no sé qué, pero deseo que continúe. Ambos gemimos y de repente se aparta de mí, sacude la cabeza y sonríe de manera forzada.

—Recuerda lo que te hago sentir cuando elijas pretendiente. — Me besa en la punta de la nariz y se va diciendo adiós con la mano.

Se marcha. El muy cretino se va despidiéndose solo con un gesto de la mano. Me deja con las entrañas revueltas, los labios doloridos e hinchados y el devastador recuerdo del beso que me sobrecoge y me hace estremecer. Sacudo la cabeza en un intento de recobrar la compostura, aunque me tiemblan las piernas y la sangre recorre mi cuerpo haciéndome arder.

Realmente, la vida con él puede ser agradable. A pesar de su prepotencia y chulería tiene un puntito dulce y cariñoso, lo noto cuando me sonríe, y cuando se enfada no resulta tan aterrador como otros guerreros. Por no olvidar sus besos y lo que me hace sentir. El mero hecho de pensar en otro hombre haciendo lo que él me hace, me provoca arcadas.

Llego a mi habitación y entro todavía pensando en lo ocurrido en el pasillo, hasta que recuerdo a los micénicos. Ellos son quienes están trayendo un ejército a escondidas. Pero, si tan seguro está de que será el elegido por el Minos, ¿para qué quiere un ejército?

Esto no tiene sentido. ¿Quién empieza una guerra si puede obtener lo que quiere con una alianza? No puedo quedarme sin hacer nada, me doy la vuelta y salgo del cuarto. Voy en busca de Ion hasta el pasillo donde me ha dejado, sigo por él, pero no sé la habitación que le han asignado. Veo un sirviente cargado con sábanas y se lo pregunto. Sigo el corredor y llamo en la tercera puerta como me ha dicho el chico de las sábanas, espero que me abran, pero nada. Tal vez he llamado demasiado flojo. Vuelvo a llamar con más fuerza y estoy a punto de insistir de nuevo, pero se abre la puerta con fuerza.

—¿Quéééé? —Se me queda mirando incrédulo, escudriña a ambos lados del pasillo y tira de mí para meterme en la habitación —. ¿Estás loca? No puedes venir a la estancia de un hombre a estas horas —dice con voz dura sin ocultar su enfado.

Me quedo cortada por la regañina, pero recuerdo lo que me ha llevado hasta esa habitación y me enderezo.

—¿Para qué están viniendo tantos soldados de Micenas? —pregunto sin dudar y me cruzo de brazos con cara de enfado sin apartar la mirada de su cara.

—No sé a qué te refieres. —Niega con la cabeza.

—Hay un barco que está trayendo soldados desde el continente a la isla. Ya ha hecho dos viajes. Y no me digas que no sabes nada porque yo misma los he visto, incluso he escuchado a uno de ellos hablando con tu teniente.

—No sé nada de eso. —Se sienta confundido y con la mirada perdida.

—¡Y yo me lo creo! —Chasqueo los dedos delante de su nariz —. Este es un buen momento para empezar de cero, dime lo que tramáis.

—Te juro que no sé nada de soldados micénicos en Creta —confiesa sin apartar sus ojos de los míos—. Pero lo averiguaré.

—No te creo, si planeáis invadirnos, no me lo vas a decir. —Me pongo de puntillas y casi puedo pegar mi nariz a la suya.

—No puedo demostrarte nada ahora, pero si hay un complot para invadiros lo averiguaré e intentaré que desistan, porque si eso es así, es cosa de mi hermano —dice con seriedad—. Aunque tal vez solo quiera protegerme sin que se note.

—Averígualo, y si eres sincero, te creeré.

Me doy la vuelta para salir, pero me coge de la mano y se pone en pie. Solo lleva una toalla en las caderas, me acerca a su cuerpo y me besa. Sus labios se mueven sobre los míos chupando y acariciando, sus dientes mordisquean mi labio inferior, gimo y abro la boca para que entre su lengua y que se enzarce en un baile ritual

con la mía. Él no se detiene a pensar, sacude cada rincón de mi boca y me hace desear más. Me aprieto contra él y noto algo presionar contra mi vientre, entonces caigo: es su miembro. Me aparto con dificultad, colorada, aturdida y sin saber qué decir. La prueba de su excitación está latente bajo la toalla que no cubre nada. Me dan ganas de tirar de ella, pero escucho mi voz sensata y salgo dando grandes zancadas de su cuarto, buscando la seguridad de mi habitación.

Me despierta el canturreo de la chica que prepara mi baño. Me estiro y doy vueltas en la cama hasta que veo entrar a mi madre sonriente, le sigue una de sus damas cargada de ropa. Se me escapa un quejido, ya sé lo que toca. Entran más sirvientes y colocan bandejas para el desayuno. Casi se me olvida, hoy es el día de mi presentación a la Madre.

—Vamos, pequeña, toma el desayuno para que empecemos a prepararte. —La voz risueña de mamá me hace olvidar todos los desencuentros que hemos tenido.

Me pongo una bata y me siento junto a ella mientras los demás se afanan en trabajar en el cuarto. Cojo un vaso de leche y lo bebo con rapidez. Tomo dos manzanas, una la muerdo con fuerza y la otra la guardo en mi arcón para después.

Entre risas y besos me empuja hacia el baño donde me espera la bañera. Como siempre, me dejo llevar. Me enjabonan y lavan a pesar de mis quejas, mientras mi madre me amonesta por no estarme quieta. Me secan y luego me ponen una falda de piel, me ajustan el corpiño y la chaquetilla, también de piel. Sobre la falda me ponen una falda más corta de piel de leopardo y en los pies, unas sandalias de piel de serpiente. Complementan mi atuendo con una pulsera en forma de serpiente en cada brazo.

Me sientan en la banqueta y recogen mi pelo hacia atrás, hacen un moño con parte del pelo y dejan que caiga el resto por la espalda. Enganchan en los rizos pequeñas plumas de colores y abalorios hechos con piel de serpiente. Por último, me traen una capa larga con capucha forrada de piel de vaca.

—Hija, estás preciosa. —Besa mi mejilla—. La Madre te concederá sus bendiciones, solo tienes que hacer la ofrenda con el corazón.

—Gracias, madre. ¿Puedo tener un momento a solas? —Sonrío nerviosa.

—Todas fuera, dejemos que la princesa repase sus oraciones para la procesión. —Hace un gesto de complicidad y sale, después de empujar a la última sirvienta.

Sin perder tiempo, pongo mi capa de diario en la cama y dentro el taparrabos, el faldellín, las sandalias y el zurrón donde meto la fruta que guardo en el cuarto, incluida la manzana del desayuno. Lo lío todo y lo ato con una cinta de piel. Me asomo a la ventana que da al exterior y silbo para que venga Damián, tal y como quedamos. Le echo el hato y me despido con la mano.

Al salir del cuarto me esperan madre y padre, ambos me abrazan y se ponen detrás de mí. Vamos al patio exterior, miro hacia atrás y ya no los veo, pero me acompañan varias jóvenes que, al igual que yo, hoy cumplen quince primaveras y tenemos que ofrecer nuestras plegarias a la Diosa Madre, para que nuestro cuerpo sea fértil y la naturaleza nos llene de su gracia y bondad.

La música anima el atrio que se va llenando poco a poco. Miro a todos los promitentes que al igual que yo llevan las pieles en honor a la Madre. Sus caras sonrientes me relajan, aunque no del todo, pues sé que al terminar el día abandonaré todo lo que siempre he querido. Será una gran decepción para el Minos, pero no puedo dejar que me arrebaten aquello para lo que he nacido; aquello por lo que me he entrenado; aquello por lo que vivo.

Miro hacia los balcones y veo al Minos; mi padre, junto a la gran Sacerdotisa; mi madre. Sus caras de felicidad me lo dicen todo. En los otros balcones comienzan a asomar los invitados, damas y hombres de la nobleza que han venido a ver partir la procesión de las jóvenes. Se escuchan palmas, tambores y flautas. El alegre sonido me anima y me hace sonreír. Saludo con la mano a mis padres y encabezo la procesión hacia la cueva. En mis manos, la

estatuilla de la diosa Madre Tierra, tallada en marfil y con una serpiente en cada brazo. Seguimos el camino que nos lleva a lo alto de la montaña, donde está la caverna de Psychro donde haremos la ofrenda.

La música y las palmas amenizan el camino, la pendiente no nos permite despistarnos para no perder pie y caer. En la entrada, me detengo un momento, tomo una antorcha e ilumino el camino hacia el interior. Grandes columnas de piedra caen del techo; otras parten del suelo como queriendo unirse a estas. Pasamos al interior, donde se encuentra la sala más grande, varias teas iluminan la gran sala de ofrendas. Me sobrecoge la magnífica estructura, solo se escucha el gotear lejano del agua, pero llena el silencio de tal forma que su rítmico sonido no nos atemoriza.

Coloco mi ofrenda en un saliente junto a mí, ya hay otras figurillas allí expuestas y sonrío porque parecen acompañarse unas a otras para dejar atrás la soledad. Miro alrededor y veo que todos están centrados en sus ofrendas. Me arrodillo y elevo mis plegarias a la Diosa Madre, pero no solo por la fertilidad, pido porque el Minos me permita ser su sucesora; porque no tenga que casarme con un extranjero; porque mi madre pueda dar a luz sin complicaciones y que esta vez la criatura sobreviva. Las lágrimas salen de mis ojos y caen sobre la fría piedra.

CAPÍTULO 11

Huida

Me levanto y sigo haciendo mis plegarias en voz baja mientras retrocedo hacia la antesala de la cueva. Me pongo la capucha de la capa y, con paso seguro, voy a la entrada. Todos los oferentes están dedicados a sus plegarias, por lo que aprovecho para salir, giro a la derecha y rodeo la entrada de la cueva hasta que encuentro la escalera natural que hay y la subo con cuidado, ya que los escalones son enormes. Al llegar al último, encuentro el hatillo de ropa que le lancé a Damián. Además, veo que ha añadido un paquete de comida y un pellejo de agua. Es muy previsor, mucho más que yo, claro que lo precipitado de mis planes es una excusa para no haber pensado en eso.

Con agilidad, sigo trepando la montaña y entro en el bosque de la corona, los árboles me darán protección. Me escondo muy adentro y sigo pidiendo a la Diosa que me ayude en mi plan, a la vez que examino a mi alrededor en busca de algún peligro. Al comprobar que nada me amenaza, me relajo, pero no del todo. Al fin y al cabo, estoy sola en una zona donde habitan animales salvajes.

La noche cae con rapidez sobre mí, me he cambiado de ropa y la he liado sobre sí misma para usarla de almohada. Recorro los árboles y miro cuál me permitirá una más fácil subida por su tronco. Me engancho los dos hatillos de ropa y comida y trepo hasta perderme entre sus hojas, saco un poco de queso y una manzana,

después bebo agua y con el estómago lleno, me echo contra el tronco envuelta en la capa de pieles. Será una noche muy larga, pero estoy preparada para enfrentarla.

Mi primera noche en el bosque me tiene alterada, los movimientos y ruidos que suben del suelo me ponen en tensión. Además, el aullar de los lobos no ayuda a mi tranquilidad. Ahora me doy cuenta de que debería haber traído un cuchillo. No es que sepa utilizarlo en defensa o ataque, pero al menos me daría más seguridad. El sentirme sola me hace vulnerable, mucho más de lo que había pensado.

Agradezco a la Diosa la llegada del disco solar. Miro hacia abajo y compruebo que no haya ningún animal, me descuelgo y caigo dando una voltereta para evitar hacerme daño en los tobillos. Con mis hatillos de ropa y comida a la espalda, me adentro más en el bosque alejándome de la cueva. Ya deben haberse dado cuenta de mi ausencia, y no dudo de que en breve lanzarán una partida de búsqueda, solo espero que me dé tiempo a alejarme aún más de Cnosos.

Cae la noche y todavía estoy buscando un árbol donde esconderme, por lo que me subo al primero que me es más accesible. Como la noche anterior, me escondo entre su follaje, saco la comida que me queda y como un poco de carne seca y una manzana, bebo agua y me relajo mientras escucho los sonidos del bosque que ya se me han hecho familiares.

Un silbido me despierta y me pongo en alerta. Escucho los movimientos abajo, escudriño en la oscuridad y veo pasar fantasmagóricas llamas. El rumor de las conversaciones me llega cada vez más claro, y las pisadas en la hojarasca me indican que están casi bajo mi árbol. Me encojo, me aprieto contra el tronco intentando hacerme invisible y rezo a la Diosa para que me oculte. Veo cómo las antorchas desfilan bajo las ramas. Mi cuerpo está en tensión, aprieto los dientes, pues esta escapada va a ser más dura de lo que imaginé.

La noche ha sido horrible. Entre los ruidos normales del bosque y la presencia de los hombres que me buscan, apenas he dormido y mi cuerpo está rígido de estar siempre en la misma posición. Escucho con atención por si ha vuelto la partida de búsqueda. Mientras observo lo que me rodea, saco una manzana y me la como con ansias, bebo agua y me descuelgo al suelo.

Ya son tres días escondida en el bosque, se me ha acabado la comida y me queda poca agua, por eso decido buscar un río y recolectar bayas y frutos del bosque. La comida la tengo fácil, hay zarzas de moras y fresas salvajes por donde miro, lo malo es el agua. Si no encuentro algo pronto, tendré que bajar a la cueva a recoger allí y no creo que sea muy seguro todavía.

Llega la noche y no he encontrado el agua, apuro lo que me queda en el pellejo y trepo a un árbol para pasar la noche. Me como las moras y fresas que he recogido y cierro los ojos, cansada. Imagino que madre y padre deben estar preocupados, pero todavía es pronto para bajar. Además, Damián no me ha dejado la señal para que baje al palacio.

Me quedo dormida sin asegurar el hatillo de ropa, gran fallo que provoca que en un movimiento involuntario, se me caiga. Espabilo enseguida y maldigo mi despiste. Me descuelgo y al llegar al suelo me lo engancho a la espalda, pongo el pie en el hueco del árbol para subir de nuevo cuando escucho el gruñido. Sé lo que es y me da miedo volverme. Solo puedo trepar con rapidez para buscar refugio en la rama del árbol. Lo consigo a duras penas, pero todo mi cuerpo tiembla, no sé si de miedo, de cansancio o de ambos.

No he podido dormir sabiendo que el lobo acecha al pie del árbol. Miro hacia abajo y lo veo tumbado a la espera, de momento me quedaré en la rama. Saco las moras y fresas que dejé para el desayuno y me chupo los dedos al terminar. Me pongo en pie en la rama para aligerar la rigidez de los músculos, pero no puedo bajar con el animal esperándome.

Llevo dos jornadas en el árbol, en total cinco escondida. El lobo me sigue acechando y estoy desesperada, estar sin comer ni beber

me debilita y lo sé. No puedo seguir aquí arriba. Subo a una rama más alta y miro alrededor por si puedo saltar a otro árbol. Es un salto difícil, pero no imposible y es mi única opción de escapar. Cojo velocidad y salto con las manos en alto para agarrarme.

Lo consigo por poco, pero el lobo se mueve tras de mí, por eso sigo saltando de rama en rama. Cada vez me resulta más fácil, pero esto no me lleva a ningún sitio, pues el animal me sigue por el suelo.

Agotada, me siento en una rama y grito con furia y desesperación. Rezo a la Madre para que me ayude un poco más.

—¡Por aquí! —el grito me sobresalta.

—¡Rodead el perímetro!

Me encojo en la rama y miro hacia abajo, el lobo gruñe y da vueltas alrededor del tronco. Parece irritado y su pose de cazador me da miedo.

—¡Un lobo! ¡Un lobo!

Escucho al animar gruñir con más fuerza. Me asomo desde mi escondite y veo a los hombres rodearlo, la lucha no se deja esperar entre gritos y gruñidos. El fragor del combate me pone todo el vello de punta, por lo que cierro los ojos y espero que acaben con el lobo, pero que no me descubran. Mi estómago ruge por la falta de alimento y siento que mis músculos están resentidos por la falta de actividad.

La ausencia de ruidos bajo el árbol me indica que se han ido. El lobo tampoco está, solo queda una estela sangrienta de la batalla. No puedo quedarme más tiempo aquí, necesito agua y comida, pero sobre todo agua. Me descuelgo y salto con una pirueta al suelo, cubro mi cabeza con la capucha y me escondo pegada al tronco. Miro alrededor para estar segura de que no hay nadie y corro por el bosque alejándome de los hombres.

Recojo moras, bayas y fresas, las guardo en el zurrón y corro hasta que no siento las piernas. Tan solo me detengo un momento a recuperar el aliento. Entonces, lo escucho; el sonido inconfundible del agua fluyendo. Lo sigo desesperada y no presto atención a nada

más; ese es mi gran error. Caigo de rodillas en la orilla del riachuelo y cojo agua con las manos, bebo con fruición y saco el pellejo para llenarlo, lo cierro con cuidado y me lo engancho a la espalda.

—Yo de ti no volvería a huir —me susurra al oído una voz que reconozco.

—¿Cómo me has encontrado? —Me giro y lo encuentro pegado a mí.

—No ha sido difícil. —Sonríe descarado—. Solo he esperado hasta que el hambre y la sed te han obligado a moverte.

—¿Has estado todo el tiempo vigilándome? —pregunto incrédula y me enfado—. ¿Por qué no me ayudaste con el lobo?

—Quería saber cómo escaparías del animal —dice y me coge por la cintura—. Ahora, princesa, ha llegado el momento de volver a casa.

—Igualmente, no te elegiré a ti —le aseguro, y tropiezo por el empujón que me da.

—Nadie ha dicho que puedas elegir ahora —contesta con voz lúgubre.

Recorremos una gran distancia de vuelta a Cnosos, hasta que me caigo. La debilidad por no comer y la rigidez de mis músculos hacen que mis movimientos sean lentos e inseguros. Me coge del brazo y me levanta con brusquedad.

—¿Estás solo? —Busco con la mirada la presencia de soldados a nuestro alrededor.

—No —contesta al mismo tiempo que se gira hacia mí—. No pienses que puedes volver a escapar.

—Ya he fracasado una vez, no lo volveré a intentar —levanto la barbilla—, al menos de esta manera —lo digo muy bajito, pero igualmente él me mira y sonríe. No dice nada.

Cae la noche y enciende una fogata, me hace sentarme apoyada en un árbol y saca de su zurrón dos manzanas, me lanza una y se come la otra. Coge mi pellejo y bebe, luego me lo pasa a mí.

—Ahora vamos a dormir. Mañana nos encontraremos con la partida de búsqueda y volveremos a Cnosos.

Me acurruco en el suelo y caigo dormida de inmediato. Al despertar me doy cuenta de que algo me tiene sujeta, abro los ojos y enfoco la masa que me impide moverme. Lo tengo abrazado a mí, así que aprieto los dientes y cojo impulso, después lo empujo y me levanto con rapidez.

—No te preocupes, princesa, solo hemos compartido el calor durante la oscuridad —dice sonriente mientras se levanta con lentitud.

—No me preocupo —me cruzo de brazos—, pero no acostumbro a dormir con nadie.

—¿No? —Suelta una carcajada—. Pues a partir de ahora no dormirás sola.

—¡Serás cretino! —Me doy la vuelta y voy a correr, pero sus manos cogen mi pelo y tiran con fuerza.

—Eirene, no agotes mi paciencia —advierte—, o tendré que atarte.

—¡No te atreverás! —grito enfadada y no puedo impedir que se me escape un gemido cuando tira de mi pelo.

—No me tientes. —Su voz es apenas un susurro, pero se me hiela la sangre al entender la amenaza implícita.

Volvemos al camino entre los árboles. Me lleva de la mano, pero no por cortesía, más bien es su forma de mantenerme a su lado. A media mañana me quejo de hambre, pero no dice nada. Andamos varios metros más y me planto.

—¡Tengo hambre! —Intento soltarme.

—Pues debemos esperar a encontrarnos con el grupo para comer —habla sin mirarme y sin detener su paso.

—Puedo recoger bayas y moras —insisto.

—Eso nos entretendrá. Sigue andando. —Tira de mí sin piedad.

—Noooo —digo enfadada y lo reto con la mirada.

—Tú solita has creado esta situación, princesa, ahora debes afrontar las consecuencias —habla apretando los dientes y casi puedo tocar su rabia.

Me dejo caer al suelo y le sonrío con petulancia. Acabo de empezar una guerra de voluntades y, aun así, no estoy segura de querer ganar esta batalla. Las pequeñas riñas que mantenemos me hacen sentir viva y he de reconocer que hasta me divierten, aunque no siempre salgo vencedora. Pero su sonrisa y la forma en que me mira me atrapan y me hacen desear tenerlo junto a mí.

—Pues tendrás que cargarme porque no pienso dar ni un paso más sin comer.

—Eres… Eres… Una consentida —dice y me mira indignado—. Una niña malcriada, egoísta y… —Niega con la cabeza y se va a un lado del camino para coger moras.

Me levanto y voy a su lado para ayudarle a recoger frutos. Puede que me haya puesto impertinente para obligarlo a parar, pero sé que cuatro ojos ven más que dos. Necesito aplacar el hambre que hace rugir mi estómago.

—¿Sabes lo que tu escapada le ha costado a tu amigo?

—¿Damián? ¿Qué le ha pasado? —Un pellizco se me coge en el estómago y casi me pongo a llorar.

—Lo han encerrado por secuestro —suelta sin rodeos.

—¡Pero él no me ha secuestrado, yo me he marchado! —digo incrédula.

—Te ayudó y eso es lo mismo para el Minos —grita enfadado—. De hecho, si nos damos prisa puede que lleguemos a presenciar su juicio.

—¿Qué? ¡Pero no pueden acusarlo! —Esto supera todo lo que pensé que podía salir mal con mi huida.

—Ya lo han hecho, y él confesó. ¿Por qué crees que estábamos peinando el bosque?

El resto del camino lo hacemos en silencio y dando grandes zancadas. Nos encontramos con el grupo de búsqueda y

descendemos hacia el palacio, tardamos dos jornadas en volver. Mi mayor preocupación es Damián, no quiero que le culpen por mi imprudencia. Estoy acobardada por lo que esta situación ha supuesto para mi amigo, aunque también estoy decepcionada por no haber conseguido lo que quería. A estas alturas, lo que menos me preocupa ya es la elección de un pretendiente.

Al entrar al palacio veo muchos guerreros por los pasillos, me asomo al patio central y también está lleno de soldados. Mi escolta se limita ahora a tres guerreros e Ion. Me conducen por los pasillos como si fueran suyos y al llegar al salón del trono se me escapa un grito.

Sentado en el trono de alabastro hay un hombre enorme y de aspecto feroz. Uno de los guerreros me empuja y caigo de rodillas ante el intruso. Intento levantarme, pero alguien me pone una mano en el hombro e impide que me levante. Alzo la cabeza y veo a Ion que niega con la cabeza advirtiéndome.

—Así que tú eres la princesa fugitiva… —Me mira con ferocidad —. Has tenido a mis hombres buscándote durante muchas lunas, solo por ello tendrás una estancia similar de tiempo en la mazmorra —grita enfadado y lleno de rabia.

Voy a protestar, pero me levantan con brusquedad y ante mi asombro, me conducen a lo más hondo del palacio.

No puedo ni hablar.

No entiendo nada. ¿Dónde está el Minos? ¿Y mi madre? Intento resistirme, pero me cogen de las manos y tiran de mi cuerpo arrastrándome por los pasillos sin que nadie haga nada.

CAPÍTULO 12

Invasión

Abren una puerta del oscuro corredor interior y me empujan dentro. Al volverme, se cierra dando un portazo y escucho la barra caer sobre el soporte para asegurarla. No veo nada, está muy oscuro. Busco a tientas una pared y, guiándome con la mano, recorro la estancia, al llegar a una esquina giro y me adentro en la oscuridad. Un momento, me han metido en los túneles del minotauro, esto no es una habitación. Me detengo y desando el camino, no voy a cometer la tontería de meterme a oscuras en el laberinto de túneles.

Por fin llego a la puerta de entrada, toco la madera y me siento junto a ella. Tienen que venir a traerme alimentos, ¿no? No pueden dejarme aquí las diez jornadas que he estado escondida, ¿y quién es el hombre que se sienta en el trono de Minos?

Se me escapa un sollozo porque no tengo nada más que preguntas, las respuestas, aunque las intuyo, no me atrevo ni a pensar en ellas.

Debo haberme quedado dormida porque al abrir los ojos, noto un poco de luz en la oscuridad. ¿Lo estoy soñando?

—¿Eirene? Hija, ¿eres tú?

—¡Padre! —Me levanto y abrazo la figura encorvada sobre mí—. Padre, ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí?

—Nos han invadido, hija —dice mientras me abraza—. No me di cuenta de que había metido una serpiente en mi casa.

—¿De qué hablas, padre?

—Los micénicos trajeron soldados y se escondieron en la isla, aprovecharon el caos que causaste con tu desaparición para tomar el control del palacio.

—Pero ¿por qué? ¡Si querían una alianza y la iban a tener! —«Todo esto es increíble», pienso y retuerzo las manos hasta sentir dolor.

—No era eso lo que buscaban. —Se frota la cara—. Ahora solo temo por tu madre, la tienen encerrada en sus habitaciones y rezo a la Diosa para que la proteja a ella y a la criatura.

—Lo siento. De verdad que lo siento. Lo siento tanto… —lloro —. Esto ha sido culpa mía, debí advertirte de la llegada de soldados.

—No tienes la culpa, yo ya lo sabía, el director del puerto me lo avisó, pero no le hice caso. Pensé que solo traían soldados por nuestro tratado, así que ya ves, aunque me hubieses dicho que estaban entrando muchos soldados en el puerto, no le habría dado importancia.

—Entonces, ¿Ion se proclamará Minos y nosotros no podemos hacer nada?

—Tú lo has dicho, hija. —Me levanta la cara—. Ahora solo podemos intentar escapar. A mí no me dejarán salir, pero a ti y a tu madre… Voy a negociar para que os dejen salir de Cnosos.

—No padre, vayámonos todos. —Sujeto sus manos entre las mías.

—No hija, solo puedo intentar salvaros a vosotras. Le cederé los cuernos de Minos solo si estáis a salvo.

Se escucha destrabar la puerta y nos incorporamos los dos con rapidez. Mi padre me abraza protector mientras me aparta hacia atrás.

—¡Eirene! ¡Eirene!

—¿Cómo te atreves? —Me suelto de mi padre y me lanzo hacia Ion que está en la puerta—. ¡Sois unas sabandijas traidoras! —Le

golpeo con todas mis fuerzas, pero en él, apenas hacen mella mis golpes.

—Escúchame, Eirene, yo no tengo nada que ver en esto. —Me sujeta los brazos—. Minos, tenéis que creerme, no estaba enterado de los planes de mi hermano.

—¡No podemos creer en tus mentiras! —Corro hacia la silueta de mi padre.

—¡Os ayudaré! He conseguido que mi hermano te encierre en tus aposentos. —Nos ilumina con la antorcha—. De ahí podré sacarte con facilidad.

—¿Y mis padres? —No puedo creer lo que dice, pero por un momento me aferro a la pequeña esperanza que me presenta.

—Tu madre está en las habitaciones de la reina, lo organizaré para sacaros sin que se enteren. —Ion habla deprisa, pero, aun así, puedo sentir en su voz un atisbo de esperanza.

—¿Y dónde nos esconderemos si no tenemos soldados? —Mi mente trabaja con rapidez en busca de soluciones y me adelanto a los problemas que puedan surgir.

—No podemos escondernos, tenemos que salir de la isla. Mientras exista una posibilidad de que mi hermano obtenga el poder de vosotros, no estaréis seguros —la rotundidad con la que habla me golpea como si fuese un puño.

—No puedo irme sin mis padres —digo en susurros.

—Puedes y lo harás. —Mi padre me da la vuelta hacia él—. Para mí no hay esperanza, pero tú y tu madre tenéis una oportunidad.

A la luz de la antorcha veo las miradas que se lanzan Ion y mi padre. Un lenguaje silencioso se instala entre ellos y sé que el Minos ha hablado, ya nada le disuadirá de su decisión. Sé que no puedo negarme ni hacerle cambiar de opinión, aun así, lo intento.

—Padre, ven con nosotros —me arrodillo—, por favor.

—No hija. Si queréis tener una oportunidad de huir, debéis hacerlo solos. —Me coge de los brazos y me levanta—. Salva a tu

madre y a tu hermano. Hazlo por mí. —Me abraza y me besa la frente.

Ion tira de mí con fuerza, me saca de la oscuridad y me lleva por los laberínticos pasillos. Sé a dónde va: volvemos al salón del trono. Intento detenerme, planto los pies y patino en vez de andar. Él no se detiene. La puerta se abre y me empuja ante el trono de alabastro, levanto la cabeza con orgullo y veo a Aqueo, el hermano de Ion, rey de Micenas y autoproclamado Minos.

—Princesa, espero que este tiempo en las mazmorras os haya hecho comprender cuál es su lugar aquí. —Tiene una sonrisa que da miedo, pero no aparto la mirada de su cara.

Se ríe ufano y se pone en pie. Da una vuelta a mi alrededor, luego me levanta la cara y aprieta mi barbilla entre sus grasientos dedos. Por primera vez lo veo bien, tiene los mismos ojos verdes y pelo leonado, pero lo que en Ion resulta atractivo en este gigante es grotesco. Aparta la capa corta que llevo puesta y examina mi cuerpo, su mirada me hace sentir sucia y me remuevo incómoda.

—Eres una belleza, con esos ojos del color de la miel y el pelo oscuro con reflejos de fuego… —Vuelve a repasar mi cuerpo con la mirada—. Lástima que tu cuerpo sea tan poco femenino.

Le escupo a la cara, no lo pienso, solo quiero que sienta mi desprecio. Su reacción es inmediata, me da un golpe que me hace caer al suelo. La mejilla me arde y el dolor es intenso, pero no le daré el gusto de verme llorar. Me levanto y sin hacer caso de la quemazón que siento en la mejilla y el regusto a sangre de mis labios, enderezo mi cuerpo y yergo la cabeza con orgullo. Soy la hija de Minos, así que le devuelvo la mirada con odio.

—Es una suerte que no aceptases a mi hermano, así te demostraré lo que es un hombre de verdad —mientras habla se agarra la entrepierna y se rasca.

Se acerca a mí y lame la sangre que tengo en el labio. Me aparto con repugnancia, pero no puedo ir muy lejos, el cuerpo detrás de mí me impide dar más pasos atrás. Giro la cabeza para ver

quién es y veo a Ion, que tiene la mandíbula apretada. Bajo la vista y sus puños están igual.

—Llévala a sus aposentos y poned guardia en su puerta, no quiero que se pierda de nuevo. —Se sienta en el trono y me sonríe —. Pronto nos uniremos con la bendición del Minos.

—Ni lo sueñes —escupo a sus pies mientras Ion tira de mí para apartarme del usurpador.

—Nos uniremos, el Minos te entregará a mí, la Sacerdotisa nos bendecirá y recibiré los cuernos de Minos. De ti depende que después de eso, ellos puedan vivir o… —Su risa me encoge el corazón, pero no aparto la mirada de odio de él.

Ion me coge con brusquedad del brazo y me conduce a mi cuarto. Andamos en silencio por los complicados pasillos del palacio. Solo al entrar a mi cuarto me giro hacia él para enfrentarlo.

—¿Estás satisfecho? —Le doy un empujón.

Se gira y veo a dos guerreros detrás de él, les hace una señal y salen del cuarto cerrando la puerta.

—Eso ha estado de más, Eirene. —Se pasa la mano por el pelo —. Esta noche vendré a buscarte, nos iremos de aquí antes de que Aqueo decida adelantar sus planes.

—¿Y mi padre?

—Olvídalo, es imposible que lo saquemos del laberinto. —Me coge de los brazos—. Saldremos de aquí solo con tu madre, como nos ha pedido el Minos.

—No puedo. —Me dejo caer al suelo—. No puedo abandonarlo.

—Eirene, ¿acaso no te das cuenta de los planes que tiene Aqueo? —Me levanta hasta ponerme frente a él—. Se unirá a ti para consolidar el poder en la isla, y cuando lo tenga, os matará a los tres. Él no quiere mujeres a su lado, salvo en la cama.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Me mira muy serio—. Reconozco que cuando me ordenó venir aquí para unirme contigo, no me gustó la idea, pero

cuando te vi… —Me da un beso en la frente—, supe que nada podría separarme de ti. Y al conocerte, ver de lo que eres capaz, solo ha hecho que me esfuerce más por tenerte a mi lado. Eres la mitad que me falta para estar completo, Eirene. No te puedo ofrecer nada, porque después de lo que voy a hacer, seré un traidor y Aqueo pondrá precio a mi cabeza. Pero puedo jurarte que te protegeré hasta el último aliento, mientras mi cuerpo resista.

Después de esta declaración me lo quedo mirando muy fijamente, y dejo de ver al gigante orgulloso y pretencioso que me presentó mi padre. Ahora veo a un hombre que no sé si lo merezco, después de cómo lo he tratado. Lo cierto es que me ha hecho mirar en mi interior.

—Ion, debo reconocer que no me eres indiferente. Cuando me besaste sentí en mi vientre algo que… No sé lo que es, pero quiero más. Quiero estar cerca de ti, saber cosas de ti. Te quiero a mi lado siempre. Fui una tonta al escapar, ahora lo sé, solo hui de lo que sentía por cabezonería, porque tal vez tengas razón y soy una niña caprichosa.

—No, solo eres una mujer con un carácter muy fuerte y las ideas muy claras. —Me da un beso en la frente—. Eso es lo que me atrajo de ti.

Me acerca a su cuerpo y sus labios se apoderan de los míos. Es un beso duro, exigente, que me obliga a abrir la boca, y su lengua me invade haciéndome sentir tan bien que se me olvida todo. Me aprieto contra él y doy tanto como recibo. Su boca me domina, pero me resisto, entablo un duelo de voluntades, y al separarnos, ambos jadeamos. Sus ojos, oscurecidos de pasión, me hacen retroceder. Recupero el valor y levanto la cabeza ante él con orgullo. Nunca me someterá, seré igual, al menos eso es lo que espero que digan mis ojos, porque mi cuerpo dice otra cosa bien distinta.

Lo veo ladear la boca con esa sonrisa hechizante y se la devuelvo.

—Debo irme. Mandaré que te traigan la cena —dice con seriedad—. Come, necesitarás las fuerzas. Mientras, voy a ver si

puedo hacer que traigan a tu madre contigo.

—Gracias.

Sale del cuarto con el ceño fruncido y me doy cuenta de que es una pose intimidante ante los demás. Acabo de verlo realmente, es un hombre risueño, cariñoso, atento y está enamorado de mí. Me abrazo el cuerpo y giro feliz a pesar de todo lo que me está pasando.

Por un momento, pienso en lo que ha ocurrido y trago saliva, Aqueo es un guerrero y no se detendrá ante nada para conseguir el poder en Cnosos. De hecho, ahora mismo solo se interpone el Minos. El resultado de esta lucha de poder no me gusta, porque sé que mi padre será el perdedor y mi cuerpo tiembla ante lo que eso significa.

Traen una bandeja con la cena. La sirvienta entra con la cabeza baja, no escucho risitas ni exclamaciones alegres como siempre. Levanta la cabeza y veo que tiene varios golpes en la cara, un ojo casi cerrado y moratones en los brazos. Me incorporo para ir a su encuentro, pero asustada me mira y niega con la cabeza, luego se da la vuelta y sale corriendo. Escucho la puerta trabarse con un ruido ominoso que hiela mi alma.

Termino la cena, tal y como ha dicho Ion necesitaré todas mis fuerzas para huir, luego me dirijo al arcón en busca de ropa. Saco un chitón de color celeste y me visto con rapidez sobre el taparrabos, pongo también una capa larga, la dejo sobre la cama y me tumbo sobre ella.

He debido quedarme dormida. Al abrir los ojos veo la habitación a oscuras, nadie ha venido a prender las antorchas. ¿Para qué?, solo soy una prisionera más. En la quietud de la noche escucho que se destraba la puerta de entrada, me levanto de un salto y me escondo junto al arcón.

—¡Eirene! —Ion susurra mi nombre por toda la habitación.

—Aquí. —Me levanto al comprobar que es él y que viene solo.

—Vamos, tenemos que salir ahora. —Me coge la mano.

—¡Espera! —Corro hasta la cama, me coloco la capa y vuelvo deprisa a su lado—. Ya está.

Salimos al pasillo y veo a los dos guardias tumbados en el suelo. Tienen un pellejo agarrado y desprenden un vaho alcohólico que apesta. Miro a Ion y él me sonríe encogiéndose de hombros. En vez de ir a los aposentos de la reina, lo veo que se asoma al alféizar de columnas, mira hacia arriba y luego me llama.

—Apóyate en mí para trepar al tejado, utilizaremos la *lucerna 28* para subir.

—En silencio me acerco a él, que está subido en el hueco, me coge y me eleva sobre su cuerpo hasta que toco el tejado, después me impulso y subo con agilidad. Me aparto y espero para ver cómo subirá él, porque yo no tengo fuerza para izarlo. Pero con sorprendente agilidad, pese a su envergadura, sube a mi lado. A salvo de miradas, recorremos el tejado con rapidez.

—¿Por dónde están las habitaciones de la reina? —pregunta mientras corremos.

—Por allí. —Señalo el borde exterior hacia el norte y corro con cuidado.

Él se tumba al filo y asoma la cabeza hacia el exterior. Se queda un momento allí tumbado y luego se incorpora.

—Podemos entrar por la ventana. Te voy a dejar caer, luego te balanceas y entras a la habitación, yo te seguiré.

—Ion, mi madre no podrá seguirnos por el tejado, está embarazada.

—No te preocupes, ya se me ocurrirá algo. —Puedo ver su sonrisa de confianza en la oscuridad y asiento con la cabeza.

Me coge de las manos y me descuelga por el borde del tejado. Hago como me ha dicho, un leve balanceo y cuando tengo el suficiente impulso, salto al interior y ruedo sobre mí misma para no hacerme daño en la caída.

—¡Madre! —susurro y me acerco a la cama donde veo un bulto —. Madre, soy Eirene.

—¡Hija! —Se incorpora y me abraza con fuerza—. No has debido venir, nos han atacado. No sé dónde está el Minos ni si está vivo —se le escapa un sollozo.

—Tranquila madre, está vivo, he estado con él. Lo tienen en el laberinto subterráneo —hablo con rapidez al tiempo que la abrazo, necesito la fuerza que me da su calor.

Se le escapa un gemido lastimero y solloza abrazada a mí. La aprieto contra mi cuerpo y la consuelo, a pesar de que yo misma estoy al borde de las lágrimas. El ruido de pasos en la habitación hace que se tense, pero la tranquilizo.

—Madre, es Ion, él está conmigo. No está de acuerdo con lo que ha hecho su hermano, nos va a ayudar a huir.

—No puedo irme —susurra y un gemido se le escapa.

—Sí que puedes, te ayudaremos. —La miro en la penumbra—. Es lo que ha ordenado el Minos.

—No puedo, he perdido al niño. —Llora en mis brazos.

—¡Madre! —La abrazo con fuerza y entonces me doy cuenta del olor metálico que desprende, lo reconozco, es el olor de la sangre; también huele a muerte. Un escalofrío recorre mi columna vertebral —. ¿Qué puedo hacer?

—Ya nada.

Emite un lastimoso quejido y baja sus manos dentro de las sábanas. Cuando las saca, lleva en ellas un ser diminuto, que apenas ocupa una de sus manos ensangrentadas. Me lo quedo mirando. Es perfecto, un niño con todas las partes de su cuerpo: dos manos, cinco dedos, los pequeños pies; todo en él denota el chiquillo que podría haber sido. Lloro con desconsuelo y abrazo a mi madre. Este era el heredero que esperaba mi padre, aquel por el que me relegaba a un intercambio con otros países. Niego con la cabeza y alejo los mezquinos sentimientos que me invaden.

—Escapad vosotros, yo no puedo, la Diosa Madre me reclama. —Acaricia mi cara—. Recuerda que tu padre y yo te queremos. Huye de la isla y busca tu camino en otras tierras más benévolas. —Señala el arca de las joyas—. Llévatelas, las necesitarás. —Se quita el anillo de sacerdotisa y me lo encierra entre los dedos.

—No, madre, te ayudaré a caminar, nos esconderemos hasta que estés más fuerte y…

—No, hija, no veré la luz del día, es mejor que huyáis. La Diosa me ha revelado una gran catástrofe, por eso debéis marcharos cuanto antes.

En ese momento un ruido lejano y atronador recorre el silencio de la noche. Se escuchan los pájaros piar asustados, el sonido de bestias gruñendo nos llega también. Desconcertada, miro a Ion y a mi madre.

—Es la hora, tenéis que escapar de aquí.

Sus ojos se cierran con cansancio y un escalofrío recorre mi cuerpo, al darme cuenta de que ha salido su último aliento. Ion coge mi mano y tira de mí hacia la ventana. Me suelto y cojo el arca de las joyas, las vuelco sobre un chal y hago un nudo con él, que me ato a la cintura.

—Vamos, ya la has escuchado, ella quería que escapases. —Se alza sobre el muro que da al hueco de la ventana y me levanta—. Sube al tejado.

Subo y me quedo de pie ante el filo. Miro hacia el suelo, queda lejos; si me dejo caer será solo un momento de dolor y me uniré a mi madre con la Diosa, pues solo puedo pensar en lo sola que me ha dejado. No quiero estar sin ella, aunque no siempre estuviésemos de acuerdo, fue mi guía, la que me obligaba a centrarme y a pensar las cosas antes de hacerlas. ¿Quién me bajará de las nubes para recordarme poner los pies en el suelo y actuar correctamente? ¿Quién me dirá lo hermosa que soy, aunque no sea verdad? ¿Quién me dará su amor sin esperar nada a cambio? ¿Quién me querrá tal y como soy, con todos mis defectos? Una mano se posa en mi hombro e intento escapar de ella lanzándome al vacío, pero no llego.

—Ya está, princesa. —Ion me abraza con fuerza—. Llora un poco y deja que se encuentre con la Diosa.

Lloro sin control, mis sollozos acallados entre la ropa de Ion y mis lágrimas mojándole la túnica, mi cuerpo tiembla y el palacio también.

Espera, ¿el palacio tiembla? Me aparto de Ion, sorprendida por lo que está ocurriendo.

—Tenemos que salir de aquí.

Me levanto y corro en dirección norte a la sala de costura, que es la parte más baja del palacio. Miro a Ion que corre a mi lado y vemos el tejado desplomarse en algunas partes. Acelero el paso y él me adelanta; ya sabe a dónde voy. El movimiento nos hace caer varias veces más, pero nos levantamos y seguimos hasta nuestro destino.

Un gran agujero se abre ante mis pies. Me detengo al filo y veo a Ion saltar con agilidad, por lo que vuelvo sobre mis pasos, cojo impulso y salto. Él, me ayuda a incorporarme y seguimos corriendo entre tejas que se deslizan y socavones que nos hacen desviarnos un poco, pero lo retomamos en cuanto superamos los obstáculos que se nos presentan.

Paramos para recuperar el aliento y el corazón se me encoge. A lo lejos, en una de las islas, sube un cañón de fuego y se desliza por ella creando una tétrica luminosidad que me encoge el corazón. A mi lado, Ion me coge de la mano y le noto temblar al igual que yo. El suelo sigue moviéndose bajo nuestros pies, el rugido de la tierra nos asusta y alienta a continuar con nuestra loca huida.

Llegamos al borde del tejado que hay sobre la sala de costura, me coge y me descuelga hacia la ventana. Le espero y cuando está junto a mí me descuelgo como he hecho tantas veces para dejarme caer al suelo. Ion sigue mis pasos.

—Vamos al puerto, buscaremos un barco que nos saque de aquí, antes de que se den cuenta de nuestra desaparición.

—¿Y mi padre? —Me detengo en seco.

—Ya lo hemos hablado; me ordenó que os sacase de la isla —dice mientras me mira con tristeza—. No he podido salvar a tu madre, pero te juro que te pondré a salvo.

—No me iré sin él —amenazo, pues a cabezota no hay quien me gane.

—Eirene, con los derrumbes que ha habido es imposible que se haya salvado. —Tira de mí.

—Eso no lo sabes. Podemos aprovechar el desconcierto y las ruinas para buscarlo y …

—¡No! Me ordenó ponerte a salvo y es lo que haré.

Me echa sobre su hombro y corre hacia el puerto, pero sin utilizar el camino, lo hace a través de la arboleda que rodea el edificio. Levanto la cabeza y veo como el palacio de Cnosos se pierde en la distancia. Algunas paredes desmoronadas y llamas entre las lucernas no le quitan la majestuosidad que tiene. Un escalofrío recorre mi cuerpo al darme cuenta de la magnitud de los destrozos que se producen en la que fuera mi casa.

Se me escapan las lágrimas y golpeo a Ion para que me baje.

—¡Déjame en el suelo, que tengo piernas!

—¿Vas a hacerme caso?

—Sí. —Asiento al mismo tiempo con la cabeza y el llanto me puede.

—Chist, ya está princesa. Tenemos que coger un barco. Saca la fuerza que sé que tienes y ayúdame.

Se me escapan varios hipidos, pero me seco las lágrimas con la capa e inicio la carrera con él. Al llegar al puerto hay un gran caos. Los barcos están guardados por guerreros que impiden que la gente suba a ellos, y los gritos y súplicas de los asustados ciudadanos, no sirven de nada. Ion mira en derredor, yo le imito. Tenemos que encontrar una forma de salir, antes de que Aqueo descubra nuestra huida.

A lo lejos, distingo un resplandor que me llama la atención, hago visera con la mano para centrar mi visión y veo que se trata de

un *kebenit 29*, me vuelvo hacia Ion y le señalo el barco en la distancia. Él niega con la cabeza.

—Está demasiado lejos y sus remeros lo alejan con rapidez. No podremos alcanzarlos a nado.

—Podemos coger un bote, sé dónde esconde Damián el de su padre.

— ¿Les privarás de un medio de escape? —Niega otra vez.

En ese momento veo a Damián que se acerca a nosotros, lo llamo y sonríe agradecido. Cuando lo tengo a mi lado, lo abrazo como siempre que estamos mucho tiempo separados.

—¿Te han soltado?

—Pero ¿qué dices? ¡Nunca me han detenido! —dice con asombro.

Me vuelvo hacia Ion que sonríe con picardía. Me engañó para evitar que volviese a huir y siento que el enfado me sube hasta la garganta. Estoy a punto de gritarle, pero él se adelanta, me abraza sin pudor y me susurra al oído.

—Algo tenía que decir para que volvieras conmigo. —Se aparta de mí y se encoge de hombros.

—Eres un cretino. —Me giro hacia Damián—. ¿Podemos coger tu barca para ir hasta aquel barco? —Le señalo la nave egipcia.

—Vamos, he venido para poner a salvo el bote. —Me sonríe—. Remaremos hasta el barco y luego me lo llevaré a esconderlo.

Bajamos la pequeña pendiente hasta la embocadura del puerto, y ayudamos a Damián a sacar el bote de la pequeña cueva donde lo guarda. Me acerco a otro que hay allí guardado y cojo sus remos, los meto en el nuestro y salto dentro. Los dos me miran y sonríen. Ion y Damián reman con fuerza mientras yo despliego la vela al salir del puerto, cojo el timón y rezo a la Madre para que nos dé viento que nos empuje hasta el *kebenit.* Fuertes ráfagas de aire caliente mueven la vela y nos ayudan a acercarnos al barco con rapidez.

Me fijo en los remos del barco egipcio y veo que están en alto, sin duda, han cogido la vela y esperan navegar con ella. Se lo señalo y ellos aumentan el ritmo de las paladas.

El ruido de la gente en el puerto es un sordo rumor que trona en mis oídos. Veo las oscuras aguas que bordean el bote y lamen su casco, después miro otra vez en busca del *kebenit* y exclamo porque lo tenemos casi encima. Dejan de remar y el movimiento de las olas nos acerca al casco del barco con un suave balanceo. Una voz de alarma hace que se inclinen hacia nosotros varios arqueros.

—¡Hola! —grito—. ¡Soy la princesa Eirene de Cnosos, necesito hablar con el capitán del barco!

—Yo soy el capitán, ¿qué quiere la princesa de mí?

—Necesito transporte a Egipto, el príncipe Amenhotep me invitó y estoy segura de que se lo agradecerá.

—El príncipe viaja con nosotros, le preguntaré.

Lo veo perderse en el interior y rezo porque la amistad que el príncipe me brindó en Cnosos fuese sincera. Aprieto mis manos mientras miro a Ion y Damián alternativamente. No dicen nada, pero se notan las dudas en sus caras.

Con todo el horror que se vive en la isla, el temblor de la tierra y el resplandor rojo que ilumina el cielo, dudo que nos dejen subir por las buenas. La cara de Ion está tensa, casi puedo sentir cómo aprieta los dientes. Damián, sin embargo, mantiene su sempiterna sonrisa.

El tiempo pasa y los temblores en tierra repercuten en el agua. Veo aparecer la cabeza del capitán por la borda y contengo el aliento.

—El príncipe Amenhotep desea invitaros a subir a nuestra nave.

Varias cuerdas se descuelgan por el lateral hasta nuestro bote. Primero, sube Ion y cuando voy a subir yo, me doy la vuelta y me despido de Damián.

—Damián, huid de Cnosos. No sé lo que ocurrirá a partir de ahora, pero es peligroso.

—No te preocupes, Eiri, mis padres se han llevado a mis hermanos a Festos y yo voy a bordear la costa para llevar el bote. —Me da un beso—. Cuídate, y no te olvides de mí.

—No podría olvidar a mi mejor amigo.

Lo abrazo con fuerza y cojo la cuerda. Estoy trepando cuando siento que me izan. Al llegar a la cubierta, Ion me ayuda a estabilizarme cuando lo consigue miro al frente y veo al príncipe de Egipto sonriendo de oreja a oreja. Sus extraños ojos me miran con simpatía, lo cual me relaja. Estamos en una situación extrema y tener de nuestro lado al príncipe es toda una suerte.

—Princesa Eirene, me honra tu presencia en mi barco, pero más me gusta que me acompañes en esta travesía hasta las dos tierras. —Amenhotep, con su extraño aspecto, me sonríe con calidez.

—Gracias, príncipe, espero que no os suponga problema ayudarnos en nuestra huida. Cnosos ha sido invadida y mis padres… —Se me escapa un sollozo que hace a Ion abrazarme con fuerza.

—Mi hermano traicionó el tratado con el Minos, pero yo haré honor a él. —Mira al príncipe de Egipto—. El Minos me ha cedido la guardia y custodia de la princesa y pienso cumplir con mi deber.

—No os preocupéis, príncipe, sé quién sois y veo la verdad en vuestros ojos. Sois bienvenidos. —Se vuelve hacia la zona donde una especie de caseta nos da cobijo para pasar la noche.

La mañana trae un sonido extraño que se difunde por el agua como una amenaza. Nos asomamos todos en busca de su origen y se me encoge el corazón, cuando veo que el agua nos arrastra con una fuerza inusual. A lo lejos, tras la isla de Creta, veo una gran masa de agua alzarse sobre ella. Estamos muy lejos, pero escucho los gritos de pánico, o al menos mi corazón así lo hace. En el barco, los marineros toman los remos y se escucha el tambor que da los ritmos de remada. Ion me lleva hasta la caseta de popa y me pide que me resguarde allí, me pasa una soga y la ata al mástil, luego la ata a mi cintura. El sonido se ha vuelto tan fuerte que apenas puedo escucharlo.

Él levanta la voz, está casi gritándome.

—Agárrate fuerte y no te sueltes. —Se vuelve hacia Amenhotep —. Príncipe, deberíais ataros con ella. —Le pasa otra soga y se asegura de que estemos bien atados.

El ritmo del tambor se acompasa con el de mi corazón y me hace sentir el desamparo de la ausencia de Ion, asustada miro al príncipe de Egipto que también está intentando controlar el miedo. No sé cuánto estamos allí atados hasta que empezamos a notar que el barco zozobra. El impacto de la gran ola sacude el navío con fuerza y rodamos por el suelo de la caseta, mojados y asustados. Nos levantamos agarrados, apoyándonos mutuamente.

Por un momento, pienso que me he quedado sorda, pues ya no escucho el crepitoso rumor que antes nos asustaba. Por suerte solo ha sido el final de la ola lo que nos ha golpeado, al menos eso ha dicho el capitán. Yo rezo a la Diosa, le pido por mi gente, que hayan sobrevivido a este desastre, aunque ahora sé que nunca volveré a Cnosos. Si ha sobrevivido algo al terremoto, la gran ola habrá acabado de destruirlo.

En silencio, lloro por ellos y por mí, pues la Diosa nos ha abandonado y eso hace replantearme mi fe. Si madre estuviera viva, seguro que me castigaría solo por pensarlo.

Hacemos el viaje, resguardados en la cabina de Amenhotep quien, con su charla alegre y su capacidad para disfrutar del arte, sea cual sea su procedencia, escucha mis historias sobre la Diosa Madre. Él me habla de su familia, descendiente de los dioses y nos lee poesías que él mismo escribe. Ion se pone a las órdenes del capitán y ayuda en el barco. No lo dice, pero sé que la vida ociosa no es para él. Le veo trepar a las jarcias y realizar cualquier trabajo que le proponen. En ningún momento se queja y a pesar de todo lo que hace, nunca me pierde de vista y siempre tiene una sonrisa para mí.

Llegamos a Tiro, donde se reparan algunos remos y se cargan mercancías. Por la noche volvemos a zarpar bordeando la costa.

Pasamos por Akko, Dor, Jafía, Asdod, y Gaza. Entramos en el Delta del río Nilo y paramos en Pelusio. Después de descargar mercancías y cargar otras, continuamos nuestro camino subiendo el curso del río.

En nuestro camino hacia las tierras del faraón pasamos por Tani, Heliópolis, Menfis, Karnak y por fin llegamos a Tebas.

CAPÍTULO 13

Catástrofe

Nos detenemos en una dársena 30. Al mirar hacia la ciudad, me sobrecoge ver una columnata. Son siete enormes columnas en dos filas, coronadas con unos capiteles campaniformes 31 y a diferencia de las que teníamos en el palacio de Cnosos, estas son más anchas en la base y se afinan hasta llegar al capitel. Nosotros, las construimos más estrechas en la base y más anchas en el capitel, además las nuestras son de madera y pintadas en rojo. El efecto es mucho más estilizado y no puedo más que admirar el conjunto.

Instalan la pasarela y veo que empiezan a bajar los remeros, escribas y sirvientes. Llevan grandes palmas de largos penachos. Miro a mi derecha y veo a Amenhotep vestido con sus mejores galas. Me sonríe.

—Uniros a la procesión detrás de mí. Primero, daremos gracias a los dioses en el templo que está construyendo mi padre y luego nos dirigiremos al palacio, para que todos los súbditos de mi padre comprueben mi exitosa llegada.

—Como digas, príncipe Amenhotep.

Ion me da la mano y bajamos juntos detrás del príncipe de Egipto. Me sorprende la grandeza de la columnata al pasar bajo ella, me hace sentir tan pequeña que se me encoge el corazón. Ahora entiendo la grandeza de esta tierra. Todo aquí parece ensalzar al

gobernante, pero lo que realmente me llama la atención son los artistas que con tanta habilidad tallan la piedra.

Me gustaría aprender la técnica que utilizan. Esta iniciativa me coge por sorpresa, pero decido que más tarde lo pensaré, es una buena forma de integrarme en esta sociedad. Se une a nosotros un sacerdote que nos va explicando el recorrido. Tras la avenida columnata, llegamos a un gran patio rodeado de columnas fasciculadas con capiteles *papiroformes 32* cerrados. En el patio porticado, un conjunto de veintiséis estatuas de excelente talla nos guía hacia el interior. No puedo dejar de mirar a mi alrededor. Repaso con la mirada las columnas talladas y me fijo en la expresión hierática de las estatuas, todas ellas tienen la misma expresión, por lo que se puede reconocer la mano del mismo artista en sus formas.

Pasado el patio llegamos a una serie de estancias *hipóstilas33* cada vez más oscuras, hasta llegar, dejando atrás el santuario de la barca, al *sanctasanctórum*, el lugar donde se custodia la sagrada imagen del dios. Al menos así nos lo explica el sacerdote que nos guía al interior.

A la *naos 34* solo está permitida la entrada del faraón y los sacerdotes, por eso nos detenemos, ya que nos rodean los siervos y guardias. Al mirar al frente, veo al faraón. Va vestido con una túnica de lino y lleva un precioso *usej*, además de llevar el *spkent 35* y el cetro. Está acompañado por una mujer, que supongo será su esposa, también vestida de lino y con un *usej* igual al del faraón, pero más pequeño; también lleva una peluca de melena corta y trenzada.

Amenhotep entrega al faraón una fuente llena de frutas y oro. Este la coge, y con ella en los brazos entra al interior de la nave seguido de varios sacerdotes, vestidos con faldas de piel de leopardo. El silencio se hace tras la desaparición del faraón.

Esperamos de pie su regreso. Nadie habla ni se mueve, es algo muy extraño. Recuerdo nuestra procesión en Cnosos, donde se escuchaban los rezos y cánticos mientras los oferentes se dirigían a la cueva de la Diosa Madre, pero en el interior sustituíamos el cante

por las plegarias y rezos, que convertía la atmósfera en un murmullo. En cambio, aquí, el silencio es místico, casi aterrador.

Sale el faraón, seguido por su esposa y los sacerdotes, se ponen en la entrada y el regidor de las dos tierras levanta sus manos.

—Amon-Ra se complace de la vuelta de Amenhotep Amenofis. —Coge la mano de su esposa—. Ahora, vayamos al palacio a celebrar el regreso de mi hijo pequeño.

Se abre un espacio entre los allí presentes. El faraón, de la mano de su esposa, recorre el camino hacia el exterior. Conforme van pasando, todos se inclinan y nosotros hacemos lo mismo. Veo que Amenhotep va detrás de sus padres. La sonrisa no abandona su cara, lo cual no le resta seriedad en el semblante.

El sacerdote nos indica que salgamos y le obedecemos. Ya en la calle y al pasar bajo la columnata, veo que hay varios palanquines esperando al final. El faraón sube en uno, la reina en otro y el príncipe coge el último.

Nos unimos junto al sacerdote a la procesión real. A nuestro paso la gente se detiene y nos mira con curiosidad, en cambio, al paso del faraón lanzan pétalos de flores. Asomo la cabeza, y veo que los palanquines van precedidos por bailarinas que danzan al son de unas flautas de música suave.

Llegamos al palacio y nos hacen entrar a una sala bellamente decorada. Nos sentamos en unos cojines tirados en el suelo y nos ofrecen un vaso de té. Está caliente, pero la sed puede conmigo, así pues, lo bebo con ansias, y a pesar de lo caliente que está me sienta muy bien. Mi cuerpo deja de sudar y noto como se aclimata al calor sofocante de esta tierra. Miro a Ion, le animo a tomar el té y lo hace a regañadientes después de olerlo.

Llevamos un buen rato allí tumbados a la espera de que nos indiquen a donde ir, se abre la puerta y un guardia nos invita a seguirlo. Nos lleva a la sala del trono, allí sentado está Amenofis III, faraón de las dos tierras. Visto de cerca no es tan intimidante, su cara regordeta de gestos amables transmite simpatía. Sus grandes

ojos negros se fijan en mí y sonríen al tiempo que se chupa los labios gruesos. Esa mirada me hace retroceder un paso, pero no puedo más, detrás de mí está el sacerdote que nos ha guiado en el templo. Ion me coge por la cintura y me obliga a inclinarme ante el faraón.

—Padre, estos son: Ion; príncipe de Micenas, y Eirene; princesa de Cnosos. —Amenhotep me sonríe con calidez—. Son buenos amigos míos y, por ende, de Egipto, por eso les he ofrecido nuestra hospitalidad tras la tragedia sufrida en su isla.

—Los amigos de Egipto siempre serán bienvenidos, más aún en tan penosas circunstancias.

—Gracias, faraón. —Ion me mira—. Vuestra hospitalidad y generosidad nos conmueven. Mientras dure nuestra estancia en vuestro reino, contad con nuestra ayuda.

—Estupendo. —Aplaude el faraón y mira a su esposa, parecen hablarse con la mirada. Ella no nos pierde de vista y tampoco oculta el enojo que le supone nuestra presencia en su corte—. Ahora vamos a celebrar.

La música envuelve la sala mientras bailarinas danzan a nuestro alrededor, los sirvientes traen bandejas de comida y nos sirven en copas de oro. Sin duda, es una recepción generosa. Un sirviente se acerca a mí y me susurra que la reina quiere hablar conmigo. Me levanto para seguirlo, pero Ion me coge la mano y se inclina en mi oído.

—Si te preguntan, di que estamos unidos y bendecidos. —Su gesto adusto no me deja dudar, tengo que seguir sus instrucciones.

—Como quieras, pero hablaremos más tarde. —Asiente con la cabeza.

Sigo al sirviente hasta el trono donde se sienta la reina. Me inclino en señal de respeto y al levantarme la miro bien. En su día debió de ser una mujer muy hermosa, aunque su gesto duro y hosco la desmerece. Es una mujer muy pequeña, aunque el poder que siento emanar de ella parece engrandecerla. Le sonrío con simpatía y espero que me hable.

—Mi reina, ¿me habéis mandado llamar?

—Sí, niña —me mira de arriba abajo—. Antes de preparar vuestras habitaciones, quiero saber si el príncipe micénico es tu esposo —lo dice de forma tan brusca que me pone en alerta.

—Sí, mi señora. Así lo dispuso mi padre, el Minos —consigo decirlo sin tartamudear por la mentira.

—Lástima. —Chasquea la lengua—. De todas formas, si lo prefieres, puedes entrar al harén para descansar de tan larga travesía.

—Mi señora, perdonad mi ignorancia, pero ¿el harén no es de vuestro esposo?

—Sí, claro —dice con voz ronca casi en un susurro.

—Entonces, ¿cómo voy a entrar en él? Yo no soy la esposa del faraón, mi esposo es Ion de Micenas. —Intento que no me tiemblen las piernas, pero no lo consigo del todo.

—Era solo una sugerencia para que descanses, niña. —La veo apretar los puños.

—Gracias, mi reina, pero con una habitación para mi esposo y para mí, será suficiente, no queremos molestar.

—Como desees. —Hace un gesto con la mano y un sirviente me indica que puedo irme.

Llego hasta donde está Ion sentado y él levanta una ceja interrogante. Yo niego con la cabeza y dejo las explicaciones para cuando estemos solos. La fiesta decae en cuanto el faraón abandona la sala, pero también se vuelve menos rígido el protocolo.

Veo acercarse a Amenhotep sonriente, cojo la mano de Ion e intento coger fuerzas de él, que lo acepta con galantería y levanta mi mano para besar los dedos uno a uno.

El príncipe carraspea antes de hablarnos.

—Mi padre os acogerá mientras queráis quedaros. Cuando deseéis retiraros a descansar, un sirviente os acompañará a vuestra habitación. Yo me voy ya, estoy agotado. Que Ra os bendiga.

Asentimos ambos con la cabeza y lo vemos abandonar el salón por la puerta lateral. Ya solo queda la reina que nos mira con insistencia, pero pasado un tiempo ella se marcha también. En el salón quedan algunos nobles beodos. Ha llegado la hora de retirarse y lo sé, aunque me pone nerviosa saber que esta noche la pasaré con Ion.

Nos ponemos en pie y pedimos a un sirviente que nos lleve a nuestra habitación. Recorremos varios pasillos y subimos las escaleras hasta conducirnos al fondo del pasillo. Nos abre unas puertas, entramos y me quedo extasiada. Es una alcoba enorme, la gran cama en el centro de la habitación frente al balcón está rodeada de gasas para impedir el paso de insectos, mientras una suave brisa entra y mece las cortinas al otro extremo del cuarto. Recorro la habitación y veo una gran bañera que nos espera llena de agua.

Se me hace un nudo en la garganta, hemos dicho que estamos casados, y en cierto modo es así, pues mi padre así se lo dijo a Ion cuando le encomendó que me cuidase, pero la intimidad que requiere un baño me tiene cohibida. Él me mira y parece darse cuenta de mis dudas.

—Date un baño, yo esperaré en el balcón. —Me guiña un ojo—. Prometo que no miraré.

—Gracias. —Sonrío con sinceridad.

Me desprendo de la ropa con rapidez y la dejo caer al suelo. Escucho el tintineo que hacen las joyas al dejarlas junto con mi indumentaria, las cojo y las llevo a una mesa redonda junto a la cama. Entre las cortinas veo a Ion asomado al balcón, su ancha espalda domina el espacio. Lo miro con lentitud y aprecio su musculoso cuerpo, sacudo la cabeza ante el giro de mis pensamientos y voy con pasos rápidos a la bañera. Al llegar, me sorprendo al ver una chica esperando junto a la pared.

—Ra esté contigo, ama. —Se inclina—. Soy Nefer, la reina Tiy me ha ordenado serviros en todo lo que preciséis.

—Gracias, Nefer, ahora mismo solo quiero darme un baño. —Le sonrío y me meto al agua.

Estoy en el cielo. Después de tantos días con solo baños de esponja y agua salada, poder meterme en la bañera, relajarme y disfrutar de su frescura, es un regalo que pienso disfrutar. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el borde. Nefer me pasa un paño y una pastilla de jabón. Huele a rosas, me hace sonreír, era el perfume favorito de mi madre. La sombra de su ausencia me hace lamentar su falta y sin poder evitarlo se me escapan unas lágrimas.

—¿Está todo a su gusto, ama?

—Sí. —La miro mientras me seco las lágrimas—. Es solo que este perfume me trae recuerdos tan entrañables que me hacen añorar a mi madre.

No contesta. En silencio vierte un poco de aceite de esencia de rosas al agua, luego frota la pastilla de jabón en sus manos y me frota el cuero cabelludo. Sus dedos me relajan mientras lo masajean, me quedo semidormida. Solo al notar que me pasa el paño por la espalda y luego por los pechos, me despierto del todo.

Me incorporo y le pido el paño para lavarme yo misma. Se queda de pie junto a la pared y al terminar le pido agua limpia para aclararme. Me pongo en pie y ella vierte agua templada por mi cuerpo, luego me hace inclinar la cabeza hacia abajo y me aclara el pelo con más agua limpia. Saca una toalla de lino, envuelve mi cuerpo mientras con otra más pequeña me envuelve la cabeza.

—Gracias, Nefer, has sido muy amable.

Voy hasta la cama y veo un camisón celeste de tela tan fina, que es transparente. Trago saliva, pero me lo pongo para no ofender a la reina al no usar el regalo. Ion entra en ese momento y se frena en seco al verme. Sus ojos abiertos como platos. Extiende la mano hacia mí, pero en ese momento Nefer se acerca a nosotros.

—Amo, en un momento preparo su baño.

Nos quedamos mirando cómo Nefer va al fondo de la habitación. Escucho el agua correr y movimientos tras la mampara

que lo oculta. Tan pendiente estoy de lo que hace la muchacha que cuando me giro veo que Ion me mira atentamente, sus ojos no abandonan ni un momento mi cuerpo; eso me hace sentir desnuda. Lo miro, me mira, nos miramos, pero no nos acercamos. Simplemente, nos observamos con hambre, y no de comida.

El carraspeo al fondo nos devuelve a la realidad.

—Amo, puede entrar al baño.

—Gracias, muchacha. —Se acerca a la división del espacio del fondo y se pierde tras él.

Salgo al balcón y le doy intimidad, tal y como ha hecho conmigo. La cálida brisa del desierto es ahora más fresca, me estremezco cuando la suave caricia de la brisa sopla sobre mí. Me abrazo el cuerpo y miro al patio bajo nuestro balcón. Varias palmeras mueven sus grandes hojas ante mis ojos y el sonido de pasos rítmicos en la solería, me recuerda que es un palacio y los guardias hacen rondas. Escucho los insectos volar a mi alrededor, e incluso siento la picadura en el brazo de uno de ellos. Miro el disco plateado, redondo y brillante que parece sonreírme.

Me vuelvo al interior y me encuentro a Ion junto a la cama con solo una toalla en las caderas. Trago saliva ante la visión de su musculoso cuerpo apenas cubierto de un vello claro, el cual se pierde en uve bajo la toalla que envuelve sus estrechas caderas.

—Que Ra os encuentre en la mañana.

Esa despedida me hace levantar la cabeza y veo a Nefer que abandona el cuarto en silencio.

—Si sigues mirándome así, no respondo —dice Ion con voz ronca mientras me devora con los ojos muy abiertos.

—Lo… lo siento. —Me vuelvo con rapidez para evitar su escrutinio.

—No lo sientas, princesa. —Se acerca a mí por la espalda y me abraza—. Esperaré todo lo que quieras, pero no hagas invitaciones que no estés dispuesta a cumplir.

—Yo no… —Avergonzada, me giro con rapidez—. No he hecho ninguna invitación.

—Pues me miras como si me quisieras devorar —coge mi barbilla—, y no soy de piedra.

Sus labios se posan sobre mi boca, primero con suavidad, pero poco a poco se vuelven más duros e insistentes. Me siento tan floja que me dejo caer en sus brazos y le echo los míos al cuello para sujetarme. Mi cuerpo se pega al suyo por inercia y siento su dureza apretarse contra mi vientre. Se me escapa un gemido y él aprovecha la abertura de mi boca para invadirla con su lengua. Me aprieto aún más, si eso es posible, y saco mi lengua a bailar con la suya. Mis pequeños pechos se erizan al roce del vello de sus pectorales. Ya no soy capaz de pensar, me dejo llevar por las placenteras sensaciones que me provoca.

Emite un gruñido y me aparta con desgana.

—No sigas, si no estás preparada para lo que vendrá después. —Se da la vuelta—. ¿Qué es lo que quería la reina? —dice para cambiar de tema.

—Quería que entrase en el harén del faraón —digo en voz baja mientras intento aclarar mis pensamientos.

—¡Mierda! —Se vuelve ofuscado—. ¡Le habrás dicho que no!

—Estoy aquí, ¿no?

—No me gusta que haya intentado meterte tan rápido en el harén del faraón. —Se mueve en círculos por la habitación.

—Fue una oferta, pero me negué y lo aceptó sin más. —Lo miro extrañada.

—No sé cuánto tiempo podremos quedarnos aquí —dice con voz crítica y me coge de los brazos—. Tendremos que estar preparados para salir en cualquier momento.

—Pero si acabamos de llegar, además …

—No. Hazme caso, aquí tampoco estamos seguros. —Su voz me pone en alerta.

—Bueno, podemos usar las joyas de mi madre para que nos acojan más tiempo en el palacio.

—De eso nada —exclama muy serio—, no deben saber que tenemos joyas.

—Pero… —No me deja hablar.

—Hemos sido recibidos por el faraón y no le hemos hecho ningún obsequio, si saben de las joyas, puede que se las queden todas como señal de pleitesía.

—No creo que las cojan todas y…

—Hazme caso, Eirene, guardaremos las joyas para una emergencia. —Mira la habitación con minuciosidad, sus ojos se elevan a la parte superior de las columnas y sonríe—. Dame el paquete.

Pone una silla junto a la columna del balcón y sube a su respaldo, luego con habilidad trepa hasta llegar al capitel con forma de papiro. Saca el paquete de joyas por la cabeza y lo pone sobre las hojas talladas, lo estira y cuando queda satisfecho con el bulto que esconde, da media vuelta y se deja caer.

Ya en el suelo, da vueltas alrededor y asiente satisfecho, después me coge de la mano y me lleva hasta la cama.

—Es hora de dormir, princesa —dice con voz cariñosa y me da un beso en la frente antes de tumbarme en la cama.

Lo veo coger varios cojines y tirarlos al suelo, y es cuando me doy cuenta de que pretende dormir ahí. Me incorporo y lo cojo del brazo.

—Ion, no es necesario —digo antes de arrepentirme y le sonrío con timidez.

—Le prometí a tu padre que esperaría a que madurases para consumar nuestra relación. —Me guiña un ojo—. Es mejor que duerma en el suelo.

—¿Y cuándo le hiciste esa promesa a mi padre?

—El día que vimos tu exhibición —dice mientras me mira muy serio—. Él me dijo que bendeciría nuestro casamiento, pero que debía esperar a que crecieras.

—Pero no es necesario, yo… —Trago saliva—. Estoy preparada.

—No, no lo estás. Y créeme, es mejor esperar.

—De todas formas, puedes dormir conmigo, prometo que no saltaré sobre ti. —Sonrío con picardía.

—No es eso lo que me preocupa. —Se ríe nervioso.

—Por favoor, ¡duerme conmigo! —Le pongo morritos.

—Está bien, pero tú en tu lado y yo en el mío. —Suspira.

Nos acomodamos en la cama, el colchón cruje bajo su peso y me hundo hacia su cuerpo. Intento separarme, pero no hay forma. Se le escapa un suspiro y me abraza con fuerza, puedo sentir su calor corporal traspasando la tela que nos separa.

—No te preocupes. Está bien así. —Me da un beso en la frente.

—¿Cuántas cosechas tienes? —Me acurruco entre sus brazos con naturalidad.

—Cumpliré veintiuna este invierno. —Su mano dibuja círculos sobre la piel de mi brazo.

—Pareces mayor.

—Ya. La guerra endurece y envejece —dice con voz calmada.

—¿Tienes más hermanos?

—No, Aqueo es el único —se vuelve hacia mí—, y doy gracias a los dioses por ello.

—A mí me hubiese gustado tener hermanos, pero después de nacer yo, todos los hijos de mi madre morían en su vientre, o nacían tan débiles que morían en uno o dos días. —Se me escapa un sollozo al recordar a mi madre con el niño muerto en sus brazos.

—Chist, tranquila princesa, más adelante recordarás solo las cosas buenas que viviste con ellos.

—Lo sé, pero no lo puedo evitar. —Lloro en sus brazos por todo lo que pudo haber sido y no fue.

CAPÍTULO 14

Egipto

Los rayos del disco solar me despiertan, el cálido cuerpo junto a mí me recuerda la noche anterior, su forma de abrazarme y darme consuelo. Se me escapa una risita al ver que está desnudo junto a mí. Su amplio pecho sube y baja con lentitud y cuando respira sus labios emiten un sonido gracioso. Miro más abajo, no lleva puesto taparrabos, su miembro descansa sobre la pierna, entre un nido de vello rubio. Lo miro con atención, nunca he visto ninguno, parece muy suave. Me atrae con curiosidad, así que levanto el brazo y dirijo mi mano hacia esa parte que tanto nos diferencia, pero antes de llegar a tocarla veo como se yergue orgullosa y dobla su tamaño. Se me escapa una exclamación de asombro y, con decisión, bajo mi mano para acariciarlo, pero antes de llegar, Ion emite un gruñido y sujeta mi mano con fuerza.

—Buenos días, esposa. —Me pone de espaldas al colchón y se tumba sobre mí—. ¿Te has despertado juguetona?

Niego con la cabeza, asustada por la rapidez con que me ha sujetado contra la cama. El nudo en mi garganta reaparece, trago con fuerza en busca de una contestación, pero no se me ocurre nada que decir. Levanto la cabeza y lo beso para callar sus preguntas. Él se deja llevar y controla el beso; mejor, porque soy novata y no quiero demostrar lo inútil que soy en esos menesteres.

Como siempre, su beso se vuelve avasallador, toma mi voluntad y convierte mi cuerpo en una masa temblorosa. Siento palpitar mi sexo mientras la tensión en mi vientre se hace tan fuerte que necesito liberarla, pero no sé cómo. Gimo entre sus labios y me muevo bajo su cuerpo mientras el mío parece saber lo que necesito, porque se mueve bajo el suyo y siento su miembro entre mis piernas que se abren por inercia en busca de su roce. Mariposas parecen volar en mi interior, pero necesito más, algo que las haga volar. Gimo contra su boca invasora, siento que estoy cerca de abrir la puerta a algo poderoso, lo noto tan cerca que lloriqueo.

El golpe en la puerta y la entrada de alguien en la habitación nos hace incorporarnos de inmediato; él se cubre con la toalla que quedó abandonada en la cama y yo estiro de la tela del camisón para cubrirme. No sé por qué, me arde la piel y el calor me sofoca, pero lo peor es que gruño a Nefer que está dejando una bandeja sobre la mesa del centro del cuarto.

Tan silenciosa como ha entrado, abandona el cuarto y nos deja solos, pero el hechizo de lo que estábamos haciendo se ha roto. Ion me mira con el gesto fruncido, se le escapa un suspiro y se acerca a mí en la cama, se inclina y me da un beso en la frente.

—Buenos días de nuevo, esposa —dice mientras me sonríe con picardía—. Nos han traído el desayuno.

Se sienta a la mesa y llena los vasos con té, luego pone unas rebanadas de pan con queso y lo rocía con miel. En un principio me quedo mirando sin saber que hacer, hasta que me observa y me ofrece una rebanada desde su asiento. Hipnotizada con su sonrisa, me levanto y doy pequeños pasos hacia él, lo escucho gemir y frunzo el ceño. Me siento frente a él y cojo el vaso con té, está caliente, pero tengo sed. Me lo bebo con pequeños tragos sin quitar mis ojos de él, que mastica con lentitud el pan, solo deja de comer para beber de su vaso.

Nefer carraspea para llamar nuestra atención. Me saca de mi escrutinio, giro la cabeza hacia la chica y le sonrío.

—Buenos días, Nefer. ¿Qué querías?

—Señora, les he traído ropa. Dice la reina que la acomode en vuestro arcón y que si necesitáis algo más se lo hagáis saber.

—Gracias, Nefer —contesto y acompaño mis palabras con una sonrisa.

Sale tan silenciosa como entró, me vuelvo hacia Ion y me sorprende ver que tiene un gesto esquivo.

—¿Qué? —Me sirvo otro té.

—Me extraña tanta amabilidad.

—Es lo normal entre las casas gobernantes.

Le resto importancia y bebo el té más deprisa de lo debido, me atraganto y toso con fuerza, pero me cuesta recuperar el control de mi respiración. Ante mi ruidoso intento de recobrar el control, él se levanta y me da golpecitos en la espalda. Se me escapan lágrimas, parpadeo para eliminar la humedad y lo veo: la toalla ha caído al suelo y él está ante mí con su gloriosa erección en mi cara. Trago saliva con fuerza y levanto la vista con asombro, él sigue tan centrado en mí que no se ha dado cuenta de su pérdida. Carraspeo y le hago gestos con los ojos, elevo mi mirada hacia la suya para bajarla con rapidez hacia su miembro desnudo. Se da cuenta de lo que ocurre y lo veo ponerse colorado. Chasqueo la lengua incrédula mientras él se da la vuelta y recupera la toalla. Ver su hermoso y redondeado trasero me hace tragar saliva con fuerza.

Ya cubierto, se vuelve hacia mí y tose.

—Deberías comer algo. —Señala la bandeja muy serio.

—No me apetece, pero tomaré una fruta para después. —Cojo una manzana y la froto en mi pecho para sacarle brillo.

Escucho un sonido extraño y al levantar la vista, veo que se dirige a grandes pasos hasta el arcón para coger ropa. Me termino de beber el té y por el rabillo del ojo, veo que lleva varias prendas detrás del biombo. Se me escapa un suspiro más fuerte de lo normal, pero sigo bebiendo de mi vaso.

Me levanto y me dirijo a coger ropa. En ese momento, él sale del baño con un faldellín egipcio, un cinturón dorado que cae en dos

desde la cintura y una tela que cubre uno de sus hombros. Me quedo mirando embelesada, solo reacciono cuando me guiña un ojo y me da un beso en la frente.

Tomo un vestido de color blanco cegador, me lo estoy poniendo junto a la bañera cuando siento unas manos ayudarme a sujetar la tela sobre mis hombros, me giro y lo veo sonreír. Deja caer la tela transparente y plisada sobre mis hombros, y me pasa un cinturón que da varias vueltas en mi cintura y caderas. Con un cepillo, desenredo mis apretados rizos y los recojo en alto con una cinta, la anudo y dejo que caigan sueltos en una coleta.

—Princesa, estás preciosa —dice con voz ronca mientras su boca en mi cuello hace que se me erice la piel.

—Tú tampoco estás mal, príncipe —respondo y le guiño un ojo.

Llaman a la puerta y nos interrumpe el duelo de miradas que nos lanzamos. Amenhotep asoma su rapada cabeza y nos sonríe con simpatía. Ataviado con un faldellín como el de Ion, pero con bordes dorados mucho más anchos y una perfecta trenza en el lado izquierdo de su cabeza que se mueve con brío mientras entra.

—¡Ya estáis vestidos! —Nos mira con aprobación—. Princesa, si pudiese casarme con vos rogaría a mi padre porque me concediera la libertad de elegir esposa —dice con sinceridad mientras besa mi mano y se gira hacia Ion—. No os preocupéis, príncipe, reconozco vuestro derecho sobre ella.

Ion asiente con la cabeza y le lanza una sonrisa hierática en aceptación de disculpas, pero ya le voy conociendo y sé que por dentro bulle de ira. Cojo su mano y la froto entre las mías.

—He venido para preguntaros si queréis acompañarme para ver los trabajos del templo. —Nos mira con simpatía—. Es una de mis obligaciones, además, me gustaría enseñaros mi tierra.

—Será un honor, príncipe —agradezco la invitación y le devuelvo la sonrisa.

—Cuando queráis, príncipe.

Salimos del palacio seguidos de varios soldados, y caminamos por la ribera del río. Las casas de adobe y sin ventanas llaman mi atención, con el calor que hace en esta tierra me parece extraño que no haya aberturas que refresquen el interior de las viviendas. Curiosa, se lo pregunto a Amenhotep.

—Las ventanas están en el interior, un patio da luz y ventila, es una forma de evitar que el calor entre. Además, las casas se ordenan en calles estrechas de forma reticular que hace que el aire circule, pero no que se calienten. Luego entraremos a una vivienda para que veáis la forma de construcción. —Nos dice muy serio antes de hacer la última aclaración—. Además, al no tener ventanas en el exterior evita las envidias entre vecinos —dice como si fuera un secreto y me lanza una sonrisa condescendiente.

Seguimos paseando entre las sombras de las palmeras y sicomoros, la brisa recorre el río y se refresca antes de tocar nuestra piel. Por donde pasamos, la gente se inclina ante Amenhotep, pero no lo hacen con miedo, sus caras están alegres y risueñas. Entonces, algo choca conmigo, bajo la mirada y veo dos niños de corta edad. El que me ha golpeado, se inclina y pide perdón con cara de susto, pero le sonrío y le doy un beso en la cabeza afeitada. Con un grito, se despiden y entre risas, siguen con su juego en la calle.

—¿Por qué van todos con la cabeza rapada o con pelucas?

—Es por higiene —suspira—, tenemos un grave problema con los piojos. Rapamos las cabezas para no acomodar tan desagradables inquilinos, pero quien no quiere ver su cabeza pelona se pone peluca.

—¿Piojos? —pregunto y lo miro con atención esperando una respuesta.

—Pequeñas alimañas casi invisibles que se agarran al pelo y chupan la sangre, lo malo es que se reproducen e infectan a todo el que pican —explica mientras nos mira—; algunas personas incluso caen enfermas.

Me toco la cabeza y empiezo a rascarme con fuerza, me doy cuenta de que ambos me miran extrañados. Dejo de rascarme y les

sonrío pidiendo disculpas, aunque la sensación de picor todavía me incita a rascarme.

—En mi tierra, para evitar alimañas en el pelo nos lo envolvemos con una cataplasma con vinagre y romero, puedo pedir los ingredientes y prepararla —le ofrezco y me encojo de hombros.

—Eso sería genial, y si funciona puedes venderla a las damas de la corte. —Amenhotep parece tranquilo y relajado—. Eso sí, asegúrate de que te paguen antes de ponérsela o darle la receta.

Le sonrío agradecida y veo que ya estamos ante la columnata de entrada al templo. Vuelvo a impresionarme con la grandeza y al entrar veo que hay un conjunto de hombres trabajando, sobre un tablero uno de los maestros muestra un pergamino a un joven que asiente mecánicamente.

Amenhotep se acerca a ellos y saluda con frialdad al maestro, de inmediato todos los presentes se inclinan ante él. Coge los papiros sobre la mesa y los estudia con interés, luego se acerca a uno de los muros donde están trabajando y examina el tallado bajo relieve. Se pone a discutir con uno de los tallistas y señala una de las figuras, el maestro habla con rapidez y gesticula mientras señala el papiro y luego el trabajo en la pared.

Me acerco al tablero donde se acumulan los rollos de papiro y curioseo en ellos sin vergüenza, Ion se acerca a mí y me da un pequeño codazo para llamar mi atención.

—¡Deja eso, princesa! —susurra en mi oreja.

—Solo estoy curioseando —respondo en susurros también.

—¿Te gusta lo que tenemos preparado para el muro norte? —pregunta Amenhotep risueño.

—¡Lo siento! —me aparto avergonzada—, es que siempre me ha gustado vuestra escritura. De hecho, he estudiado vuestra lengua gracias a vuestro embajador.

—¿En serio? —Me mira interrogante—. Volvamos al palacio de Malkata.

Salimos del templo y regresamos por el mismo camino, Ion me coge de la mano mientras paseamos por la ribera del río.

—Príncipe Amenhotep, como sabéis fui guerrero en Micenas y la inactividad no es algo bueno para un guerrero. ¿Sería posible hacer algún trabajo en vuestro ejército?

—Príncipe Ion, durante el reinado de mi padre hemos gozado de paz y prosperidad, tal vez porque preferimos hacer tratados a la guerra. Sin embargo, hablaré con mi padre sobre vuestra petición.

—Gracias —Ion se inclina y luego me aprieta la mano—, no espero menos del príncipe de Egipto.

—No me las des todavía, amigo —dice y sonríe, después entra por las grandes puertas de acceso al palacio.

Nos separamos en el pasillo de subida a nuestra habitación. El calor es asfixiante a esta hora del día. Entramos a nuestro cuarto y voy deprisa hacia la zona de baño donde cojo una jarra de agua fresca, vacío un poco en un recipiente y con una toalla refresco mi acalorado cuerpo. Paso el paño por la nuca y los brazos, por último, lo empapo bien de agua y lo estrujo sobre la cabeza. Cierro los ojos y me dejo llevar por la sensación de frescor que relaja mi piel, el susurro de Ion en mi oreja me espabila con rapidez.

—Estás preciosa con la humedad lamiendo tu piel —susurra y me da un pequeño mordisquito en la oreja.

—Hum… ¿Quieres que le haga lo mismo a tu piel para mostrarme el efecto? —respondo con picardía, pero le tiro el paño a la cara y salgo corriendo al cuarto. No llego muy lejos, me coge en brazos y me tira en la cama, entre carcajadas y juegos nuestras bocas se encuentran, y él no pierde la ocasión, besa mis labios y se apodera de mi voluntad. Mi boca se abre para recibir su lengua excitante, salgo a su encuentro con la mía y empezamos un baile sensual que lanza destellos de placer a mi vientre. Siento que me vuelvo líquida en sus manos, pero no me importa, solo quiero disfrutar del momento y descifrar a dónde conducen estas placenteras sensaciones.

Ion se pone sobre mí, sus manos exploran mi cuerpo sin pudor y la verdad, me dejo. No sé dónde terminará esto, pero que lo disfruto es seguro, por ello me acomodo bajo su peso e imito su audacia. Una de mis manos acaricia su torso y la otra se desplaza con libertad sobre su espalda. Lo escucho gemir y me aparto un poco, pero no me deja, de inmediato vuelve apoderarse de mis labios sensibles e hinchados.

El ruido en la entrada de la habitación hace que se levante con rapidez, yo le sigo algo atontada por el interludio, y entonces, veo la multitud en la puerta de nuestro cuarto, a la cabeza de todos está la gran esposa real Tiy. Nos mira con una expresión hosca, pero no se disculpa por la intromisión.

La reina de Egipto es una mujer de tez morena y hermosos ojos rasgados, muy similares a los de su hijo Amenhotep. A pesar de su corta estatura y escasa corpulencia, su presencia es imponente, destila poder por todos sus poros. Ella lo sabe y aprovecha esa impresión para acallar a quien se le oponga. La siguen varias damas y esclavos con grandes abanicos de plumas enormes que se agitan alrededor del séquito, refrescando el aire a su paso.

Ion me coge la mano y la aprieta para infundirme valor, nos inclinamos ante la inesperada visita y al levantarnos, veo que tiene una expresión de desprecio que no se molesta en ocultar.

—Nos ha comunicado mi hijo que deseas participar con nuestro ejército.

—Señora, me he ofrecido para instruir a soldados o realizar cualquier actividad del ejército que pueda ser beneficiosa.

—Estamos en paz con nuestros vecinos —dice mientras lo mira altanera—. ¿Para qué necesitamos más guerreros?

—Para estar preparados en caso de invasión o necesidad.

—Eso no ocurrirá bajo nuestro reinado.

—No es malo prevenir.

—Ya —calla y me mira fijamente—. En ese caso, el faraón decidirá cuándo empezareis a entrenar a los guerreros más jóvenes

del ejército.

—Como queráis, majestad.

—Y tú —me señala con el dedo—, mientras tu esposo realiza sus funciones de instructor, deberás entrar al harén.

—Eso no será necesario —se adelanta Ion—. Ella me acompañará en el campo de entrenamiento.

—¡Eso no puede ser! —Nos mira enfadada—. Las mujeres deben guardarse en el harén mientras su esposo trabaja.

—Pero mi esposa es extranjera al igual que yo —dice mientras la observa con seriedad—. Además, ella es una princesa guerrera cuyos conocimientos nos vendrán muy bien en el campo de entrenamiento.

—¡Noooo! Una mujer no debe entrar al campo de entrenamiento. —La reina está alterada y nerviosa, algo muy poco frecuente, sobre todo teniendo en cuenta que no ha dicho nada que no haya repetido con anterioridad.

—Sin embargo, *Segmet 42* aprueba las habilidades de mi esposa. —Ion me acerca a su cuerpo cogiéndome por la cintura.

—Sigo pensando que el patio de entrenamiento no es lugar para una mujer noble.

—La señora del oeste ha bendecido a Eirene con habilidades para enfrentar a cualquier ejército. De hecho, ella es la mejor saltadora del toro en Creta.

—Si eso es así no seré yo quien me oponga, no quiero enfadar a *Hator 43.*

Con una última ojeada a nuestros cuerpos unidos, hace un gesto displicente con la mano y sale del cuarto con todo su séquito.

—No entiendo su obsesión para que entre al harén. —Niego con la cabeza cuando se cierra la puerta al salir la comitiva.

—Debes tener cuidado con la reina, su insistencia me hace querer salir corriendo de aquí. Por si acaso, no te separes de mi lado.

Nos sentamos en la mesa donde hay una bandeja cargada de frutas, y comemos con ansias en busca del frescor que nos proporciona su carne.

Una vez saciado el apetito nos tumbamos en la cama, el ruido de los insectos en el exterior nos acuna y adormece nuestros sentidos, aunque yo sigo dando vueltas a la insistencia de la reina para que entre al harén. Por el embajador en Cnosos, sé que el harén de un faraón es sagrado, tanto que el heredero de la doble corona lo es también del harén del difunto faraón.

Al entrar, a no ser que tengas poder, te pierdes entre las esposas y concubinas del faraón.

Dentro están también las hijas de este, pero claro, saber que, hace unos años se casó con una de ellas; la princesa Sitamón, me deja claro que nada es lo que parece ahí dentro. No entiendo como un hombre puede unirse como pareja a su propia descendencia. Sé que en mi isla había tradiciones parecidas, pero el Minos nunca las aceptó.

Pensar en él hace que mi corazón se encoja de dolor, pues ya no lo tengo a mi lado, así que contengo las lágrimas como puedo.

Por otro lado, la gran esposa real Tiy hace que me estremezca con las miradas que me lanza, su escrutinio parece querer mirar dentro de mi alma. Por Amenhotep, sé que su madre tiene la última palabra entre los consejeros del faraón, y que no solo es su opinión, sino que sus decisiones e intrigas prevalecen incluso por encima del Consejo. Es una mujer poderosa, ella lo sabe y juega muy bien sus cartas para que nada merme su poder.

El embajador en Cnosos también me advirtió que la reina es la máxima precursora del nuevo culto a *Atón 44* como una forma de imponerse ante los sacerdotes de Amón y hacer decaer su culto, así como su influencia política sobre el faraón.

Sé que es una mujer muy inteligente, pero su mano siempre está en la sombra y eso es lo que más me asusta. El embajador también me contó que para imponer sus decisiones para construir el templo y que el faraón no se retractase, le hizo un regalo peculiar:

trescientas sesenta y cinco mujeres. De esta forma, el faraón estuvo ocupado durante un año.

Sigo dando vueltas en la cama y más vueltas en mi cabeza, hasta que Ion se me acerca y me abraza.

—¿Qué te ocurre, princesa? ¿No estás cansada?

—Sí, pero mi cabeza no para de dar vueltas.

Me guiña un ojo y me abraza para después besarme, sus labios se mueven perezosos sobre mi boca y se desplazan por mi cara hasta la oreja, mordisquea el lóbulo y vuelve a la boca, deja un reguero de pequeños besos por mi cuello y baja hasta mi pecho. Me pongo rígida y él lo nota.

Vuelve a mi boca y me relaja dando tiernos besos en mi barbilla, mordisquea mi labio inferior y su lengua entra en mi boca para acariciar mi húmeda cavidad. Mi piel arde y no es por el calor exterior, su mano baja por mi espalda hasta llegar a mi trasero, lo aprieta y masajea de tal forma que se me escapan gemidos incongruentes para mí.

Me envalentono y pongo mis manos en su trasero tal y como hace él conmigo, y gime en mi boca. Siento la dureza de su miembro contra mi vientre, pero esta vez no me asusta, simplemente lo quiero más cerca; quiero más estrellas en mis ojos; más luces centelleantes; más descargas de placer. Quiero más de eso que me espera.

Levanto mi pierna derecha sobre su cadera y me froto contra la protuberancia bajo su faldellín, él me la atrapa desde la rodilla y pasea con exasperante lentitud su mano desde el tobillo hacia el muslo, recorre el interior y llega hasta mi sexo.

Tiemblo y me pongo rígida, nadie me ha tocado nunca ahí. Lo empujo por los hombros, pero no consigo moverlo nada.

—¿Confías en mí? —me susurra.

Lo miro con los ojos muy abiertos, ya que hemos vivido muchas cosas juntos. Él me salvó, mi padre le confió mi seguridad y le dio permiso para hacerme su compañera de por vida y, salvo los

primeros malentendidos, siempre me ha tratado con respeto y me ha cuidado. Sin pensarlo, mi cabeza se mueve afirmando a su pregunta.

Vuelve a coger mis labios con los suyos; ahora es implacable y no me deja pensar, solo puedo sentir las oleadas de placer que su lengua envía por todo mi cuerpo y que se concentran en mi centro. Siento que necesito más, que me falta algo, así que lo agarro por los hombros y me aferro a él, mi cuerpo cimbrea junto al suyo en una danza atemporal. Su mano vuelve al interior de mis muslos, primero acariciándolos y poco a poco se acerca a mi sexo; esta vez estoy preparada. Aunque siento extraño su tacto, es agradable y cuando me acaricia con movimientos circulares pierdo completamente el control.

Siento la humedad entre mis piernas, su mano acaricia sin piedad mi sexo mientras oleadas de placer se irradian desde mi centro a todo el cuerpo. Su boca sigue atrapando la mía en una horda de sensaciones descontroladas hasta que explota. Siento que todo mi ser se convierte en una masa temblorosa, que mi cuerpo se sacude sin control. Escucho a Ion gemir, pero no me importa, solo deseo exprimir hasta la última gota del placer enloquecedor que se ha apoderado de mi ser. Mis oídos pitan, mis ojos solo ven destellos de luces y mi respiración es irregular y jadeante.

Regreso a mi cuerpo y al abrir los ojos lo veo sonriendo, apoya su frente sobre la mía y me da un dulce beso en los labios.

—¿Mejor?

—Ajá —hablo con la mirada y sonrío—. Gracias.

—Ahora descansa, princesa, esta noche tenemos que asistir a la recepción del gran visir del Alto Egipto.

Debo quedarme dormida inmediatamente, porque lo siguiente que veo al abrir los ojos es la cama vacía, y la oscuridad que envuelve la habitación es rota solo por la tenue luz de una lámpara de aceite. Me estiro entre las sábanas y una gran sonrisa de satisfacción debe lucir en mi cara, porque al volverme Ion me la

devuelve. Me incorporo sobre el codo y doy golpecitos en la cama para que se siente junto a mí, lo hace y coge mi mano para besarla.

—¿Has descansado? —Se mete un dedo en la boca y lo chupa con fuerza.

—Eh…, sí —digo con la piel acalorada—. ¿Y tú?

—No podía estar contigo en la cama después de lo que pasó. —Abre mi mano y me besa en la palma.

—¿Acaso tú no lo disfrutaste?

—Princesa, disfruté mucho llevándote a la cima del placer, pero sigo conteniendo mi pasión.

—No lo entiendo. —Frunzo el ceño y me llevo su mano a mis labios, aunque le doy la misma atención que he recibido.

—Para que un hombre llegue a la cima, debe verter su semilla —explica y sonríe ladeando la boca.

—¡Oh! Si me dices cómo hacerlo, te serviré igual que has hecho conmigo.

Se le escapa una carcajada tan grande que me hace enrojecer, me suelto de su mano y me siento con los brazos cruzados sobre el pecho. Por un momento creo que se está burlando de mí y su sonora carcajada me enfada.

—Princesa, no me río de ti. —Se carcajea otra vez—. Es que eres tan inocente.

—Ya no tanto, después de lo de esta tarde. —Noto el calor en mis mejillas.

—Sigues siendo inocente —me besa en la nariz—, y así será hasta que sientas por mí lo mismo que sentían tus padres en su relación.

—Ellos estaban enamorados —digo con timidez y bajo la cabeza.

—Entonces, tendré que hacer que te enamores si quiero conservar la cordura —se le escapa un suspiro—, porque tenerte tan cerca y no poder hacerte mía, me está volviendo loco.

Su voz es apenas un murmullo, pero lo escucho con claridad. Quiero contestarle, pero de mis labios no sale ninguna palabra; puedo sentir cómo se mueven, pero mi voz está perdida en algún punto de mi garganta. Escuchar la pasión contenida por mí me hace sentir poderosa, pero no es algo insustancial ni interesado, es algo tan antiguo como la vida.

Es la voz de la Madre en mi interior diciéndome que me aferre a este hombre, que lo haga mío y lo acepte como lo que es: la mitad que me complementa.

CAPÍTULO 15

Arquitecto Real

La puerta del cuarto se abre y entra Nefer, lleva en las manos varios trajes y no nos mira. Al llegar a la cama, se da cuenta de nuestra presencia.

—Lo siento, no sabía que estaban en el cuarto —se disculpa e inclina avergonzada—. Estos vestidos los envía la gran esposa real para la recepción de esta noche.

—Gracias, Nefer. —Me levanto de un salto—. ¿Puedes preparar un baño?

La muchacha no dice nada, asiente con la cabeza, sale del cuarto y vuelve poco tiempo después, seguida por varios hombres con cubos. Los dejan en la zona del baño y salen en silencio. Escucho el agua llenando la bañera y me derrito por meterme dentro. Ion está en el balcón apoyado en la baranda de mampostería. Su figura recortada en el vano me atrae, lo miro y me deleito con lo que veo.

Nefer me avisa que el baño está listo y corro hacia allí sin pensar, me deshago del vestido sudado y arrugado y me introduzco en el agua caliente. Me frota la cabeza y cierro los ojos de placer; últimamente, me complacen las pequeñas cosas que antes rechazaba. Me dejo frotar y mimar, hasta que se enfría el agua, salgo y me envuelve en una toalla de lino. Sus eficientes manos dan pequeños toques sobre mi cuerpo y me secan con delicadeza. Termina de secarme y viene hacia mí con un recipiente de cerámica.

—¿Eso qué es?

—Polvo del Nilo, para hidratar la piel y darle un poco de brillo.

Me lo aplica por todas partes, incluso por las que no quedarán a la vista con el vestido. Luego me pasa por la cabeza, otro transparente que se sujeta con unas tiras doradas sobre los hombros. Tras él, vuelve a pasar otro vestido por el mismo sitio, esta vez con un gran escote que me llega hasta la cintura. La tela blanca es muy sutil y delicada, se plisa para dejar sobre mi cuerpo su refinada caída. Me pone una pequeña capa de esta sofisticada tela plisada y lo sujeta con un *usej* fino en oro y azul lapislázuli. Lo engancha a las tiras plisadas de los hombros, y luego me ajusta en la cintura un cinturón de cadenas y filigranas doradas que termina con aplicaciones muy parecidas al del *usej.*

Pasamos al cuarto y me sienta en una banqueta para peinarme. Me hace la raya en medio y recoge el pelo a ambos lados de la cara, lo sujeta con unas horquillas doradas casi en la frente, y al final deja caer dos cascadas de rizos a ambos lados. Todavía están húmedos, por lo que los recoge en el interior de su mano y los aprieta, lo que hace que se retuerzan aún más.

Por último, coloca sobre mi frente una fina diadema de oro y lapislázuli, pinta una gruesa raya de khol sobre los párpados, y otra más fina desde el lagrimal hacia el final del ojo para unir las dos en una única línea. Me calza unas sandalias con delicadas tiras doradas que apenas cubren mis pies, pero que unen la suela para que no ande descalza. Se levanta y se le escapa un suspiro.

—Estáis muy hermosa, princesa —dice con sinceridad y me acerca un pequeño objeto dorado, que descubro, es un espejo.

—Gracias, Nefer, has hecho un gran trabajo. —La imagen distorsionada del espejo hace que no me reconozca, aunque he de admitir que los ojos que me devuelven la mirada son los míos.

El ruido al fondo del cuarto me hace levantar la cabeza de mi reflejo, y lo veo salir del baño con una toalla en las caderas. Trago con fuerza pues tengo la garganta seca y más aún al verlo casi desnudo, con su leonino pelo húmedo y esos ojos verdes que

atraviesan mi alma. Me levanto nerviosa y doy una vuelta sobre mí misma.

—¿Qué te parece?

—Preciosa —dice con voz ronca y carraspea, luego hace un gesto con la cabeza a Nefer para que se vaya.

Lo veo soltar la toalla de las caderas y me doy la vuelta con rapidez; me siento tan rara que no sé qué hacer. Por un lado, quiero acariciarlo y besarlo, pero, por otro lado, siento que no debo hacerlo. Me pierdo en mis tontas discusiones internas: «¿Qué más da? Es el elegido por mi padre, nuestra unión estaba ya pactada. Entonces, ¿por qué me detengo?».

La verdad es que me gusta mucho, y no solo por su físico, que es espectacular con esos músculos, su leonino pelo dorado y esos ojos verdes rasgados y penetrantes. Sin duda es un hombre muy guapo y atractivo, pero es su personalidad divertida, atrevida, risueña y paciente lo que más me atrae de él. Para nada es lo que me imaginé cuando lo conocí.

Lo escucho toser detrás de mí.

—Si ya estás lista, podemos ir al salón de recepciones. —Coge mi mano y traza círculos en mi palma mientras me sonríe—. No te besaré para no estropear el maquillaje, pero cuando volvamos…

No digo nada, no puedo. Lo miro con un faldellín blanco y un *usej* muy parecido al mío, su pelo casi seco brilla como el disco solar. Pensaba que no podía ser más guapo, pero me equivoqué, es arrebatador. Trago saliva y le sonrío mientras salimos al pasillo para ir al salón de recepciones. No sé dónde queda, pero mientras paseamos por los pasillos blancos y hermosamente decorados, me saturo de tanta belleza decorativa y constructiva.

Pasamos ante una sala con bonitas pinturas policromadas, me fijo y detallan la vida de los dioses de Egipto. Los conozco, pues el embajador en Cnosos me habló de ellos, de sus historias y leyendas que los hacen casi humanos. También puedo admirar la representación del festival del *Heb Sed 45,* donde el faraón es la representación de Horus en la Tierra.

Nos unimos a la procesión de invitados que entran al palacio e ingresamos al salón de recepciones, aquí predomina el color dorado de las paredes, mientras son recorridas por figuras de diferentes etnias en procesión para rendir pleitesía ante el faraón.

La policromía aquí sigue los mismos ritmos cromáticos que en todo el palacio. Admiro los ricos bajorrelieves y elevo mi mirada al techo, para contemplar la grandeza de las columnas pintadas en blanco y acabadas en capitel papiriforme. No tengo palabras, es simplemente espectacular.

Estoy tan centrada en disfrutar del policromado arte de las paredes, suelos y techo que no me doy cuenta de que estamos en el centro del salón. Ion me da un pequeño codazo para llamar mi atención y me saca de mis pensamientos. Estamos rodeados de muchas personas; algunas extranjeras. También hay muchos sacerdotes de Amón fácilmente reconocibles por sus vestimentas hechas con pieles de animales. Junto a ellos, veo a un anciano con vestimenta sencilla. Su mirada inteligente se posa en mí y me sonríe con benevolencia. Su cabeza rapada y sin peluca hace que sus ojos resulten más visibles. Por un momento, le devuelvo la sonrisa con sinceridad; deseo conocerlo.

Cerca del trono donde se sienta Amenhotep III y su esposa Tiy, se encuentra el joven Amenhotep, y junto a él, un hombre enorme y de apariencia brutal lleva cogida del codo a una niña preciosa, sus enormes ojos oscuros no se apartan del joven príncipe. Detrás del faraón, se encuentran varias esposas menores y junto a él otra esposa real; debe ser la princesa Sitamón. Según me dijo el príncipe Amenhotep, su hermana se casó con su padre en el treinta jubileo.

Un joven llama mi atención, está situado detrás del faraón, debe de ser el heredero porque es igual que su padre. Lleva un faldellín blanco ribeteado con filigranas de oro y un gran cinturón doble de oro, pero sobre sus hombros cae una piel de animal. Recuerdo que el príncipe me habló de él, de Tutmose; sumo sacerdote de Ptah en Menfis.

Suenan las largas trompetas doradas de la entrada y aparece un hombre enorme, aunque de aspecto gentil. Entra precedido de varios sirvientes cargados de cofres cerrados, se detiene ante el faraón y se inclina con humildad.

—Saludos, señor de las dos tierras, soy Tunibibri, vengo de las tierras *Mitani 46* con un gran regalo de amistad entre nuestros dos países. El rey Tuisherata; mi hermano, os envía su amistad y a nuestra hermana la princesa Kalu-Heba, para que con vuestra unión seáis hermanos, además de amigos.

Se inclina y retrocede hasta dejar paso a un emisario, acompañado de una bella dama. Ella tiene la mirada en el suelo, pero puedo percibir que no se le escapa nada. Está escrutando todo el salón con intensidad, y no me extraña, ser entregada así por sus propios hermanos para afianzar una amistad es inquietante.

Sacudo la cabeza, porque eso mismo es lo que pretendía el Minos. Visto así, es algo tan natural como el respirar.

Vuelvo a centrarme en la presentación.

—Mi señor, soy Keliya, ministro del rey de Mitani, estas son mis credenciales. —Muestra una tablilla de arcilla en escritura *cuneiforme 47—.* Aquí se detallan los bienes que mi amado rey os ofrece para honrar el matrimonio con su hermana.

En ese momento los sirvientes abren los cofres, y el oro destella de tal forma que provoca la admiración de los asistentes. El faraón se levanta despacio y con poca agilidad, dado su sobrepeso, se acerca a la princesa Mitani, toma su barbilla y voltea su cara a uno y otro lado, sin que la joven oponga resistencia alguna. Desde donde estamos, no aprecio bien su expresión, pero en el silencio que reina en el salón se escuchan los ruiditos de admiración que emite el faraón.

—Gracias, Keliya, sois bienvenidos. —Hace un gesto a Ramose, su gran visir, para que recoja las tablillas—. Príncipe Tunibibri, sentaos a mi mesa como hermano y celebremos la unión de nuestras casas para derrotar a los enemigos de nuestros países. —

Sonríe con simpatía a todos los presentes—. ¡Ahora vamos a celebrar!

A la sala empiezan a entrar sirvientes cargados de bandejas; en ellas hay copas de vino y cerveza; otras con fruta, pan, dátiles y pequeños rulos de carne, y estos se pasean entre los invitados, ofreciendo lo que portan.

Ion coge dos copas de vino y me ofrece una. Luego toma un par de rulos de carne y los comparte conmigo. Miramos a nuestro alrededor en busca de alguien conocido, pero al ser nuevos en esta tierra y llevar tan poco tiempo aquí, es una empresa difícil.

—¿Puedo preguntar vuestro nombre y de qué tierra venís?

Me vuelvo sorprendida y veo ante mí al simpático anciano que me sonrió al entrar en el salón.

—¡Hola! —Ion se coloca junto a mí—. Yo soy el príncipe Ion de Micenas y esta es mi esposa, la princesa Eirene de Cnosos.

—¡Encantado de conocerlos! —Se inclina un poco como saludo —. Soy Amenhotep, hijo de Hapu, arquitecto del señor de las dos tierras. —Sonríe y deja ver una boca casi vacía de dientes, eso le hace aún más simpático ante mis ojos.

—Encantada, Amenhotep, hijo de Hapu. —Su cara afable me hace ser indiscreta—. ¿Puedo preguntaros algo?

—Lo que queráis para calmar vuestra curiosidad, bella princesa. —Vuelve a sonreír con simpatía.

—¿Vos habéis construido este palacio?

—Ah, ¡entonces no me equivocaba al pensar que admiráis mi obra!

—¡¿En serio?! Es magnífico el palacio, mire donde mire solo veo grandeza y belleza.

—Gracias por vuestro halago —dice sonriente—. Si os gusta la arquitectura, tal vez queráis que os muestre otras obras que estoy dirigiendo aquí, en Tebas.

—¡Eso sería fantástico!

—Supongo que yo estaré incluido —interviene Ion, que se aprieta junto a mí con gesto adusto, llamando la atención del arquitecto real.

—Por supuesto, príncipe. —Nos mira sonriente—. Mañana, mis obligaciones como intendente de los rebaños de Amón me ocupan gran parte del día, pero os haré llegar mi invitación para mostraros el conjunto funerario del faraón Amenhotep III.

—Lo esperaremos ansiosos —contesto entusiasmada y pego saltitos de emoción, lo que le hace reír a carcajadas.

—Ahora si me disculpan, necesito hablar con la esposa real Sitamón, de la que soy el administrador de sus bienes.

Se inclina ante nosotros y lo veo ir hacia la zona abierta donde descansa la hija y esposa del faraón, cuando llega veo que la reina Tiy se aleja de la reunión con cara de pocos amigos, se nota que no tienen muy buena relación. Pero claro, si ella es promotora del culto a Atón y el arquitecto real pertenece al culto de Amón, no me extraña que se repelan en actos sociales.

Me vuelvo hacia Ion

—¿Has visto cómo se…?

—Sí, lo he visto —me corta.

—Curioso que el que dicen amigo del rey, sea ignorado por la reina —murmuro pensativa.

—Eirene, en el poco tiempo que llevamos aquí he podido comprobar que en el palacio corren intrigas políticas como el fuego entre hojarasca. Será mejor que nos mantengamos alejados de ellas si no queremos quemarnos.

—¡Princesa! —Se acerca el príncipe de Egipto—. Quisiera presentaros a Nefertiti. Es hija de Ay, alto dignatario de mi padre; el faraón.

—Encantada de conoceros, princesa.

—Lo mismo digo, Nefertiti.

La miro con interés, es casi una niña. De hecho, parece que aún no se ha desarrollado como mujer; claro que el príncipe de Egipto no es mucho mayor. Se nos acerca Ay, con paso decidido, se inclina ante Amenhotep y coge a su hija por el codo. En sus gestos y brusquedad, noto que está enfadado y no entiendo sus malos modos ante extraños.

—Si nos disculpáis, la reina pide hablar con mi hija. —Su voz ronca y brusca va acorde a su físico. Se lleva casi arrastras a Nefertiti, sin darnos opción a despedirnos.

—Vaya, un poco grosero este alto dignatario. —Me giro hacia Amenhotep que se encoge de hombros.

—Al menos su hija es preciosa. —Me sonríe con simpatía mientras se encoge de hombros—. He visto que habéis hablado con el arquitecto real.

—Síííí. Se ha ofrecido a mostrarnos su obra en Tebas. —Ion me coge del codo y me da un leve apretón.

—Tened cuidado —nos mira muy serio—, en este momento hay mucha tensión religiosa y el arquitecto real está en el lado contrario.

—¿A qué te refieres?

—Mi madre, la reina Tiy, quiere quitar poder a los sacerdotes de Amón, por eso está favoreciendo el culto a Atón. El arquitecto real es leal al culto de Amón —levanta una ceja y nos mira—. Si queréis visitar edificios construidos por mi padre, yo mismo os los mostraré con gusto.

—Muchas gracias, príncipe, lo tendremos en cuenta. —Ion se inclina y yo lo imito.

Se aleja de nuestro lado y acude a una llamada silenciosa de su madre. Ion y yo nos miramos y en silencio nos entendemos; me temo que tendremos que esperar para aceptar la invitación del arquitecto real, nuestra situación en Tebas es muy precaria y no es cuestión de alterar un avispero a nuestro alrededor. Vemos al faraón retirarse, lo que significa que podemos abandonar la sala sin ofender a nadie.

Ion coge mi mano y me conduce a nuestra habitación. En silencio recorremos los pasillos hasta llegar a la segunda planta donde se ubica nuestro cuarto; esta vez no me he detenido a admirar las pinturas, ni el pavimento ricamente decorado. Ni siquiera las magníficas columnas que dan paso a los salones consiguen atraer mi atención, pues mi cabeza repasa una y otra vez lo que nos ha dicho el príncipe.

Hasta hoy no me he dado cuenta de las luchas de poder que surgen en torno al trono. Recuerdo las discusiones del Minos con madre y también las veces que lo escuché protestar en soledad, contra algunos de sus consejeros. Pequeñas piezas van encajando en mi mente y lo que antes pensé era una injusticia, ahora entiendo que no fue más que una forma del Minos para eludir a los consejeros. Seguro que lo presionaban para elegir un sucesor, por eso quería un tratado de unión con un príncipe extranjero. Era su forma de protegerme y respetar el legado de Cnosos.

Descubrir que no me abandonó, que no me negó la sucesión al trono de alabastro, que no me engañó cuando me aseguraba que sería una gran Minos. Ahora entiendo que solo ganaba tiempo para mí, para que mi hermano naciera y calmar a los consejeros que pugnaban por adquirir poder frente al Minos.

El reconocimiento del equilibrio que tuvo que mantener el Minos para mantenerme a salvo de las intrigas, me hace sentir como una tonta. Yo pensaba que era tan inteligente y que estaba preparada para hacerme cargo del legado de mi sangre, cuando realmente, no sabía nada ni estaba preparada para lidiar con las intrigas de palacio.

CAPÍTULO 16

Un hombre y una mujer

Entramos con tanta prisa que mis cavilaciones se quedan en nada. Ion me coge en brazos y me apoya contra la puerta, su boca se apodera de inmediato de la mía, y aunque ya me ha dado antes besos este es diferente. No es suave ni me corteja, su lengua entra en mi boca y comienza una danza que no entiendo, pero sé que es la antesala del placer final.

El éxtasis que sentí esta tarde cuando me tocó, eso es lo que quiero, lo que deseo, lo que ansío. Le devuelvo el beso con la misma pasión que él me da, le abrazo con las piernas en sus caderas, noto su excitación bajo el faldellín y me froto sin pudor sobre el bulto que queda entre mis piernas. Los gemidos que llenan la habitación me vuelven loca por recibir más. Él gruñe en mi boca, una mano abandona mi agarre y se mete entre mis piernas. Grito ante su contacto, de inmediato siento las volutas del humo que precede al incendio que me provoca. No queda mucho para que estalle en llamas, lo deseo tanto que me dejo llevar por su incandescencia.

Grito con fuerza mientras convulsiono en sus manos. Mi cuerpo no me pertenece, es una masa que se deja moldear por el fuego que lo consume. Apenas noto que me lleva hasta la cama, solo cuando me deja sobre el colchón abro los ojos y le sonrío, él se tumba a mi lado, coge mi mano y me besa los dedos uno a uno.

—Eirene, sabes que le hice una promesa a tu padre y la respetaré, solo tienes que avisarme cuándo estés preparada para hacer realidad nuestra unión.

—¿No lo hemos hecho ya? —pregunto somnolienta.

—No princesa, para eso tengo que estar dentro de ti y dejar mi semilla en tu interior —dice con dulzura y los ojos oscurecidos por la pasión—. ¿Entiendes?

Trago saliva y asiento con la cabeza, y con una osadía que nunca había sacado, meto la mano bajo su faldellín, lo cojo a través del taparrabos, se siente muy duro el bulto y por alguna razón me molesta el velo que me impide tocar su piel, voy a desatar el cordón para quitarle la tela que se interpone, pero él me sujeta la mano, contiene el aliento y aprieta los dientes.

—Eirene, si quieres esto, adelante, pero no me hagas sufrir si no vas a terminar —dice con voz ronca y entrecortada en mi oído, pero apenas puedo entender sus palabras. No quiero provocarle dolor, quiero darle tanto como él me ha dado a mí.

—Ion, lo quiero todo contigo —contesto y me humedezco los labios con la lengua.

Lo escucho gruñir y ya no me doy cuenta de nada más que no sea él, su cuerpo grandioso y las sensaciones que me provoca. Se retira de encima mío y me quejo por la distancia que pone entre nosotros, pero no dura mucho, me hace incorporarme sobre mis pies, desabrocha el *usej* y el cinturón, luego desliza el vestido por mis caderas, se agacha y desata las sandalias.

Yo lo desvisto también. Empiezo por el collar y el cinturón, deshago el nudo del faldellín y lo dejo caer al suelo, hago lo mismo con el taparrabos y me agacho para desatar sus sandalias. Tengo la piel tan sensible que me duele separarme de él.

Me pego a su cuerpo y emite un fuerte gemido, como si soportara un gran dolor. Me levanto con rapidez.

—¿Te he hecho daño? —pregunto y lo abrazo pidiendo disculpas.

—No, no es eso. —Traga saliva—. De hecho, si quieres seguir, intentaré controlarme.

—¿Controlarte? —inquiero y miro sin saber a qué se refiere.

Sus manos se apoderan de mi cuerpo, me acarician con suavidad y enardecen mi piel, la ponen tan sensible que apenas puedo pensar, solo quiero sentir y hacerle disfrutar conmigo. La presión que siento se acrecienta sin parar, pienso que arderé en sus manos y me dejo llevar. Me tumba en la cama y su boca vuelve a tomar mis labios. No pienso en nada que no seamos él y yo, la pasión que nos rodea y subyuga. Nos dejamos arrastrar sin importar las consecuencias. Ardo en sus manos y como cenizas al viento me dejo llevar a la cúspide del placer.

Ion me besa con dulzura y sin salir de mi cuerpo se da media vuelta arrastrándome con él, me deja sobre su cuerpo y sigue besando mi cara con pequeños besos, que aletean como mariposas en mi piel.

—¿Estás bien? —me pregunta entre beso y beso.

—Ajá. ¿Y tú?

—En el paraíso —contesta, divertido y vuelve a besarme.

Sale de mí para levantarse, se me escapa una mueca de dolor cuando siento el vacío donde antes estaba tan lleno. Lo veo ir a la zona del baño. Poco después regresa con una toalla húmeda, la pone entre mis piernas y siento tal vergüenza que intento quitarle el trapo, pero no me deja, sujeta mis manos mientras con la otra limpia mi sexo con suavidad, presiona y luego frota despacio hasta que me deja limpia. Lleva el paño al baño y cuando vuelve se tira en la cama, me atrae a su cuerpo y me abraza.

—Te quiero, Eirene —dice con sinceridad, y su mirada a la luz del disco de plata, me conmueve—. No sé cuándo pasó, pero es lo que siento. Quiero que sepas que nunca te dejaré, que te protegeré y te amaré hasta que no quede aliento en mi cuerpo.

—Ion, no sé si lo que siento es amor, es la primera vez que noto algo así, pero prometo que te protegeré hasta que no quede

aliento en mi cuerpo.

—Eso ha estado de más —responde casi enfadado y me coge por la barbilla—. Soy yo quien debe protegerte y no al revés —protesta con un bronco gruñido.

—Bueno, pues yo también quiero protegerte y lo haré —afirmo y le doy un beso en la nariz—. No lo dudes ni por un momento.

—¡Por todos los dioses! —dice sonriendo mientras me mira con adoración—. Tú mantente alejada del peligro, así ninguno tendrá que jugarse la vida.

Me besa con dulzura, me pega a su cuerpo y nos dormimos arrullados por el zumbar de insectos en la oscuridad.

Despierto con la sensación de que me estoy perdiendo algo, tengo el vello de punta y en mi vientre crece una tensión placentera que me hace abrir los ojos. Entonces, lo veo con esa medio sonrisa de perdonavidas: está apoyado en un codo, su cuerpo casi sobre el mío y su mano en mi sexo. ¡Ah! Por eso tengo esa tensión tan placentera.

Sonrío y abro las piernas para darle mejor acceso, se me escapa un gemido, cierro los ojos y me centro solo en lo que me hace sentir.

—Abre los ojos princesa —dice con voz ronca que me remueve por dentro—, quiero ver cómo te corres entre mis dedos y que sepas que soy yo, y solo yo, quien te hace llegar a la cima del placer.

—Hum…, qué mandón por la mañana. —Mi voz es pastosa todavía—. ¡Aaah!

Me hace el amor con el dedo mientras los gemidos suenan cada vez con más intensidad en el silencio de la habitación. Le miro a los ojos y me pierdo en sus verdes profundidades, mientras estallo en mil pedazos y mi cuerpo se sacude en oleadas de placer. Cierro los ojos, deleitándome con los estertores del clímax.

—¡Arriba, princesa! —exclama con alegría y me da una nalgada para después mordisquear mi oreja—. Ya tenemos el desayuno en la

mesa.

—¿Me dormí? —pregunto y me estiro con cara de felicidad.

—Eso es, perezosa —juguetea con mi pelo—, estabas tan preciosa que me quedé mirándote.

—Entonces, ¿tú no…? —Me sonrojo—. ¿Tú no has tenido ese placer?

—No princesa, pero no te preocupes, ya me compensarás más tarde —responde sonriente y me guiña un ojo mientras me dedica esa sonrisa ladeada que tanto me gusta.

—¿Y por qué más tarde? —Paso un dedo por su brazo.

—Porque prefiero que descanses y te acostumbres al sexo poco a poco.

—Pues ya me he acostumbrado. —Aseguro y me incorporo para engancharlo por el cuello.

—Entonces, ¿no sientes dolor?

La mención del dolor me hace pensar en la noche anterior, muevo las piernas y siento una quemazón en mi intimidad que me hace enrojecer. No había pensado en eso, y ahora que él me lo pregunta, no puedo más que pensar en lo que hicimos, lo que sentimos. Porque anoche sentí la unión de nuestros cuerpos en uno solo, la mitad de mi ser encontró la parte que le faltaba.

Trago saliva ante lo que siento, no es el dolor físico lo que me ha dejado pensativa, es la realidad de que hasta que le conocí no estuve completa, sin él dejo de ser yo para volver a ser la mitad de nada. Lo miro a los ojos y me pierdo en su profundidad.

—Lo cierto es que estoy dolorida —contesto con timidez.

—No te preocupes, amor, se te pasará —dice y me da un beso en la frente—. Ve a asearte mientras sirvo el té.

Me levanto con rapidez y voy a la zona de baño, vierto agua en el recipiente y con un paño húmedo me lavo entre las piernas. El roce me escuece un poco y siento que no puedo cerrar bien los muslos, lo cual no es así, es solo la impresión de que no puedo

hacerlo. Tiro el agua sucia por el conducto para ello y vierto más para lavar mi piel, quito los restos de tierra del Nilo con que me pintó Nefer y luego me seco. Vuelvo al dormitorio en busca de ropa y veo en la cama, pequeñas manchas rojizas y otras amarillentas.

Retiro las sábanas y hago una pelota con ellas al pie de la cama, me vuelvo al arcón y me pongo un taparrabos, luego un faldellín y una capa sobre los hombros que abro sobre mis pechos y la sujeto con un cinturón. Al darme la vuelta, me doy cuenta de que Ion me mira con fijación y levanta una ceja.

—¿Estás segura de que quieres vestir así?

—¿Estoy mal? —pregunto y miro hacia abajo, luego sobre mis hombros.

—Pareces un chico —gruñe.

—No es la primera vez que me confundes con uno —digo descarada riendo.

—No me lo recuerdes. —Niega mientras se tapa los ojos—. Pero el caso es que se me verá muy raro cuando manosee y bese a un chico, puede que incluso me detengan por pervertido.

—Exagerado —digo mientras me pongo las sandalias y me acerco a la mesa.

—Luego no digas que no te lo avisé. —Vuelve a gruñir.

Por un momento dudo de mi atuendo, pero niego con la cabeza y me siento a desayunar un té, fruta y queso. Estoy hambrienta, Ion sonríe mientras se acaba el suyo, solo queda una manzana en el frutero. Sin pensarlo, la cojo y me la guardo en el pequeño zurrón que llevo en la cadera. Él suelta una carcajada y me besa en la frente. Su mirada se vuelve oscura por un momento, pero antes de que pueda analizar lo que ha pasado, se levanta y tira de mí. Me abraza con fuerza y siento cómo su energía me consume.

—Demos un paseo —me susurra con voz ronca.

Salimos del palacio por la zona este y nos dirigimos al sur, no sé a dónde me lleva, pero no me importa, con su mano sujetando la

mía me siento bien. Disfruto del paisaje al salir, los jardines son espectaculares. Pasamos bajo palmeras, tamariscos, sicomoros, matas de papiro y enredaderas y llegamos a un estanque. Sobre él nadan los patos, se hunden en el agua y luego se sacuden con fuerza mientras con el pico hurgan entre sus plumas. La situación me parece casi irreal y se me escapa una risita.

—¿Te gusta? —pregunta algo indeciso y sonríe—. Pensé que sería agradable pasar la mañana junto al agua.

—Es precioso —contesto y lo abrazo mientras camino junto a él sin separar mi cuerpo del suyo—. ¿Cómo supiste de este sitio?

—Me lo dijo Nefer. Ella pensó que disfrutarías de un baño al aire libre.

En silencio nos acercamos al borde del lago y nos quitamos las sandalias para meter los pies en el agua, me fijo en las ondas y veo que no solo las provocamos nosotros, bonitos peces de colores nadan en el agua. El disco solar cae sobre sus coloridas escamas y las hace destellar con brillo propio. El espectáculo es precioso, me acurruco en el pecho de Ion que me abraza con fuerza. Durante un momento nos quedamos sentados, unidos en silencio. Simplemente estamos conociéndonos y disfrutamos el contacto como nunca pensé que lo haría.

—Entonces, ¿ya estamos casados? —pregunto sin atreverme a mirarlo.

—En mi país, una pareja se une cuando el padre de ella la entrega y celebran la fiesta —responde mientras me mira muy serio —. Como recordarás, eso ya pasó en Cnosos.

—Pero yo no sabía que esa era nuestra fiesta de unión —me quejo risueña.

—Con que lo supiéramos tu padre y yo era suficiente —dice tajante.

—Eso suena muy mal —me quejo—. ¿Yo no puedo decir nada?

—Ahora sí. —Me da un beso en la frente, luego me coge de la barbilla—. ¿Te sientes unida a mí? —pregunta con voz ronca.

—Sí —confieso y le doy un beso en los labios, aunque me aparto con rapidez—. Pero no hemos hecho la ofrenda a la Diosa Madre —digo con timidez.

—Si quieres, podemos hacer una ofrenda —me levanta la cara —, solo dime lo que hay que hacer e iré contigo.

—Para hacer la ofrenda deberíamos volver a Cnosos. —Un escalofrío recorre mi espalda.

—¿No podemos hacerlo en otro sitio?

—No ofenderé a la Diosa haciendo la ofrenda en la tierra de otros dioses.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Lo observo confusa. Quiero hacer la ofrenda para completar nuestra unión, pero volver a Cnosos no es una opción, al menos mientras esté Aqueo sobre el trono de Minos. Todo lo que he aprendido en mi vida se derrumba a mis pies. La Diosa no me ha dado su bendición y eso me atormenta más de lo que quiero admitir, pero volver a Cnosos es la única oportunidad para rendirle culto. También es una opción para rescatar a mi padre; incluso podríamos intentar devolverle el trono de Minos.

Por dentro, siento crecer la esperanza para reencontrarme con mi padre, para volver a ser lo que fuimos.

—Eirene, si es una ofrenda a tu Diosa lo que se necesita para culminar nuestra unión, lo haremos. —Sus palabras me sacan de mi introspección.

—No podemos volver a Cnosos. —Me aprieto contra su pecho.

—No sabemos lo que ocurrió allí, tal vez Aqueo se marchó tras la destrucción o puede que ni sobreviviera; recuerda los terremotos y la gran ola. Podemos preguntar a Amenhotep si tiene noticias de Cnosos.

—Sí. Seguro que algún barco de comercio trae noticias de lo que ocurrió y podrán decirnos quién es el Minos de Cnosos.

Más animada por los planes trazados me pongo de pie en el lago, me hundo hasta las caderas, pero el agua templada es

vivificante, y sin pensármelo, me dejo caer y levanto chorreando agua del pelo. La ropa se adhiere a mi cuerpo como una segunda piel, abro la mano en forma de pala y hago un movimiento circular en la superficie lanzando agua a Ion que, sorprendido, se levanta. Me sonríe con malicia y se lanza sobre mí, sin darme oportunidad a escapar.

Emergemos del agua tosiendo y riendo como niños, me subo a su espalda e intento hacerle caer de nuevo, pero él es demasiado fuerte para mí. Me coge y me lleva delante de él, me aprieta contra su pecho y me dedica esa sonrisa ladeada.

Su boca se cierra sobre la mía apagando cualquier protesta que pudiera dar, me engancho a sus caderas con mis piernas y le abrazo por el cuello. No lo duda, su mano se posa en mi trasero lo masajea y aprieta. Se aparta un poco de mí. Me mira con los ojos verdes oscurecidos por la pasión, un brazo me rodea la espalda y el otro pasa bajo la parte trasera de mis rodillas.

Me saca del agua y lo veo mirar alrededor. A grandes pasos, se interna en la parte más oscura del jardín, me deja en el suelo y suelta la pequeña capa del hombro, la tiende sobre la tierra y me coge hasta que nuestras caras se quedan a la misma altura. Su boca se cierra sobre la mía, me besa con pasión contenida y sus dientes mordisquean mi labio inferior. Lo aprieto contra mi pecho, son tantas las sensaciones que me llegan que no noto que estamos en el suelo, sobre su capa, hasta que se me clava una piedra en la espalda y se me escapa un quejido.

—Lo siento, si no estás bien me detengo —pregunta ansioso.

—No es eso. —Meto la mano bajo la capa y saco la piedra de debajo, la lanzo lejos y le sonrío—. Ya está.

Me lanzo sobre su cuerpo y lo beso, me hago cargo de la caricia sobre sus labios, empujo mi lengua dentro de su boca y lo escucho exclamar y contener el aliento. Me aparto dudosa, pero no puedo contener mi impaciencia.

—¡Por los dioses, me vas a matar! —pronuncia con rapidez mientras sonríe con picardía.

Me vuelve a atraer sobre él y me besa, sus manos me aprietan por el trasero y siento la protuberancia crecer, me muevo nerviosa para frotarme contra él. Una mano se acerca hasta mi pecho y se mete entre la tela húmeda que lo cubre. Me aparto un poco temerosa de que no le guste su pequeño tamaño. Es algo que nunca podré cambiar, pero tampoco quiero que me avergüence como mujer. No puedo evitar tener un cuerpo tan fibroso y poco femenino, pero sí puedo hacer que ignore la falta de curvas en mí.

—¿Qué pasa, Eirene? —pregunta, confundido.

—Mis pechos son muy pequeños, no quiero avergonzarte —contesto sin pensar y escondo la cabeza en su pecho.

—¡Por todos los dioses! Tus pechos son perfectos, puedo cogerlos con la mano —coge uno en su mano—, y no se me escapa por ningún sitio —acaricia con un dedo el pezón que se levanta impúdico—, y los pezones son ambrosía de los dioses.

Se lo mete en la boca y chupa primero despacio y, poco a poco, lo saborea con glotonería. Emite gemidos de placer. Se vuelve hacia el otro y hace lo mismo, pequeñas descargas van directas hacia mi sexo cada vez que chupa con más fuerza. Me dejo llevar por esta caliente sensación mientras un deseo líquido inunda mi sexo.

Con prisas, arranca la ropa de mi cuerpo hasta dejarme desnuda, se incorpora y se quita la suya. Se me seca la boca al ver su cuerpo musculoso, pero no puedo pensar en nada que no sea su plenitud llenándome. Al principio, siento que la tensión hace arder mi interior, pero se calma un poco y cuando está completamente dentro, me mira esperando que dé alguna señal de que estoy bien. Abro los ojos, le sonrío y levanto la cabeza para besarlo, sus caderas se mueven sobre mí y yo le abrazo con las piernas para obtener el mayor contacto posible. Siento una descarga de placer que se traslada hacia el centro de mi ser y se me escapan gemidos incontrolados. Él me besa y absorbe cualquier sonido que salga de mi boca.

La tensión en mi vientre estalla hasta convertirme en una llama que lo consume todo a su paso, cimbreo con su cuerpo y arqueo la

espalda cuando llego a la cúspide del placer, me sacudo cada vez más despacio extrayendo hasta la última gota de satisfacción. Lo siento endurecerse aún más, y la tensión en su cuerpo me anuncia que él también está llegando a la cima. Me aprieto aún más contra su cuerpo y le empujo con los pies en su trasero, se le escapa un ronco gemido y su cuerpo se sacude sobre el mío. Escucho nuestros latidos acelerados y cierro los ojos un momento.

Abro los ojos y le veo aún sobre mí, su sonrisa de perdonavidas me hace sonreír. Levanto la cabeza y le beso con suavidad, él me deja llevar el control hasta que mi lengua entra en su boca, se aparta un poco de mí y siento que vuelve a endurecerse en mi interior.

—Será mejor que dejemos esto. —Sale despacio dejándome vacía.

—¡Oh! Pensé que deseabas más. —Me vuelvo incómoda.

—Y así es princesa, pero no quiero hacerte daño —contesta mientras me abraza desde atrás—. Eres novata en el sexo y necesitas tiempo para acostumbrarte.

—¿Y eso quién lo dice? —murmuro obcecada—. Si me hace sentir bien no puede ser malo. —Cojo su miembro en mi mano y sonrío al verle contener el aliento.

—Déjate de juegos si no quieres despertar a la bestia que hay en mí —gruñe sonriendo.

—Tal vez quiera conocerla. —Subo y bajo mi mano por su erección creciente.

—Tú lo has querido —dice casi como una amenaza y vuelve a bufar.

Me apoya contra la palmera que está a mi espalda, yo le abrazo con las piernas y me posee con una brutal embestida, se me escapa un gemido medio de dolor y placer, aunque me sujeta con fuerza mientras se hace cargo de mi cuerpo. Nuestros movimientos siguen un ritmo desesperado. Puedo sentir cómo la mitad de mí se reconstruye y lo asimilo. Ahora somos uno y más allá de la unión de

nuestros cuerpos conectamos de tal forma que puedo notar sus propias emociones. Su mente está en la mía y yo estoy en la suya.

Es difícil explicar lo que ocurre entre nosotros, pero está ahí, ambos lo percibimos y lo vivimos. Estoy a punto de gritar, pero me besa, absorbe mis gemidos y gritos para después unirse en su desahogo, se sacude unas cuantas veces más hasta que nuestros corazones se calman. La respiración agitada y el temblor de nuestros cuerpos nos hace reír, luego apoya su frente en la mía.

Ese gesto tan sencillo, pero a la vez tan íntimo me acerca tanto a él como cuando nuestros cuerpos se unen. Le sonrío satisfecha mientras disfruto de la intimidad después de estar juntos como hombre y mujer. Nunca imaginé que algo tan natural fuese tan arrollador. Me anula como persona, ya que olvido lo vivido y solo deseo la paz que me devuelve su cuerpo.

—Me vuelves loco —confiesa y me da un beso al tiempo que se separa y me deja en el suelo—. Ahora vamos a bañarnos al lago si es que estamos solos, porque con el ruido que hemos hecho seguro que tenemos espectadores —bromea y coge la ropa del suelo.

Lo sigo, algo incómoda todavía por mi desnudez y lo veo tender las prendas sobre unos arbustos. Se da la vuelta y me lanza esa sonrisa ladeada de perdonavidas que hace que me tiemblen las piernas, entonces agradezco a la Diosa por haberme traído a este hombre que me completa.

CAPÍTULO 17
Decisiones

Por suerte, en la zona del lago donde estamos no hay nadie, nos metemos y nos refrescamos mientras nuestras ropas se secan al calor del disco solar. Nadamos y jugamos dentro del agua como niños y es cuando descubro que nado mejor que él. Sabe mantenerse a flote y moverse bajo el líquido, pero poco más, yo, con fuertes brazadas lo dejo siempre atrás hasta que me coge y me hunde con él. Salimos escupiendo y riendo a carcajadas. Estoy a punto de coger su pene bajo el agua, pero escucho que nos llaman desde la orilla. Nos volvemos y vemos a Amenhotep con varios siervos, nos acercamos para escucharlo, pero Ion me pone detrás de su enorme cuerpo. No me permite escapar por lo que solo puedo asomar la cabeza por un lado.

—Príncipe de Egipto, ¿en qué podemos servirte? —dice con voz seria.

—Solo vine a ver quién jugaba en el lago —se ríe y mira nuestra ropa en los arbustos—, pero ahora que sé que sois vosotros y que no corréis peligro de ahogaros, regresaré al palacio.

Lo vemos marcharse mientras agita la mano en señal de despedida, hasta nosotros llega una risa cantarina que me avergüenza. Ion se vuelve hacia mí y me abraza con fuerza, me da un casto beso y me echa sobre su hombro mientras grito y me rio al mismo tiempo. Nos vestimos con las ropas aún húmedas y volvemos al palacio, entramos por la zona sur y rezo por no encontrarme a la

gran esposa real. Es lo único de esta tierra que me hace estremecer y no lo entiendo. En realidad, nunca me ha dicho nada amenazante ni me ha tratado mal, siempre se ha limitado a tratarme con fría cortesía.

Entramos en nuestro cuarto entre risas y besos, nos desprendemos de las ropas húmedas y nos dejamos caer en la cama hecha con sábanas limpias. No sé por qué, pero el hecho de que nos hayan pillado *in fraganti* me hace reír. Veo que Ion se levanta, coge la cesta de frutas que hay sobre la mesa y la deja en el centro de la cama, luego vuelve con dos copas de vino, me ofrece una y me incorporo sobre el codo para cogerla.

Nos miramos mientras bebemos. Cojo una uva y la mastico con lentitud; él hace lo mismo. La tensión se puede cortar, pero ambos comemos y bebemos en silencio. Su mano roza la mía al coger otra uva, pero no nos apartamos. Él me agarra de la mano y se la lleva a los labios.

—Entonces, ¿averiguamos lo que ha pasado en Cnosos? —pregunta mientras besuquea mis dedos.

—Creo que es lo más acertado —respondo y mis ojos no pierden detalle de sus movimientos.

—¿Y si Aqueo se ha coronado como Minos? —Levanta una ceja.

—Hacemos nuestra ofrenda a la Diosa para que bendiga nuestra unión y salimos antes de que sepa que estamos vivos.

—¿No quieres saber lo que ha ocurrido con tu padre?

—¿Podríamos? —respondo con otra pregunta esperanzada—. ¿Y si está vivo?

—Intentar rescatarlo sería un riesgo muy grande —declara suspirando.

—Pero contamos con el factor sorpresa; Aqueo nos creerá muertos o fugados, no se imagina que vamos a volver a la isla. —A cada momento mis esperanzas se hacen mayores.

—Llegado el caso, lo estudiaré.

Se lleva la cesta con los restos de fruta y las copas de vino y vuelve para tumbarse conmigo. Me da la vuelta y me abraza desde atrás, la sensación es tan agradable que me relajo en sus brazos y me quedo dormida.

Esa noche decidimos quedarnos en el cuarto. Le pedimos a Nefer que nos traiga la cena y descansamos aletargados por el calor, disfrutando de la intimidad recién descubierta. Entre caricias, lo escucho hablar de su infancia en Micenas. Quedaron huérfanos siendo él muy pequeño, prácticamente lo crio su hermano, quien supo ganarse el respeto de su gente con valor y fuerza. Ion le debe mucho a Aqueo, pero también reconoce que hace tiempo que la deuda quedó saldada. Pensaba terminar con su obligación aceptando el compromiso del Minos, por eso la traición de Aqueo no solo fue contra Cnosos, también fue contra él. El hecho de modificar los planes sin avisar ni dar explicaciones fue lo que le hizo elegirme por encima de su hermano.

Esa declaración me emociona más que nada. Ahora entiendo sus promesas y las creo, porque hasta ahora Ion me ha demostrado que puedo confiar en él.

Planificamos nuestras próximas acciones: primero, averiguar lo que sucedió en Cnosos; segundo, ir a Creta para hacer la ofrenda a la Diosa Madre; tercero, intentar rescatar al Minos si es que aún vive; cuarto, escapar a tierras lejanas si Aqueo sigue en el trono de Cnosos.

Con el rumbo de nuestras vidas decidido, nos quedamos dormidos abrazados a pesar del calor que nos rodea. La paz que me da el saber que volveremos, es solo una pequeña parte de la alegría que me inunda al comprender que cuento con el apoyo de Ion. La esperanza de reencontrarme con mi padre y que esté vivo es el culmen de todo, pues necesito verlo de nuevo, decirle que entiendo su decisión y que la he aceptado.

Sentir que puedo hacer algo para revocar esta situación me hace desear tener ya noticias de casa. Ese será el principio para nosotros, y aunque no encontremos lo que esperamos, creo que es

lo que necesitamos para que todo vuelva a estar bien. Ahora sé que no estaré completa si no es con Ion a mi lado.

Este descubrimiento me alegra y aterra al mismo tiempo, nunca había dependido tanto de otra persona. Siempre he sido independiente, algo que madre lamentaba continuamente y que a padre parecía hacerle sentir orgulloso; creo que incluso me alentaba.

Poco a poco, mis pensamientos se relajan y dejan paso a la paz que mi mente necesita.

La mañana nos descubre entre arrumacos y tiernos besos. Me desperezo y restriego contra su cuerpo, a pesar de lo dolorida que me siento, pero esta vez no consigo alterar su decisión de dejarme descansar. Me da una nalgada y sale de la cama.

La puerta se abre y entra Nefer con varios sirvientes cargados con cubos de agua. Ion, con rapidez, se ata una toalla en las caderas y yo me cubro con la sábana. Lo miro risueña, los sirvientes abandonan el cuarto y me levanto desnuda para ir a la bañera, allí Nefer me ayuda a bañarme. Frota mi pelo con jabón de hierbas mientras limpia el cuerpo con un paño enjabonado, al pasarlo entre mis piernas se me escapa un quejido. Me tapo la boca y la miro azorada, pero ella no dice nada.

Me levanto y ella me envuelve con una toalla de lino. Al salir, veo a Ion en el balcón, se vuelve y me dedica esa media sonrisa de perdonavidas, luego entra a la zona de la bañera y escucho el chapoteo de sus abluciones. Veo a Nefer salir y aprovecho para frotarme el pelo con la toalla. Estoy inclinada hacia delante, con ella en la cabeza friccionando el cabello para quitarle la humedad y el abrazo me coge desprevenida, su duro cuerpo detrás de mí me hace estremecer, me besa en la nuca y me gira hacia él.

—¿Cómo te sientes? —pregunta y me da un beso en la punta de la nariz.

—Bien —respondo y echo las manos al cuello—. ¿Y tú?

—Pues la verdad es que me has dejado dolorido —dice y se me escapa una carcajada—. Me la estás dejando en carne viva. —Vuelve

los ojos hacia arriba y chasquea la lengua—. Deberías tener al menos la misma compasión que yo demostré hacia ti.

—Pensé que los micénicos eran fieros soldados y acabo de descubrir que también sois unos bromistas.

—Solo yo soy así, y te aseguro que, en esta guerra, me dejaré vencer —dice sin dejar de sonreír. Me da un pequeño beso en la boca—, pero te aviso que moriré matando.

Se me escapa una carcajada tan fuerte que me doblo en dos; estos pequeños intercambios entre nosotros me encantan, puedo ver al hombre cariñoso, dulce y divertido. El hombre que me enamora cada día un poco más y que se ha convertido en mi razón de ser. Este descubrimiento me hace contener el aliento. Ion es la mitad de mí, la persona que me complementa, aquel que me dará esa relación como la de mis padres.

La puerta se abre tras un leve golpe, me envuelvo con rapidez en la toalla y nos giramos para ver a nuestra visita. Es el príncipe Amenhotep, quien entra sonriente seguido por varios sirvientes.

—Traigo nuevas del faraón —mira a Ion—, quiere que empieces el entrenamiento en técnicas micénicas a los nuevos reclutas.

—Será un placer ayudar a su adiestramiento.

—¡Oh! No digas tonterías, será sucio, aburrido y brutal. —Mueve la mano arriba y abajo—. Puedes encontrarte con los reclutas en el campo de entrenamiento del palacio del faraón.

—Hoy mismo empezaremos.

—Me acercaré a ver vuestro avance —dice y me mira divertido —, y vos princesa me acompañaréis.

—Ella vendrá conmigo al entrenamiento —se adelanta a decir Ion—. Quiero que les muestre a los reclutas sus habilidades de saltadora.

—Eso es un poco extraño. ¿Una mujer en el entrenamiento de reclutas? —Niega con la cabeza.

—Si venís al entrenamiento, os daréis cuenta de mis intenciones.

—Está bien, nos vemos en el campo.

Sale del cuarto sin decir nada más, Ion me coge por los hombros y me gira ante él, después me mira muy serio.

—A partir de ahora, no quiero que te separes de mí, te quiero donde yo te vea.

—Pero si… —Me pone un dedo en la boca.

—No sé qué está pasando, pero tengo un mal presentimiento y, ante las dudas, te quiero siempre en mi campo de visión, aunque esté entrenando.

—Como quieras. —Lo miro sonriente—. Entonces, ¿yo también entrenaré a los reclutas?

—Quiero que les muestres tus habilidades como saltadora, además de tus recursos para escapar del agarre de intrusos. —Su dedo se pasea por mi mejilla con calma y ternura.

—¿Aceptarán que los enseñe una mujer? —pregunto dudosa.

—No les entrenarás tú, lo haré yo con tu ayuda —asegura y me coge en brazos y me tira en la cama—. Ahora vístete para saltar, princesa —apremia y me da un beso en la frente, luego se acerca a la mesa donde hay una cesta con frutas y otra con pan, queso y miel.

Me visto con rapidez con un taparrabos y un faldellín, me coloco la capa cubriendo mis pechos, pues aquí no está bien visto llevarlos descubiertos. Espero que la pequeña capa que me cubre no interfiera en mis movimientos.

Después del desayuno, salimos al pasillo en dirección al palacio del faraón que está en la zona norte del edificio, llegamos a las terrazas y vemos la zona de entrenamiento. Ion me coge de la mano y me guía hasta el centro del terreno. Cuento los reclutas, son diez y todos muy jóvenes, algunos ni siquiera tienen barba. Miro a Ion y veo que está negando con la cabeza, no hay que ser muy listo para saber que no le gusta la juventud de los reclutas.

—Buenos días, soldados —dice con voz potente y los mira con seriedad—. Formen una fila. ¡Ya!

De inmediato, se alinean al frente y nos miran dudosos. No es solo que sean jóvenes, es que, además, apenas tienen musculatura en sus cuerpos, pues se les ve enjutos y desgarbados, con esa apariencia que les da su transición a la juventud cuando apenas han dejado atrás la niñez.

—Esta es mi esposa, la princesa Eirene de Cnosos. Allí, es la mejor saltadora y la más ágil en la lucha del toro, por eso lo primero que quiero que aprendáis son sus movimientos. Si os ejercitáis bien, os serán de gran ayuda en el campo de batalla. —Se gira hacia mí—. Hazles una demostración, yo seré tu compañero de salto.

—Como digas, pero ¿qué salto? —pregunto mientras observo el espacio y levanto una ceja.

Se vuelve y me señala un tocón de madera, luego señala una carretilla. Va hacia ella, la transporta hasta el centro del campo y le da la vuelta, después pide a los reclutas que le ayuden a poner el tocón sobre el culo de la carretilla. Prueba su estabilidad y se acerca a mí.

—Debes apoyarte solo en el centro del tocón para evitar desequilibrarlo, no es mucho, pero por hoy podremos hacer la demostración.

—No te preocupes, sobre cosas peores he saltado.

Me rio y me pongo a la distancia necesaria para coger impulso, Ion se coloca entre las asideras de la carretilla, da unos pasos hacia atrás y me da el visto bueno con la cabeza. Me quito el faldellín y me quedo solo con la capa cubriendo mis pechos y asegurada al cinto del taparrabos. Froto las manos con tierra del suelo y hago unos cuantos estiramientos de brazos y piernas, giro la cintura y, por último, me coloco en posición. Cojo velocidad y al llegar a unos pasos del tocón, me impulso con las piernas. Hago un arco con el cuerpo y apoyo las manos en el tocón, para después impulsarme y caer con otra media vuelta apoyada sobre mis pies. Ion me ayuda a estabilizarme. Las exclamaciones y palmadas de los reclutas me

dicen que les ha gustado, y mucho, por su entusiasmo al aplaudir y jalearme.

Después de ver el salto, los aspirantes se ilusionan con aprender a hacerlo. Yo les doy algunos consejos, pero es Ion quién les va corrigiendo la postura. Nos pasamos toda la mañana con el simple aprendizaje del salto, y volvemos a mediodía al cuarto para comer y guarecernos del extremo calor que empieza a hacer.

Al pasar por el palacio de la reina, Ion cambia de opinión y gira hacia el lago. Encantada, le sigo y nos adentramos entre los jardines en busca del mismo rincón donde estuvimos. Nos quitamos la ropa y saltamos juntos al agua, riendo como niños. Ya sé que él no nada tan rápido como yo, por eso aplico velocidad a mis movimientos de brazos y piernas y me alejo de Ion, que me mira riendo y niega con la cabeza. Me tumbo sobre el agua tranquila y me dejo llevar hasta que sus manos me hunden mientras se carcajea. Desde el fondo, agarro sus piernas por las rodillas y tiro de ellas hacia arriba, él pierde la estabilidad y cae agitando los brazos; para cuando sale del agua yo estoy casi en la orilla. Salgo riendo a carcajadas y me tumbo ante el disco solar para que me seque la piel.

Con los ojos cerrados, disfruto del calor que acaricia mi piel. Una sombra ante mí me hace abrir un ojo y sonrío cuando pequeñas gotas de agua caen sobre mi pecho. Ion se tumba a mi lado y nos secamos antes de volver a vestirnos e ir a nuestro cuarto.

Llevamos varias lunas con las rutinas de entrenamiento. El príncipe ha dado encargo a uno de sus capitanes de barco, averiguar lo que ocurre en Cnosos. Estamos a la espera de nuevas noticias y nos centramos en el entrenamiento de los jóvenes reclutas. Apenas tengo trabajo en el campo de entrenamiento, solo me llaman para pedir un nuevo movimiento, pero una vez aprenden el proceso, quedo relegada a observar sus avances. Ion no quiere que me aparte de su vista, es por ello por lo que paseo a la sombra de los edificios que nos rodean mientras espero a que acabe su trabajo.

Mientras espero que me necesite Ion, conozco a un escriba que pasa sus días a la sombra de nuestro campo de entrenamiento. Se

llama Ani y es un verdadero erudito, está escribiendo el libro de los muertos para su tumba; se trata de los escritos que explican cada paso del juicio de Osiris. Me gusta tanto lo que me explica, que cuando viene a escribir me siento junto a él y me cuenta los hechizos para el otro lado. Me tiene entretenida mientras me cuenta las connotaciones que tiene escribir de una forma u otra, el simbolismo de sus dioses y cómo forman parte de sus leyendas.

En poco tiempo nos hacemos muy amigos, yo le ayudo a transcribir los jeroglíficos y de paso, aprendo los hechizos que debe contener el libro de los muertos para garantizar el paso a la otra orilla. Dice que ha avanzado mucho desde que le ayudo en su trabajo, por eso hoy me trae un regalo. Cojo el papiro, emocionada y lo leo sin comprender: es un hechizo personalizado, pues en él puedo leer mi nombre y el de Ion.

Miro a Ani pidiéndole que me lo explique.

—Es un hechizo para que vuestro Ka se encuentre en la otra vida, de esa forma nunca os separaréis —dice Ani con simpatía.

—¡Muchas gracias! —exclamo agradecida y lo miro emocionada mientras aprieto el rollo de papiro contra mi pecho.

Ion sigue entrenando a los reclutas y de vez en cuando, recibimos la visita del joven príncipe que disfruta viendo el avance de los muchachos. Ya nadie cuestiona mi presencia en el campo, después de mi demostración de varios saltos con huida, han aceptado que formo parte del entrenamiento.

Las rutinas nos tienen tan abstraídos que apenas notamos los pequeños cambios que se generan a nuestro alrededor. No nos extraña el regreso del príncipe heredero, así como tampoco cuando dejamos de verlo en las reuniones de la corte. Ion no me pierde de vista, sigue presintiendo algo malo a nuestro alrededor.

He vivido toda mi vida en la corte de Cnosos y nunca he temido nada, no entiendo por qué habría de temer algo aquí, pues para mí, estar cerca del faraón es garantía de seguridad. Aun así, me dejo guiar por el instinto de Ion. Al fin y al cabo, él está entrenado para percibir los peligros.

No imaginamos la tragedia que se avecina en la corte. Nuestros días se hacen tan iguales unos de otros que nos imbuimos de la vida cortesana hasta tal punto, que incluso me planteo quedarnos en esta tierra donde la magia se funde con lo cotidiano y lo normal, se mezcla con el esplendor para alcanzar a las divinidades.

CAPÍTULO 18

La muerte del heredero

La muerte repentina del heredero del faraón sacude la corte. Tutmose era sumo sacerdote de Ptah en Menfis, de ahí la cantidad de plañideras 48 que recorren el palacio de Malkata con sus llantos y gritos desesperados.

No sé si el difunto se siente más querido por estos llantos, pero a mí me ponen histérica, tal vez si solo fueran una o dos, pero son por lo menos cien. Se me escapa un escalofrío y salgo al balcón para no oír el llanto murmurado que recorre todos los pasillos del palacio.

Ion entra en el cuarto y me sonríe, abre los brazos y corro hacia él, para acurrucarme en ellos y se me escapa un suspiro.

—¿Quieres que vayamos al lago? —susurra.

—¿Podemos?

—Solo debemos ser discretos y no hacer juegos ni provocar carcajadas —me advierte y se aparta un poco para verme la cara—. Deberás portarte bien.

Salimos en silencio y nos dirigimos al lago, a nuestro rincón secreto rodeado de sicomoros y palmeras donde los llantos no nos alcancen. Nos quitamos la ropa y la dejamos sobre los arbustos, ya en el agua nado hacia el fondo y dejo mi cuerpo flotar. Ion se acerca a mí, y aunque no hacemos pie, me coge en brazos, yo me agarro a él, pero se hunde. Emergemos riendo y nos tapamos la boca al mismo tiempo. Nadamos un poco hasta la orilla donde Ion hace pie,

ahora sí, me engancho en sus caderas y le cojo por el cuello. Nuestros labios se unen y ya no hay nada que pueda distraernos, su lengua busca la mía y entablan un baile tan antiguo como el tiempo. Siento que me deshago en sus brazos, mi deseo por él hace que me remueva inquieta sobre sus caderas.

Él ríe contra mis labios y con un solo movimiento se une a mí, se me escapa un suspiro de alivio hasta que comienza a moverse en mi interior. Lo beso con pasión, chupo y mordisqueo los labios, él baja su boca y se apodera de un pecho. Mi deseo se hace líquido y siento que ya no puedo controlarme más, oleadas de placer se mezclan con la agitación que sacude mi cuerpo. Estoy a punto de gritar, pero él me cubre la boca con la suya y absorbe mi grito de éxtasis, se mueve tan rápido dentro de mí que su liberación le hace gritar dentro de mi boca.

Nos separamos a desgana y salimos del agua para vestirnos y volver al palacio oscurecido por el dolor, al entrar en la zona del palacio de la reina nos encontramos con Amenhotep, hijo de Hapu, el arquitecto real, quien al vernos nos sonríe con cordialidad.

—¡Que Amón os llene de luz!

—¡Hola! —Ion asiente con la cabeza.

—Me dirijo al templo funerario del faraón, ¿queréis acompañarme?

—Sí, claro —respondo enseguida y miro a Ion, quien asiente y me sonríe.

Nos acercamos caminando hasta el embarcadero del río donde una barca fluvial espera, subimos y nos sentamos en uno de los bancos vacíos. Dos tripulantes manejan cada uno un gran remo-timón mientras otro en la botavara *49* se ocupa de la vela del barco.

Subimos por el río y entonces lo veo, dos enormes estatuas sedentes flanquean la entrada a un conjunto de edificaciones. Casi se me olvida respirar, sin embargo, Amenhotep sonríe y me los señala.

—Esas son las estatuas sedentes del faraón que lo recibirán para protegerlo en el viaje a la orilla oeste. La estatua del sur está tallada de una sola pieza, pero nos costó muchísimo mover el bloque tan grande. Por eso la del norte está tallada sobre cinco bloques.

—¡Son impresionantes! —dice atónito Ion mientras las mira tan sorprendido como yo.

Desembarcamos, y tras los colosos y el primer *pilono 50* accedemos a un segundo, donde también hay un patio con otras grandes esculturas del faraón. Desde el segundo pilono se abre una avenida procesional que da acceso a un gran patio columnado, en cuyo centro se encuentra una enorme piedra de cuarcita con inscripciones de las obras llevadas a cabo, bajo el mandato de Amenhotep III.

El conjunto funerario está delimitado por un gran muro que alberga en su interior, no solo el templo funerario principal, sino también otro templo de menor tamaño dedicado a Sokar, dios de los muertos, nos dice Amenhotep; hijo de Hapu. Múltiples jardines, estanques y un buen número de estatuas de gran tamaño decoran el interior del recinto.

Paseamos entre la grandeza de esta construcción. No puedo evitar mirarlo todo con la boca abierta y creo que a Ion le ocurre lo mismo, por la cara que lleva.

—¡Es magnífica esta construcción! —exclamo emocionada lo que hace que el arquitecto me sonría.

—El emplazamiento del templo simboliza el nuevo resurgir tras las inundaciones —nos dice con orgullo.

—Sin duda es grandioso y vuestros dioses estarán muy honrados con tu obra —digo con sinceridad.

—Sí. El faraón me ha concedido el honor de permitirme construir mi propio templo funerario.

—Debéis estar muy orgulloso. —Ion observa las construcciones con admiración.

—Sí. Mi trabajo es mi vida y no hay nada como dejar mis construcciones como legado a mi paso por esta vida. Ahora vamos hasta el templo funerario donde están preparando el cuerpo del joven Tutmose.

Caminamos en silencio hasta la orilla del río, pasamos entre varias casas hasta llegar a una más grande que las demás, entramos y escuchamos al arquitecto hablar con alguien, se vuelve y nos hace una señal para que entremos.

—Estos son Bakari y Faki, son los embalsamadores del joven heredero muerto.

Ambos hombres llevan en las manos unas máscaras con forma de cabeza de chacal que representa a Anubis; dios de los muertos. El cuerpo del joven príncipe está tendido sobre una mesa con forma de león. Junto a ella, se encuentran otras más pequeñas con los enseres necesarios para el trabajo, y para depositar los órganos internos del fallecido.

—Primero hay que lavar el cuerpo —explica el arquitecto real—. Cuando ya está limpio, se procede a la extracción de los órganos, empezando por el cerebro, que es sacado con unos ganchos por la nariz y siguen con el estómago, los intestinos, los pulmones y el hígado. Después cada uno de ellos se envolverá en trozos de lino y se introducen en cuatro vasijas, llamadas vasos canopos. Cada uno representa una divinidad, les llamamos «Hijos de Horus».

Duamutef, con forma de chacal, donde se introduce el estómago; Qebehsenuef, con forma de halcón, recibe los intestinos; en el de Hapy, con forma de mono, se introducen los pulmones y, por último, en el vaso de Amset, con apariencia humana, se introduce el hígado. El corazón es el único órgano que se deja en el interior del cuerpo. Según nuestra creencia, es el lugar que alberga los sentimientos, la conciencia y lo más importante: la vida. En caso de ser sustraído, debería sustituirse por un *escarabeo-corazón 51.*

—Si que es un proceso largo —exclamo con aprensión ante el difunto.

—Y queda aún mucho más, de ahí que solo los faraones y los ricos puedan permitirse el proceso completo —concluye Amenhotep.

—¿Qué se hace después? —pregunto curiosa.

—Después de haber extraído los órganos, se procede a cubrir el cuerpo con natrón, una sal que deseca el cuerpo deshidratándolo para evitar su descomposición. Se deja así durante unos treinta y cinco o cuarenta días. Pasado este tiempo, se retira la sal y se rellena el cuerpo con serrín o limo procedente del Nilo, e incluso especias. Acto seguido, se cose y si la persona es importante, se le puede cerrar con lino, una placa de cera; y si se trata del mismísimo faraón se le coloca una chapa de oro**.** Una vez hecho esto, el cuerpo se lava con agua procedente del Nilo. Después, es ungido en aceites y bálsamos aromatizados.

—Es un proceso muy largo —afirmo y miro a los embalsamadores que se han colocado las cabezas de chacal.

—Esto es un arte —suena la voz de ultratumba de uno de ellos, con la máscara puesta.

—Se envuelve el cuerpo con vendas de lino, en ocasiones impregnadas en resina. Esto lo hace el embalsamador, mediante un estricto ritual en el que se pronuncian hechizos de protección para la vida del difunto en el más allá. Se comienza vendando los dedos para seguir por las extremidades y terminar por el resto del cuerpo. —El otro embalsamador se extiende en explicaciones sobre su trabajo—. Para asegurar la protección del difunto, se introducen amuletos y piedras entre las vendas, así como trozos de lino en el que están inscritos textos del libro de los muertos. Una vez que el cuerpo está vendado, se puede cubrir con una sábana adornada con cuentas. También se coloca sobre el pecho un escarabeo alado y las imágenes de los hijos de Horus**.**

—¿Cuánto tiempo tarda todo el proceso?

—Unos setenta días o más según la clase social del difunto —contesta Bakari tras la máscara.

—Ahora que habéis visto el proceso, sabéis que nos quedan largos días de dolor y plañideras hasta que podamos enterrar al

joven heredero —nos indica Faki con la mano para que salgamos.

—¿Por qué nos has enseñado esto?

—Se avecinan tiempos oscuros, la reina Tiy tiene cada vez más poder y yo, aunque gozo de la amistad del faraón, temo no estar a salvo por mi fe en Amón.

—Pero convivís con tantos dioses —lo miro extrañada—, ¿por qué el ser seguidor de Amón os condena?

—Porque la reina lleva años quitando poder a los sacerdotes de Amón para instaurar el antiguo culto a Atón, pero no por el dios, sino porque con ello resta poder a los sacerdotes de Amón.

—¿Nos estás diciendo que habrá lucha? —pregunta Ion muy serio.

—No lo sé seguro, pero ya ha empezado —nos mira y susurra —. La muerte del heredero no ha sido accidental.

Me tapo la boca para evitar que se me escape un grito y abro mucho los ojos. ¿Quién es capaz de matar a un muchacho? ¿Y qué pretende conseguir con este asesinato?

No me entra en la cabeza que alguien pueda atentar contra una vida solo por poder.

—La reina Tiy nunca aceptó que el heredero hubiese nacido de una esposa menor.

—Entonces, ella ha… —No me atrevo a decir las palabras.

—Casi con toda seguridad. De ese modo, el heredero será su hijo Amenhotep a pesar de los problemas de salud que tuvo y de los que aún arrastra pequeñas dolencias.

—Pero el príncipe es amigo nuestro —lo miro dudosa—, no dejará que nos ocurra nada malo, ¿verdad?

—No sé qué deciros, princesa —baja la cabeza—, pero se acercan tiempos oscuros y debéis prepararos para cualquier eventualidad.

Volvemos al embarcadero, ya no miro las colosales esculturas que flanquean la construcción, voy sumida en mis propios

pensamientos. Subimos al barco y bajamos el Nilo hasta la entrada al palacio, donde nos desembarcamos, pero el arquitecto real sigue río abajo hasta Karnak.

En silencio entramos al palacio y nos dirigimos hacia la zona de la nobleza donde se encuentra nuestra habitación. Al entrar, Ion me pone un dedo en la boca y recorre todo el espacio en busca de algún sirviente, incluso sale al balcón. Vuelve a mi lado y me abraza, pero comienza a susurrarme al oído.

—Creo que ha llegado la hora de salir de aquí.

—¿Por qué? —susurro yo también.

—Este país ya no es seguro, tú y yo solo somos príncipes sin tierras ni nada que ofrecer y, además, se ha desatado la lucha por el poder.

—Pero el faraón todavía está vivo.

—Pero no es él quien gobierna —dice bajando la voz y levanta una ceja—. Por si no lo has notado, el faraón solo está pendiente de sus mujeres, y la reina Tiy se encarga de llenar su harén con nuevas doncellas cada poco tiempo para entretenerlo. Supongo que pronto querrá que el faraón nombre a su hijo corregente, y entonces, su poder será indiscutible.

—¿Crees que Amenhotep nos abandonará?

—Sin duda —asegura con seriedad—. Además, la reina todavía te mira de forma extraña, lo que me hace pensar que no ha abandonado la idea de meterte en el harén. No estoy seguro, pero creo que te quiere controlar, de ahí su insistencia para que entres. Esto me da qué pensar si no estará en contacto con Cnosos y pretenda apoderarse de ti para hacer un reclamo después, o incluso intercambiarte en un tratado.

—¿Qué haremos?

—Esta noche saldremos a escondidas, buscaremos un barco que nos lleve fuera de las tierras del faraón, y si quieres, volvemos a Cnosos.

—¿Nos iremos sin despedirnos?

—No. Le escribirás una carta al príncipe donde le dirás que hemos cogido una caravana para visitar el oasis de Amón, pero partiremos hacia el delta del Nilo en busca de un barco que nos lleve a casa.

Pedí utensilios de escritura a Nefer y nos los trajo junto con una cesta de frutas. En cuanto nos quedamos solos, escribí la carta para Amenhotep. Me sabe mal no darle las gracias por todo lo que ha hecho por nosotros, así que acabo el texto con mis bendiciones y se me ocurre firmar con mi nombre y dejarle un hechizo «que Atón en su gloria te bendiga y colme de luz en tu camino».

Ion trepa hasta la columna para recuperar el hatillo con joyas que escondimos al llegar, me lo da y lo ato a mi cintura. Me visto con taparrabos y túnica, me echo una capa pequeña sobre el hombro y recojo el pelo en una trenza para guardarlo bajo una peluca. Ion se viste de la misma manera, luego coge una bolsa donde mete toda la fruta y se la cuelga cruzada sobre el pecho.

—Seremos dos hermanos, así que procura no meterme mano delante de nadie —bromea y me guiña un ojo sonriente.

—¡Serás…! —Le doy un golpe en el hombro—. Tú procura no desnudarme con los ojos y todo saldrá bien —digo sacándole la lengua.

Me abraza y me besa con pasión y su sabor me hace desear más. Su lengua en mi interior convence a mi cuerpo para que se rinda, me acerco más a él y noto su erección. Sus labios se pasean por los míos como si no hubiese un mañana, aun así, me suelta con tanta rapidez que me quejo.

—Debemos salir con la oscuridad —anuncia y me da un piquito —. ¿Podrás bajar por el balcón?

—¿Tienes dudas?

Le saco la lengua de nuevo y me subo al borde, me descuelgo y antes de caer al suelo giro sobre mí misma y ruedo sobre el embaldosado. Al levantarme, me doy cuenta de que él está incorporándose a mi lado, me coge de la mano y me conduce entre las sombras que la noche deja entre las palmeras. Llegamos a la

puerta del sur y nos escondemos tras un sicomoro, él me señala hacia arriba y veo que, aunque alto, tiene pequeñas muescas en el adobe blanqueado. Asiento con la cabeza y trepo apoyando los pies alternativamente en los huecos, al llegar arriba me tumbo sobre el muro y me descuelgo hacia el otro lado. Me oculto en las sombras y espero que Ion llegue hasta mí. Caminamos hacia el río y buscamos una pequeña barca que nos sirva para ir hasta el delta. Un pescador se ofrece a llevarnos a cambio de una pulsera de oro que llevo puesta, cerramos el trato y nos sentamos en la pequeña barca mientras el pescador despliega una pequeña vela triangular.

En Menfis, cogemos un barco hacia Festos. Nuestro trabajo en la nave sirve para pagar el pasaje; yo me encargo de las velas y me paso casi todo el viaje sobre el palo mayor o en la botavara, atando y desatando cuerdas; Ion rema junto a otros marineros.

Al llegar a Festos, desembarcamos en la oscuridad de la noche por si alguien nos reconoce y emprendemos el camino hacia Cnosos.

CAPÍTULO 19

Cnosos

La devastación es enorme, aunque hayan pasado cuatro discos de plata grandes. Los restos de vegetación interrumpen los caminos, las casas destruidas nos van recibiendo en nuestro lento caminar hacia Cnosos. Apenas hablamos, no necesita decirme nada, pues cada paso que nos acerca a mi antigua casa es un peso sobre el pecho. Sé que la gran ola impactó primero en Cnosos, lo que hace que las probabilidades de encontrar a mi padre con vida sean muy pocas; eso sin tener en cuenta que estaba prisionero en el laberinto subterráneo.

Nos detenemos bajo un pequeño risco, donde una pequeña hendidura proporciona protección sobre nuestras cabezas. La noche es templada, aunque Ion, enciende un pequeño fuego y sale en busca de algo para comer. Veo las llamas danzar en la oscuridad. Sus brazos se mueven alrededor y generan cálidas luces naranjas que me llevan a tiempos pasados, cuando mi única preocupación era ser la hija de Minos, lo suficiente fuerte y valiente para saltar el toro o ser la hija de la sacerdotisa de la Diosa Madre; la que heredaría el trono y continuaría los ritos.

Todo eso quedó tan atrás que apenas es un susurro en el viento, pues ahora soy la hija de un hombre que no sé si está vivo; la hija de una mujer que murió al dar a luz un bebé muerto; la mujer de un hombre que renunció a sus raíces y a todo aquello para

lo que se crio, para ponerme a salvo. Un hombre capaz de elegirme por encima de la sangre y el deber, el mismo que me ha enseñado el amor y que me ha hecho olvidarme de todo lo que yo creí importante.

En la oscuridad, bajo este pequeño refugio hago repaso mental de este tiempo: «¿Cómo es posible que de la mañana a la noche mi mundo haya desaparecido? Ya no soy una princesa; ya no soy heredera del Minos; ya no sucederé a mi madre en los ritos para la diosa».

Entre las sombras que arroja la luna, veo venir a Ion, en la mano lleva dos conejos muertos. Se sienta junto a mí y me da uno, me lo quedo mirando y veo que empieza a despellejar al animal. Se me escapa un gemido y noto la bilis subir hasta la garganta, me levanto con rapidez y corro hacia un extremo para vomitar. Con el cuerpo doblado en dos, vacío lo poco que tengo en el estómago. Al incorporarme, Ion está a mi lado; no me toca, solo me mira preparado para cogerme en caso de que me caiga.

Me coge por la cintura y me lleva hasta el fuego, donde me deja para que me recupere, me pasa el pellejo de agua y me aclaro la boca. Le veo darse la vuelta y trabajar en el conejo para preparar la comida. Al volver ya tiene los dos animalillos ensartados en un palo que coloca sobre el fuego, luego se sienta junto a mí y me abraza.

—¿Estás mejor? —pregunta y no espera a que le conteste, me besa en la frente.

—Sí —digo y le sonrío—, ha sido la visión del animal muerto y… Lo siento.

—No importa, llevamos mucho tiempo de viaje. Debes de estar agotada, duerme un poco mientras se hace la carne.

Me acurruco en sus brazos, cierro los ojos con la seguridad que me aporta su simple contacto y me quedo dormida casi de inmediato.

Las alas de las mariposas cosquillean en mi piel y me hacen sonreír con sus dulces y lentas caricias, sus suaves movimientos me despiertan cuando se posan en mis labios. Abro los ojos y veo a Ion sobre mí. Su boca sobre la mía acariciando mis labios, incitándome, convenciendo a mi boca para que se abra. Y lo hago, dejo entrar su lengua, con su lento acariciar me subyuga y embriaga, me siento flotar cuando el deseo recorre mis venas y se hace líquido entre mis piernas. Me quejo cuando se aparta de mí, me sonríe y me da un beso en la frente.

—Vamos a comer, princesa. —Tira de mí para que me incorpore.

—Hum… ¿No puede esperar a la cena? —insinúo y parpadeo coqueteando con él, como le vi hacer tantas veces a las chicas del pueblo.

—No me tientes —responde a mis insinuaciones con un pequeño beso y se vuelve al fuego.

Me da una pata del conejo y la muerdo con ganas. Cuando terminamos de comer, envuelve los restos de carne que ha quedado y los guarda en una piel. Me coge de la mano y nos tumbamos bajo el saliente. Lo miro recordando la pasión con que me despertó antes de comer, y creo que él piensa lo mismo porque se pone sobre mí. Sus manos recorren mi cuerpo bajo la túnica, sus caricias reavivan la pasión sin más problema que el de deshacerse de la ropa, para hacer que nuestros cuerpos se toquen piel con piel. Su boca hace maravillas, enardece mis sentidos y me invita a acercarme más a él, me llena y me lleva al límite. Su lento movimiento hace que me acerque aún más, siento que somos un solo cuerpo, dos entidades que comparten vidas diferentes, pero unidas de tal forma que no se sabe dónde empieza una y acaba la otra. La tensión en mi vientre anuncia el desenlace, me deshago en gemidos y exploto entre llamaradas de placer que recorren mi cuerpo sin piedad. Me estremezco y grito en la boca de Ion.

Por un momento nos quedamos quietos, unidos como solo un hombre y una mujer pueden estar, su aliento tibio calienta mi cuello

y la leve brisa que mueve su cabello me hace estremecer. Se aparta con desgana de mí y me atrae junto a su hombro, luego me besa en la frente.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca. Jamás pensé que una mujer me atraería tanto ni que la desearía como a ti.

—Soy yo quien agradece a la Diosa que te pusiese en mi vida. —Paso mi mano por su cara—. Salvaste mi vida y cada día me haces sentir tan especial que… —Suspiro—. No sé si esto es amor, pero es tan grande que creo que no sobreviviré sin ti.

—Yo poco sé de amor, pero lo que me haces sentir debe serlo. —dice y me mira—. Los dioses te pusieron en mi vida y pienso vivirla contigo, lo demás carece de sentido.

—Ion, mañana iremos a la cueva de la Diosa para la ofrenda —lo miro con seriedad—, si no estás de acuerdo podemos irnos.

—Por nada en el mundo te dejaré escapar. —dice y me aprieta por la cintura—. Eres mía, me perteneces y yo soy tuyo, te pertenezco. —Me besa en la frente—. Solo lamento que una vida entera contigo no sea suficiente.

—A mí me pasa igual —digo y me apoyo en su hombro—, siento que mi vida solo cobró sentido cuando te acepté, y espero seguir así hasta que el tiempo nos alcance.

Dormimos hasta que el disco solar empieza a iluminar el cielo. Recogemos el pequeño campamento y nos orientamos para llegar hasta la cueva de las ofrendas, sin transitar por el camino de procesión desde el palacio. Los nervios me tienen en tensión, miro en todas direcciones esperando encontrar en cualquier momento una patrulla que nos detenga.

En la entrada a la cueva, vemos varios oferentes salir cabizbajos en sumisión. Saco del hatillo de joyas que guardo en mi cintura una pulsera de serpiente, nos adentramos al interior y llegamos a la sala mayor. Alzo la mirada hacia arriba y veo que varias estalactitas han caído. Los huecos entre las rocas están llenos de ofrendas, busco un lugar donde dejar nuestro juramento y veo

que sobre la cabeza de Ion sobresale una roca, junto a ella una hendidura vacía ideal para dejar mi regalo a la Diosa. Se lo señalo a Ion y le pido que me alce para dejar mi exvoto. Luego de dejarlo, levanto ambos brazos al techo y hago mi petición.

—Diosa Madre de todas las cosas sobre la tierra, el mar y el cielo, danos tu bendición en la vida que comenzamos juntos, que el amor guíe nuestros pasos y nuestros cuerpos encuentren el camino de la felicidad que nos ofreces. Prometo adorarte y ofrendarte los frutos de nuestro amor hasta el fin de nuestros días, serás nuestra amorosa madre.

Bajo los brazos y me acerco a Ion, juntamos nuestras manos y nos besamos ante nuestra ofrenda. Una gota de agua cae sobre nuestras cabezas y sonrío, es una señal de que nuestra ofrenda ha sido escuchada y aceptada. Cojo a Ion de la mano y salimos despacio de la cueva.

En el exterior, el disco solar brilla implacable sobre nuestras cabezas, con sigilo nos salimos del camino y atravesamos el bosque hacia Cnosos buscando el anonimato. Antes de ir al palacio vamos a la zona de entrenamiento de saltos. Está desierta, nadie entrena, las caballerizas han desaparecido y la casa de baños tiene un aspecto lamentable.

Agacho la cabeza y nos dirigimos al interior en busca de alguien que pueda decirnos cómo están las cosas en el palacio. Un gruñido, seguido de una maldición, atrae mi atención hacia el extremo del campo de entrenamiento, y al reconocer quién es, se me escapa una exclamación de alegría. Estoy a punto de correr hacia Cosmo, mi entrenador, pero Ion me sujeta del brazo. Lo miro y entonces, veo un par de soldados frente al hombre, están distraídos riéndose del entrenador que se pelea con el potro de entrenamiento.

Ion me coge y me lleva deprisa detrás de la casa de baños, por un momento veo a Cosmo que nos mira y vuelve inmediatamente a su lucha para arreglar el potro. Desde nuestra posición observamos que los soldados se marchan cuando Cosmo termina de arreglarlo. Voy a salir en su busca, pero me mira y niega levemente con la

cabeza. Nos aplastamos contra la pared y esperamos hasta que los pasos en la gravilla nos anuncian que alguien se acerca. Ion agarra el mango de su espada, pero yo se la sujeto y niego en silencio, un momento después estoy abrazada a Cosmo que me sujeta con fuerza.

—¡Pensábamos que estabas muerta, princesa! —Cosmo me sujeta con tanta fuerza que me cuesta respirar.

—Pues ya ves que estoy viva. —Sonrío con picardía.

—No deberías estar aquí —mira detrás de él—, si te descubren…

—¿Qué ha ocurrido? —Ion me atrae hacia su cuerpo.

—Tu hermano es el Minos —dice enfadado mirando a Ion—. El muy traidor, tiene a nuestro Minos prisionero bajo amenaza.

—¿Mi padre sigue vivo? —pregunto esperanzada—. Tenemos que liberarlo.

—Antes hay que averiguar dónde lo tienen y en qué condiciones está.

—Eso te lo puedo decir yo —asegura—. El Minos está prisionero en una habitación del palacio sobre los almacenes, una de las pocas que no sucumbió a los terremotos y al maremoto. Pero está fuertemente vigilado.

—¿Está bien?

—No, princesa, el Minos sobrevive para darle tiempo a vuestra madre a recuperarse del parto.

—¿Quéééé? Mi madre murió en el parto hace cuatro discos de plata grandes, cuando la Diosa movió la tierra.

—Te equivocas, la reina dio a luz hace poco —declara solemne —. El nuevo Minos nos mostró al bebé, un niño sano y hermoso.

—¡Eso es mentira! Yo vi morir a mi madre cuando parió antes de tiempo un niño muerto. —Niego con la cabeza—. Os están engañando.

—Yo también vi morir a la reina y al niño nacido muerto.

—Entonces, Aqueo de Micenas ha urdido un engaño para hacerse con el poder del Minos —acepta enfadado Cosmo.

—Hay que sacar a mi padre de su encierro y decirle la verdad. —Doy unos cuantos pasos para salir de nuestro escondite, pero Ion me sujeta.

—¡Quieta! Antes debemos planificar nuestra estrategia —explica con seriedad—. No quiero darle a mi hermano la oportunidad de tomarte y legitimar su posición en Cnosos.

—Tiene razón, princesa —controla todo a nuestro alrededor—. Será mejor que os marchéis, nos vemos al salir el disco de plata en la zona oeste de los jardines junto al palacio.

Nos alejamos entre las sombras de los árboles, adentrándonos en el bosque que rodea la zona y volvemos al risco donde pasamos la noche anterior. Yo tengo ganas de entrar y liberar a mi padre, estoy nerviosa y me aflijo solo de pensar lo que debe estar sufriendo. Y lo que es peor, lo que sufrirá cuando se entere de que le han mentido, de que… Se me escapa un sollozo. Ion me coge entre sus brazos y me acuna mientras me susurra palabras de consuelo.

Debo haberme quedado dormida. Despierto tumbada sobre una capa y cubierta por otra, me incorporo y veo que el disco solar apenas es una mancha roja en la oscuridad que lo rodea. El fuego ilumina mi entorno y sobre él, un animalillo se asa entre el crepitar de la grasa que cae a las llamas. El movimiento a mi derecha me asusta, pero pronto me tranquilizo, al ver a Ion que está de pie junto a mí, con la espada en la mano y me señala con un dedo para que no haga ruido.

Apaga el fuego y recoge la carne, nos ponemos en marcha hacia los jardines de la zona oeste.

Un crujido más adelante nos hace fijar la vista al frente. Me tenso y él se pone en guardia, hasta que la figura del entrenador se ilumina con el resplandor del disco de plata.

—Cosmo…, ¡eres tú! ¿Has averiguado algo?

—Princesa, tu padre está recluido y nadie puede acceder a él —aclara sin apartar la mirada de Ion—, no sé cómo llegar al Minos sin que los guardias sospechen. —Suspira.

—¡Yo sí lo sé! —exclamo y me pongo en pie con rapidez—. Iremos por el tejado y aprovecharemos las lucernas para entrar a su habitación.

—Es complicado —Ion se pellizca el puente de la nariz entre los dedos—, pero podemos probar, por lo menos para hablar con él y ver cómo está.

—Bien, mejor ahora que aún es de noche.

Ambos me miran y se les escapa un suspiro, saben que una vez me propongo algo no hay quien me pare. Me acerco a la fachada derrumbada y trepo hasta lo que queda de tejado, detrás de mí veo a Cosmo e Ion. Pisando con cuidado nos desplazamos por el tejado hasta la zona de los almacenes. Al llegar a la lucerna, me agacho por la parte interior y puedo ver los dos guardias en la puerta. Me levanto y voy al otro extremo desde donde me descuelgo con cuidado y veo una figura acurrucada en un jergón junto a la puerta.

Me incorporo, les aviso con señas de que es el sitio correcto y antes de que se acerquen a mí me descuelgo por la cornisa hasta la ventana. Escucho maldiciones y protestas, pero no les hago caso, me balanceo y cuando estoy lo más cerca posible del interior de la habitación, me suelto y hago una voltereta para caer sin hacerme daño en los pies. Miro el espacio con la luz que entra del disco de plata, y veo la figura acurrucada en un jergón junto a la puerta. Corro hacia allí y lo zarandeo con cuidado. El quejido me detiene, lo escucho gemir de dolor y vuelvo a zarandearlo.

—¡Padre! —susurro—, ¡padre, háble me!

—¡Eirene, hija! ¡Lo lamento tanto!

Lo escucho llorar y se me encoge el corazón ante ese llanto. Jamás he visto llorar a mi padre. La intrusión de una figura por la ventana me hace ponerme en guardia, pero me tranquilizo al ver que es Ion. Detrás de él, entra Cosmo con un salto elegante.

—¡Padre, vamos a sacarte de este lugar!

Le cojo por los hombros y me abrazo a su cuerpo, noto que ha perdido mucho peso y me asustan los gemidos de dolor que emite. Lo beso en las mejillas cubiertas de una espesa barba y él parece despertar del todo.

—Eirene, ¿estás aquí? —parpadea incrédulo.

—Sí padre, hemos venido a rescatarte —confirmo y lo vuelvo a besar.

—No. No. No. Tienes que marcharte, si ese monstruo se entera de que estás viva… Tienes que salir, vete lejos —me coge de los hombros—, no puedes caer en sus manos.

—No te preocupes padre, no sabe que estoy aquí.

—Me dijo que habías muerto —dice con dulzura mientras acaricia mi rostro—. Tienes que marcharte y si puedes, llévate a tu hermano.

—Padre, ¿qué dices? —pregunto alarmada y me abrazo a su cuerpo debilitado—. ¡He venido por ti!

—No. No. No. Yo ya no soy importante, mis días están contados, pero tu hermano recién nacido y tu madre… Tienes que sacarlos e iros lejos.

Me giro hacia Ion, en la penumbra de la habitación puedo distinguir su expresión de pena. No me acobardo, me siento junto a mi padre en el jergón.

—Padre, madre murió de parto hace cuatro discos de plata grandes y el bebé con ella, era demasiado pequeño para vivir —digo con pena y lo abrazo para consolarlo—. Yo estaba presente, tuvo una gran hemorragia y… —No puedo seguir porque se me escapa un sollozo—. No pude hacer nada por ella ni por mi hermano.

—Pero ese monstruo me trajo un niño —su mirada confundida me observa como si no supiese de lo que hablo—, dijo que era mi hijo y que tu madre se estaba reponiendo del parto —confiesa alarmado, luego nos mira con lágrimas en los ojos—. ¡Me mintió!

Todo este tiempo mi mujer y mi hijo han estado muertos y yo… —Sus hombros empiezan a temblar sin control.

—¡Padre! Ahora no puedes hacer nada por ellos, pero sí podemos salvarte a ti —declaro y me levanto tirando de él, pero no puedo ponerlo en pie.

—No. Yo ya no cuento. —Me coge de las manos—. Márchate, haz tu vida lejos de Cnosos, de Creta, vete lo más lejos posible. No sabe que sigues viva, es tu única oportunidad.

—De eso nada, padre, te vamos a sacar de aquí —insisto y vuelvo a tirar de él.

—Hija, no me queda mucho de vida.

Se levanta la túnica y veo su torso cubierto de moratones en distintos grados de curación, pero lo que más llama mi atención es su movimiento exagerado en el pecho. Me fijo en su cara y veo que tiene mal color, los labios de un tono morado anticipan la muerte. Me doy cuenta de lo que realmente me quiere decir, lo abrazo y lloro sin consuelo. Hasta ahora, el saber que podría estar vivo y el hecho de poder rescatarlo me ha dado una pequeña esperanza para continuar, pero si él también me abandona…

No. No puedo pensar así. Lo necesito a mi lado, él ha sido la razón que me ha traído a Cnosos de nuevo. En mi pecho aparece una presión que apenas me deja respirar.

—Vayámonos, padre, no importa lo mal que estés, te ayudaremos y buscaremos a alguien para curar tus heridas.

—No hija, no, si escapo me perseguirá. Lleva todo este tiempo manteniéndome con vida, me engañó con lo de tu madre y tu hermano para conseguir mi colaboración. Él sabía que yo no me prestaría al engaño que se llevará a cabo mañana, por eso me mintió. —Se queda mirando a Ion y entre ambos surge un diálogo sin palabras que no quiero entender—. No eres igual que tu hermano, por eso sé que la cuidarás, sácala de Cnosos y buscad una vida lejos.

—Así lo haré, Minos. —Ion tira de mi brazo y me incorpora.

—¿Tienes un cuchillo? —pregunta mi padre mirando con ansias a Ion.

—Yo lo tengo Minos. —El entrenador le tiende un pequeño cuchillo.

—Gracias, Cosmo. Ayúdales a llegar a la costa antes de que los descubran, yo me encargaré de que la ceremonia de sucesión de mañana no sea como espera ese traidor.

—Como ordenes, Minos —dice y se inclina antes de volverse hacia nosotros—. Os espero arriba.

Lo veo subir a la balaustrada y saltar hacia la cornisa, sus pies desaparecen de nuestra vista y me vuelvo hacia mi padre que se pone en pie con dificultad. Apenas se puede mantener, pero, aun así, se agarra a la pared y por pura fuerza de voluntad se yergue ante nosotros.

Por un momento puedo ver al Minos autoritario que amo, el padre que me guio durante toda mi vida, un hombre enorme de principios aún más grandes. Este es el ejemplo que toda mi vida ha estado a mi lado.

—Padre por favor, ven con nosotros —suplico entre lágrimas—. Eres lo único que me queda.

—No, hija, lo que te queda es una larga vida con el hombre que elegí para ti, uno capaz de amarte como mereces, pero para ello tenéis que salir de la isla —sentencia como Minos y como padre, me besa en la frente—. Demuestra que eres la hija de Minos y vive. Eres el mejor legado que dejaré en la tierra. —Me abraza y reparte montones de besos por mi cara—. Estoy tan orgulloso de ti —dice antes de apartarse de mí—. Ahora debes obedecer, sal de aquí y no vuelvas.

Se sienta en el jergón con dificultad mientras Ion me agarra, me obliga a subir al borde del balcón y luego me sube a pulso. En ese instante, unas manos tiran de mí desde arriba. Parezco una muñeca de trapo, pero mi mente está perdida en las últimas palabras de mi padre. Sobre el tejado, miro hacia el vacío que queda

a esa altura y tomo aire, aprieto los puños y me vuelvo hacia Ion y Cosmo. Desandamos el camino y nos alejamos del palacio.

En mi mente rememoro las palabras de mi padre una y otra vez, que caen como una losa y apenas me dejan respirar, pero los sigo.

Montamos un pequeño campamento bajo el saliente en el que estuvimos la noche anterior, en silencio y a la luz cálida del fuego, tomo una decisión.

—Mañana iremos al traspaso de poder del Minos —digo autoritaria y los miro esperando objeciones.

—¿Estás segura? —Ion me mira esperando que me retracte—. Habrá mucha gente y puede que alguien nos reconozca.

—Deberíais iros, es lo que el Minos quiere. —Cosmo se pone en pie.

—No me iré hasta que no vea a mi padre darle el relevo a ese… Arrg —se me escapa un grito.

—Estaré contigo. —Ion me abraza, siento su apoyo y lo agradezco—. Nos marcharemos después.

Dormimos los tres junto al fuego con la seguridad de que el disco solar nos traerá un nuevo futuro, una vida lejos. Por la mañana, limpiamos la zona para que no queden restos nuestros y decidimos bajar primero al pueblo, para buscar un barco donde escapar de la isla. Cosmo acuerda encontrarnos más tarde para buscar ropas y confundirnos con la gente que irá a la ceremonia.

En el puerto hay un barco cananeo, Ion se acerca y habla con el capitán para pedirle trabajo como marinero, por lo que supongo que volveré a ser su hermano pequeño. Una vez ultimado el trato, tenemos que embarcar antes de la hora de comer, pues saldremos con las últimas luces del día con destino a *Sidón 52.*

Nos encontramos con Cosmo en uno de los callejones del puerto. Nos tiende dos túnicas de lana áspera que nos ponemos sobre las ropas egipcias y nos cubrimos con la capa, aunque

conservamos las pelucas. Vestidos de esta manera regresamos a Cnosos.

Mezclados entre la gente que acude al palacio para la celebración, miro hacia el suelo e intento pasar desapercibida; lo último que necesitamos es que alguien me reconozca. Atravesamos el camino de las procesiones y por fin entramos al patio interior. A la luz del día, el destrozo que ocasionó la gran ola es más aterrador si cabe. Aunque se están haciendo trabajos de reparación y el edificio no ha perdido su grandeza, puedo ver la pérdida de salas enteras. Las cornisas apenas se sujetan y las columnas se alzan orgullosas, a pesar de los desperfectos que ha sufrido su pintura.

Unas trompetas llaman la atención de los presentes en el patio y nos giramos todos hacia el balcón real. En otros tiempos, mi padre, el Minos, se asomaba al mismo, sonreía y agradecía la presencia de todos los ciudadanos. Hoy no suenan aclamaciones ni risas, la gente mira con temor al balcón donde emerge Aqueo, el infame micénico. Junto a él se encuentra mi padre, vestido con sus ropajes más ricos y la corona del toro. Su sonrisa hierática no anticipa nada, no obstante, parece estar al acecho.

Desde mi lejana posición, puedo ver su demacrada cara. Las sombras bajo sus ojos me dicen que no ha dormido en mucho tiempo y la delgadez que palpé la noche anterior, se hace evidente a la luz del disco solar. A pesar de todo, transmite una grandeza como no he visto antes en nadie. O tal vez sea el orgullo; el caso es que me hace vanagloriarme de ser su hija.

El silencio se hace atronador, mi corazón martillea en el pecho como si quisiera salir. Los brazos del Minos se elevan al cielo y luego se quedan extendidos al mismo nivel que el pecho. Mira hacia nosotros y puedo ver que nos ha reconocido porque sus ojos se abren incrédulos. Aprieta la mandíbula y comienza a hablar con todo el poder que le otorga la corona de Minos.

—Querido pueblo, hoy me presento ante vosotros para hacer la transición del Minos. Como sabéis el micénico llegó como amigo,

pero —mira hacia el lado y puedo escuchar su gruñido—, ahora tengo que entregarle la corona de Minos y no será algo tranquilo.

En ese momento saca el puñal que le dio Cosmo y coge por el cuello a Aqueo; el arma en su yugular no deja dudas sobre sus intenciones. Todo el mundo se paraliza, pero el Minos sigue hablando:

—Resultó ser un traidor, dejó morir a mi esposa y a mi hijo nonato, mi hija desapareció durante el gran movimiento de tierra y me ha mantenido con vida a base de engaños, pero solo para poder recoger mi corona en una transición voluntaria. —Nos mira desde el balcón y nos hace un gesto para que salgamos—. Pero nada de eso es verdad, la corona de Minos me es arrebatada igual que mi vida. Decidid si queréis quedaros junto a un Minos rastrero y traidor, porque yo he decidido entregarme a la benevolencia de la Diosa Madre.

Ion tira de mí hacia el camino de vuelta al puerto, me giro cuando escucho un clamor general.

El cuchillo que sostiene el Minos abandona el cuello del micénico para rasgar la piel de mi padre, la sangre roja sale a borbotones de su cuello y el horrendo espectáculo me deja en *shock*. No puedo apartar la mirada de su cuerpo que cae por el balcón al patio, entre gritos de espanto y el murmullo de rezos.

La fuerza con que Ion tira de mí me trae a la realidad, mientras lágrimas silenciosas corren por mis mejillas en total descontrol. Corremos tan rápido como podemos entre la gente que abandona el recinto. Acortamos el espacio hasta llegar al puerto, y nos perdemos entre los callejones. De casualidad, nos topamos con Cosmo.

—¿Estáis bien? —Su mirada se fija en mí con compasión.

—Sí, ahora nos vamos al barco cananeo, es mejor que estemos dentro por si hay disturbios. Si quieres venir con nosotros seguro que hay trabajo para ti en el barco.

—Ya lo había pensado —dice sin apartar su mirada de mí—. Eirene es como una hija para mí, si ella me quiere a su lado será un

honor ayudarte a protegerla.

—Entonces, subamos. —Ion lo coge desde el codo y se estrechan las manos—. Vamos, hablaré con el capitán, le diré que eres nuestro tío. —Empieza a andar en dirección al barco—. ¡Ah! Eirene es un muchacho —dice sonriendo a Cosmo—, espero que no se te escape su verdadero nombre.

CAPÍTULO 20

Ruta marina

Subimos al barco y después de hablar con el capitán, Cosmo se convierte en otro tripulante más del navío camino a Sidón.

Zarpamos cuando el disco solar empieza a ocultarse en el horizonte, a mí me ponen a trabajar en las jarcias de la botavara, mientras Ion y Cosmo se hacen cargo de los remos. Cruzamos el mar Egeo hasta Asia y desde allí bordeamos la costa en dirección a Chipre para llegar a Sidón, donde desembarcamos y buscamos otra nave que nos aleje de la zona.

De nuevo en el mar, bordeamos la costa desde Sidón hacia Tiro, el Delta del Nilo, Cirene y Leptis donde cambiamos de barco, pues el nuestro se dirige a Sicilia. Volvemos a embarcarnos bordeando la costa, llegamos a Cartago y seguimos la travesía hasta *Malaka 53*, donde decidimos desembarcar.

Es una ciudad con mucho tráfico marítimo, con espectáculos y una vida social bastante agradable, pues reciben a los extranjeros con alegría. Su amabilidad y espontaneidad nos hace sentir bien, y aunque nos gustaría quedarnos aquí, es peligroso, sobre todo porque es una ciudad comercial y sería fácil que nos reconocieran.

Nos enteramos de que están organizando un espectáculo con toros. Cosmo y yo queremos pedir trabajo en la compañía que ofrece el espectáculo, sabemos cómo trabajar con estos animales y necesitamos unirnos a alguna caravana hacia el interior, para

alejarnos del núcleo comercial. Aunque Ion pone reparos a que nos incluyamos en el espectáculo, ponemos en marcha nuestro plan. Necesitamos ganarnos la vida mientras partimos de la ciudad en busca de un futuro.

Buscamos al grupo taurino y hablamos con el jefe del espectáculo, lo cual no es fácil, puesto que, además de la barrera del idioma, tenemos que lidiar con un bruto bastante perturbado que solo quiere beneficios y no cree que podamos saltar el toro.

Después de mucho insistir, conseguimos que nos haga una prueba para que vea nuestro espectáculo. Cosmo me pide que hagamos primero saltos sencillos, él será quien me recoja en el suelo y dejará para sí mismo, algunos de los saltos más complicados. Ion quiere participar, pero nos negamos, él nunca ha hecho el salto, y aunque no pongo en duda su agilidad y valentía, tendrá que entrenar mucho si quiere participar, por lo que lo convertimos en nuestro enlace; él se encargará de gestionar nuestros honorarios.

Estamos fuera del cercado donde un toro negro enorme, pasea con orgullo por todo el perímetro. Cosmo y yo nos miramos, pues el animal es muy grande, nos untamos las manos con tierra y entramos al cercado. Él se ha quedado con el taparrabos, pero yo no me atrevo a dejar ver aún que soy una mujer, por eso engancho una tela al taparrabos por detrás y la paso sobre un hombro, para atarla después en la parte delantera del mismo. Aunque mis pechos son pequeños, en los últimos meses han crecido bastante, por lo que además, los llevo vendados para que no se noten bajo la tela.

El primer salto es sencillo. Me coloco en la parte delantera del toro mientras Cosmo se dirige a la trasera, el animal me ve y empieza a escarbar en la arena. Yo empiezo mi carrera, y al llegar frente al toro y antes de que me embista, lo agarro por la cornamenta. Él levanta la cabeza y con su impulso me ayudo para crear un arco con mi cuerpo, dejo que mis pies se posen en el lomo y me reboto con un salto, acabando con una voltereta en el suelo.

Cosmo me coge del brazo, y tira de mí para alejarme del cuadrúpedo enfurecido, me hace una señal y asiento; le toca hacer su salto.

Yo me aparto hacia la parte trasera mientras veo al entrenador correr hacia la cabeza, se coge de los cuernos y con un gran impulso y la ayuda de enviste del toro, da una voltereta en el aire, apoya los pies en el lomo y sale haciendo una finta lateral para caer sobre los pies. Luego lo cojo de la mano y tiro de él hacia el lateral para saltar la valla, mientras vemos al toro corcovear y bramar con enfado, entretanto nosotros nos reímos.

—Eso ha estado fantástico, pero juro que se me ha parado el corazón cuando te he visto coger los cuernos de semejante animal —dice Ion y me aprieta contra su pecho para besar mi frente.

—¡Extraordinario! ¡Fantástico! —El dueño del espectáculo viene hacia nosotros bamboleando su oronda figura—. Estáis contratados.

—¡Bien! —se me escapa el grito y tapo mi boca.

—De acuerdo, mañana estaremos en su espectáculo —Ion estrecha su mano—, y recorreremos estas tierras con ustedes.

Nos alejamos emocionados porque ya tenemos caravana con la que adentrarnos en esta tierra y, sobre todo, porque con el salto del toro recuperamos un poco de la nuestra. No hay sitio para la nostalgia, ya no, en Cnosos no nos queda nada y para bien o para mal, estamos aquí para hacer una vida nueva.

Las cosas no salen como queremos, pues Melkart, el empresario, ante el éxito que tiene nuestro número ha decidido quedarse más tiempo en Malaka. Ion se pone furioso cuando descubre que estaremos dos discos de plata más en esta ciudad portuaria, y por más que amenaza a Melkart, el orondo empresario no desistirá de sacar una buena recaudación con su nuevo espectáculo.

Lo peor de todo, y creo que es lo que más enfurece a Ion, es que desde que escapamos de Creta no hemos tenido acercamiento ninguno, y es que había que mantener el engaño de que éramos

hermanos, por lo que hemos estado distantes. He de reconocer que tampoco me gusta mucho esta separación, pero hay que mantener la mentira hasta que lleguemos a un lugar seguro.

El espectáculo es todo un éxito, tanto es así que Melkart ha decidido pasar el invierno en Malaka. Ion y Cosmo deciden buscar otra caravana para adentrarnos en esa tierra, visto que la compañía se quedará en la ciudad. Nosotros, no queremos tentar a la suerte estando por una temporada tan larga en un sitio costero de tanto tránsito marítimo. De momento hemos escapado, pero Ion no quiere arriesgarse, es por ello por lo que indagamos en el mercado la llegada y salida de caravanas. Casi hemos perdido la esperanza de encontrar transporte, cuando conocemos a Emanu.

Es un campesino de tierra adentro, que ha llegado para vender las cosechas de su poblado y conseguir productos que no son accesibles allí. Su grupo no es muy numeroso, pero nos aceptarán a cambio de que ayudemos a proteger la caravana, y puesto que el poblado está a poco más de un disco de plata de distancia nos viene bien para escondernos.

Recogemos nuestras cosas y nos unimos a la caravana que sale esa misma tarde en dirección a su poblado, y para mi sorpresa, Ion me presenta por mi nombre diciendo que soy su esposa. Me abraza y besa como hace tiempo que no lo hacía, me pongo tan colorada que creo que tengo fiebre.

—Ion, ¿es seguro? —le pregunto en voz baja.

—Espero que lo sea, no estoy dispuesto a seguir alejado de ti, princesa. —Vuelve a besarme y se me escapa una risilla tonta.

—Vamos, chicos, o perderemos el rastro. —Cosmo nos sonríe y se aleja unos pasos de nosotros.

Caminamos a paso rápido hasta que la luz es tan escasa que no vemos con claridad, así que montamos el campamento alrededor de una gran fogata, con los animales a un lado y las carretas en círculo. Ion sale a cazar algo mientras preparamos el sitio y Cosmo ayuda a aliviar a los animales. Uno de los campesinos, llamado Soro, se acerca a mí e intenta hablar conmigo, pero yo apenas entiendo su

idioma, por lo que le sonrío con amabilidad y continúo con mis tareas. El hombre pone un caldero sobre el fuego y le añaden agua y verduras. La llegada de Ion con cuatro conejos provoca la exclamación de todos. Entre risas, limpiamos y despellejamos los animales y tras partirlos en trozos los echamos al caldero.

Mientras se hace el puchero varios campesinos se acercan a por agua al río. Ion y yo les seguimos, pero nos separamos para alejarnos hacia un recodo y cuando vemos que tenemos intimidad, me coge en brazos y me tumba sin cuidado en el suelo. Sus besos me dicen lo desesperado que está, aunque he de reconocer que yo estoy igual. Sus manos se deslizan por todo mi cuerpo despertando mi pasión, yo me uno a sus caricias y repaso sus músculos con mis manos, la memoria táctil me dice que ha engrosado musculatura y afinado el torso. Mi corazón se acelera cuando su mano se desliza en mi taparrabos y lo desata en busca de mi centro de deseo. Se me escapa un gemido, pero él me besa para intentar absorber todos los ruidos que emito.

—Lo siento, Eirene, pero no puedo esperar más.

Su voz ronca y susurrante hace que un deseo líquido corra entre mis piernas, y cuando nos unimos ya no pienso en nada más, solo quiero disfrutar del placer que sus embestidas provocan en mí. Necesito tenerlo más cerca, por eso le aprieto entre mis brazos y con mis piernas en sus caderas, le empujo por el trasero para que entre más aún. Gemimos los dos y nos besamos absorbiendo los ruidos en la quietud de la noche, hasta que siento que mi interior se expande para acogerlo. Una oleada de placer recorre mi cuerpo desde los dedos de los pies hasta la cabeza, los temblores que ocasiona me hacen perder el control de mi cuerpo y grito en su boca. El éxtasis es tan grande que me lleva a un mundo de paz.

En la niebla que ha ocasionado mi placer lo siento ponerse rígido y gemir en mi boca, mientras su semilla me inunda con una calidez que hacía tiempo que no sentía.

—Lo siento, princesa —dice en susurros y me besa despacio en la boca—, no podía esperar más.

—No lo sientas, amor, yo tampoco he podido controlarme. —Jugueteo con un mechón de su pelo—. Ha sido demasiado tiempo.

—No me lo recuerdes —se queja y se le escapa un exagerado suspiro—. Gracias a los dioses, ahora podemos ser nosotros.

—Entonces tendré que bañarme para parecer una mujer y no un mozalbete.

Me levanto y corro hacia la orilla del río. Al entrar, el agua helada me hace exclamar, pero es mayor mi necesidad de lavarme que el frío que sufro. Froto mi piel con hierbas de la orilla, cuando las manos de Ion me atraen hacia su cuerpo y aprovecha para besar mi nuca, siento en mi trasero su erección de nuevo y me rio nerviosa. Su boca deja miles de besos en mis hombros y brazos, me da la vuelta y se cierne sobre un pecho, chupa y lame provocando oleadas de intenso placer en mi vientre. Me quejo cuando lo deja, pero es solo para darle el mismo tratamiento al otro. Me sube para que me agarre a sus caderas con mis piernas y comienza un baile largamente esperado. Sus labios me besan y desatan la locura de la pasión mientras chupan y mordisquean mi boca, primero el labio superior y luego el inferior. Mientras escuchamos el agua chapotear a nuestro alrededor, nuestra respiración agitada nos lleva a ese mundo de placer que solo él sabe darme, que solo yo sé ofrecerle. Estalla en mi interior y me provoca estremecimientos mientras desaparece todo a mi alrededor. Pone su frente sobre la mía y abre los ojos para lanzarme esa sonrisa ladeada de perdonavidas. Me da un beso en la punta de la nariz y me deja en el agua. Siento que me falta algo cuando sale de mí y casi protesto, pero me contengo a tiempo.

—Princesa, esto no ha hecho más que empezar —dice con voz ronca y me da un pequeño beso—, pero es mejor tomarlo con calma o nos quedaremos sin cenar. —Me da un azote en el culo y se zambulle en las aguas oscuras.

—Tendré que hacerte caso si quiero comer. —Le saco la lengua y continúo con mis abluciones.

Al salir, nos secamos un poco antes de vestirnos, pero cuando voy a ponerme el taparrabos él me lo quita y me hace un gesto negativo con la cabeza.

—Ahora eres una mujer y como tal debes ir —dice mientras señala la prenda—. Esto está de más.

—¿Y tú por qué lo llevas?

—Porque tengo que proteger mi miembro —aclara solemne y yo me rio a carcajadas.

—Y yo el mío. —Intento coger la tela, pero la aparta de mí.

Me coge de la cintura y me da la vuelta en sus brazos, el aire que sale de su boca, provoca escalofríos en mi nuca y se me pone todo el vello de punta.

—Así tendré acceso directo —me informa y me da un beso en la nuca antes de apartarse de mí, sonriente.

Lo sigo corriendo y lo alcanzo justo cuando entra a la luz de la hoguera del campamento. Todos nos miran con caras sonrientes, sabedores de lo que hemos estado haciendo y sin poder remediarlo, me pongo colorada. Cosmo nos tiende unas cucharas de madera y nos indica el puchero para que comamos. Yo meto la cuchara y me llevo un trozo de carne a la boca, el sabor estalla en mi interior, y vuelvo a coger otra cucharada. Ion me imita, y entre todos damos buena cuenta del guiso.

Tendemos alrededor de la gran fogata nuestras capas para acostarnos. Ion se coloca detrás de mí, me abraza y nos cubre con la otra capa. Me quedo dormida de inmediato.

Escucho ruidos alrededor y me noto sola en nuestra cama improvisada, me incorporo y a pesar de que todavía es de noche, veo a los hombres recogiendo los restos del campamento. Ion y Cosmo los ayudan, me levanto y me estiro con pereza, sacudo las capas y me pongo la mía, llevo la de Ion en el brazo y me acerco a él para dársela.

—¿Has dormido bien? —pregunta y me da un beso en los labios, demasiado corto para mi gusto.

—¡Ajá! Me he despertado porque tú no estabas.

Ajusto la capa con la cuerda y me doy la vuelta para recorrer el campamento y ver si se han dejado algo por hacer, pero ya tienen preparadas las carretas, los animales rebuznan y escarban el suelo hasta que el primero de la caravana, da la orden de partir.

La marcha, aunque lenta no cesa. Nosotros caminamos detrás de las carretas, aunque de vez en cuando me invitan a sentarme en una, solo acepto cuando estoy muy cansada y porque Ion me anima a ello. Paramos con el disco solar muy alto en el cielo, para dar de beber a los animales y comer nosotros. Uno de los campesinos saca un trozo de pan y queso y lo reparte entre todos. Me tienden un odre de vino, pero lo rechazo, en cambio cojo el pellejo de agua que lleva Cosmo a su espalda y bebo con avidez.

El trayecto lo pasamos caminando rápido y solo paramos otra vez, cuando el disco solar ya apenas calienta. Hacen lo mismo, nos pasan pan y queso, además de vino. Yo no tomo y vuelvo a coger el agua de Cosmo.

Nos detenemos a pasar la noche a un lado del camino, cada uno de los hombres tiene claras cuáles son sus tareas, y como a mí no me piden nada, me dedico a pasear por el campamento. El caldero con agua y verduras vuelve a estar sobre el fuego a la espera de lo que traiga Ion de su incursión de caza. Esta vez vuelve con un ave y dos conejos. Nos afanamos en limpiar la carne de piel y plumas y uno de los carreteros la trocea y la echa al caldero.

Mientras se hace el puchero los hombres se sientan en torno a la fogata y charlan entre risas y bromas, yo apenas me entero de lo que dicen, su idioma todavía me resulta extraño y me confundo de palabras, por ello apenas hablo, solo escucho e intento aprender. Ion por el contrario se entiende muy bien con ellos, tal vez porque mientras estuvimos en Malaka, no tuvo más remedio que hablar con todos los comerciantes y viajeros para buscarnos transporte.

Cosmo se une a las bromas con sus palabras a medias, pero parece que no les importa, le entienden igualmente. Ion me pasa el brazo por los hombros y me acurruco en sus brazos, me relajo tanto que me quedo dormida.

Al abrir los ojos lo primero que veo es a Ion sonriente sobre mí, aunque lo que realmente me importa es el aroma que sale del puchero y que me hace salivar. Reparten cucharas para todos y comemos con ansias, Ion me deja coger dos veces antes de meter su cuchara. Eso no escapa a la atención del resto que sonríen socarrones y le gastan bromas que yo no entiendo.

Nos tumbamos sobre mi capa como la noche anterior y me quedo dormida de inmediato entre los brazos de Ion. Tengo un sueño erótico que me hace gemir, pero no sale ningún sonido de mi boca, pues la mano de Ion me la tapa mientras su cuerpo se acopla al mío con movimientos suaves y pausados. Su otra mano acaricia mis pechos, mientras su ritmo bombea en mi interior y despierta sensaciones tan placenteras, que apenas puedo contenerme. Su mano baja hasta mi sexo y estalla el placer con miles de luces de colores más luminosas que un amanecer, no puedo emitir ningún sonido pues su mano no abandona mi boca. Él, continúa con su suavidad. Lo noto agrandarse en mi interior y temblores placenteros me recorren sin parar, su rigidez en mi espalda y su simiente derramada en mi interior, me anuncian que su propio placer ha estallado. Me acurruco entre sus brazos y vuelvo a dormirme, esta vez con una gran sonrisa en la cara.

Despierto otra vez sola y con el ruido del campamento a mi alrededor. Me incorporo con rapidez y recojo nuestras cosas, me acerco a Ion para darle su capa y me da los buenos días con un beso más largo de lo normal. Sé que está recordando lo ocurrido anoche, por lo que le sonrío y acepto todo lo que me quiera dar, no le voy a hacer ascos a nada.

El trayecto transcurre como el anterior, andamos a marcha rápida y de vez en cuando me suben en alguna carreta, hasta que el disco solar está bien alto y paramos para dejar descansar a los

animales. Les damos agua y aprovechamos para comer; esta vez sacan fruta de una carreta. Ion coge dos manzanas y me ofrece una, mientras muerde la otra.

Al terminar, iniciamos la marcha de nuevo. La monotonía del camino hace que me fije en el paisaje. Suaves montañas nos rodean, pero mientras avanzamos veo que la suavidad de sus cumbres se vuelve más abrupta, y en sus picos comienzo a ver un manto blanco cubriéndolas. Algunas veces los árboles no me dejan ver el paisaje, pero en cuanto salimos de su espesura, la cadena montañosa nos acompaña y guía. Esta tierra tan diferente y fría nos ha acogido y admiro la belleza que nos acompaña durante el camino.

CAPÍTULO 21

Paso de Montaña

El camino se hace más pesado, ya que ha bajado la temperatura y el frío se me ha metido muy dentro del cuerpo, ya no me extraña ver en las montañas a las que nos dirigimos una capa blanca. Los compañeros de viaje me dicen que es nieve. Nunca había visto algo así, su resplandor me ciega y dejo de mirarla directamente. Hace demasiado frío para atravesarlas, por eso nos desviamos un poco y pasamos por abajo, aunque por aquí también hace frío. Los hombres me ven frotarme los brazos y soplar en las manos, Ion me abraza e intenta compartir su calor, pero de esa manera apenas podemos andar. Cuando paramos para comer por la tarde y dar descanso a los animales, tengo los labios insensibles y hace tiempo que no siento los pies ni las manos.

Ion se alarma al verme así y me regaña por no pedir ayuda, Cosmo se acerca a nosotros para ver lo que ocurre y lanza una maldición. En un momento me veo rodeada por todos los hombres de la caravana. Uno de ellos, me tiende una piel para que me la ponga sobre los hombros; otro, saca un calzado hecho con pieles de conejo, pero que cubre completamente los pies. Cosmo saca de su bolsa dos de las pieles de los conejos que hemos comido, envuelve cada una de mis manos con una piel dejando a la vista solo una pequeña parte de los dedos. Estoy entrando en calor con rapidez con tantas pieles y las manos de Ion que no paran de frotar mi cuerpo. El alivio me hace suspirar de forma placentera.

—¿Mejor? —Ion sigue frotando mis brazos.

—Ajá —contesto y me vuelvo en sus brazos—. Gracias.

—La próxima vez avísame antes de morir congelada —dice con enfado.

—Lo siento —agacho la cabeza—, no quería entorpecer la marcha.

—No te preocupes, de todas formas, dice Emanu que íbamos a parar ya, para no pasar la noche cerca de las montañas donde el frío es mayor.

Me acurruco en sus brazos y me quedo dormida ante la calidez que recibe mi cuerpo. Despierto cuando el disco solar está bajando, pues Ion me ha dejado cubierta con pieles junto al fuego. Me incorporo y veo que solo está uno de los campesinos, le sonrío con simpatía y me levanto arrebujada entre las pieles. Me alejo un poco del campamento para hacer mis necesidades y al volver al camino me topo con uno de los campesinos. Al principio me asusto, pero al reconocerlo le sonrío y voy a rodearlo cuando el hombre me coge de la cintura. No me da tiempo ni a gritar, su sucia mano se posa en mi boca con tanta fuerza que me hace daño. Me deja en el suelo y me apoya contra un árbol, me sujeta con su cuerpo mientras con la otra mano rebusca entre su ropa y, por último, me levanta y me penetra con fuerza. Grito y pataleo, pero apenas emito ruidos, el dolor de su invasión es tanto que pierdo el sentido.

Gotas de agua helada en mi cara me hacen abrir los ojos, y grito con fuerza mientras me alejo de quien intenta sujetarme, las luces rojas del fuego iluminan el semblante serio y amenazador de Ion. En cuanto lo veo, me lanzo a su cuello y lloro. El dolor en mi sexo es casi insoportable, pero lo peor es la ansiedad que tengo por limpiarme.

Me levanto con rapidez y miro alrededor, no recuerdo haber venido al campamento. Las lágrimas bañan mi rostro, pero me vuelvo hacia Ion y trago saliva.

—¿Dónde hay agua? —pregunto con ansiedad mientras ojeo nuestro entorno—. ¡Necesito lavarme!

—Ven conmigo. —Me coge en brazos, pero me remuevo en ellos y me bajo.

Emprende el camino y lo sigo de cerca, pero sin tocarlo. De vez en cuando, gira la cabeza hacia mí y me sonríe para tranquilizarme. No obstante, estoy muy lejos de eso, solo quiero limpiarme y aliviar el dolor entre mis piernas. Llegamos junto a un pequeño riachuelo, no es tan hondo para sumergirme, pero me quito la ropa y me meto en el agua sollozando. Me froto por todos lados, y especialmente entre las piernas, el dolor es casi insoportable, pero necesito lavarme.

No sé cuánto tiempo estoy llorando y limpiando mi cuerpo, solo cuando Ion me sujeta la mano estallo en gritos atronadores. Me abraza, pero lucho contra su agarre. No escucho nada, solo quiero escapar, pero no lo consigo. Vuelvo a desvanecerme, porque cuando abro los ojos estoy de nuevo en el campamento y completamente vestida. Ion me sujeta entre sus brazos y me da besos en la frente mientras murmura en mi oído. Al principio no escucho nada, los nervios solo me permiten estar alerta. Cuando por fin me relajo, las palabras de Ion penetran en la nube roja que embota mis sentidos.

—Tranquila, cariño, ya pasó. —Me da más besos—. No te volverá a tocar.

—¿Qué?, ¿qué…? ¿Qué ha pasado? —Trago saliva.

—Llegué justo cuando te desmayaste en brazos de ese perro —dice con rabia, aunque su ternura se traslada a sus labios cuando me besa en la frente—. Lo aparté de ti.

—No pude hacer nada. —Lloro en sus brazos—. Tengo que lavarme —digo intentando levantarme.

—No, tranquila, ya te has lavado —informa como si yo lo hubiera olvidado y me sujeta con fuerza.

—No. No. No, todavía lo huelo en mi piel, necesito quitar este olor. —Una arcada me hace volverme a un lado y vomitar.

—Tranquila, ya no hueles a él —confirma mientras me olfatea con una mirada risueña y simpática—. Solo hueles a ti.

Me callo, pero el olor del hombre lo tengo metido en la nariz, apesto a él y si me paro a pensar en ese aroma me entran náuseas. Vuelvo a vomitar, pero esta vez no me queda nada en el cuerpo, las arcadas secas me vuelven el estómago del revés y me dejan exhausta.

Al abrir los ojos, me muevo con cuidado. Ion viene enseguida a mi lado, extiende su mano para acariciarme la cara, pero no sé por qué me aparto. Cuando me doy cuenta de lo que he hecho lo miro con los ojos vidriosos de lágrimas contenidas. Me levanto con rapidez y corro en busca del riachuelo donde me lavé antes. Lo encuentro por el sonido del agua, me quito toda la ropa y me meto en el agua helada. Cojo hierbas de la orilla y froto la piel con ellas, luego me centro entre las piernas y froto con fuerza a pesar del dolor que siento. Lloro mientras sigo frotando hasta que caigo de rodillas cuando ya no puedo soportar más el dolor.

No sé lo que me pasa, solo siento la necesidad de frotar mi cuerpo y llorar. Todavía puedo oler el aroma putrefacto del agresor en mi piel, por lo que cojo fango del fondo y vuelvo a frotar mi piel con tanta fuerza como puedo. Paro cuando Ion me sujeta las manos, al mirar los brazos los veo ensangrentados y me horrorizo de lo que me he hecho. Me dan arcadas, así que corro hacia la orilla para vomitar, pero no tengo nada en el estómago.

Una capa me cubre del todo y siento cómo me da pequeños toques en la espalda para secarme. Me incorporo y me visto con rapidez. Ion me pasa unas calzas de piel para cubrir las piernas, me ayuda a ponérmelas y luego me pone las botas.

Lo miro sin decir nada, no puedo. Me pone las pieles en las manos y las ata, luego me echa una capa sobre los hombros para acabar de abrigarme.

—¿Estás bien? ¿Tienes frío? —pregunta con ansiedad.

—Sí. —Lo miro cabizbaja—. Gracias.

—No te preocupes por nada —dice mirándome—. ¿Puedo abrazarte?

—Mejor no —contesto con sequedad y me aparto con asco—. No sé lo que me pasa.

—Tranquila, todavía estás en *shock* por la agresión.

Empieza a caminar de vuelta al campamento y yo le sigo. Al llegar está todo recogido, Cosmo me mira con pena y me tiende un pequeño recipiente.

—Anoche no comiste nada. Te guardé un poco de guiso, es mejor que te lo comas caliente.

—No puedo.

—Haz un esfuerzo, saldremos en cuanto comas.

Ion coge mi cuchara y la mete en el guiso, cuando la acerca a mi boca no me queda más remedio que comer. El sabroso sabor me abre el apetito y el calorcito que transmite a mi estómago, me cae tan bien que como con rapidez.

Me sube a uno de los carros y luego se monta a mi lado, seguimos a los otros carros y entonces me doy cuenta de que el carro es el del campesino que me atacó. Miro a Ion y no necesito preguntar, me dice: «Está muerto». Asiento con la cabeza y miro al frente, no quiero saber nada más, no necesito que me diga quién lo mató. No me importa nada de lo que pueda haberle ocurrido a esa bestia.

Los primeros pasos los hacemos en silencio, pero llega un momento en que no puede quedarse callado y explota.

—¡Si no estuviese muerto lo volvería a matar por lo que te hizo! —dice con la voz convertida en casi un gruñido en voz baja.

—No pude hacer nada —sollozo—, me sujetó con tanta fuerza… —Escondo la cara entre las manos—. Por la Diosa, qué asco, huelo fatal. Necesito lavarme —lo digo en voz baja, pero Ion me escucha perfectamente.

—No hueles mal, tu olor es el de siempre —me regaña.

—No, no, no. Ese olor… ¿No lo hueles? —pregunto mientras me froto los brazos—. Necesito lavarme.

—No podemos parar —dice y me coge una mano, la cual aparto con rapidez—. Cuando lo hagamos, te acercaré agua para que te laves dentro del carro.

Al decirme eso, miro al interior de la carreta y veo que lleva varios barriles y cuatro sacos.

—Túmbate sobre los sacos y descansa, te despierto en cuanto nos detengamos. —Sonríe tranquilizador.

—Está bien —acepto y paso a la parte trasera de la carreta, donde me tumbo sobre los sacos, arrebujada en mi capa. Me quedo dormida casi de inmediato con el suave contoneo de la carreta.

La dulce caricia de una mano en mis mejillas me hace abrir los ojos, al principio no reconozco nada y se me escapa un grito, centro la vista y veo a Ion con el ceño fruncido y la mano a medio camino de mi cara. La sombra de dolor que cruza su mirada me hace estremecer y mis ojos se llenan de lágrimas. Las contengo a fuerza de voluntad y me levanto sin tocarlo.

—Hemos parado para comer algo y dejar descansar los animales. Siéntate allí —señala una roca junto a un pequeño fuego —, ahora te llevo algo de comer.

—No te molestes, no tengo hambre —digo en voz baja, mientras hago lo que me ha pedido.

Me envuelvo en la capa para protegerme del frío y extiendo las manos envueltas en piel para calentarlas ante las amas. Mi mente no deja de recordar una y otra vez lo que ocurrió; pienso formas de haber escapado, incluso me maldigo por haber ido a esa zona del bosque para hacer mis necesidades.

Siento una presencia junto a mí y veo que es Cosmo, me tranquilizo y le sonrío sin ganas.

—¿Cómo estás, princesa?

—Bien, solo necesito tiempo para… —digo en voz baja y lo miro dudosa—. Necesito tiempo.

—Tranquila, princesa, a partir de ahora no te dejaremos sola nunca.

—No debería haber ido al bosque —lloriqueo sin poder contenerme—. No debería haberme alejado.

—No es culpa tuya. No es la primera vez que ese hombre atacaba a una mujer, Emanu nos lo dijo anoche, pero hasta ahora nadie había podido con él. Todos están agradecidos por apartar a esa basura de sus vidas.

—Pero yo tal vez podría haber…

—No lo pienses, nada de lo que caviles tiene sentido, ya pasó y, por suerte, Ion te lo quitó antes de… No insistas más en ello.

Se levanta y ocupa su sitio Ion, trae un poco de pan y queso que me ofrece, pero lo rechazo. Me coge la mano e intento apartarla, pero la sujeta con fuerza y me pone la comida en ella. Su mirada no admite réplica, lo muerdo y mastico de forma exagerada mientras me sonríe descarado y me ofrece el pellejo del agua.

—¿Mejor?

—Sí.

—Ahora, ¿quieres que hablemos?

—¿De qué? —pregunto mientras miro el fuego con demasiado interés.

—De lo que quieras; de lo que puedas.

—No sé lo que me pasa, cada vez que cierro los ojos o cada vez que me vas a tocar, siento sus manos, su aliento pútrido, su olor —digo angustiada sin poder mirarlo a la cara—. Todavía siento su olor en mi piel. —Me abrazo a mí misma y lloro—. No debería haber ido al bosque, no debería haberme alejado tanto —repito una y otra vez llorando con más fuerza—. Es culpa mía y entiendo que te dé asco acercarte a mí.

—Chist, ya está, cariño —exclama con voz calmada y me abraza, a pesar de que me remuevo entre sus brazos—. No tienes la culpa de nada. Deja que pase el tiempo, luego esto solo será un mal sueño. En cuanto al olor, te puedo asegurar que no hueles a él ni mucho menos —explica con esa sonrisa de perdonavidas—. Tu olor me hace querer comerte, saborearte.

Lo miro horrorizada e intento apartarme de él, pero me sujeta con fuerza. Por un momento me retuerzo entre sus brazos, hasta que veo la inutilidad y me quedo quieta. La presión que siento en el pecho amenaza con cortarme el aire. Abro la boca como si con ese simple gesto lograse respirar mejor. Pero es inútil, estoy atrapada.

—¿Acaso crees que te puedes escapar tan fácilmente? —dice con voz tenebrosa y me remuevo en sus brazos—. ¿Que puedes impedirme besar tu boca? —Se acerca tanto a mí que me cuesta respirar—. ¿O que puedes impedir que te tome?

Se me escapa un sollozo y me suelto, le golpeo con los puños, le empujo y pateo, pero apenas consigo moverme del sitio. Lloro un buen rato hasta que su voz dulce y paciente penetra en mi cabeza.

—Por mucho que lo hubieses intentado no podías hacer nada, él era más fuerte que tú. Te cogió por sorpresa y aprovechó su superioridad para someterte, pero ya está, lo aparté de ti antes de que terminase. Está muerto, no podrá volver a tocarte. Ahora tienes que recuperarte, vuelve a ser tú para demostrar que eres fuerte, que eres una guerrera; la saltadora más valiente de Cnosos.

—Ion, te quiero —digo sintiendo que algo se libera en mi interior. Lo abrazo y lloro en sus brazos—. Siento haberte rechazado.

—No lo has hecho, solo te estabas enfrentando a algo tan desagradable que no te dejaba ver lo que hacías. —Me besa en la frente—. Ahora vamos a recoger para ponernos en marcha con los demás.

Apagamos el pequeño fuego y recogemos el improvisado campamento para volver a subir a la carreta. Esta vez es Cosmo quien conduce, yo me tumbo sobre los sacos y vuelvo a quedarme dormida con el traqueteo del camino.

Me despierto cuando dejo de sentir el movimiento, me incorporo en busca de Ion y Cosmo y me tranquilizo al verlos junto a mí, discutiendo en voz baja. Salto fuera y se giran hacia mí con una sonrisa que yo les devuelvo.

—Voy a salir a cazar algo para la cena, te quedas con Cosmo para preparar el puchero —anuncia y me abraza mientras me besa

en la frente—. Vuelvo enseguida, me susurra.

En cuanto se marcha me pongo a recorrer la zona en busca de leña, el resto de los hombres sueltan a los animales y los dejan pastar y beber, mientras los sujetan con cuerdas a uno de los árboles. Cosmo hace lo mismo con nuestra mula mientras preparo piedras para contener el fuego. Varios hombres traen más leña y me ayudan a encenderlo, coloco el puchero con agua y le añado unas zanahorias y nabos picados; uno de los hombres añade unas hierbas y le miro interrogante.

—Es romero, una planta aromática, le dará buen sabor al guiso —dice sonriente y se marcha hacia su carreta.

—¿Estás mejor? —Emanu, el jefe de la caravana se acerca de forma sigilosa.

—Sí, gracias —contesto mirando a mi alrededor en busca de Cosmo y me aparto con disimulo de su lado.

—Lamento lo que te hizo Karle. No debería haberle dejado venir a este viaje, pero temía lo que podría hacer solo en el poblado con mujeres y niños —se excusa y me mira con pena—. Lo lamento de veras.

—Ya pasó, y no volverá a molestarme —respondo encogiéndome de hombros y sonrío con timidez—. Ahora solo me queda superarlo, y ten por seguro de que lo haré.

—¿Ocurre algo? —dice Cosmo con brusquedad junto a mí.

—No, Emanu solo se disculpa por haber traído a Karle en este viaje —me giro hacia el entrenador—, pero en el poblado se habría quedado solo con mujeres y niños.

—Mierda —lo mira enojado—, pues menos mal que no lo dejaste allí. Pero deberías haberlo vigilado, o al menos advertirnos de cómo era.

—Tal vez —nos mira con gesto hosco—, pero nadie podía imaginar que actuaría de esa manera, y menos teniendo la mujer un compañero y guardián.

—Aceptamos tus disculpas, y si hay algo más que deberíamos saber, es el momento de que nos lo digas.

—Nuestro poblado está lleno de buena gente, solo porque uno de nosotros se haya convertido en un animal, no significa que el resto seamos iguales —declara y nos mira a los ojos al mismo tiempo que asiente con la cabeza—. Os voy a contar cómo se construyó nuestro poblado. No fue fácil y cuando escuchéis la historia podréis decidir vuestro camino.

Emanu se sienta a nuestro lado y comienza a narrarnos la historia de cómo se formó su poblado, sus ojos se pierden en el pasado y puedo sentir la emoción que lo embarga.

—Hace mucho tiempo, en tierras lejanas, había una gran cueva donde el hombre se refugiaba de las inclemencias del tiempo. Vivían en el norte todos juntos, sin rechazar a los de otra raza:

Atapuerca 4000 a. C

«El muchacho miró a su madre, inclinada sobre el fuego, el enorme vientre la hacía estar inestable en esa posición, pero Sonja, insistía en remover el caldo dentro del caldero de cobre. El rico aroma de las hierbas le llegó hasta las fosas nasales haciéndole salivar. Se acercó a ella a grandes pasos y con cuidado, la hizo levantarse.

—Madre, no deberías agotarte en esa postura —dijo, cuando se acercó a ella le dio un beso—, siéntate y descansa mientras yo termino el guiso.

—No es el primer hijo que tendré —se quejó la mujer, pero, aun así, se sentó en una piedra cercana.

—He metido en el ahumadero varios peces —Emanu le sonrió —, pero tú no te preocupes, en cuanto estén listos los prepararé.

—¿Y para qué los vas a preparar?

—Quiero pedir la unión con Ilena, la hija de Zarras.

—Has apuntado muy alto y la chica es muy joven.

—Lo sé, madre, pero temo que su padre acuerde su unión con otro. —Bajó la cabeza para ver flotar en el caldo los trozos de carne y las hierbas aromáticas.

—No quiero desanimarte, pero se habla de que la muchacha tendrá un valor muy alto, teniendo en cuenta lo fértil que es su madre y su padre, además de lo trabajadora que es —dijo la mujer y negó con la cabeza—. No te hagas ilusiones.

—No puedo rendirme, madre, ella es todo cuanto quiero como compañera. —Emanu suspiró—. No se lo he preguntado a Ilena porque quiero que su padre esté de acuerdo con nuestra unión, pero la he visto observarme y siempre que nos cruzamos me dedica una sonrisa tan dulce que se me calienta el corazón.

—Hijo, es una muchacha muy dulce, pero no quiero que sufras, recuerda que solo llevamos aquí dos inviernos y después de lo que pasó hace dos discos de plata, no estamos en las mejores condiciones para pedir favores.

El joven asintió pensativo, mientras no dejaba de mover el contenido del caldero en el fuego. Es cierto que solo llevaban dos inviernos en la tribu. Llegaron desde las tierras altas en busca de refugio, solo ellos consiguieron sobrevivir al paso entre las montañas. Cuando se unieron a la tribu de la gran cueva fueron bien recibidos. El chico con dieciséis veranos era útil en las cacerías, y su madre era todavía muy hermosa a pesar de la delgadez en que la había dejado el largo viaje. Dar, uno de los hombres más fuertes del poblado se fijó en ella y la hizo su compañera. A él, lo tomó bajo su mando y le enseñó todo lo que sabía de caza. Cuando Sonja demostró su fertilidad todo el poblado felicitó a Dar, entonces les dieron un lugar prominente en la tribu, además empezaron a aceptar los artilugios del chico. Todo les iba tan bien, que Emanu se permitió soñar con la unión con la chica más bonita y dulce del poblado.

A partir de ese momento el muchacho fue trazando sus planes para solicitar el emparejamiento con ella. Había ideado un cobijo para ahumar carne y pescado, todo el poblado elogió su invento y tenían grandes expectativas. También preparó una piedra para moler

cereales y varios altos miembros de la tribu le pidieron una. Su fama dentro del poblado creció hasta que un accidente acabó con la vida de Dar.

La gran madre acusó a Emanu por no proteger a Dar. Sus acusaciones llegaron a todos los rincones de la gran cueva y en un disco de plata perdió todo lo conseguido. Los hombres se apartaban de él para evitar enfadar a la gran madre, y las mujeres siguieron los augurios de la mujer que dirigía la tribu. Solo Moses, el chamán, hizo caso omiso del ostracismo al que los sometieron.

La mujer lloraba por las noches la pérdida de su nuevo compañero, pero durante el día era la madre fuerte y decidida, que un día cruzó las heladas montañas en busca de un sitio más bondadoso donde vivir con su único hijo superviviente.

El muchacho soñaba despierto con una oportunidad para pedir la compañera deseada, y por eso se afanaba en demostrar su valía, no solo en la caza, durante la noche pensaba en objetos que harían más fácil la vida de los pobladores de la cueva. Cuando el disco solar iluminaba el cielo, Emanu terminaba sus obligaciones con rapidez para poner en práctica sus inventos. Muchos de ellos fueron un fracaso, pero había tenido bastante éxito con otros. Su más reciente creación fue una empalizada donde guardar animales.

Emanu, pensó que ciertos animales les vendría muy bien tenerlos a mano y no tener que buscarlos por el campo. Lo primero que quería cuidar eran las cabras, pensó que su leche podría servir para dar de comer a los niños y evitar que muriesen por falta de comida, sobre todo cuando la madre no tenía para alimentarlos.

La empalizada estaba a un costado de la gran cueva, había clavado troncos finos de árboles en tres lados, dejando la pared de la cueva como fondo, luego unió varios palos con tiras de piel que anudó a uno de los troncos, haciendo bascular el grupo de estos. El resultado fue una abertura que permitía abrir o cerrar el acceso al interior.

Terminada la cuadra para cabras, decidió hacer una más pequeña para aves, de esta forma no tendrían que buscar sus nidos

para conseguir huevos. Y lo consiguió, tenían una provisión de huevos constantemente. Sin embargo, la tribu no los quería en el poblado, los trataban mal y solo se acercaban a ellos para aprovecharse de su buena voluntad.

El muchacho tenía un plan para la gran cacería antes del frío, y tras ese logro pensaba que Zarras le permitiría tomar a Ilena como pareja. Esa era su ilusión y su gran motivación. Tumbado bajo las luces de la noche, Emanu soñaba con ella y pensaba una y otra vez los pasos para conseguir su objetivo.

—Muchacho, ¿qué haces ahí arriba? —Moses, el chamán, le tiró una piedrecilla para llamar su atención.

—Intento organizar mi cacería antes del frío.

—¡Ah! ¿Y me puedes contar esos planes?

—Será mejor guardarlos, no sea que me roben la idea.

—Te has vuelto muy desconfiado. —Se rio el anciano.

—La recompensa bien vale la pena.

—Como quieras, muchacho, pero cuando decidas hacerme partícipe de tus planes, te estaré esperando.

—Gracias, chamán, lo tendré en cuenta. —Emanu saltó al suelo con agilidad y se inclinó ante el anciano.

Ninguno de ellos vio a la mujer de gesto duro que los observaba, ambos entraron en la cueva y giraron a la izquierda, donde Sonja removía el interior del caldero. Al ver a su madre de nuevo acuclillada, Emanu le regañó, la tomó por las axilas y la sentó en una piedra. El chamán sonrió con simpatía el gesto del muchacho, aunque lo que realmente quería era compartir el interior del caldero con los dos parias del poblado.

—Chamán, ¿quieres acompañarnos a comer? —Sonja señaló el caldero que removía ahora su hijo.

—Agradezco tu amabilidad, mujer, de todos es sabido tu habilidad con la comida.

—Siéntate con nosotros y bendice la comida que la madre Tierra nos provee. —Sonja sonrió al anciano.

Los tres se sentaron alrededor del fuego y compartieron un suculento guiso, mientras el anciano reiteraba su promesa de ayudar cuando lo necesitasen. Emanu asintió con la cabeza, pero no pidió nada, lo cual extrañó al chamán, pues en cuanto ofrecía su ayuda todos en la tribu pedían su intervención, tanto en los augurios como en la mediación. Últimamente, incluso le estaban pidiendo consejo a él antes que a la gran madre, y eso le enorgullecía. Por eso decidió acercarse a los dos miembros más ninguneados por esa mujer. Ambos estaban enfrentados para ostentar el poder en la tribu, él era el mediador con lo divino y ella era la dueña del consejo; representaba la continuidad del poblado a través de la maternidad.

El chamán quería modificar el matriarcado, no le gustaba quedar supeditado a las ambiciones de esa mujer. Había decidido empezar una lucha silenciosa para derrocarla y hacerse con el poder en el consejo de la tribu. Pero claro, eso debía hacerlo con tacto y ganarse a la gente dejando en evidencia a la gran madre, tenía que demostrar que ella se equivocaba y que su sabiduría estaba condicionada a sus propios intereses.

El chamán había observado al joven Emanu mirar con ojos brillantes a la hija de Zarras, y también había escuchado que la gran madre había elegido a la muchacha para unirla a su hijo. Desde que se enteró de los planes de la mujer, decidió que ayudaría al muchacho a conseguir su objetivo.

Después de comer, agradeció el rico alimento y se adentró en la cueva para tenderse en sus pieles. Con esa idea en la cabeza, cerró los ojos y reclamó su justo descanso.

El joven miró fijamente a la chica cargada con la cesta de frutas, sabía que ese era el momento en que ella atravesaba la arboleda para llegar a la gran cueva. A pesar de observarla todos los días no se atrevía a decirle nada, ella era muy joven y él acababa de superar su prueba de madurez. Antes de solicitar su unión debía ganarse un puesto en la tribu, y para ello debería salir a cazar lejos.

Observó muy atento el suave balanceo de las caderas, su sonrisa de labios gruesos era tan dulce y alegre que iluminaba la mirada de unos ojos grandes y almendrados, que no solo eran bellos por la forma. Además, cuando la miraba de cerca, su extraño color le hacía contener la respiración, pues era un tono casi del color del trigo bordeado por un círculo verde. La pequeña nariz que se arrugaba cuando algo no le gustaba, solo la hacía más hermosa a sus ojos. Pero lo que más le llamaba la atención era su pelo, largo y rizado, que rivalizaba con el color del cielo cuando el disco solar se escondía todos los días.

La vio meterse en la cueva y dirigirse al fuego de su familia. Se le escapó un suspiro, sabía que todavía faltaba mucho tiempo para que su propuesta fuese aceptada, aun así, no tenía nada para ofrecer a cambio de su proposición. Salvo a sí mismo, no tenía nada y, por si eso fuera poco, la gran madre había indispuesto a toda la tribu contra ellos.

Se giró con rapidez y bajó la pendiente hasta llegar al río, siguió su cauce hasta la curva donde la mansedumbre del agua dejaba a los peces vadear la orilla en busca de comida. Camuflándose entre las sombras de los árboles levantó el palo. Él mismo había tallado en punta uno de los extremos, equilibró el arma en el brazo levantado y observó cómo el gordo pez pasaba perezoso entre las plantas de la orilla. Sin perderlo de vista, guiñó uno de los ojos y apuntó a su objetivo, contuvo la respiración y lanzó con fuerza el palo con punta. Corrió a coger su presa antes de que la poca corriente del río lo arrastrase.

Dejó el pez en una piedra lejos de la orilla y buscó más presas, se le había ocurrido una idea y, sonriente, quitó un peso a su corazón. Para cuando el disco solar estaba más alto en el cielo, ya tenía enganchados en una rama, nueve peces de buen tamaño.

Con su botín al hombro, emprendió el camino de vuelta al poblado.

En la entrada de la cueva, besó a su madre acuclillada ante el fuego, daba vueltas a un conejo ensartado. El rico olor de la carne

hizo rugir su estómago, pero no esperó a saciar su hambre. Separó tres peces y se los dio, ella le sonrió y los tomó con alegría. Al ponerse en pie la mujer se estiró, acarició sus lumbares y volvió a sentarse ante una piedra donde comenzó a descamar los peces.

—Hijo, ¿para qué son esos peces?

—Quiero pedir la unión con Ilena —contestó con seriedad—, sé que no soy el mejor compañero para ella, pero en las próximas cacerías demostraré mi valía con esto. —Levantó la sarta de peces—. Voy a dejar en claro mis intenciones.

—¿Estás seguro? Sabes que el padre de Ilena es muy severo y nunca te ha mirado con buenos ojos.

—Por eso quiero empezar a ganarme su simpatía.

—Como quieras, te acompañaré para que tengas testigos.

—Gracias, madre.

La mujer sacó el conejo del fuego y ensartó el palo con el animal a medio asar entre dos piedras de la cueva, hizo lo mismo con la sarta de peces. Se frotó las manos con la tierra del suelo y sacudió su vestido de piel. Miró a su hijo con una gran sonrisa y lo siguió fuera.

De camino a la zona donde vivía Ilena, encontraron al chamán, Moses, lo saludaron y Sonja tuvo una idea. Se acercó a él y le pidió parar, el viejo sonrió a la mujer embarazada.

—¿En qué puedo ayudarte, Sonja?

Al sonreír, el chamán mostró su boca con apenas tres dientes, de su físico deteriorado es lo que más llamaba la atención. Emanu se puso tieso, no había pensado pedir su intervención, pero su ayuda sería bienvenida.

—Mi hijo quiere pedir la unión con Ilena, pero hasta que demuestre su valía quiere que Zarras le otorgue el favor.

—Está bien, os acompañaré si me preparas ese puré tan rico que tú haces.

—Cuando quieras, chamán, será un honor alimentarte.

—Hecho, voy con vosotros. —Se incorporó de la piedra donde estaba sentado y encabezó la pequeña comitiva.

Llegaron al centro de la cueva donde se ubicaba la familia de Zarras. El chamán se acercó primero, seguido de Sonja y, por último, Emanu con su olorosa carga del río. Ilena se puso en pie con rapidez, sostenía en sus brazos al último de sus hermanos, apenas contaba un puñado de discos de plata y la leche de su madre no le llenaba el estómago, por lo que el pequeño lloraba todo el día.

—Moses, ¿a qué debemos vuestra grata visita? —Ilena sonrió mirando de reojo a Emanu que acababa de entrar.

—¿Está tu padre? Hemos venido a tratar un asunto con él —contestó el anciano chamán.

—Lo siento, no está, pero no creo que tarde, salió con madre a recolectar más frutas para los niños. —Señaló tres zagales que jugaban en una esquina de la cueva—. ¿Puedo serviros yo?

—Esperaremos fuera.

El anciano salió de la cueva seguido de Sonja, mientras Emanu se quedó embobado mirando a la muchacha. Ilena le sonrió con dulzura y carraspeó para llamar su atención.

—¿Quieres algo de mí? —preguntó con dulzura.

—¿Eh? No, lo siento.

—Lástima —dijo la muchacha en voz baja, pero, aun así, él la escuchó, se giró y salió al encuentro de su madre y el chamán.

CAPÍTULO 22
La propuesta

Ella se quedó en la entrada mirando al joven Emanu y se le escapó un sonoro suspiro que atrajo la atención de sus hermanos menores, quienes al no ver nada emocionante siguieron jugando con las piedrecillas del suelo. El olor del pescado le hizo fruncir el ceño, pero después se fijó en las fuertes piernas del joven; lo había visto correr por el poblado acompañado de otros muchachos de la cueva y sabía que era muy rápido. Su pelo negro como la noche, apenas un poco ondulado, caía a ambos lados de la cara y una fina tira de piel en la frente, impedía que le tapase los ojos. Su mirada oscura también le hacía sentir movimientos extraños en el estómago. Apenas habían cruzado unas palabras, pero ella sabía que él la observaba todos los días.

Tal vez por eso se había fijado en él, aunque era alto, lo cierto es que también era delgado, por eso apenas lo llamaba su padre en sus cacerías, pensaba que al no tener músculo su trabajo sería malo. El pelo que cubría su cara no hacía sino oscurecer aún más su melancólica mirada, y era precisamente eso lo que a ella la volvía loca. Claro que nunca se atrevería a hablar con él sin que su padre lo aprobase, pero en sueños se veía abrazada por ese atractivo joven, más aún desde que su sangre se presentó hace varias lunas.

Dejó al pequeño dormido en la manta y fue a controlar el fuego de la entrada, en cuanto llegaran sus padres tendría que asar la carne que trajeran.

Miró de reojo a los tres reunidos ante su zona, el chamán acariciaba el vientre hinchado de Sonja y sonreía, luego se fijó de nuevo en Emanu. Sus ojos se encontraron y lejos de apartar la mirada, ambos se miraron con hambre; hacía tiempo que reconocían su atracción, aunque no se atrevían a dar el paso como pareja.

Los gruñidos y carcajadas atrajeron su atención. Conocía bien esos roncos rezongos, su padre no tenía otra forma de mostrar su desacuerdo; una vez que empezaba solo una buena comida podía sacarle de ese estado.

La primera que apareció fue su madre, traía el cesto con frutas, detrás de ella venían sus hermanos; Vena y Arlazón. Tenían dos inviernos más que ella, pero ya salían de caza con el padre para ayudarlo en la búsqueda. Cuando llegaron, ante las visitas se detuvieron al ver que el chamán los acompañaba. El anciano sonrió y se acercó a Zarras que se llevó la mano al pecho, su gesto serio contradecía la amabilidad que sus ojos traslucían.

—Moses, ¿qué te trae por mi fuego? —Zarras se inclinó ante el anciano.

—He venido con Sonja y su hijo para bendecir la unión de tu muchacha con Emanu. Ya sé que el chico está muy verde y que necesita mejorar sus técnicas de caza, pero tiene voluntad, y mira —señaló la ristra de peces de Emanu—, trae un regalo para que lo escuches.

—¡Tana, coge los peces y prepáralos para comer!

La mujer con gesto cansado cogió la ristra de pescado y se fue a un lado de la estancia y, sobre una piedra plana comenzó a descamar el pescado con la ayuda de su hija. La chica estaba más pendiente de lo que decían los hombres que del pescado.

—Ilena, cuida lo que haces —regañó la mujer—. Con estos seis peces tenemos que comer todos.

—Sí, madre. —Ilena bajó la cabeza y trabajó en silencio, aunque de vez en cuando la levantaba para observar a Emanu.

—Entonces, ¿quieres unirte a mi muchacha? —Zarras caminó con lentitud alrededor de Emanu y lo miró de arriba a abajo atentamente.

—No espero que sea de inmediato. —Emanu miró a Ilena—. Quiero salir a cazar lejos, traer pieles y carne para el invierno. Cuando vuelva, podré tener una cobija para ella.

—¿Y qué pasará con tu madre? —Zarras la señaló con enfado —. Ella no tiene más hombre que tú desde que murió su compañero, y para colmo parirá pronto. ¿Podrás mantener tantas bocas?

—Sí, señor, soy capaz. ¿Ha visto los peces que le he traído?, y he dejado más en casa. He conseguido mantener cabras en el cercado y tengo aves en una jaula que nos proveen de huevos. Si a eso le añadimos la cacería, creo que a su hija no le faltará abrigo ni comida. Yo proveeré para toda mi familia.

—Tendré que consultarlo con su madre, la chica es importante en mi fuego.

—No quiero llevármela todavía y cuando estemos juntos, ella podrá venir a ayudar en su cueva. —Emanu miró a la chica con duda.

—Ella solo lleva dos discos de plata con la sangre, si después de seis más, sigues queriéndola y has demostrado tu valor en la cacería, volveremos a hablar.

—Gracias, Zarras, no pido más. —Emanu se frotó las manos y miró fijamente a Ilena—. ¿Podría charlar con ella de vez en cuando?

—Mientras no la apartes de sus obligaciones, me parece bien. —Zarras golpeó la espalda del muchacho—. ¡Eso sí, procura traer un regalo cuando vengas!

—No lo olvidaré.

Los tres volvieron al camino y dejaron a la familia con el pescado dorándose al fuego. Sonja invitó al chamán a comer, volvió a poner el conejo en el fuego y dejó que terminase de asarse. Mientras, trituró los vegetales y los metió en el caldero, añadió agua y los puso en otra llama.

—Entonces, estás decidido a formar ya tu familia y con la hija de Zarras. —El chamán apretó el hombro de Emanu—. ¿Sabes que ese hombre te exprimirá todo lo que pueda?

—Lo sé, y no me importa, quiero a Ilena conmigo. Ella es la única mujer que me llega aquí. —Se golpeó el pecho.

—Te entiendo, joven, pero no le dejes ver cuánto la quieres, o Zarras os quitará hasta la comida de la boca.

—Intentaré hacerlo, pero no sé cómo esconder lo que siento. —Emanu sonrió frustrado.

—Hijo, solo sigue a tu corazón y no te dejes engañar.

Sonja llegó donde estaban sentados los hombres y acercó un cuenco de madera a cada uno, dentro del cuenco el aroma de la crema hizo sonreír al chamán. Emanu rechazó el cuenco y se lo dio a su madre. Comieron en silencio y luego el anciano se volvió a su santuario.

Cada vez que el disco solar se elevaba en el cielo, Emanu se acercaba a la cueva de Zarras para dejar un presente, e intentaba salir con Ilena, pero ella siempre estaba ocupada y no podía sacarla para hablar. Después de dos discos de plata y numerosos regalos en forma de pescado, liebres, aves, huevos, fruta y leche, la desazón se apoderó de él. Solo conseguía dulces sonrisas y tiernas despedidas, lo cual le calentaba a la vez que lo indignaba.

Ya no podía postergar más su salida en busca de caballos, la gran cacería sería en tres discos de plata y él tenía que conseguir gran cantidad de pieles y carne para Ilena, o todo lo que había hecho hasta ahora sería inútil. Con el propósito de despedirse por unos días, se acercó al fuego de Zarras y le explicó que saldría un tiempo en busca de carne. No quería contarle sus planes por si le robaban su idea. Quería entrar al poblado montando a caballo y con varias bestias cargadas de pieles y carne, y eso solo lo conseguiría manteniendo la idea en su cabeza hasta la realización.

La única razón que le impidió salir antes fue su madre, le preocupaba dejarla sola y que no hubiese nadie con ella cuando tuviera la criatura.

—Hola, Ilena. —Por un momento se quedó embobado con su bello rostro. Al darse cuenta de que lo miraba con gesto interrogante, carraspeó—. Voy a salir de caza dentro de un disco de plata y quería pedirte que estés pendiente de mi madre, no le queda mucho para alumbrar y temo que le pase algo.

—Por mí no hay problema. —La chica miró al muchacho con atención, luego se ruborizó—. Iré a tu fuego para ayudarla, en cuanto madre y padre me lo permitan.

—Gracias. —Dio unos pasos hasta acercarse—. No podré traer regalos en estos días, pero le he dicho a madre que comparta con vosotros la leche y los huevos.

—Eres muy considerado. —Bajó la voz aún más—. No deberías darnos tanto, padre es un poco abusón y está aprovechando que tú provees para quedarse bajo la sombra del árbol —dijo en confidencia, aunque miró a su alrededor para comprobar que no la escuchaban—. Ni siquiera mis hermanos mayores salen a por comida.

—Lo sé, pero tengo que hacerlo para conseguirte —explicó y su voz se volvió ronca de repente—. Cuando estemos unidos, todo volverá a la normalidad.

—No creo que sea tan fácil —cuchicheó ella—. Estoy deseando que vuelvas de la gran cacería — al decir esto enrojeció y agachó la cabeza avergonzada.

—¿Puedes escaparte esta noche un rato? —preguntó el muchacho esperanzado.

—Lo intentaré. —Ella se abanicó con la mano en busca de aire que le refrescara el calor que sentía.

—Te esperaré junto a la empalizada de mis cabras.

Ella asintió y se volvió hacia las pieles donde se quejaba su hermano más pequeño. Zarras se acercó por detrás a Emanu sobresaltándolo, le puso el brazo sobre los hombros y lo acompañó fuera de su fuego.

—Deja a mi hija que cumpla con sus tareas —dijo malhumorado y le empujó al pasillo de la cueva.

—Lo siento, solo estaba despidiéndome. Le indicaba que acudiese al fuego de mi madre para que le dé leche y huevos. —Emanu intentó disimular.

—¡Ah, vale! En ese caso, la mandaré todos los días a por tus regalos mientras regresas de tu pequeña cacería. —Zarras se frotó la barriga con anticipación—. Te esperará a tu vuelta.

Si algo había aprendido Emanu, era que Zarras ansiaba sus regalos, incluso se le veía más orondo. Se había relajado tanto, que incluso había escuchado rumores de que en la gran cacería no sería quien guiase al grupo. Lo cual le hacía temer que el hombre aumentase sus exigencias para aprobar su unión con Ilena. Con estos negros pensamientos retomó el camino a su fuego.

Llegó a la cueva donde vivía junto a su madre y la vio moler el trigo en la piedra; no ejercía fuerza, pero sí que hacía rodar la rueda con ritmo. La ayudó a sacar el artilugio y vio el polvo blanquecino que resultó de la molienda, luego lo mezcló con un poco de agua y unas hierbas, hizo varias bolas con la masa y las metió en el agujero del suelo, le puso encima la piedra plana y luego encendió unas ramas.

Mientras se hacía el pan, Emanu le contó a su madre sobre los rumores que corrían de Zarras, confirmados por Ilena que le acusó de no proveer a la familia, incluso sus hermanos estaban ociosos. Sonja le restó importancia, pero le pidió a su hijo que no repitiese esos rumores, Zarras podría ofenderse y anular el acuerdo. El muchacho negó con la cabeza y verificó las armas que se llevaría a su pequeña cacería. Todos pensaban que era para proveer a Zarras de más carne antes de marchar con el grupo a la gran aventura, y él no lo desmintió.

Con la bolsa de flechas, unas cuerdas hechas de fibra, varios sacos hechos de piel, fruta y algo de carne y pescado ahumados, preparó su hato para partir al amanecer. Cogió el pan templado que su madre le ofreció y lo comió acompañado de tiras de carne asada.

Al terminar, la dejó tumbada en las pieles y salió a la noche, estaba impaciente por su primera cita a solas con Ilena.

Llenó de agua el tronco hueco para las cabras y las alimentó con hierbas que había recogido. Se sentó a un lado de la valla hasta ver aparecer a Ilena. En cuanto escuchó las furtivas pisadas supo que era ella, así que la esperó oculto hasta tenerla a su alcance, le puso la mano en la boca para que no gritase y la volvió hacia su cuerpo.

Se miraron a los ojos sin hablar, él le sonrió y le puso un dedo en la boca para que guardase silencio, tiró de su mano y la guio a ras de la pared de la montaña, entonces señaló varias piedras que subían por la roca como si fuesen una escalera. Él trepó primero para enseñarle a ella dónde poner los pies y las manos. Despacio, y comprobando siempre hacia abajo que ella le seguía sin problemas, llegó hasta un saliente, se alzó hasta él y después, se acuclilló para ayudarla a subir.

Estaban tan alto que se veía el horizonte de tierra por encima de las copas de los árboles. La vista era espectacular y el silencio, solo era roto por el ulular de aves nocturnas, incluso se podían ver pequeñas bestezuelas cruzando los campos más cercanos. El brillo del agua con el reflejo del disco de plata convertía el río en una serpiente brillante y tranquila.

Ilena miraba asombrada el paisaje y escuchaba a Emanu señalar las distintas zonas de cultivo cerca de la cueva, así como las montañas a donde se dirigiría él, en cuanto clarease el disco solar. El joven no se atrevía a tocarla por temor a perder el momento de admiración que ella le demostraba, aun así, no pudo evitarlo, tomó su mano y sin apartar la mirada de los hermosos ojos de la muchacha, besó cada uno de sus dedos. La escuchó contener el aliento y cuando ella le sonrió con una mirada anhelante, tomó valor y posó sus labios sobre los de la muchacha. Al principio, fue solo un roce que transmitió una descarga a sus cuerpos. Se separaron algo asustados y ambos estallaron en carcajadas al verse reconocidos mutuamente en sus miradas.

Con determinación, Emanu abrazó a la joven por la cintura, la acercó a su cuerpo y sin pensar volvió a besarla; esta vez dejó que sus labios se pasearan por los de la chica. La suavidad carnosa de su boca le hizo gemir, sacó su lengua para saborear la dulzura de esos labios, y sin darse cuenta la introdujo en el interior de la boca de ella. Al principio se quedaron paralizados, pero al no sentirse rechazado y disfrutar de esa invasión, se volvió más osado. Acarició el interior con su lengua y se cruzó con la de ella, que decidió acariciarle con la suya también.

Ambos gemían por el placer que ese beso les proporcionaba, pero Emanu sentía que necesitaba más, por lo que se apretó aún más contra ella y la apoyó contra la pared de roca. Ella sintió que en su interior se formaba una tensión deliciosa, que se elevaba desde el estómago y que hacía temblar sus piernas. Sintió crecer un bulto contra su vientre y supo lo que era, pero no pudo prestarle atención porque las manos de él la soltaron para agarrar sus pequeños pechos, haciéndola gemir de asombro y miedo.

Él, se apartó con pesar. Haber tocado las deliciosas formas femeninas habían abierto un apetito que tendría que saciar en la soledad. Tragó saliva y la miró sonriente esperando no haberla asustado demasiado, ella le devolvió la sonrisa y se perdieron en un mundo silencioso donde solo sus cuerpos eran capaces de hablar. Exploró sus incipientes formas mientras ella acariciaba el torso masculino.

Tenía una erección de caballo y sabía que no podía hacer nada, pero, aun así, le permitió que siguiera explorando su cuerpo, cuando sus pequeñas manos rozaron su miembro, contuvo el aliento y luchó consigo mismo para no tumbarla y perderse entre sus piernas. Cogió las manos que rodeaban su pene y las envolvió con las suyas.

—Dame placer —susurró en sus oídos con voz ronca.

Ella no sabía lo que quería decir, entonces sintió que la mano de él la guiaba a lo largo de su miembro con un movimiento suave y rítmico, bajaba y luego subía hasta casi tocar las gotitas que asomaban por la punta. Él, gimió de placer y cuando ella continuó

sin su ayuda, se dejó llevar por el gozo que sus dulces manos le proporcionaban. Cuando ya no pudo soportarlo más, volvió a guiar la mano de Ilena aumentando el ritmo y con un ronco gemido que intentó contener, se vació en las manos de ella.

Al recuperar la respiración, abrió los ojos y la vio sonreírle, ella se relamió los labios y tragó con dificultad. Él apoyó la frente sobre la de la muchacha y suspiró.

—¿Confías en mí? —susurró a la chica.

—Sí —contestó ella conteniendo el aliento.

La hizo tumbarse y levantó la piel que cubría sus caderas dejando a la vista los rizos del color del fuego, que ni la escasa luz del disco de plata podía esconder. Emanu acarició el suave vello y luego bajó hasta su sexo, lo exploró y acarició con devoción. Nunca había tocado el sexo de una mujer, y el hecho de que fuese el de su mujer le hizo endurecerse de inmediato, pero se contuvo, ese momento era para ella. Cuando completaran su unión quería hacerlo con los buenos augurios de su madre y la familia de ella, por eso se limitó a acariciarla mientras se familiarizaba con su cuerpo. Notó la humedad entre sus piernas y pensó que a él le ocurría lo mismo. Sin meditarlo más, acarició arriba y abajo el sexo de la chica con el dedo, sintió la suave carne de ella que se hinchaba y humedecía al tiempo que la joven gemía. Aumentó el ritmo de las caricias y la sintió ponerse tensa, mientras de su boca salió un grito apagado por su propia mano, al tiempo que el cuerpo de la muchacha tembló bajo esta hasta dejarla inerte.

Se incorporó para mirarla y el brillo de su mirada lo atrapó. Volvieron a besarse, esta vez seguros de lo que querían, sus bocas se acariciaban mientras sus lenguas danzaban en una pugna deliciosa. Él se separó, le dio un mordisquito en el carnoso labio inferior y se separó a duras penas. Ambos se miraron extasiados por un momento; sobraban las palabras, pero Emanu la abrazó y le susurró al oído con voz ronca.

—Espera mi regreso, cuando el disco solar haya salido tres veces, volveré. —Le dio un beso en la frente—. Nos encontraremos

aquí por la noche y te contaré mis planes.

—Ten cuidado y no te arriesgues, te prefiero vivo. —Ella se acurrucó entre sus brazos.

—Lo haré, y tú no dejes que tu padre haga un trato de unión por ti.

—No puede hacerlo, todo el mundo sabe que habéis llegado a un acuerdo, incluso el chamán fue testigo.

—No me fío —respondió y sonrió con tristeza—. Al fin y al cabo, somos los parias de la tribu, si tu padre recibe una oferta mejor, puede cambiar el trato.

—No creo que lo haga, pues tendría que devolver todos tus regalos y conociéndolo, preferirá quedarse con lo hecho.

—Eso espero. —Suspiró el muchacho—. Vamos, te acompañaré de vuelta.

Tal y como subieron, Emanu ayudó a Ilena a descender por la pared de piedra, una vez en el suelo se despidieron con un último beso. Él se quedó en las sombras viendo cómo desaparecía en el interior de la cueva. Luego entró hasta su fuego medio extinguido y se tumbó en sus pieles.

—¿Dónde has estado?

—Me he despedido de Ilena —dijo sin tapujos y se incorporó sobre los codos, sonriendo a su madre con cara de felicidad.

—¿No habrás…? —Ella se tapó la boca con miedo.

—No, madre, hasta que no tengamos los buenos augurios no nos uniremos. —Le guiñó un ojo con picardía a su madre.

—Será mejor que Zarras no se entere o te colgará por las pelotas hasta que se te pongan azules.

—Tranquila, no ha pasado nada. —Se tumbó para mirar el techo rocoso sobre su cabeza—. Ella pasará todos los días para que le des huevos y leche, además de comprobar que estés bien, pero no le des demasiado, tú también los necesitas.

—Gracias, hijo. No te preocupes, compartiré con ellos hasta que regreses.

Descansó tan bien que le sorprendieron las primeras luces del disco solar cuando iluminaron la entrada de la cueva. Con rapidez, Emanu se levantó, cogió la piel que preparó la jornada anterior y varias lanzas tanto de punta de madera como de punta de piedra. Le dio un beso en la frente a su madre que sonrió en sueños y salió de la cueva dando grandes pasos.

Cruzó el río y continuó su marcha hasta la llanura donde sabía pastaba la manada de caballos, los escuchó antes de verlos, el aire transportaba suaves relinchos. Emanu se escondió tras unos arbustos a favor del viento para observar el rebaño. Sin hacer ruido recorrió el perímetro analizando todos los ejemplares, se quedó con la imagen de los que le parecían más fáciles de atrapar y se fue sin hacer ruido hasta el río.

Llenó la calabaza de agua y se refrescó la cara y los brazos, luego se alejó del caudal para buscar una zona oculta a la vista, pero cerca del río para montar su campamento. Necesitaba estar lejos del ruido del agua para escuchar si se acercaba algún depredador u hombres con malas intenciones.

Preparó el campamento y sacó las cuerdas para atrapar los caballos, escondió todas sus cosas en un matorral bajo y se quedó solo con las cuerdas y una piel cosida por tres lados. Volvió a la explanada donde pastaban con tranquilidad los caballos, vio a la cría junto a su madre, y muy cerca, un árbol de buen tamaño que soportaría los tirones de los animales cuando tensionaran la cuerda.

Hizo un nudo en la cuerda de fibra y se acercó despacio al claro, hasta ponerse cerca de los caballos, lo hizo tan despacio que no alarmó a la manada. Dejó en el suelo el resto de las cuerdas y con la que tenía el nudo comenzó a hacerla girar sobre la cabeza, entonces la lanzó sobre la cabeza de la cría. La atrapó al primer lanzamiento, no en vano había estado practicando.

La cría relinchó y saltó haciendo giros bruscos, pero él fue más rápido, rodeó el árbol y ató el otro extremo de la cuerda mientras el

pequeño animal saltaba y relinchaba con pavor. La madre se acercó a ella en un intento de protegerla, lo que tranquilizó al potro. Emanu no perdió el tiempo y cogió otra cuerda, le hizo el nudo y volvió a lanzarlo sobre la yegua.

Esta vez casi no llegó a tiempo de rodear el árbol, apoyó los pies contra la base e hizo fuerza, mientras de una lanzada rodeaba el tronco y conseguía atar la cuerda. Ya tenía a las dos bestias aseguradas, pero vio que el resto de la manada corría asustada y desorientada por la explanada. Observó el semental relinchar y ponerse sobre sus cuartos traseros. Era un animal magnífico, pero sabía que él solo no podría dominar semejante espécimen, por lo que volvió a su siguiente presa que corría briosa por el perímetro. Se colocó junto otro árbol y le ató el extremo de la cuerda, luego hizo la lazada y se puso en el camino de los caballos. Alguno se desviaba en cuanto lo veía, pero cuando el miedo se apoderó de toda la manada, y se fijó en que solo podía salir por la abertura junto al árbol en el que se había colocado, esperó hasta que fueron pasando los caballos en busca de una huida. Entonces, lanzó la cuerda al animal que venía hacia él y se protegió contra el árbol.

La yegua relinchaba y corcoveaba con furia mientras el resto de los caballos escapaba del claro. Emanu comprobó la fuerza de los nudos y dejó a los animales saltar y relinchar, quería que se agotaran antes de acercarse. Fue en busca de sus cosas y sacó la bolsa con las frutas, las dejó a su lado mientras sacaba un poco de carne ahumada y pan. Comió en silencio mientras escuchaba los relinchos furiosos de las yeguas atadas. Bebió agua y con el hambre saciada, volvió al claro para ver cómo estaban los animales.

Seguían furiosos, saltando y trotando alrededor del árbol al que estaban sujetas las cuerdas. El potro relinchaba asustado y ya no saltaba tan alto, en cambio se acercaba a la madre que tiraba furiosa. Buscó en los alrededores y cogió un tronco hueco, lo levantó, no sin esfuerzo y lo puso en el claro a una distancia en que pudiesen acercarse las yeguas, luego vació su calabaza y se marchó para volver a llenarla. Tuvo que volver tres veces al río, pero valió la

pena cuando escondido entre los matorrales bajos, vio que las yeguas y el potrillo se acercaron a beber agua.

Satisfecho, fue a por sus cosas y montó su fuego lo bastante cerca para ver a los animales, pero no tanto para que se asustasen por su presencia. Cogió algunas frutas de su bolsa y se acercó al tronco del agua, las dejó en el suelo y se volvió a su fuego para pasar la noche.

Despertó con las primeras luces del disco solar, recogió su campamento y fue a comprobar si las yeguas tenían agua. Rellenó un poco el tronco y fue en busca de frutas, así estuvo toda la mañana buscando hasta que vio un manzano, trepó y cogió todas las manzanas maduras.

Contento con su hallazgo volvió al claro, cortó las frutas en pedazos y se acercó primero al potro con la mano extendida y llena de trozos de manzana. El animal reculó y se colocó tras la madre que pifiaba enfadada. Siguió acercándose y, ante las patadas de la yegua dejó los trozos en el suelo a los pies del potrillo, y se marchó andando hacia atrás.

Desde su fuego, pudo comprobar como el potrillo olisqueaba la manzana del suelo y la comía con ansiedad, mientras la madre pasaba el hocico por su cuello. Emanu disfrutó del cariño que la madre profesaba a la cría. Cortó más piezas y las llevó a la otra yegua, que las ingirió con ganas.

Cuando el disco solar estaba en lo más alto sacó algo de pescado ahumado y lo comió con ansias, luego se devoró una manzana y cortó varias más en trozos para repetir su acercamiento, primero con la cría y después con las yeguas.

El muchacho continuó en su misma posición. Dio un paso más y le silbó al pequeño animal, sonrió cuando el potro volvió a acercarse a comer manzanas; en esta ocasión se quedó hasta que se comió todos los trozos. Emanu sacó más y se los ofreció. Cuando el potro los comió, aprovechó para acariciar el cuello del animal sin quitar la vista de la madre que pifiaba y daba pisotones al suelo.

Al igual que hizo con la cría, aprovechó el acercamiento y acarició a la madre en el cuello. En un primer momento se apartó, pero volvió a ofrecerle manzana y esta vez, sí se dejó acariciar.

Después de varios trozos más, la yegua y su cría le dieron confianza y se la veía algo más tranquilas. Conseguido el acercamiento con ellas, hizo el mismo trabajo con la otra con la mano llena de manzana. El animal había sido espectador de la actuación con la otra integrante de la manada y se acercó a comer de su mano con bastante más tranquilidad que la primera.

Toda la tarde estuvo Emanu alimentándolas hasta que se ganó su confianza. Al caer la noche, ambos equinos y la cría se acercaban sin miedo a él en busca de manzanas. Asombrado, se alegró por la confianza que le transmitieron los animales y disfrutó de jugar con ellos, acariciarlos y alimentarlos.

Antes de que saliera la luna se acercó para recoger más manzanas. Con la bolsa llena, volvió donde estaban atadas las yeguas, desató la cuerda del potrillo y la acercó a su campamento para atarla en un árbol cercano. La madre siguió al potrillo, y Emanu desató su cuerda para atarla junto a su cría. Le dio un premio a cada uno y fue a por la otra yegua, ató la cuerda junto a la otra y la acarició mientras la alimentaba.

Encendió el fuego y se preparó para dormir otra noche más bajo las estrellas, al día siguiente regresaría al poblado, estaba deseando volver a ver a Ilena. Comió algo de carne ahumada y después una manzana, los animales le pifiaron llamando su atención. Él sonrió y se acercó a darle una pieza de fruta a cada uno mientras los acariciaba con cariño.

Se acostó junto al fuego, con la espalda protegida por los animales. Durmió mientras soñaba con el futuro de una vida junto a Ilena, la mujer de su corazón.

Despertó al escuchar el nerviosismo de las yeguas, se incorporó con rapidez y puso más palos al fuego para iluminar la oscuridad. Los animales corcoveaban cada vez más nerviosos, así que sacó las

lanzas, el arco y las flechas y los dejó a mano, mientras con un palo en llamas iluminó el perímetro del campamento.

Se quedó paralizado al escuchar los gruñidos. Su prioridad era proteger a las yeguas, no podía perderlas después del trabajo que le había costado acercarse a ellas. Se puso delante y dejó el fuego a sus espaldas. Entonces, vio los ojos amarillos frente a él; había uno solo y se acercaba gruñendo amenazante. Emanu sacudió el palo con fuego y cogió la lanza con punta de piedra. Gruñó y gritó igual de amenazante que el lobo. El animal no se acobardaba ante él, sin quitarle el ojo de encima hizo varios intentos de tirarle el arma y al ver que no se marchaba, finalmente hizo el lanzamiento.

Escuchó el alarido espeluznante de la fiera.

El muchacho se acercó para iluminar el espacio en busca del animal herido. Contuvo el aliento al verlo, era un lobo enorme de color gris azulado. Todavía estaba vivo, por lo que sacó la lanza del pecho y lo remató. Miró en derredor en busca de la manada, pero no vio más. Sacó la piedra de cortar y despellejó el animal, vio que era una hembra y que debía tener crías en algún lado; le dio lástima porque sin la madre esas crías no tenían ninguna oportunidad de vivir.

La vida es muy dura.

Cuarteó a la loba y luego separó las piezas de carne para atarlas en un árbol más lejos de su campamento. Con el palo de fuego en la mano bajó hasta el río para lavarse, no quería poner nerviosas a las yeguas. Al volver al campamento los animales estaban más tranquilos y le recibieron con un sonoro bufido, él se acercó y los acarició mientras le daba una manzana a cada yegua.

En cuanto el disco solar dejó caer su luz sobre el campamento, Emanu recogió todas sus cosas, ató la cuerda de la yegua sin cría y acarició al animal mientras le susurraba palabras tranquilizadoras. Con movimientos lentos para no asustarla, le pasó la cuerda por el cuello y luego saltó sobre su lomo. En cuanto el animal sintió el peso saltó, corrió y dio coces con las patas traseras, pero Emanu se aferró con fuerza a sus crines y con las rodillas presionó los flancos del

animal para no caerse. La yegua corrió por todo el claro saltando. Emitía sonoros pifiados de desagrado y los saltos le desequilibraban, pero Emanu se aferró con fuerza a las crines con las manos y a los flancos con las rodillas apretadas.

El tiempo se le hizo eterno sobre el animal, hasta que finalmente aceptó el peso del jinete y su paso se tornó más pausado y tranquilo. Emanu se inclinó sobre el cuello y acarició la sedosa crin oscura, dio contento varias vueltas en el claro y tras ello, lanzó un grito de alegría.

Al bajarse, le dio una manzana y besó su hocico, el animal olisqueó su cuerpo y él levantó el brazo para facilitar la inspección olorosa. Satisfecho con la amabilidad de la yegua, la acercó hasta el tronco hueco lleno de agua y la ató cerca del mismo.

Se acercó a la yegua con la cría y repitió la misma operación, pero esta vez dejó a la cría atada a la cuerda de la madre para que los siguiera. Les dio una manzana a cada animal y suavemente dio un salto para montar a la madre. La yegua saltó y se quejó, pero Emanu se aferró con fuerza a sus crines blancas y a los costados con las rodillas. Esta vez le resultó más fácil, tal vez porque habían visto que la otra yegua se dejó montar y no le ocurrió nada.

Satisfecho, ató a la madre con su cría junto al tronco lleno de agua y les dio más manzanas. Recuperó la carne del lobo y la piel, no podía dejarlos allí, pero el olor de la sangre y del lobo seguro que pondría nerviosas a las yeguas. Cogió dos palos largos y los ató con parte de una de las cuerdas. Los puso en paralelo y sobre ellos ató la carne envuelta en la piel de lobo. Con decisión, cortó otro trozo de cuerda y ató la parihuela al cuello de la yegua para que la arrastrase y no le diese el olor. Enganchó la cría a su yegua y saltó encima del animal oscuro. Al principio, se sobresaltó y se quejó, pero le dio unas palmadas en el cuello y le susurró palabras tranquilizadoras.

Guio a las yeguas por el camino de vuelta hacia la gran cueva que ocupaba su poblado, llevaba un paso lento para que los animales no se asustasen. Mientras él observaba el paisaje, un sonido lastimoso llegó a sus oídos, así que detuvo las yeguas y bajó

a investigar. Ató las cuerdas a un árbol y se adentró entre los matorrales siguiendo los gemidos. Entonces los vio: dos cachorros de pelaje gris aullaban asustados junto a una pequeña cueva.

Se dio la vuelta al ver que no eran un problema, pero al darse cuenta de que eran las crías de la loba que mató, pensó que morirían sin su madre y sintió que le debía algo a la loba. Sacó las cosas de su bolsa de piel y las ató junto a la piel de la loba en las parihuelas. Con la decisión tomada, se acercó a la pequeña cueva y buscó a los cachorros. Había tres, pero uno de ellos estaba muerto, y no hacía mucho, pues su cuerpecito inerte aún mantenía el calor.

Acarició a una de las crías y le dio un trozo de carne ahumada. Al oler la carne, la otra cría se acercó también e intentó quitársela a su hermano. Emanu le dio otro trozo a la otra cría y mientras se entretenían masticando la carne, las metió en su bolsa de piel. Ató la bolsa, pero dejó que entrase el aire para no sofocarlas y con la tierna carga, volvió a montar en su yegua retomando el camino de regreso.

Pensó satisfecho en sus logros, había conseguido dos yeguas y un potro que le servirían para cargar la carne de la gran cacería, además llevaba la carne y la piel de la loba. Esto no le hacía sentir tan bien, pues hubiese preferido que las crías se quedasen con su madre, pero el hambre hizo que la loba buscase una caza más insegura, sobre todo al estar sola. Algo extraño, pues había visto que los lobos eran animales gregarios. Debía de estar desesperada para atacar a las yeguas; más aún cuando estaba sola con sus crías.

CAPÍTULO 23
Caballos y lobos

No podía cambiar lo que ocurrió, era una lucha a muerte y él había salido vencedor de la pelea. Tocó los bultos de los cachorros arrebujados y calentitos en su bolsa, seguramente dormidos tras alimentarse. Él había matado a su madre y decidió darles una oportunidad, pues eran unos descastados como él y su madre. Eso lo unió aún más a los cachorros.

A lomos de la yegua, subió la ladera hasta la gran cueva donde vivía la tribu, mientras se acercaba a la entrada vio salir a la gente. Buscó entre ellos a Ilena, pero no la descubrió, seguramente estaba cuidando de sus hermanos. Cuando llegó a la entrada la muchedumbre se apartó a su paso, miraban extrañados a las yeguas, que al verse rodeadas empezaban a ponerse nerviosas.

El muchacho se bajó de su montura y la guio los últimos pasos hasta la entrada, tiraba de los tres animales con cuidado de no atropellar a ninguno de los que habían salido a verlo llegar. Sonja apartó a varios hombres que se arremolinaban para curiosear y se acercó al joven con lágrimas de emoción. Se abrazaron ambos y el chico besó a la madre mientras le limpiaba las lágrimas.

El movimiento de quienes los rodeaban les hizo mirar a quien llegaba. La gran madre Aina se abría paso hasta ellos, venía rodeada de su séquito: dos de las más viejas consejeras, su hija Maya y su hijo Caleb. Detrás de ellos, Moses; el chamán, que intentaba abrirse camino también.

—¿Qué has traído, muchacho? —Aina miraba ofuscada las bestias cargadas.

—Son caballos para llevarme a la gran cacería, gran madre. —Emanu se inclinó respetuoso—. Quiero vivir con mi pareja y necesito mucha carne y pieles para agasajar a su familia, con estos animales podré cargar lo que cace sin ningún problema.

—¿Qué pasa si una de estas bestias hiere a uno de los hombres?

—No lo harán, gran madre, son pacíficos y nobles. —Se apartó de su madre a pesar de que ella lo apretaba contra su cuerpo—. En la tribu que vivíamos antes de venir aquí, domesticaron los caballos para que nos sirvieran en la caza, como transporte o para arar los campos. —Observó muy serio a su alrededor—. Son animales nobles y dóciles si se los trata bien.

—¿Y dónde piensas mantenerlos hasta que os vayáis? —Aina hablaba sin contener su rabia.

—De momento las amarraré, pero pienso construirles un corral para que pasten y corran —dijo con humildad.

—El consejo tendrá que analizar tu petición, mientras tanto, serás el responsable de todo lo que hagan esas bestias. —La gran madre se dio la vuelta seguida por su séquito.

—Muchacho, ¡qué gran idea has tenido! —El chamán palmeó a Emanu con efusividad mientras los curiosos se dispersaron, no sin antes echar una última mirada a los caballos.

—Gracias, Moses, espero que en la gran cacería nos sean de utilidad.

—Deberías haber dicho tu idea al consejo y te hubiesen acompañado más hombres para traer más caballos —Moses amonestó el secretismo con que trabajó el muchacho.

—Si espero la decisión del consejo no lo hubiese conseguido —protestó Emanu, que conocía cuan largas eran algunas veces sus discusiones y posteriores deliberaciones para votar.

—De todas formas, deberías haber hablado sobre tu idea.

—Todavía están a tiempo de traer más caballos si quieren.

Emanu se volvió a desenganchar las parihuelas, luego arrastró la carga hasta el interior de la cueva, descargó en su fuego y volvió a la entrada. Allí, guio a los animales hasta la cerca de las cabras, enganchó las cuerdas y luego buscó uno de los troncos huecos donde les ponía agua al resto de bestias.

El movimiento en su bolsa le indicó que los dos cachorros estaban despiertos, se acercó a su fuego y preparó una esquina para dejarlos, cerró el espacio con varios troncos que guardaba preparados para agrandar una cerca. Sacó a las crías y las dejó con cuidado en el suelo, luego les puso un cuenco de arcilla lleno de agua y salió hasta la cerca para sacar un poco de leche de las cabras. Con el recipiente casi lleno volvió a donde estaban los llorosos cachorros y les puso otro cuenco lleno de leche.

Las crías se lanzaron sobre la leche y la devoraron a lametazos, con la tripa llena se acurrucaron en una esquina y se durmieron hechos una bola de pelo. Emanu sonrió al verlos tan mansos, acarició a las criaturas y se sorprendió al notar cómo se restregaban contra su mano.

—¿Eso qué es? —Sonja observaba reticente las dos crías de lobo.

—Maté a la madre y las he traído para darles una oportunidad de vivir.

—¿Estás loco? ¡Son lobos! —Miró alrededor por si alguien la había escuchado.

—Creo que son mestizos. La madre era una loba, pero el padre debió ser un perro, por eso la hembra no estaba en una manada.

—Cuando se entere la gran madre querrá que los sacrifiques —susurró.

—Son perros, y como tal los criaremos, les enseñaré a cuidar los animales y defenderlos de depredadores.

—Pero si ellos son los mayores depredadores. —Negó con la cabeza—. No creo que debamos quedárnoslos.

—Madre, no te preocupes, demostraré su utilidad igual que con los caballos. —Le dio un beso en la frente.

—¿Ha pasado a verte Ilena?

—Solo una vez, después ha sido su madre quien ha venido a recoger la leche y los huevos.

—Le pedí a ella que pasase a por la leche y los huevos para que te ayudase —murmuró enfadado.

—No es culpa suya, Zarras no ha querido que venga.

—No entiendo por qué no la deja andar con libertad. —Le dio una patada a una piedra con rabia.

—Es su forma de controlar a las mujeres de su fuego. —Sonja lo abrazó—. No te enfades, termina de atender a los animales y vuelve para comer, tengo pan recién hecho.

—Enseguida, madre.

El muchacho salió dando grandes zancadas y terminó de atender a los caballos, les dio varias manzanas y se acercó a recoger hierba de la que guardaba para las cabras. Después de atender a los animales, acarició con cariño a las yeguas y el potro, que piafaban de alegría con sus caricias.

Entró a la cueva y, al acercarse a su fuego, desató la piel de la loba y la carne, sacó una pierna y un lomo y los llevó al ahumadero, después prendió más fuerte el fuego y cerró la puerta para ahumar la carne. Al volver a su cueva, cogió el resto de la carne y la envolvió en la piel, después, con el hatillo sobre el hombro fue al fuego de Zarras. Ilena estaba con su hermano en brazos, el niño lloraba con fuerza y no atendía las palabras de consuelo de la chica.

Zarras se levantó y fue a su encuentro.

—Joven, deberías haber pedido permiso a la gran madre —dijo el hombre cuando entró y le palmeó la espalda con fuerza—. Aunque he de reconocer que es una buena idea.

—Te he traído carne y una piel. —El muchacho le tendió el hatillo—. Es de un lobo que me atacó.

—No sé si a los niños les gustará, pero la piel nos viene muy bien para el pequeño —admitió satisfecho Zarras.

—Es un regalo para tu familia.

El niño gritaba cada vez más alto, Ilena lo movía en sus brazos con gesto cansado. Emanu se acercó para ver lo que le pasaba, destapó la cara del pequeño completamente roja del llanto.

—¿Qué le pasa?

—La leche de madre no le sienta bien, tiene diarreas y vomita, por eso apenas crece, está muy débil y llora de hambre. —Ella intentó sonreír, pero le salió una mueca.

—¿Habéis probado a darle leche de cabra aguada? —Acarició la pequeña cabeza y el niño abrió los ojos cargados de lágrimas—. En la tribu donde vivíamos antes, se la daban a los niños que perdían a su madre y no tenían quien los amamantara.

—Se lo diré a madre, si acepta tendré que pedirte leche de tus cabras.

—¿No has traído hoy leche? —preguntó sorprendido.

—Sí, pero se la han tomado los otros pequeños —contestó la muchacha avergonzada.

—Entonces ven a por más.

—¿Cómo se la daremos? —preguntó ella mientras seguía meciendo al pequeño.

—Le haremos una teta de piel.

—¿Tú sabes hacerla? —Lo miró sonrojada mientras él asentía con la cabeza.

—¿Te veré donde la última vez? —le susurró para que nadie lo escuchara.

—En cuanto tranquilice al pequeño y lo deje dormido —contestó en voz baja.

—Zarras, voy a sacar más leche para el bebé. —Se volvió hacia Ilena—. ¿Vendrás a por ella?

—Si padre y madre así quieren. —Agachó la cabeza.

—En un rato irá. —Zarras empujó al muchacho para que saliese de su fuego.

El joven aceptó el empujón como una petición para que se marchase. Volvió con su madre y se sentó a comer con ella mientras le explicaba lo que le ocurría al bebé de Zarras. Su madre arrugó el entrecejo y pensó en ello. No estaba segura de intervenir con el pequeño, pues si algo le ocurría a ese niño podrían culparlos a ellos por proponer esa alternativa.

Estaban terminando de comer cuando llegó Tana, la mujer estaba sofocada y abochornada. Se sentó al lado de Sonja y suspiró conteniendo las lágrimas.

—Estoy desesperada, apenas tengo leche y mi bebé está cada vez más débil.

—En nuestra anterior tribu, lo hacían para sacar adelante a niños sin madre, pero también es cierto que no siempre resultaba.

—Ya no sé qué hacer y no creo que le quede mucho. —La mujer lloró desesperada—. Es el tercer niño que no acepta mi leche.

—Veremos si podemos hacer algo por él. —Sonja miró a su hijo que se levantó y buscó entre sus cosas.

—Gracias.

El muchacho sacó un trozo de piel pulida y lo cosió con cuidado formando un cono, se lo dio a Tana y le sonrió, luego salió al corral para sacar un poco de leche. Cuando volvió, le dio el recipiente a Tana y la ayudó a incorporarse.

—Hay que llenar hasta la mitad de la mezcla de leche y agua, luego lo cierras con una mano por arriba y se lo das al bebé por la parte más fina. Ten cuidado de que no se atragante. —Sonja apretó el brazo de Tana—. Pediré a la madre que cuide de tu bebé.

—Otra vez gracias.

Tana se marchó cargada con la leche y el cono para alimentar al bebé, la tristeza seguía rondando a su alrededor, pero al menos ya no tenía esa expresión desanimada.

—Voy a ver cómo están los animales y saco a los cachorros. —Cogió a los dos mestizos y los escondió en la bolsa de piel.

—Deberías hablar de ellos con la gran madre.

—Lo haré. —Le guiñó un ojo a su progenitora—. Cuando sean mayores y pueda demostrar que no son un peligro para nadie.

—Háblalo al menos con Moses, sabes que él es más comprensivo.

—Sí, madre, pero esperaré un poco.

Al salir de la cueva, vio que el disco solar se escondía en el horizonte, giró hacia la empalizada donde guardaba sus cabras y comprobó que tanto estas como las yeguas tenían comida y bebida. Cogió una calabaza hueca y entró para ordeñar un poco de leche, cuando tuvo lleno el recipiente se apartó un poco de la estructura y sacó a los dos cachorros, que al oler la leche se abalanzaron sobre el recipiente.

Con la tripa llena, los animales jugaron un rato, pero el sopor de la alimentación les hizo buscar a Emanu, quien los cogió y los acomodó en la bolsa. Acarició las dos bolas de pelo y sonrió ante la confianza que le daban, a pesar de llevar con él solo una jornada de luz.

Un reflejo ardiente atrajo su atención y al girarse vio a Ilena que corría hacia él. Sin pensarlo, la cogió de la mano y la guio por la pared hasta las escaleras de piedra. Subieron en silencio y se sentaron con la espalda apoyada en la piedra. Él comenzó a dibujar círculos en la palma de la mano de la muchacha. No hablaban, solo miraban el disco solar esconderse en el horizonte mientras su calor se diseminaba por sus cuerpos.

—¿Ha tomado el bebé la leche aguada?

—Sí, y se ha quedado dormido sin llorar, al menos hasta que yo he salido.

—Espero que le ayude.

—Yo también, madre ya ha perdido tres hijos así —confesó ella y se apoyó en el hombro del muchacho, después soltó un suspiro—.

Creo que si pierde a este también, se dejará morir.

—No digas eso, tiene más hijos y todavía puede tener más.

—Los otros pequeños ya son mayores e independientes, y no creo que pueda tener más hijos; con el pequeño Mur tuvo mucha sangre y la gran madre le dijo que no tendría más.

—Entonces, espero que todo vaya bien.

—Si la leche aguada alimenta a Mur, padre tendrá que conseguir una cabra.

—Yo os daré leche.

—No deberías darnos nada sin recibir algo a cambio. —Entrelazó sus dedos con los de él—. Sé que solo querías que padre no hiciese un acuerdo de unión por mí con otro hombre, pero tu generosidad lo ha vuelto vago y aprovechado. Madre le regañó cuando te fuiste, pues ya apenas sale a cazar ni recolectar, incluso mis hermanos mayores están imitando su dejadez.

—Tampoco os he dado tanto, sois muchos y sé que es duro conseguir tanta comida. —Emanu cogió su barbilla y la obligó a mirarlo—. Os daría mucho más si solo con ello me garantizara nuestra unión.

—Yo también deseo que nos autorice. —Agachó la cabeza—. Solo te quiero a ti.

—Ilena, no sabes lo feliz que me haces —dijo emocionado por la confesión. Bajó la cabeza y la besó, fue un ligero roce y se apartó antes de hacer nada más, pero sintió que su pecho se henchía de satisfacción—. En cuanto vuelva de la gran cacería, crearemos nuestra familia.

Varios gemidos ahogados escaparon de la bolsa de piel, lo que atrajo la atención de la muchacha que alargó la mano para abrirla. Unos ojos amarillos le devolvieron la mirada en cuanto abrió la bolsa. Ella se apartó asustada, pero Emanu la sujetó.

—Solo son unas crías de perro —dijo mientras sacaba a una y se la mostraba.

—Pensé que era un lobo —exclamó más relajada ante sus palabras.

—Tienen algo de ellos, pues su madre era una loba, pero estoy casi seguro de que el padre fue un perro, por eso son tan amistosos. —El cachorro le lamió la cara arrancándole carcajadas—. Toma, cógelo. —Le tendió al cachorro mientras sacaba al otro de la bolsa.

Los animales al verse libres se removieron inquietos en los brazos de los muchachos, ella dejó a su cría en el suelo y la vio recorrer el pequeño saliente de un lado a otro, se unió a su hermano y saltaron uno sobre otro en un juego de dominación. La pareja disfrutó del momento de juego de los cachorros, aunque de vez en cuando tenían que cogerlos para que no se cayeran del saliente.

—Tengo que volver. —Ilena le dio un pequeño beso en los labios y se apartó con rapidez.

—Será lo mejor —le respondió con voz ronca, cogió a los cachorros y los metió en la bolsa.

Bajaron en silencio y al llegar al suelo se separaron con un apasionado beso, Emanu la sujetaba con fuerza acercándola a su cuerpo mientras su lengua acarició el interior de la boca de la muchacha. En su interior se despertó un ansia que sabía que no podía saciar de momento. La sintió caer sobre él, se separó con pesar y le dio un beso en la frente. La hizo girar y le dio una palmada en el trasero para que se marchara. Mientras la veía desaparecer sintió que se le encogía el corazón.

Con pasos lentos se aproximó al cercado, ordeñó a la cabra y guardó la leche para los cachorros. De vuelta a su fuego, vio a su madre acurrucada en sus pieles, la luz de la hoguera reflejada en el rostro le hizo ver que tenía un gesto de dolor. Se acercó a ella y le cogió la mano.

—¿Qué te pasa? —susurró en su oído.

—Ha empezado el parto.

—Pero todavía faltan dos discos de plata.

—De momento son dolores pequeños, si me quedo acostada un tiempo puede que se corte el parto.

—Pondré mis pieles junto a las tuyas. —El muchacho las dejó junto a su madre, sacó los cachorros y los dejó en su cubículo con la leche.

Fue una noche larga. Aunque Sonja no se quejaba, él podía notar cómo se tensionaba con cada contracción. En cuanto el disco solar asomó entre las montañas e iluminó la entrada de la gran cueva, Emanu salió en busca de la gran madre. Estaba claro que la criatura tenía prisa por nacer, lo cual no era bueno, saldría un bebé débil y enfermizo que seguramente moriría en pocas jornadas.

Se acercó con pasos inseguros ante el fuego de la gran madre y fue detenido por el hijo de Aina.

—Mi madre va a tener el niño, lleva toda la noche de parto. Necesito a la gran madre. —Miró al fondo y vio que esta se levantaba con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Voy detrás de ti —dijo Aina frotándose las manos, luego llamó a sus dos consejeras.

—Gracias, gran madre.

Se dio la vuelta y volvió a su fuego con rapidez, al inclinarse sobre su madre se percató de la sangre.

—Madre, ¿cómo estás?

—Bien —dijo con voz débil, miró a su hijo y le acarició el rostro con cariño—. Eres un buen muchacho. No te asustes, pero no creo que sobreviva.

—No digas eso, la gran madre está de camino, ella te ayudará. —La besó en la frente.

—Escúchame, hijo: no te conformes con lo que te den aquí, tus ideas son de gran valor, así que no les dejes aprovecharse de tu ingenio. Únete a la chica que amas y sé tú mismo, pero no te dobles ante nadie. Tienes un don, no solo para proveer alimentos, sino para solucionar y salvar obstáculos. Si no te quieren tal como eres,

márchate y forma tu propia tribu. Recuerda ir siempre hacia donde se esconde el disco solar.

—Madre, no digas esas cosas, tú estarás siempre conmigo. —Lágrimas de dolor surcaron las mejillas del muchacho.

—Fuera de aquí, los hombres no tienen que hacer nada en el parto. —La voz autoritaria de Aina le hizo levantarse con prisa.

—Gran madre, ayúdala, por favor —suplicó y se arrodilló a sus pies. Al levantar la cabeza, vio la satisfacción en su cara.

—Déjanos, te avisaremos cuando acabe.

Aina hizo un gesto a su hijo que estaba junto al fuego y este cogió a Emanu del brazo para sacarlo de la zona. El joven no pudo hacer nada, salió a la luz del día y se ocupó de los animales en un intento de tranquilizar sus miedos. Recordó a los cachorros y entró a recogerlos antes de que los viera Aina. Pero fue demasiado tarde, una de las mujeres los miraba. Se acercó con rapidez, los cogió y se los llevó antes de que pudieran observarlos bien.

Entró al cercado y preparó dentro una pequeña empalizada para contener a los cachorros que gemían por la falta de alimento. Llenó la calabaza con leche y se la dio de beber. Al levantarse, vio a Ilena tras la empalizada, que le hizo un gesto con la mano para llamarlo. No lo dudó, raudo se fue hacia ella.

—Necesitamos más leche para Mur —le susurró—. Lamento molestarte con lo que está pasando, pero el pequeño tiene mucha hambre.

—Un momento. —Emanu cogió otra calabaza vacía y la llenó con la leche recién ordeñada, luego se acercó a la jaula de las aves y sacó seis huevos, los metió en un trozo de piel y le dio todo a Ilena que le devolvió una mirada agradecida.

—Preguntaré cómo va tu madre y te traeré noticias —dijo y le lanzó un beso, dejándolo con mirada soñadora.

Ilena llevó el regalo de Emanu a su cueva y su madre reservó toda la leche para el pequeño, a pesar de las quejas de su marido y el resto de los hombres. Mientras Tana alimentaba a Mur, ella vertió

los huevos en una piedra plana puesta sobre el fuego, los revolvió hasta que tuvo una masa amarillenta y apartó la piedra. Seguidamente, la dejó en el suelo delante de los hombres de su familia que se lanzaron a devorar los huevos sin pensar en dejar nada para los niños más pequeños.

Ilena negó con la cabeza por su egoísmo y sacó un trozo de carne seca que les ofreció a los tres pequeños. Al ver a su madre sonreír al bebé se le escapó una sonrisa de felicidad. Se acercó a ella y le llamó la atención poniendo su mano sobre el hombro.

—Madre, Sonja está de parto, voy a acercarme a su cueva para ver cómo está —lo dijo muy bajito para no despertar al bebé.

—Está bien, me colgaré a Mur y saldré a buscar frutas, luego te unes a mí y te traes a los pequeños.

Ilena besó agradecida a su madre y corrió hacia el hogar de Emanu. Al entrar, se asustó ante la sangre que manchaba el suelo, miró a la gran madre que imploraba a sus pies mientras las otras dos mujeres tapaban la cara de Sonja. Se le escapó un gemido de dolor y se acercó para comprobar lo que pensaba.

La gran madre envolvió las piernas de Sonja con las pieles manchadas de sangre y cuando fue a cubrir su cuerpo, pudo ver un bebé tan pequeño que difícilmente sobreviviría. La miraba con unos grandes ojos oscuros, llenos de sorpresa e inteligencia, pero lo peor fue ver cómo el bebé buscaba con nerviosismo el pecho de su madre muerta. La congoja se apoderó de Ilena ante la horrorosa perspectiva de ese pequeño; sin madre y siendo tan pequeño, difícilmente viviría más de unas jornadas.

Se secó las lágrimas y corrió en busca de Emanu.

—Ya ha nacido —dijo sin aliento al llegar a la empalizada.

El muchacho saltó la valla tan rápido que se tuvo que echar hacia atrás. Lo vio correr al interior de la cueva y ella corrió detrás de él. Al llegar al fuego, vio salir a la gran madre y su séquito con caras de circunstancias; él fue a preguntar, pero las tres mujeres negaron con la cabeza. Corrió hasta el bulto tapado de su madre y se arrodilló sobre ella. Lloró como un niño al ver su cuerpo inerte,

aún caliente pero sin vida. Un ligero movimiento llamó su atención, destapó un poco la piel y vio al bebé, que rebuscaba entre el cuerpo sin vida de su madre y emitía pequeñas quejas, pero no cejaba en su empeño de buscar alimento.

Al darse cuenta de que la criatura estaba viva, Emanu corrió hasta el cercado de nuevo y ordeñó un poco de leche. Volvió junto a su madre y con un trozo de piel pulida cosió un cono, lo llenó con un poco de agua y otro de leche y cerró la parte superior. Se sentó junto al cuerpo sin vida de su madre y cogió al bebé, puso sobre su boca el pico y dejó que la pequeña chupara las gotas de leche. Pronto, la niña tomó el pico entre sus labios y chupó con fruición emitiendo pequeños sonidos de placer. Emanu sonrió y besó la cabeza sin pelo de la pequeña mientras las lágrimas recorrían su cara.

Sintió una mano en su hombro y levantó la mirada vidriosa, para encontrar a Ilena con la cara marcada también por las lágrimas. No se dijeron nada, ambos sabían que a partir de ese momento sus vidas serían mucho más difíciles si decidía salvar a su hermana, pero ella vio la decisión en los ojos brillantes de él.

La voz de Zarras los sacó del silencio.

—Ve con tu madre a coger frutas —dijo mientras se acercaba—. Deberías enterrarla con ella —habló con tal desprecio que Emanu estuvo a punto de saltar sobre su cuello, pero se contuvo a tiempo.

—Ella está viva —no dijo nada más.

—Como quieras, pero será un estorbo y no creo que sobreviva siendo tan pequeña.

—La Madre Tierra la protegerá —contestó con decisión.

—Espero que no te retractes del trato de unión, porque no pienso devolver ningún regalo —dijo Zarras con desprecio.

—Nuestro pacto sigue en pie. —Emanu estaba muy serio y pensaba a toda velocidad—. Más tarde iré a tu fuego.

Se quedó solo con su hermana dormida en el hombro, acomodó unas pieles cerca de la pared de roca y la dejó dormir envuelta en

ellas. Se volvió hacia su madre muerta y ató la piel que la envolvía con unas tiras. Tras ello, preparó la parihuela con cuerdas atravesadas y luego colocó el cuerpo sobre ellas. Se ató una piel sobre el hombro dejando una bolsa sobre el pecho, metió dentro a su hermana que dormía con placidez, desató a la yegua del cercado y entró con ella para enganchar la parihuela, luego ató sobre su lomo una piel con herramientas.

CAPÍTULO 24
Nacimiento y muerte

Bajó la colina del asentamiento y fue en dirección al disco solar, cerca del río dejó a la pequeña dormida sobre el cuerpo inerte de su madre, y clavó un palo en varios sitios hasta encontrar una tierra blanda. Despacio y con rabia fue sacando tierra, hasta formar un hueco lo bastante grande para meter el cuerpo sin vida de su madre, luego la cubrió y tapó la tierra removida con piedras del río. Al colocar la última, escuchó el grito de su hermana, se la colocó en la piel y se dio cuenta de que tenía hambre de nuevo, puesto que se metía los puños con ansias en la boca y gritaba enfurecida.

Volvió con pasos rápidos hasta la cueva. Primero, sacó un poco de leche y alimentó a la pequeña, cuando se quedó dormida, la dejó sobre su hatillo de pieles junto a la pared, salió a liberar a la yegua, guardó la parihuela y alimentó a los cachorros y al resto de animales. Se dio cuenta de que quedaba poca comida, y pensó en cómo salir a recoger hierbas con un bebé y dos cachorros.

Su mente trabajaba a toda velocidad. Cortó varias ramas finas de un árbol cercano, las limpió de durezas y cortó dos de la misma medida, luego otras tres más pequeñas, las ató entrecruzadas; dos verticales y tres horizontales. Envolvió las horizontales con una piel y ató unas cuerdas en cada vertical en la parte de arriba y la de abajo, así creó unas asas lo suficiente amplias para colar los brazos hasta los hombros. Cogió otra piel y la ató como una bolsa en los palos horizontales, comprobó su fuerza y resistió sus tirones, por lo que cogió dos tiras de piel y las pulió hasta que comprobó que no

cortarían la piel de los cachorros. Una vez terminado, ató una a cada cachorro y luego los sujetó con una cuerda.

Al principio, los animales se quejaron, pero cuando vieron que podían correr con bastante libertad, se distrajeron corriendo y jugando entre ellos.

El muchacho metió a su hermana en la mochila y tras comprobar que estaba bien y nada le podía hacer daño, cogió una calabaza que llenó de agua y leche, se la ató en diagonal al hombro y cogió la cuerda con los dos cachorros. Enganchó la parihuela a una yegua y tiró de los tres animales en dirección al llano.

Fue recogiendo hierbas y poniéndolas en la parihuela, mientras dejaba a las yeguas pastar atadas a un arbusto. Los cachorros se habían dormido a la sombra de un arbusto y su hermana descansaba envuelta en pieles a su lado. Por un momento, el pánico se apoderó de él y comenzó a llorar mientras cortaba y llenaba la parihuela de hierbas. ¿Qué iba a hacer con un bebé tan pequeño? Por no hablar de los dos cachorros que dependían de él para comer. Las cabras eran una ayuda, pero también daban mucho trabajo. No podía dejar la cueva para ir a la gran cacería, y si no iba, no podría cerrar el pacto para la unión con Ilena.

Una idea se plantó en su cabeza, si conseguía convencer a Zarras para que le permitiese la unión antes de la cacería, ella podría ocuparse de su hermana y los animales. Debía intentarlo.

Se secó las lágrimas y cogió a los pequeños, después enganchó la parihuela, se colocó la mochila con su hermana y guardó a los cachorros en la bolsa de piel.

Al volver a la cueva para guardar los animales y su comida, Ilena lo estaba esperando. Él sonrió al verla. Juntos dejaron a las yeguas atadas, llenaron el abrevadero con agua y encerraron a los cachorros en el cubículo dentro de su fuego. Emanu ordeñó a las cabras, sacó dos calabazas llenas de leche y una más pequeña, luego cogió doce huevos que habían puesto las aves y un trozo de pescado ahumado y los metió en una cesta. Dio de comer a su hermana y la metió en la piel colgada de su hombro. Al incorporarse,

le dio la mano a Ilena y entre los dos, llevaron la comida al fuego de Zarras.

En cuanto entraron, Tana fue a ayudarles con la carga, se le quedó mirando al bulto que colgaba cubierto en su pecho, pero no dijo nada.

Zarras se levantó y los observó con mirada dura.

—Al final vas a intentar salvarla. —Negó con la cabeza—. Criar es cosa de mujeres.

—Ella es fuerte y yo también, saldremos adelante —le contestó el joven con firmeza.

—¿Cómo harás para cazar con la criatura en tu pecho?

—Por eso he venido a verte. —Carraspeó—. La situación ha cambiado y necesito que Ilena se venga a mi fuego ya.

—No tienes las pieles y la carne que me prometiste. —Zarras lo miró enfadado—. Imposible.

—Te las daré después de la cacería. Todo seguirá igual, solo que nos uniremos antes de darte el total de los regalos que te prometí.

—Eso no es lo que acordamos. —Se levantó furioso.

—Zarras, llevo varias lunas alimentándote a ti y a tu familia, he sido muy generoso con mis regalos, tanto que incluso has dejado de proveer para tu fuego. Si te retractas del trato, deberás devolver los regalos. —Emanu contuvo el aliento sin dejar de mirarlo.

—¡Pero ese no era el trato! —gritó—. Debías traer pieles y carne, lo demás es una minucia.

—¡Ja! Una minucia que te ha estado alimentando a ti y a tu familia durante tres discos de plata llenos. —Se cruzó de brazos con cuidado de no molestar a su hermana—. Solo con lo que te he dado ya es suficiente para que aceptes nuestra unión. Además, las pieles y la carne que te prometí te las voy a dar, solo que después de nuestra unión.

—Lo pensaré —dijo hosco.

—No hay nada que pensar. —Tana se plantó frente al hombre —. El muchacho tiene razón, nos ha dado más de lo que corresponde y, además, mantiene su oferta de las pieles y la carne. A no ser que quieras buscarte otro fuego, aceptarás que nuestra hija se una a este muchacho —la mujer habló con tanta firmeza que le sonrió agradecido.

—Está bien, pero hasta dos jornadas antes de la gran cacería, no te la daré.

—De acuerdo —contestó sin dudar Emanu.

—Y seguirás trayendo regalos hasta que os vayáis.

—Por supuesto, pero la dejarás venir todos los días a mi fuego para estar juntos. —Sonrió ampliamente esperando la respuesta.

—Solo cuando no tenga trabajo aquí.

El muchacho sonrió y ambos se abrazaron por los hombros. Ilena se acercó a Emanu y cogió su mano, ambos se miraron con alegría. El carraspeo en la entrada al fuego atrajo la atención de todos.

—Gran madre, es un honor tenerte en nuestro hogar.

—No seas zalamero, Zarras, y déjame pasar. —La matriarca entró y se sentó junto al fuego.

—¿Aina, quieres un poco de fruta? —preguntó Tana nerviosa.

—No, gracias. Quiero hablar con vosotros. —Miró a Emanu con intensidad.

—Ilena, acompaña a Emanu a su fuego y le ayudas con la pequeña.

—Sí, madre.

Los jóvenes salieron paseando en dirección a la cueva de Emanu. En cuanto se acercaron los cachorros gimieron. Él los sacó de su corral y los dejó juguetear alrededor mientras Ilena avivaba el fuego. La niña empezó a quejarse y el joven preparó la leche, se sentó junto al fuego y la alimentó con dulzura. Ilena lo observó embobada y sintió hincharse su corazón. Era un buen hombre, de

trato cariñoso y dulce, además de trabajador y, por supuesto, en su mente vivían montones de ideas para mejorar la vida.

Zarras miró fijamente a la gran madre en espera de que hablara, mientras su mujer conversaba con ella de trivialidades. Puede que fuera bruto, pero no tenía nada de tonto, prueba de ello era la cantidad de regalos que le estaba trayendo el muchacho, solo para poder unirse a la escuálida de su hija.

Se frotó las manos con anticipación y le preguntó directamente.

—Dime, gran madre, lo que te ha traído hasta nuestro fuego.

—Quiero hacer una propuesta para la unión de mi hijo Caleb con tu hija.

—Aina, eso no será posible, Emanu ya ha cerrado el trato con nosotros —Tana la miró nerviosa—, y no podemos devolverle todos los regalos que nos ha hecho.

—Me dijeron que el trato no se cerraría hasta que volviera de la gran cacería.

—Pero eso cambió al quedarse solo con su hermana. Necesita una mujer que lo ayude a atenderla mientras se va a la gran cacería. —Tana intentó dar fuerza a sus palabras.

—¿Y eso qué os importa? —dijo irritada mirándolos muy seria —. Caleb es mejor partido que ese desarraigado, no podéis dejar pasar esta oportunidad.

—Pero gran madre, si reniego del trato tendré que devolver los regalos a Emanu y no los tengo —se quejó Zarras.

—Podemos encontrar una forma de que no tengas que hacerlo —Aina bajó la voz—. En todo caso, puedes dejarme a mí la devolución.

—No te entiendo, gran madre. ¿Me estás diciendo que pagarás todos los regalos que me ha dado Emanu?

—Además de darte pieles y carne para tu fuego —dijo, complacida por la atención del hombre.

—Lo malo es que Moses fue testigo del trato, y ya sabes que él no se callará. —Zarras se sentía cada vez más enojado por haber cerrado el trato con Emanu.

—Deja el asunto en mis manos y no te arrepentirás.

Aina se levantó y se marchó antes de que pudiesen decir nada más. Al verla alejarse, Tana se volvió muy seria hacia su hombre, sentía rabia por cómo se había comportado con la gran madre. Había vendido a su hija y abochornado a su propio hogar. Al desistir del trato con Emanu, los había puesto en una situación complicada, sobre todo cuando el chamán pidiese explicaciones.

Sin poder contenerse le dio un coscorrón.

—Eres una desgracia de hombre. ¿Por qué has aceptado su propuesta?

—Solo hago lo mejor para nuestro fuego, estar emparentados con la gran madre es mucho mejor que estarlo con ese muchacho desarraigado —le contestó furioso.

—¿No te has dado cuenta de que tu hija siente algo por él? Eres idiota, si piensas que ella hará algo por ti cuando se vaya al fuego de la gran madre.

—Vaya si hará todo lo que le diga, por algo soy su padre.

—Menudo padre. Pues ya puedes buscar una cabra para conseguir la leche que necesita Mur. Tampoco has pensado en eso, ¿verdad? Además, tendrás que salir a buscar la comida a partir de ahora, somos muchas bocas para alimentar y llevas sin hacerlo desde que Emanu hizo el trato contigo.

—No me agobies, mujer. —Se levantó con rabia y se marchó.

—No te vayas muy lejos, que tienes que explicarle a tu hija que tendrá una nueva pareja —le gritó ella a su espalda, pero solo tuvo un bufido por respuesta.

Ajenos a los nuevos acontecimientos en el fuego de Zarras, los dos jóvenes compartieron carne asada mientras la pequeña dormía en las pieles, los cachorros estaban tumbados a sus pies durmiendo también.

—¿Cómo la vas a llamar?

—Sonja. —Le dedicó una sonrisa triste—. Es igual que mi madre.

—Es cierto, aunque sus ojos son como los de Dar, grises como la tormenta.

—Tienes razón. Espero que, además, tenga el mismo valor que él; eso la convertirá en una guerrera.

Ilena miró hacia fuera y vio el rojo reminiscente cuando se oculta el disco solar, se levantó con prisa para despedirse y él lo hizo también.

—Muchas gracias por ayudarme. —Se acercó a ella y la cogió por la cintura—. ¿Vendrás mañana?

—En cuanto me despierte, vendré a ayudarte.

Sus bocas estaban casi juntas. Mientras se miraban fijamente, tragó saliva y sin poder resistirse, la besó. No fue un beso pequeño, sus labios se apropiaron de la suavidad de su boca, se pasearon despacio entre ellos hasta que la joven le dejó entrar. Sus lenguas se encontraron y saludaron mientras ambos gemían y se apretaban.

Él la soltó respirando con dificultad mientras sentía los locos latidos de su corazón. La miró a los ojos pidiendo perdón y le dio un beso en la frente, luego la obligó a darse la vuelta y le dio una palmada en el trasero. Ella giró la cabeza para sonreírle y corrió a su fuego antes de que viniese alguno de sus hermanos a buscarla.

Al entrar, se encontró a su madre acunando a Mur, junto a ella en el suelo estaba el cono de alimentación. Lo recogió para limpiarlo y se dio cuenta de que estaba llorando en silencio.

—Madre, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras? —preguntó mientras se inclinaba sobre ella y la abrazó.

—Tu padre que es tonto —contestó hipando.

—¿Qué ha hecho ahora? —Cogió a Mur dormido y lo dejó en las pieles.

—Que te lo explique él cuando vuelva. —Se tumbó en las pieles junto a su hijo mientras sus hombros se sacudían en un llanto silencioso.

Al no recibir más explicaciones, Ilena se tumbó en sus pieles y se quedó dormida casi de inmediato mientras rememoraba el beso de Emanu. Todo su ser estaba revuelto y sentía que en su interior se acumulaba una presión indescifrable. Soñó con él, con lo que le hacía sentir y en la vida tan dichosa que le esperaba a su lado.

Despertó antes que nadie en su cueva, y se marchó silenciosa hasta la de Emanu para ayudarle a atender a la pequeña Sonja, mientras él se centraba en los animales. Al llegar, el joven ya estaba dándole la leche, la soltó cuando terminó y ella le cogió el cono, lo limpió con un poco de agua y observó cómo se ponía a la niña en el hombro, dándole palmaditas en la espalda hasta que un sonoro eructo retumbó por la cueva. Dejó a la pequeña sobre las pieles y le dio un breve beso a Ilena.

—Voy a atender a los animales antes de que te vayas. —Volvió a besarla y salió de la cueva en dirección a la empalizada.

Aprovechó para cambiar la ropa de la pequeña que ni se inmutó mientras la manipulaban, los cachorros lloriqueaban a sus pies, atados a un palo con una cuerda lo suficiente larga para que corrieran. Ella volcó un poco de leche en su calabaza y los dos se la bebieron con ansias.

Se dio cuenta de que había varias pieles sucias en una esquina. Estaba claro que él cuidaba muy bien de su hermana, pero en cuanto a limpieza, no se esmeraba tanto. Metió a la pequeña en la bolsa y guardó las pieles sucias en un canasto, más tarde cogió las cuerdas de los cachorros y salió de la cueva en dirección al río. Al llegar, dejó a la pequeña a su lado mientras ataba a los cachorros a un tronco cercano para que jugasen. Frotó las piezas sucias con hierba de la orilla y luego sumergió las pieles volviendo a frotarlas en el agua fría, cuando vio que estaban limpias, las metió en el canasto y se colgó a la niña. Al pasar junto a los cachorros, tomó su cuerda y emprendió la subida a la cueva.

Al verla subir cargada, Emanu corrió a su encuentro y tomó el canasto y la cuerda de los perros, para acompañarla de vuelta a su fuego. Al entrar, la muchacha observó que se calentaba sobre el fuego un recipiente extraño, se acercó y vio que estaba lleno de leche.

—¿Qué es eso?

—Un caldero de fuego —respondió sonriente mientras dejaba a la pequeña en las pieles—. Lo hice yo y sirve para calentar la comida cuando hay líquidos. Mira. —Cogió el caldero con dos pieles y lo dejó en el suelo, llenó dos cuencos de arcilla con la leche y les añadió un puñado de cereales triturados—. Toma, pruébalo, te gustará.

Ella bebió el líquido espeso en que se convirtió la leche tras añadirle los cereales y se sorprendió del sabor, lo terminó con ganas mientras le sonreía complacida.

—Te he preparado una calabaza de leche y huevos, además he cogido un poco de pescado ahumado.

—No hace falta que nos des toda tu comida, padre puede salir a cazar —contestó avergonzada, sabiendo que Zarras no saldría de caza mientras tuviera comida en su fuego.

—No quiero que te falte nada, además tu ayuda tiene mucho valor para mí, es normal que te recompense.

—No digas eso delante de mi padre o te pedirá más.

—Y yo lo pagaría con gusto. —Se acercó a ella y la besó en la frente—. Pero no se lo digas o no tendré un momento de respiro. —Se carcajeó.

—Me he ausentado mucho, debo volver antes de que me regañen.

—Ven cuando tengas un respiro. —Le dio un pequeño beso y la dejó marchar a desgana.

La muchacha corrió hasta su cueva, cargada con la comida que le había dado Emanu y se quedó parada al ver a sus padres esperándola. Nerviosa, dejó la leche y la canasta a sus pies para explicarse.

—He salido a por la leche para Mur, y Emanu me ha dado también huevos y pescado ahumado.

—Que sea la última vez que vas al fuego de Emanu. —Las palabras de Zarras la golpearon como si fuese un puño.

—¿Por qué? En el trato me permitían ir a ayudarle.

—He hecho otro trato —contestó muy serio.

—¿Otro trato? ¿Con quién? No puede hacer eso, ¿verdad madre? —Se volvió desesperada hacia Tana.

—La gran madre ha pedido tu unión con su hijo Caleb.

—¿Estás loco? Es un pervertido —exclamó sin poder callarse.

—Cierra la boca, es el hijo de la gran madre, guardián de la tribu, jefe de caza y tú serás su mujer —sentenció Zarras antes de salir del fuego familiar, enfadado.

La muchacha miró con miedo a su madre en espera de una explicación, al ver que ella seguía callada respiró hondo antes de hablar.

—Madre, no puede ser, Emanu ya nos ha cubierto de regalos y da por hecho que nos uniremos antes de la gran cacería, él… —Miró a su alrededor y bajó la voz—. Él me necesita y yo le quiero.

—Lo sé, hija, pero ya sabes cómo es tu padre. La gran madre le ofreció devolver los regalos de Emanu, y no creas que nos dará más pieles y carne —negó con la cabeza—, nos dará la misma cantidad. Pero tu padre piensa que es mejor pertenecer a la familia de la gran madre.

—Si me obliga a emparentarme con Caleb, renegaré de él. Nunca le daré nada, ni, aunque se esté muriendo de hambre. —Enfadada, se volvió y cogió la ropa sucia de Mur para ir a lavarla—. Voy a limpiar esto —dijo con brusquedad mientras salía corriendo de la cueva.

Apenas veía por donde iba, las lágrimas le impedían ver, hasta que cayó de rodillas al tropezar con una rama en el suelo. Se dejó llevar por el llanto y se hizo un ovillo en la tierra. La desesperación arraigó en su pecho mientras el dolor la embargaba. Nunca se había

sentido tan mal, era tan grande el dolor que sentía náuseas. Su cuerpo temblaba sin control, Ilena no quería levantarse, no quería saber nada de nadie.

Sintió unos brazos en su cintura que la levantaban y se incorporó asustada, era Caleb quien la ayudó a ponerse en pie y la acercó a su cuerpo para abrazarla, pero ella le dio un empujón y se apartó furiosa.

—¡No me toques! —Apenas podía contener el llanto, pero se tragó las lágrimas, no quería que él viese su debilidad.

—Lo siento. ¿Te hiciste daño al caer? —Se veía realmente preocupado.

—¿Y a ti qué más te da? —respondió airada, se sacudió el polvo de las pieles y caminó lo mejor que pudo en dirección al río.

—Por si no te lo han dicho, tus padres han aceptado nuestra unión.

—¿Y? —Se puso en marcha hacia el río, ignorándolo.

—Deberías ser más amable conmigo.

—¿Y? —continuó su marcha sin mirarlo.

—Pensé que eras una chica dulce, pero estás llena de espinas —se quejó el hombre.

—Pues ve acostumbrándote. —Se arrodilló en la orilla del río y limpió las pieles con hierba de la orilla para luego terminar en el agua. Al levantarse con su canasta llena de ropa limpia, él seguía mirándola apoyado en un árbol cercano.

—¿Puedo ir a tu lado?

—¿Quién soy yo para impedirte ir por donde quieras? —Con pasos rápidos, intentó alejarse de él mientras volvía a la cueva.

—¡Está bien, tú ganas, me iré por otro camino! —Caleb dio la vuelta y la dejó volver sola.

En cuanto escuchó que la dejaba, Ilena suspiró y caminó más despacio. No tenía prisa por volver a su fuego, sus padres la habían

traicionado y a partir de ese momento haría lo justo para ayudar, y siempre pensando en sus hermanos.

Una presión en el pecho la hizo detenerse. ¿Cómo alimentaría su madre a Mur? Porque si renegaba del trato con Emanu él no tendría ninguna obligación de proveerles, es más podría exigir todo lo que les había dado.

Al darse cuenta de que estaba cerca de la empalizada de los animales de Emanu, agachó la cabeza y corrió a su fuego; la vergüenza y el dolor por su pérdida no le permitían verlo. Al entrar se lo encontró de frente, echó la cara hacia otro lado y corrió antes de que él pudiese cogerla.

Alterada, dejó la canasta en el suelo y colocó las pieles de Mur a secar mientras miraba de reojo a su madre. Vio que le estaba dando de comer al pequeño y se indignó.

—De modo que Emanu no es bueno para unirse a nuestra familia, pero tú bien que aceptas su leche para alimentar a Mur sin dar nada a cambio. —Negó con la cabeza—. Me avergüenzo de vosotros.

—¿Qué quieres que haga? Si le devuelvo la leche, tu hermano morirá de hambre. —Tana la miró furiosa.

—No esperes que vuelva a pedirle más. —La miró furiosa—. A partir de ahora, no contéis conmigo para nada, trabajaré por mi alimento y poco más, hasta el día que tenga que ir al fuego de Caleb.

—No seas así, hija, yo no quería —lloriqueó su madre.

—Pero igual lo permitiste. —Le dio la espalda—. Tú misma has quitado el alimento a tu hijo, espero que puedas dormir con eso.

—No me digas esas cosas —lloró su madre—. No quiero esto más que tú, pero no pude convencer a tu padre.

—Déjalo, madre, tú y yo sabemos que padre exprimirá a quien sea para no trabajar, por eso aceptó el trato con Emanu y ahora, buscando mayor recompensa, lo ha negado para cambiarlo por la promesa con la gran madre.

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué lloras, Tana? —Zarras se frotó la barriga mientras se dejaba caer junto al fuego.

—Tu hija renegará de nosotros en cuanto se vaya con Caleb y dice que trabajará lo justo para contribuir por su alimento —le gritó la mujer con furia—. ¿Te parece que puedo estar tranquila ante esto? Y para colmo, Mur necesita la leche de cabra de Emanu. —Lo miró llorosa—. ¿Qué has traído tú a nuestra familia para comer?

—No montes pelea —rugió Zarras—. Hay leche para el niño y comida para nosotros, dime, ¿para qué voy a cazar o pescar? Mañana saldré a buscar algo —sentenció.

—¿Y la leche? Cómo la vas a conseguir, porque no creo que el muchacho te la dé cuando se entere de que reniegas del trato.

—La canjearé igual que hacen otros, ahora dame algo de comer que me ruge el estómago —gruñó el hombre enfadado.

—Cógelo tú mismo, yo estoy alimentando a mi hijo.

Ilena no soportaba más estar allí, cogió la cesta y salió en busca de frutas, los ojos anegados en lágrimas otra vez, mientras pensaba en un futuro incierto. Había escuchado a otras mujeres hablar de Caleb, decían que lo habían visto haciendo con un chico lo que hace un hombre con una mujer. No sabía a qué se referían, pero tampoco quería descubrirlo, solo de pensar en que la tocara le daban ganas de vomitar.

Encontró bayas de matorrales bajos, las recolectó mientras su mente seguía dando vueltas a su situación. Descubrió un manzano y recolectó todas las frutas que pudo, pensando en los caballos de Emanu. Se dio un bofetón mental, no debía pensar en él, pero ¿cómo no hacerlo? Desde que pidió su unión, ella no hizo otra cosa más que pensar en él. Observarlo, aunque fuera de lejos, le satisfacía, pues admiraba su ingenio.

Se le escapó un gemido de resignación mientras se obligaba a no pensar en él.

No sabía qué sería de su vida, no conocía a Caleb más allá de los pocos encuentros casuales que había tenido. El hecho de que la

buscase, la hizo temer algún plan oculto; algo le molestaba del hijo de la gran madre y no era solo lo que había escuchado. Al mirarlo a los ojos, sentía que la oscuridad se la tragaba. Además, era bastante más mayor que Emanu, era raro que un hombre de tantos inviernos no estuviese unido aún.

Los cotilleos de las mujeres mientras recolectaban volvieron a hacerse eco en su cabeza. Se le escapó un sollozo y lo contuvo antes de volver a llorar.

—¿Por qué me rehúyes? —Emanu estaba frente a ella.

—No deberías buscarme —susurró conteniendo el llanto.

—¿Qué pasa? ¿He hecho algo mal? —Él le cogió el cesto y lo dejó en el suelo.

—Deberías venir a mi fuego para hablar con mi padre. —Cogió el cesto de frutas y volvió a la cueva casi corriendo.

Al llegar a su cueva, la muchacha miró hacia atrás y vio a Emanu detrás de ella, se apartó con rapidez y dejó el cesto al fondo de la cueva, cogió a Mur de los brazos de su madre y se sentó con él mientras Emanu enfrentaba a sus padres.

—Zarras, quiero saber por qué mi futura compañera me esquiva, y al hablar con ella, me dice que tú tienes algo que comunicarme —preguntó con su cara convertida en una máscara.

—He decidido no continuar con nuestro trato —contestó con seguridad Zarras.

—Tendrás una poderosa razón para renegar de él. —Miró a la muchacha sentada al fondo y tragó saliva.

—La gran madre me ha hecho una oferta mejor que la tuya y la he aceptado.

—No puedes hacer eso, ante testigos aceptaste mi unión con tu hija, por eso llevas muchos discos de plata cogiendo mis regalos —dijo con rabia—. De hecho, te he provisto de tanta comida que has dejado de proveer para tu fuego.

—La gran madre te lo repondrá todo, por eso no te preocupes.

—No me preocupa eso, lo que me preocupa es que vendas a tu hija a cualquiera cuando yo he llenado tu fuego de comida para sellar nuestra unión.

—Tú eres un desarraigado, no tienes lazos familiares salvo esa niña con escasas probabilidades de supervivencia. —Tomó aire Zarras—. En cambio, Caleb está ligado a la gran madre, es guardián de la tribu y jefe de caza. La unión de mi hija a su fuego familiar nos beneficiará a todos.

—No te equivoques, padre, si me uno a Caleb renegaré de ti y de este fuego familiar —gritó Ilena furiosa.

Durante un momento se quedaron todos callados. Ante la declaración de la muchacha, Emanu dejó ver una pequeña sonrisa y le guiñó un ojo, mientras Zarras se puso colorado y sus fosas nasales se inflaron como un toro al ataque. La señaló con un dedo acusador y bufó, mientras buscaba las palabras para hablar con la terca muchacha.

—Tú…,tú no puedes hacer eso. —Cogió aire con dificultad—. Si he aceptado ese trato ha sido por ti, porque estarás mejor como la mujer de Caleb que con este desarraigado.

—Si tanto te gusta Caleb, únete tú a él, seguro que serías más de su agrado que yo. —Ilena golpeó el suelo con furia.

—¡Ingrata! Casi trece inviernos alimentándote para que muerdas la mano que te crio. —Zarras estaba cada vez más colorado, las venas del cuello resaltaban dolorosamente mientras sus ojos saltones parecían salirse de sus cuencas.

—Está claro que has decidido romper nuestro trato de forma unilateral, ya que Ilena no está de acuerdo contigo. —Emanu lo miró muy serio—. No me queda más alternativa que buscar al consejo y denunciar tu falta. —Miró a Ilena frente a él con su hermano en los brazos—. No temas, Tana, seguiré mandándote leche para Mur, a pesar de la falta de tu hombre.

—Muchas gracias, Emanu, yo tampoco estuve de acuerdo con el trato que hizo con la gran madre. —A Tana se le escaparon las lágrimas de los ojos.

—Lo sé. —Miró a Ilena y se dio la vuelta—. Tendrás noticias del consejo.

El joven salió y los dejó sin mirar atrás, acarició a su hermana dormida contra su pecho y emprendió el camino hasta la cueva del chamán, necesitaba hablar con él para que le aconsejara, aunque su cabeza daba mil vueltas con los últimos acontecimientos. Lo encontró pintando las paredes de su cueva; estaba preparando los augurios para la gran cacería y se le veía absorto en perfeccionar las imágenes.

—Chamán, necesito tu consejo y ayuda. —Emanu estaba pálido cuando llegó al fuego.

—¡Ah, joven Emanu! ¿Cómo está la criatura? —El anciano le cogió el brazo y le indicó que se sentase.

—Está bien, come sin problemas y duerme mucho, lo que demuestra que de momento está sana.

—Bien bien. Me alegro, hijo. —Lo miró sonriente—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Zarras ha renegado de nuestro pacto y ha aceptado la unión de Ilena con Caleb. Ella no está de acuerdo y Tana tampoco, pero la gran madre le ha dicho que me devolverá toda la comida que he proveído para su fuego. Dime que podemos anular el segundo trato.

—Ese hombre es una desgracia para esta tribu. —Moses se puso en pie—. Ahora mismo iré a reunir al consejo. —Se volvió hacia el muchacho con una sonrisa tranquilizadora—. Sigue con tu parte del trato y no hables de esto con nadie.

—Gracias, chamán. —Emanu acarició el pequeño bulto que colgaba en su pecho y se marchó con cara de alivio.

Cuando cayó la oscuridad, el joven aún estaba atendiendo a las bestias, de su espalda colgaba una bolsa con cereales que había recogido de su parcela, mientras los cachorros jugaban alrededor de sus piernas estirando la cuerda que los sujetaba. Algunas veces rodaban sobre sí mismos y él reía con sus travesuras.

Dejó a un lado de su fuego la bolsa del grano y colocó a su hermana sobre las pieles. La pequeña desprendía un gran olor a heces, le quitó la piel que tapaba el culete y con asco la tiró lo más lejos posible de su lugar de descanso. Limpió y acicaló a la niña, después la alimentó y la tumbó para que durmiera.

Estaba dando vueltas al interior del caldero, donde había echado algunas hierbas y carne tal y como lo hacía su madre. Una lágrima refrescó la mejilla caldeada por el calor que emanaba del fuego y la secó sin darle importancia. Su cabeza se giró hasta el nido de pieles donde descansaba su hermana, a pesar de todo lo que estaba pasando tenía sus prioridades, por eso le urgía aclarar sus derechos sobre el trato con Zarras. Si no podía ir a la gran cacería, este invierno sería muy duro, aún con la reserva de leche y huevos.

—¿Puedo pasar? —La voz de Ilena le sacó de sus pensamientos.

—¿Te han permitido venir? —La miró con ansias, pero se contuvo de tocarla.

—Madre lo sabe y padre salió antes de que se oscureciera el cielo.

—Si necesitáis más leche puedo darte solo un poco, no quiero dejar a Sonja sin nada.

—No, gracias, solo quería hablar contigo, pedirte perdón por no contarte lo del nuevo trato.

—No tienes porqué, sé que fue cosa de tu padre.

—Pero yo debí hablar contigo en vez de esconderme.

—Dime la verdad, ¿a quién prefieres? —preguntó con los dientes apretados.

—A ti, por supuesto. —Ella se le acercó dudosa—. Si quieres, dejaré mi fuego para venir ya contigo, desafiaré a mis padres.

—No, es mejor que sigamos las reglas, Moses va a reunir al consejo. No creo que debamos hacer nada drástico de momento. —Apartó el caldero cogiéndolo con unas pieles en las manos—. ¿Quieres comer conmigo?

—Huele muy bien. —Le sonrió con sinceridad.

Él le sirvió una buena porción en su cuenco y se sirvió los restos, ella negó y le cambió el recipiente, sonriente. Emanu intentó devolverlo de nuevo mientras reían, pero ella lo acercó a su pecho y comenzó a comer el rico estofado mientras lo amonestaba.

—Has estado trabajando duro todo el día, debes comer bien por la noche y reponer fuerzas.

—Tú también has trabajado mucho, tu cuerpo es tan delgado que necesitas la comida más que yo. —Intentó de nuevo cambiarle el cuenco sin éxito.

Sentados uno frente a la otra, comieron en un silencio extraño hasta que terminaron sus raciones. Ella olió la piel sucia y arrugó la nariz, fue olfateando hasta encontrar la procedencia del ofensivo efluvio y lo cogió. Sin decir nada más, salió de la cueva y frotó los restos junto a un árbol que había delante, restregó bien los restos de la piel y volvió al lugar con el pañal, no limpio, pero al menos sin ese horrible olor.

—No se me había ocurrido hacer eso. —Sonrió avergonzado.

—Tener cuatro hermanos pequeños me ha enseñado mucho sobre estas cosas. —Rio nerviosa.

—Eres preciosa —dijo sin preámbulos—. Desde la discusión, he tenido el corazón encogido. Te quiero a mi lado desde el primer momento en que te vi, he estado esperando con ansias todo este tiempo, y lo que ha pasado… —Negó con la cabeza, frustrado—. ¿Vendrías conmigo, aunque tuviésemos que dejar la tribu?

—Sí.

—Piénsalo bien, dejarías a tus hermanos, tu madre, tu familia. Puede que nunca más volvieras a verlos. —Observó su cara sin perder ni un solo gesto.

—No tengo nada que pensar. Es cierto que me dolerá dejarlos, pero desde el momento en que mi padre dejó de pensar en mí para obtener un mayor beneficio con mi unión, los remordimientos abandonaron mi mente. —Le devolvió la mirada con franqueza—.

Siento algo muy fuerte por ti y siempre he sabido que abandonaría mi fuego familiar para tener el mío. Desde el momento en que me elegiste y yo te acepté, solo he pensado en nosotros como familia.

Se levantó deprisa y la estrechó entre sus brazos, era pequeña y su cabeza apenas le llegaba al pecho, pero no le importaba. El olor a aire, hierba y algo dulce inundó sus fosas nasales y le hizo salivar. Levantó la cabeza y la besó con pasión, no pensó que alguien podría entrar a su cueva, ni que les pudiesen observar, solo quería estrecharla entre sus brazos y perderse en su cuerpo. Sus bocas se movieron sin miedo, ella le dejó entrar y comenzaron una danza de lenguas que les arrancó gemidos de placer. Emanu se apartó a desgana, apoyó su frente en la de ella y soltó poco a poco el aire de los pulmones.

—Será mejor que vuelvas a tu fuego. —La soltó con reticencia —. Ven mañana a por la leche de Mur.

—Lo haré, y deja las pieles de Sonja para que yo las lave. —Se empinó y le dio un pequeño beso en la barbilla antes de salir corriendo.

El muchacho se acostó junto a su hermana y se durmió en cuanto cerró los ojos. No le resultó extraño que su sueño fuese invadido por paisajes de montañas, viaje, cansancio y la promesa de un lugar donde montar su fuego familiar y crear una nueva tribu.

Despertó cuando Sonja comenzó a lloriquear y no le dio más importancia al sueño, cambió la piel de la pequeña y tomó la leche aguada para llenar el cono de alimentación. Mientras la niña bebía con ganas, él se perdió en su sueño. ¿Realmente sería tan malo volver a viajar?

Hacía más de dos veranos que terminó el viaje con su madre, pero solo ellos llegaron al poblado; en el camino se fueron quedando ancianos y niños. Los hombres de su tribu no volvieron tras una gran cacería y después de esperar varias lunas, el hambre y el miedo los hizo moverse en busca de una tribu que los acogiera.

La habían encontrado, pero desde el principio la gran madre desconfió de ellos, y solo cuando Dar se unió a su madre sintió que

los aceptaban. Cierto que el poblado estaba lleno de hombres y mujeres de aspecto extraño, y que eran mucho más rústicos que ellos, pues apenas tenían utensilios, no sabían nada del cobre ni de utilizar animales para no tener que moverse con los vientos. Sus cultivos eran escasos, por lo que su dieta era principalmente de carne y pescado frescos. Cuando construyó el ahumadero y demostró la forma de conservar carne y pescado para las épocas en que escasearan, fueron renuentes, pero finalmente aceptaron la carne ahumada. Las cabras supusieron una gran hazaña para Emanu, cuando las capturó y encerró en su empalizada todos le observaban escépticos, y como otras veces, reconocieron su utilidad. Lo mismo ocurrió cuando atrapó las aves y las guardó en jaulas para alimentarse de sus huevos.

Se le escapó un suspiro al comprobar que si era necesario volvería a viajar en busca de otra tribu. Ilena era la mujer de su vida, aquella por quien su corazón latía.

—Hola —Ilena saludó con alegría.

—¿Dormiste bien? —Emanu se levantó y dejó a la niña en las pieles.

—Ajá. —Le sonrió, comenzó a reunir todos los utensilios sucios y los metió en la canasta junto con los pañales sucios de Sonja.

—Voy a atender a los animales. —Cogió a los cachorros y se los llevó con él.

Ella se colocó la bolsa para colgar a la niña en su pecho, cogió la cesta con lo sucio y bajó al río mirando al suelo para no tropezar. Como otras veces dejó a la niña junto a ella y lavó primero las pieles sucias de la pequeña, las frotó bien con la hierba de la orilla y las dejó estiradas sobre unos arbustos, luego limpió el caldero y los cuencos frotándolos con tierra, los aclaró en la corriente del río y dejó escurrir un poco el agua boca abajo.

Volvió a coger a la niña y recogió todo en la cesta.

CAPÍTULO 25
Caída del sueño

Al acercarse a la cueva, vio a Emanu que entraba con varias calabazas, le sonrió al ponerse a su lado y se fijó en que llevaba la leche para los niños, además de una bolsa de piel. Los cachorros le seguían saltando entre sus piernas mientras él les regañaba, aunque su gesto era divertido.

Dejó la cesta a un lado y luego puso a la niña sobre las pieles, ella se volvió para ayudarlo, pero él ya había soltado toda su carga.

—Toma. —Emanu le tendió una calabaza llena de leche y un hatillo de piel con huevos—. Espera y te traigo unos peces ahumados.

—No lo hagas. —Le sujetó el brazo—. Con la leche y los huevos es suficiente.

—El chamán me ha dicho que siga entregando mis regalos como si nada hubiese pasado —contestó y le sonrió, después le dio un beso tierno—. No quiero que pases hambre.

—Pero ¿qué pasará si el consejo acepta la ruptura del trato? —Ilena negó con la cabeza—. No seas tan generoso con nosotros, yo no lo tendré en cuenta si lo haces.

—Hazme caso, mujer lleva la comida a tu fuego. —Le guiñó un ojo—. Ya hablaremos más adelante de tu manía por llevarme la contraria.

Ella sintió cómo el calor subía hasta su cara, tragó saliva y sonrió avergonzada, pero el hecho de que él la incluyese en su

futuro, le hizo sentir tan bien que, sin pensarlo, le dio un beso y salió corriendo con la leche y los huevos.

Al llegar a su cueva, Ilena miró a su madre incorporarse en las pieles donde dormía, su padre todavía roncaba con fuerza. Se sentó junto al fuego y avivó las llamas, luego preparó el cono de leche para Mur y le cogió el pequeño a su madre. Mientras el niño tragaba con fuerza, esta se sentó a su lado.

—También te ha dado huevos —dijo en voz baja Tana, al destapar el hatillo junto a la leche.

—Sí, y quería darme pescado, pero no lo he aceptado. —Miró a su madre—. Al menos hasta que no se aclare si su trato sigue adelante o el consejo acepta la ruptura de padre.

—Es un buen hombre: trabajador, valiente, ingenioso y cariñoso —miró hacia las pieles donde roncaba su hombre—, si el consejo acepta la ruptura, deberíais iros de aquí. No permitas que tu padre te entregue contra tu voluntad.

—Gracias, madre. —Ilena dejó caer unas lágrimas—. Llegado el caso lo haré, aunque me duela dejaros.

—Solo quiero lo mejor para ti. Te mereces ser feliz y sé que con Emanu lo serás. —Apretó la pierna de su hija—. Aunque no volvamos a vernos siempre estaré contigo.

—¿Qué cuchicheáis vosotras? —Zarras se puso en pie entre ellas.

—Le estaba diciendo a tu hija, que Emanu es un buen hombre al seguir dándonos alimentos. —Miró ofuscada al suyo—. Sobre todo, después de tu traición.

Sin esperarlo, Zarras le dio un bofetón en la cara a su mujer. Tana se cubrió el golpe con la mano y miró asustada a su hombre. Ilena soltó un grito al ver a su padre golpearla, se levantó de un salto y dejó al niño con cuidado en las pieles.

—¿Cómo te atreves a golpearla? —Ilena abrazó a su madre mientras le quitaba la mano de la cara para ver el daño—. Sabes que la gran madre no tolera esa conducta. ¡Te denunciaré!

—Tú. —La señaló con el dedo y sin pensarlo, la cogió del pelo para apartarla de su madre—. Maldita mujer, todo esto es culpa tuya.

La levantó tirando del pelo y la tiró contra la pared de la cueva, ella puso las manos para no golpearse la cabeza, aunque cayó de rodillas junto a su hermano, que se despertó y lloró asustado por los gritos. Zarras sacudió el mechón que se le quedó en la mano y fue a cogerla de nuevo, pero Tana se lanzó sobre su espalda y le mordió en la oreja. Él gritó con rabia y se sacudió a la mujer. Intentó coger de nuevo a la chica, pero ella salió corriendo; solo había un sitio a donde ir.

Entró al fuego de Emanu y se asustó al no verlo. Salió de la cueva y corrió a la empalizada donde él guardaba sus animales, pero tampoco estaba allí. Asustada por si su padre la encontraba, bajó hasta la zona de cultivos. Le vio a lo lejos y lanzó un grito, no sabía si de miedo o de alegría.

Al llegar junto a Emanu, se abrazó a él sorprendiéndolo. Su respiración agitada no le permitía hablar, lloraba sin control; ya no tanto de dolor físico, sino por ver la bestia en que se había convertido su padre. No entendía nada, siempre fue un hombre pausado y trabajador, solo después de dejar de salir a proveer a la familia, su carácter se había vuelto hosco y malhumorado, aunque jamás había golpeado a su madre.

—¿Qué ha pasado, Ilena? ¿Por qué estás llorando? —Emanu la abrazó y acarició sus hombros mientras le daba besos en la cabeza.

—Padre se ha vuelto loco —respiró hondo—, ha golpeado a madre y a mí me ha lanzado contra la pared de piedra. —Le apretó con fuerza—. Tienes que venir a ayudar a madre. —Volvió a llorar.

—Coge a los cachorros.

Corrió de vuelta a la cueva y colgó la bolsa de cereal en la empalizada, al verla corriendo con la cuerda de los cachorros, se la quitó y entró cargado con ellos al corral interior de la empalizada. Le pasó la bolsa con la niña y al pasar por su fuego la dejó en él. Ella fue a protestar, pero él se negó.

—Voy a ver lo que pasa. —Le dio un beso en la frente—. Cuida de Sonja.

—Voy a por el chamán, él pondrá orden.

—Está bien, busca también a la gran madre.

Se separaron en la gran galería y ella fue en busca del chamán mientras Emanu se dirigió al fuego de Zarras. Al acercarse, escuchó los gritos de dolor de Tana y corrió hacia el fuego. Cuando entró, se paró en seco al ver al hombre golpeando a Tana sin piedad, la mujer estaba hecha un ovillo en el suelo. Emanu lo empujó para apartarlo de ella, haciendo que cayera sobre su trasero, tenía los ojos desorbitados y de la boca le caían hilos de saliva espumosa.

El muchacho ayudó a Tana a incorporarse, pues la mujer lloraba con fuerza. Entonces, vio que en sus brazos tenía a Mur y que el niño no emitía sonido alguno. Se le escapó un gemido de pena al darse cuenta de que el pequeño, probablemente estuviera muerto, pero no pudo hacer nada más, Zarras lo agarró del hombro y le dio un puñetazo; el golpe lo pilló desprevenido y se le cortó el aire. Al ver que el hombre se preparaba para lanzar otro golpe lo esquivó con agilidad, mientras ponía detrás de él a Tana. La mujer lloraba ajena a lo que ocurría a su alrededor.

El hombre fue a golpearlo de nuevo y Emanu lo esquivó, buscó algo con lo que mantenerlo alejado y cogió un palo de leña, lo extendió entre su agresor y él. Ambos dieron vueltas tanteándose mientras el llanto de Tana los envolvía con un sonido macabro.

El grito en la entrada los paralizó a ambos, se volvieron para encontrar a la gran madre, el chamán y varios guardianes de la tribu. Emanu descubrió detrás de ellos a Ilena; esa pequeña distracción la aprovechó el otro para darle un puñetazo en la cabeza. El grito lo alertó, pero no fue capaz de esquivar el golpe, y sus ojos se cerraron escuchando el ruido de gruñidos y más golpes.

Ilena vio cómo los guardianes de la tribu reducían y ataban a su padre enfurecido, siguió escondida detrás del chamán por miedo a que se soltase y la golpease a ella también. No podía ver lo que

ocurría más allá de la pelea con su padre, pero al no ver a Emanu y a su madre se asustó.

Por fin cesaron los gruñidos y ruidos de pelea y la gran madre se abrió paso hasta los guardias. Ilena entró detrás de ella y vio a su padre con varios hombres sobre su espalda, tenía los ojos cerrados en una mueca terrorífica.

Sin embargo, lo que la hizo entrar en pánico fue ver a Emanu desparramado en el suelo, tenía los ojos cerrados y le sangraba la nariz. Corrió hasta él y se arrodilló junto a su cabeza, lo acarició y besó llorando. Parecía muerto, por lo que gritó con furia mientras acunaba su cabeza en el regazo. Sus gritos se unieron a los de la niña colgada en su pecho, pero ella no podía consolarla, no mientras su propia pena pugnaba por salir sin control.

Una mano la cogió del codo. Ilena abrió asustada los ojos llenos de lágrimas y vio a Emanu con mirada dolorida sonreírle a pesar de ello. Reaccionó con rapidez y lo besó en los labios entreabiertos con una mueca.

—¡Ya está bien! —La voz sonora de la gran madre atrajo la atención de casi todos en la cueva—. Vosotros —señaló a los guardianes—, llevad a esta bestia donde no pueda dañar a nadie más. Tú —señaló a Ilena—, deja de besar al muchacho. Te recuerdo que tienes un contrato de unión con mi hijo. Los demás, presentaros en la galería para aclarar este altercado.

La gran madre salió majestuosa del fuego de Zarras sin esperar contestación. El chamán entró y cuando se quedaron solos, ayudó a Emanu a levantarse. Después, observó el golpe en la frente. Ilena seguía arrodillada, el llanto de Tana los hizo girarse a todos. La joven se acercó a su madre, que acunaba en sus brazos el cuerpo inerte de su hermano más pequeño. El llanto se apoderó de ella al comprender que el niño estaba muerto.

Dejó a Sonja a un lado e intentó coger el cuerpo de su hermano de los brazos de su madre. Ella se resistía y lloraba sin control.

—Madre, deja que lo vea —susurró con palabras suaves en su oído—. Por favor.

Con reticencia, la mujer le dio el cuerpo del pequeño. Ilena quitó la piel que cubría su cabeza y se le escapó un sollozo, una gran mancha morada ocupaba toda la frente y parte de la cara del bebé. Sus ojos cerrados y la falta de aire en su pecho solo confirmaban la muerte del pequeño. En ese momento la niña comenzó a llorar.

La joven fue a preparar el cono de leche y se sentó con ella en el regazo, mientras dejaba a su hermano muerto a un lado. Tana se acercó llorando y extendió sus brazos hacia la pequeña.

—Dámela, yo le daré de comer —se le escapó un lamento.

Ilena le pasó a la pequeña y el cono, cogió el cuerpo de Mur y se acercó a Emanu que hablaba en voz muy baja con el chamán.

—¿Cómo estás? —Se sentó a su lado mientras miraba con pena el cuerpo sin vida del pequeño.

—Me pondré bien. —Apretó la mano de la muchacha—. Mi madre siempre decía que era un cabeza dura, supongo que es una suerte que tuviera razón.

—Ahora debéis acompañarme a la galería, tenemos que aclarar lo ocurrido delante del consejo.

Ambos asintieron ante el chamán. Ilena se acercó a su madre y la ayudó a incorporarse sin que en ningún momento soltase a la niña. Miró a sus tres hermanos pequeños, escondidos al fondo de la cueva y los llamó para que los acompañase. Emanu sentía cómo le daba vueltas la cabeza y se apoyó en Moses, mientras miraba con pena a Tana. La mujer, con mirada ausente, sostenía a la pequeña Sonja mientras Ilena arrastraba a sus tres hermanos menores, y ocultaba el cuerpo inerte del pequeño Mur.

En la galería estaban casi todos los habitantes del poblado, se escuchaban sus murmullos por la rápida convocatoria de la gran madre, a un consejo en la comunidad. Al verlos llegar, les abrían paso mientras el chamán encabezaba la triste procesión. Al fondo, la gran madre sentada sobre una gran roca hablaba con la consejera

de su derecha, mientras la que estaba a su izquierda observaba a la multitud con mirada crítica. Delante de ellas, tirado en el suelo, atado y custodiado, estaba Zarras, que movía la cabeza mientras intentaba enfocar la vista hacia las mujeres sentadas frente a él.

El chamán, se abrió paso hasta su piedra a la derecha de la gran madre, e indicó a los que le seguían que se situasen a su derecha. Uno de los guardias golpeó con fuerza un gran palo contra el suelo, produciendo un sonido seco que reverberó por toda la galería.

—Estamos aquí para aclarar lo sucedido en el fuego de la familia de Zarras —la gran madre hablaba con voz fuerte y autoritaria—. Que se levante y nos diga lo que ha sucedido.

Un rumor recorrió las paredes de la galería mientras el sollozo de Tana interrumpió el silencio. El reo se incorporó con las manos atadas a la espalda, su frente perlada de sudor denotaba su nerviosismo, pero su fanfarronería natural llegó para rescatarlo.

—Gran madre, esta mañana al despertar, descubrí a mi mujer y a mi hija conspirando para hacerme romper el trato que hice contigo y la unión de nuestras familias. —Miró de reojo a su mujer que dejó escapar un grito de indignación—. Al pedirles explicaciones, se enfrentaron a mí. Golpeé sin querer a mi mujer, y mi hija me atacó por la espalda. Conseguí librarme de ella, pero Tana me atacó mientras Ilena salió de la cueva para buscar a su amante y doblegarme. —Tragó saliva—. Mi mujer siguió golpeándome y solo pude defenderme empujándola. La pisé en mi huida y entonces, Emanu, el amante de mi hija me empujó y golpeó. Después de eso, no recuerdo más hasta que me he despertado atado y custodiado.

—¡MENTIRA! —Tana se adelantó hasta ponerse junto a Zarras.

—¡Madre! —Ilena la acompañó.

—Mi hija volvió a nuestro fuego cargada con leche y huevos, que Emanu sigue enviándonos a pesar de la traición de mi hombre al trato que hizo. Mientras ella me aseguraba que el muchacho continuaría dándonos la leche para mi pequeño, él —señaló con furia a su hombre—, se enfadó cuando le dije que Emanu hacía honor

todavía al trato. Entonces me golpeó. Mi hija intentó defenderme y él la agarró por el pelo para estrellarla contra la piedra, conseguí que la soltara y le pedí que huyera. Se enfadó tanto que me golpeó con rabia. Mi hijo lloró por el ruido y él le dio una patada, me lancé sobre su pequeño cuerpo para protegerlo, pero fue inútil. —Cogió el cuerpo sin vida del niño y lo descubrió ante el consejo. Todos miraron con horror la cabeza amoratada del pequeño sin vida y ella se giró para mostrarlo al resto de la tribu—. Me dio patadas mientras estaba en el suelo, y solo se detuvo cuando Emanu lo empujó para apartarlo de mí, entonces fue él quien recibió su ataque. Después de eso, habéis sido testigos de su locura rabiosa.

—Es verdad lo que dice mi madre, cuando escapé fui en busca de Emanu para que la ayudase.

—¿Tienes algo que decir, Emanu? —La gran madre lo señaló.

—Exactamente así ha sucedido. —Carraspeó—. Solo quería apartarlo de Tana para que no le hiciera más daño, pero se volvió contra mí. Cuando llegasteis me defendía de su furia.

—¿Alguien puede añadir algo más? —Se levantó la gran madre.

—¡Yo! —El chamán se acercó al centro—. Yo fui testigo del trato hecho entre Zarras y Emanu, el hombre exigió mucho para dejar a los jóvenes unirse, y, sin embargo, el joven aceptó todas sus condiciones. Todo fue bien hasta que tú te metiste en medio. —Señaló a la gran madre—. Le convenciste para renegar del trato anterior en beneficio de tu hijo Caleb. Lo peor de todo, es que ni siquiera le diste más que el joven Emanu, solo le ofreciste promesas.

—¡BASTA! Eso es entre Zarras y yo —gritó la gran madre.

—Te equivocas, tú has provocado la locura del hombre —El chamán se irguió en toda su estatura y levantó su báculo—. Te has aprovechado de tu posición, has traicionado el matriarcado en tu propio beneficio y por ello ha muerto un niño inocente, ha enloquecido un hombre y has traído la desgracia a una familia.

—¿¡CÓMO TE ATREVES!? —La gran madre gritó mientras se acercaba furiosa al chamán—. Yo soy el matriarcado y mi palabra es la ley.

—Te equivocas. Tú eres una mujer, el matriarcado son todas las mujeres que dan vida a esta tribu, por eso las has traicionado. —El chamán casi choca su frente contra la de la gran madre—. Has provocado la muerte y eso, señora, te incapacita para seguir al frente de esta tribu.

El rugido general de los hombres hizo encogerse a la gran madre, mientras el chamán sonreía ufano y la señalaba sin decir nada más. Las dos mujeres del consejo se apartaron con miedo, mientras los gritos y gruñidos de los asistentes envolvían la gran cueva con su sonido aterrador. Emanu con mirada ensombrecida, escuchaba y se lamentaba de la deriva que estaba teniendo el juicio de Zarras.

Pronto los murmullos se hicieron más altos y audibles. Emanu fue dando pasos hasta acercarse a Ilena y Tana, los tres pequeños se agarraron a las piernas de su madre y su hermana.

Zarras miraba ojiplático a los hombres, que se acercaban con caras furiosas hasta donde estaban él y la gran madre.

—¡Se acabó el matriarcado! —Se escuchó retumbar por toda la galería.

—¡Falsa!

—¡Mentirosa!

—¡Has traicionado a la tribu!

Las voces críticas gritaban exaltadas y envalentonadas unas de otras, mientras la gran madre se apretaba la mano en el pecho. Parecía que un gran dolor le estaba aconteciendo, sin embargo, su mirada era de puro desprecio y altanería. Una piedra cayó a su lado rozándole en la sien, ella miró el proyectil sin creer que la habían atacado.

Nunca nadie se atrevió a levantar un dedo contra ella, su palabra había sido la ley del poblado desde hacía tantos inviernos que lo tenía como algo natural, pero su poder no le dio lo que ella ansiaba. Cuando su hombre murió ella puso sus ojos en Dar, era el mejor cazador de la tribu y su cuerpo musculoso la hacía desear

unirse a él. Pero el hombre no la miraba ni se dejaba seducir. La mayor humillación le llegó cuando el objeto de sus deseos se unió a Sonja; la extranjera. El desprecio le llegó tan hondo como su rabia.

Aina recordó el momento de su venganza y sonrió para sí misma, cuando encontró a Dar en la cima de la montaña y tras suplicarle que abandonara a Sonja para unirse a ella, él se rio. Fue lo último que hizo, pues le clavó su báculo de mando en la cabeza. Dos golpes y la mirada de Dar se perdió en la muerte, luego hizo rodar su cuerpo hasta que cayó entre las piedras de la montaña. Volvió a mirar a la masa humana que le gritaba y rio a carcajadas.

—¡No tenéis ni idea de todo lo que he tenido que hacer por vosotros! —gritó enloquecida.

—¡Pues cuéntanos esos sacrificios! —se mofó el chamán.

—Por vosotros tuve que renunciar al único hombre que amé, y cuando por fin mi compañero me dejó, Dar ya estaba con otra mujer —Aina continuó hablando a pesar de los murmullos que llenaban el ambiente—. Ese poco hombre no quiso saber nada de mí, prefirió a la extranjera antes que a la gran madre. —Se volvió a dar la vuelta ante el tumulto—. Miradme bien, soy la mujer más importante de la tribu. Mi sabiduría os ha guiado desde hace tantos discos de plata, que ni se pueden contar, ¿y para qué me ha servido? —Les lanzó una mirada amenazadora—. Pero al final se lo hice pagar, y vosotros le seguiréis. —El murmullo de los presentes se volvía cada vez más fuerte—. Acabaré con todos vosotros igual que acabé con Dar. —Rio desquiciada.

La siniestra risa de la gran madre puso el vello de punta a Emanu, no quería escuchar más atrocidades de las que decía esa loca. Todo el respeto que una vez sintió por ella se había esfumado cuando la escuchó confesar cómo se deshizo de Dar, por eso necesitaba salir de allí antes de perder los nervios y buscar justicia. Sin embargo, no podía hacerlo con su hermana colgada al pecho y los hermanos pequeños de Ilena agarrados a sus piernas.

La voz de la gran madre seguía inundando la cueva, pero Emanu no quería seguir escuchando.

Aina miró con los ojos enloquecidos a la muchedumbre enfurecida. Ella era la matriarca, su palabra fue la ley de la tribu desde hacía muchas cosechas y, aun así, esos desagradecidos le gritaban y vilipendiaban. Había vengado su orgullo como mujer cuando mató a Dar, incluso tuvo el regalo de dejar morir a su compañera cuando dio a luz antes de tiempo. Su venganza iba a ser total, cuando consiguiera eliminar al hijo de la mujer que le robó al hombre que había destinado para ella. Casi lo había conseguido al hacer que Zarras se retractase del trato y consintiera la unión de su hija con Caleb. Pero el muy cretino enloqueció y cometió el mayor crimen que un hombre puede hacer.

Aina se lamentó mentalmente, al matar a un inocente y golpear a su mujer y a su hija, Zarras se había condenado. Ese giro de los acontecimientos la había dejado al descubierto ante su tribu, que se alzaba arengada por el chamán.

Miró con odio al hombre que seguía proclamando las falsas promesas de ella en su propio beneficio. Esperaba en silencio a que el chamán se cansase de gritar para poder arremeter contra él.

Su hijo se acercó por detrás para llamar su atención. Intentó cogerla para sacarla del disturbio, pero ella se zafó con fuerza mientras se erguía en toda su estatura. Se mantuvo firme mientras los hombres profanaban el matriarcado solo para empoderarse con el chamán, porque si de algo estaba segura es de que su reinado continuaría a pesar del intento de ese charlatán.

Volvió a dirigir su mirada de odio al muchacho de Sonja, y maldijo su sensatez al acogerlos en la tribu. Había intentado acabar con ellos haciendo que todos les dieran de lado, pero no contó con las habilidades del muchacho, que se ganaba la confianza de los habitantes de la cueva gracias a sus originales ideas para conseguir comida, los artilugios que fabricaba y que ahorraban mucho trabajo.

Deshacerse de ese joven fue muy difícil, por eso ideó quitarle a la muchacha de Zarras. Estaba segura de que una vez perdiera a la niña, estaría despistado y en la gran cacería podría deshacerse de él.

Después de todo, siempre ocurrían accidentes cuando salían a cazar los grandes animales del norte.

No se resistió cuando la pusieron junto a Zarras. Lo miró con desprecio, después de todo él había provocado el caos que la rodeaba. Sin pensarlo, escupió en su cara y se volvió majestuosa ante la masa humana que los insultaba. Intentó hablar, pero alguien le tapó la boca. Ella intentó liberarse, pero la sujetaba con fuerza.

Cansada, se quedó quieta en espera de que la dejasen hablar para defenderse.

—Deberíamos irnos de aquí. —Emanu se inclinó y le susurró al oído de Ilena.

—Ayúdame a sacarlos antes de que empeore el tumulto. —Ilena estaba pálida.

El muchacho asintió con la cabeza, le cogió a la niña y se la colgó, tomó de la mano a uno de los niños y le hizo señas para que cogiera a otro, hizo un movimiento con la cabeza y ella entendió que se refería a su madre. El grupo se desplazó hacia un lado para esquivar a la masa efervescente que rodeaban a la gran madre. Cuando alcanzaron un espacio lo bastante despejado, echó a correr hasta el fuego de Zarras.

Se detuvo cuando entró y las miró muy serio.

—Las cosas se van a poner feas. —Miró a las dos mujeres—. Ya he vivido algo así antes en mi antiguo poblado.

—¿Y qué hacemos? —Ilena lo miró con miedo.

—Marcharnos —contestó con seguridad.

—No puedo dejar a mi madre y hermanos —le susurró.

—Que vengan con nosotros. —Miró a Tana—. ¿Ella estará de acuerdo?

—Madre —Ilena le cogió las manos—, va a haber problemas, Emanu y yo nos vamos de aquí. ¿Quieres venir con nosotros?

Tana los miró con ojos vidriosos, los bajó al cuerpo inerte de su hijo y escuchó el llanto de los tres pequeños. Se tocó la cara dolorida

y las magulladuras en las costillas. Si acababa el matriarcado, ¿qué sería de ella cuando volviese Zarras?

Miró a los hijos que aún estaban con ella y asintió con la cabeza. Se marcharía lejos antes de lamentar la muerte de otro.

—Recoged todas vuestras pieles y utensilios —ordenó Emanu—. Os espero en el cercado.

Salió dando grandes zancadas hasta su fuego, recogió las pieles, herramientas y utensilios hasta hacer un hatillo con ellas, las sacó hasta la empalizada y las colocó en la parihuela. Después preparó varias bolsas de piel con comida. Sacó las calabazas para llenarlas de agua y leche, recogió toda la carne y el pescado del ahumadero, ató cuerdas al cuello de las cuatro cabras y sus crías y se quedó mirando las jaulas de las gallinas. Eran demasiadas, pero se resistía a dejarlas atrás después del trabajo que le costó capturarlas, así que ató varios palos atravesados a la parihuela y enganchó en el de más altura dos jaulas.

Miró el disco solar que empezaba su descenso, por suerte aún quedaba mucho para que se ocultara del todo. Preparó las yeguas con su carga, ató las cabras al final de la parihuela, sacó los cachorros de su cercado y los ató a su cintura. Mientras venían Ilena y su familia, sacó a Sonja de su mochila y le dio de comer; estaba terminando cuando aparecieron cargadas con sus pieles.

Acomodó a la niña en la mochila y se la colgó, luego recogió los paquetes y los acomodó en la parihuela. Los niños al ver los cachorros empezaron a jugar con ellos y Emanu sonrió divertido. Les ató las cuerdas de los animales y con las dos yeguas cargadas, emprendieron el camino hacia un destino incierto.

—¿Dónde vamos? —Ilena miró hacia atrás para comprobar que su madre los seguía.

—Hacia el sol. Cuanto más bajemos de estas tierras mejor es la temperatura; eso nos ayudará a encontrar un poblado que nos acepte.

—¿Estás seguro? Somos un grupo lamentable. —Observó a los niños jugar mientras tomaban el camino, y volvió la cabeza para

mirar a su madre con el cuerpo de Mur en sus brazos—. Tenemos que convencerla para que devuelva a mi hermano a la Madre Tierra.

—Cuando montemos el campamento para dormir hablaré con ella.

La comitiva, la guiaba Emanu con la yegua arrastrando la parihuela y las cabras, mientras Ilena lo hacía con la otra, cargada con bultos de pieles y comida. El potrillo la seguía obediente. Los niños volvieron corriendo con los cachorros, trotando tras ellos. Pidieron comida, por lo que Emanu sacó varios trozos de carne ahumada y se los repartió. Le dio otro a Ilena y se retrasó hasta quedar junto a Tana, pero ella rechazó la carne por mucho que le insistió. Finalmente, desistió de su empeño.

Volvió a ponerse a la par de Ilena y se miraron a los ojos; él negó con la cabeza; ella suspiró con pena.

El disco solar se escondió y la tierra se iluminó, como si el fuego corriera libre entre las sombras, cuando detuvieron la marcha. Emanu descargó la parihuela y la carga de la otra yegua a la vez que Ilena preparó el fuego. Mientras él se ocupaba de alimentar a los animales, los niños le ayudaban a pesar de estar cansados. Tana estiró las pieles para que el grupo durmiera alrededor del fuego.

Cuando por fin se sentaron todos, compartieron pescado ahumado y un poco de leche. Al terminar la comida, Emanu empezó a contar la historia de los cazadores de bisontes del norte:

—En mi antiguo poblado, la gran cacería traía siempre la carne de mamut; sus pieles eran las más codiciadas por lo grandes que son y lo mucho que abrigan. Pero entonces llegó el gran invierno, y los ríos se congelaron antes de que la tribu pudiese proveer de carne y pieles. Los hombres tuvieron que salir de caza sin estar preparados y el invierno implacable se los tragó antes de que pudiesen alcanzar la manada.

Ninguno volvió, pero las mujeres no se rindieron, prepararon sus pieles y recogieron todos sus utensilios y herramientas. Decidieron huir del gran invierno. Por el camino fueron encontrando poblados y algunas mujeres con sus hijos se quedaron en ellos, pero

mi madre y yo sabíamos que el gran invierno siempre nos encontraría en las montañas. Por eso seguimos bajando, atravesamos la tierra hasta quedarnos solos y nos unimos a vuestro poblado.

Ahora mismo somos pocos, pero si encontramos más como nosotros podremos construir un poblado donde el gran invierno no nos alcance, donde la gran cacería nos proporcione pieles y alimentos, pero que a la vez podamos crear un lugar único donde vivir, y disfrutar de lo bueno que tiene la vida.

El muchacho se acercó a Tana y la abrazó. Ella lloró desconsolada, pues sabía lo que quería. Con el corazón en un puño, se secó las lágrimas y asintió con la cabeza. En silencio se apartaron del fuego del campamento. Emanu escarbó en la tierra hasta tener un hueco donde dejar al pequeño Mur, después entre todos lo cubrieron y pusieron piedras encima.

Por la mañana, Emanu calentó en el caldero leche, después vertió un poco en cada cuenco y le añadió los cereales triturados. Se había dejado la piedra de moler en la cueva, pero aún tenía bastante para preparar una comida saciante para todos. El olor de la avena al mezclarse con la leche despertó a los niños, que se sentaron contentos a comer ante el fuego.

Con el estómago lleno, recogieron el campamento y continuaron el camino hacia tierras más amables.

Pararon cuando el disco solar estaba muy alto en el cielo. Emanu dio descanso a los animales y ordeñó a las cabras para repartir leche entre todos. Mientras Tana se dedicaba a alimentar a la niña, él salió por los alrededores a cazar alguna pieza para la cena. Los niños jugaban con los cachorros e Ilena vigilaba con pesar la mirada algo extraviada de su madre, que parecía haber trasladado sus atenciones a la pequeña Sonja. Al menos el cuidado de la criatura le daba consuelo por su reciente pérdida; lo notaba por la forma en que le hablaba a la niña, lo cual era un consuelo.

Emanu volvió con tres conejos atados por las patas traseras, los guardó en una piel y volvieron al camino. Solo se detuvieron junto a

un río para llenar las calabazas de agua y dar de beber a los animales. Ilena vio el disco solar esconderse en el horizonte y se acercó a Emanu.

—Llevamos toda la jornada caminando, deberíamos parar y preparar una comida caliente con las piezas que has cazado.

—Mira allí —señaló una arboleda—, montaremos entre esos árboles el campamento.

Ella asintió y caminó a su lado, él tomó su mano y la miró de reojo mientras se llevaba los dedos a la boca para besarlos. Detrás de ellos, Tana observó el gesto tierno y sonrió para sí misma. Hizo bien en salir de la cueva y buscar un futuro, lejos del hombre que olvidó sus deberes familiares en busca de una ambición personal que en nada beneficiaba a la familia.

Nunca fue un hombre amable, pero desde que descubrió el interés de Emanu en su hija, fue aún peor. No quería pensar en lo que le haría la tribu después de la acusación que ella hizo ante todos, y la verdad, tampoco le importaba. Solo lamentaba haber dejado a sus dos hijos mayores, pero claro, los muchachos estaban empezando a vivir en su propio fuego con otros de su misma edad, y no les culpaba.

Organizaron el campamento para pasar la noche como el día anterior. En tanto, Emanu descargaba y atendía a los animales ayudado por los tres niños, Ilena preparaba el fuego y puso el caldero con agua sobre las piedras, luego quitó la piel de los conejos y troceó su carne con las puntas de sílex que le dio Emanu. Añadió algunas hierbas y bulbos troceados y dejó que el agua cociese y ablandase la carne. Miró a su madre al otro lado del fuego alimentando a la niña. Sonja había sustituido a Mur en el cariño de Tana, aunque por la tristeza de sus ojos notaba que el dolor de la pérdida seguía latente en su interior.

El ruido de ramas quebrándose la hizo volverse para encontrarse con sus dos hermanos mayores, tenían la cara enrojecida y la respiración alterada. Ilena se levantó deprisa para acercarse a ellos, pero su madre fue aún más rápida. Con la niña

todavía en sus brazos se echó sobre sus hijos que ya le sacaban más de una cabeza de altura.

—¿Qué hacéis aquí? —Tana los besó en la cara a pesar del tono de regaño de su voz.

—No queremos quedarnos después de lo que pasó. —Vena sonrió descarado a su madre.

—¿Qué pasó? —Ilena les preguntó mientras se acercaba a Emanu que regresó al fuego al escucharlos.

—Han condenado a morir de hambre a la gran madre. El chamán es quien gobierna el poblado mientras se decide quién la sucederá. —Arlazón negó con la cabeza—. A padre lo dejaron volver al fuego, nos preguntó por vosotros y le dijimos que os habíais trasladado al fuego de Emanu. —Miró muy serio al muchacho frente a él—. Nosotros seguimos vuestras huellas y las hemos cubierto por si padre decide seguirnos.

—Entonces, el chamán me utilizó para quitar el poder a la gran madre. —Emanu apretó los dientes para contener su enfado—. Tenía sus propios intereses cuando dijo que me apoyaba.

—Por supuesto, ¿qué pensabas? —Tana habló con voz seria—. Llevaba tantos inviernos queriendo sustituir a la gran madre, que no sé cómo no os disteis cuenta tu madre y tú, al ponerlo de testigo.

—No pensé que quisiera romper el matriarcado —susurró.

—De momento, él dicta las normas y ha creado un consejo de cazadores, dice que quien provee los fuegos debe ser quien dicte las normas. —Vena revolvió el pelo de uno de sus hermanos y les sonrió.

El olor de la comida distrajo a todos de la discusión. Ilena movía la carne mientras Tana hacía sentarse a sus hijos junto a ella, los niños les mostraron orgullosos a los cachorros que ya seguían a los pequeños en sus juegos y travesuras. El ambiente era distendido, aunque siguieron discutiendo lo ocurrido en la galería hasta que Ilena comenzó a pasar cuencos de comida. Como no había para

todos, los jóvenes esperaron a que se quedasen libres los cuencos para comer ellos.

—Cuando nosotros nos fuimos nadie se había dado cuenta de vuestra marcha, por eso decidimos cubrir vuestras huellas. —Vena sonreía, mientras observaba a los cachorros rondar los pies de sus hermanos que dejaban caer algunos trozos de carne para ellos.

—Buscamos un poblado que nos acepte, y si no lo encontramos, hemos pensado crear nuestra propia tribu —Emanu le habló muy serio—. ¿Sabéis lo que eso significa?

—Crearemos nuestro grupo de caza. —Sonrió Arlazón y tomó el cuenco que le ofrecía su hermana.

—Estaremos solos para todo. —Emanu soltó el aire contenido —. No habrá chicas, ni mayores que nos digan cómo hacer las cosas.

—En eso te equivocas. —Tana se puso en pie frente a Emanu—. Soy lo suficiente mayor para guiaros.

—Vale, entonces tú serás la gran madre de nuestra tribu. —Rio Vena.

—No es eso lo que quiero —le contestó Tana y miró a los tres jóvenes—. No quiero un nuevo matriarcado, pero tampoco un patriarcado. ¿No podemos simplemente crear un poblado donde todos seamos responsables de las normas y compartamos las responsabilidades?

—Me gusta tu idea. —Emanu sonrió y le guiñó un ojo a Ilena que estaba atenta a la conversación—. Eso es algo que habría dicho mi madre. —Miró a su hermana, dormida en brazos de Tana—. Que levante la mano quien esté de acuerdo con la idea de Tana.

Todos los reunidos ante el fuego levantaron la mano, incluso los niños que dejaron el juego para unirse a la conversación de los adultos frente a la hoguera.

—Entonces está decidido, todos daremos nuestro voto y se tomarán las decisiones por mayoría. — Emanu les sonrió, cogió a Ilena y la sentó en su regazo. La besó y la abrazó ante todos al

mismo tiempo que ella soltaba risitas nerviosas—. Mi primera consulta, es si estáis de acuerdo con nuestra unión.

—¡Por favor! Pensé que ya estabais unidos. —Negó divertido Vena.

—Creo que aquí todos estamos de acuerdo con vuestra unión. —Tana les guiñó un ojo y se tumbó en las pieles junto al fuego—. Car, Sober y Lor, venid a las pieles, mañana nos espera un largo camino.

Los niños obedecieron a su madre y se acostaron con ella dejando que los cachorros se echaran a sus pies. Vena y Arlazón sonrieron a la pareja y tras cuchichear entre ellos, se levantaron para tumbarse en la piel junto a su madre y sus hermanos.

—¿Compartirás la piel conmigo? —preguntó Emanu con voz ronca y mirada ansiosa, ella asintió con la cabeza incapaz de hablar.

La tomó de la mano y se tumbó junto a ella mientras el fuego calentaba su rostro. Los cubrió a ambos con la piel y se abrazó a su joven cuerpo al mismo tiempo que daba pequeños besos en el cuello, después tomó entre los dientes el lóbulo de la oreja y la sintió estremecerse.

—No nos uniremos con el cuerpo hasta que no estemos en nuestro poblado —dijo Emanu con voz ronca—. Si quedases en cinta, el camino se te haría muy duro y no quiero que sufras.

—Podré soportarlo —contestó Ilena con los labios pegados a los de él.

—Pero yo no. —Metió la cabeza en el hueco de su hombro y suspiró—. No me arriesgaré.

Juntaron las bocas y paseó la lengua por los labios de la muchacha, hasta que abrió la boca y entró saboreando su dulzura. Sus dientes dieron pequeños mordisquitos al carnoso labio inferior y sus cuerpos se pegaban en busca de contacto. Deslizó la mano hasta sus pequeños pechos y los acarició extrayendo gemidos a la muchacha. Sin poder evitarlo, su mano descendió entre las piernas

de la joven para acariciar su sexo; apenas podía contenerse y sintió que la mano temblaba entre sus muslos.

Ella contuvo el aliento ante el placer que le daba y sin pensar en lo que hacía, buscó entre las pieles su miembro y lo agarró con fuerza. Emanu cogió aire y la besó con más fuerza cuando la mano de ella se deslizó arriba y abajo a todo lo largo de su pene. Por un momento se quedó quieto disfrutando de la suavidad de su tacto, entonces notó la humedad entre las piernas de ella, sus dedos mojados por la excitación se movieron en círculos sobre esa carne inflamada.

Ella se tensó y dejó escapar un gemido al sentir que el orgasmo recorría su cuerpo y se volvía líquida entre los dedos de Emanu. Cuando los últimos coletazos de placer abandonaron su cuerpo, Ilena sintió la suavidad de su miembro todavía en la mano, por lo que retomó su movimiento. Lo sintió endurecerse aún más entre sus dedos, y casi tiene otro orgasmo cuando le sintió gruñir y sacudirse contra su mano, al tiempo que un líquido caliente la mojaba y se derramaba en ella.

El sueño los venció y sus respiraciones se acoplaron hasta convertirse en una. El ulular de una lechuza cercana, puso la música en ese ambiente plácido con el disco de plata redondo iluminando la arboleda donde los viajeros descansaban. Su sueño, relajado y tranquilo, les hizo abrir los ojos cuando el disco solar empezaba a acariciar con calidez entre los árboles.

El grupo continuó su camino. Vena, Arlazón y Emanu se turnaban adelantándose para cazar y pescar, y cuando volvían al grupo cargados con su recompensa, siempre encontraban un caldero listo solo para añadir la carne o el pescado.

Lo peor del camino fue cuando cruzaron una gran cadena montañosa, la luz del disco solar se hacía cada vez más corta y el disco de plata extendía su luz superando a la luz solar. Para descansar por la noche, Emanu preparó unas tiendas. Con tres palos unidos en un extremo y cubiertos por pieles, daba refugio a los

cuerpos cansados de todos, que dormían hacinados compartiendo el calor corporal.

La dureza del camino hacía que los viajeros cayeran rendidos al posarse sobre las pieles, pues las jornadas caminando les estaban pasando factura. Emanu miró a Ilena, siempre había sido delgada, pero con el pasar de las lunas la veía mucho más huesuda. Su pérdida de peso le preocupaba e intentaba dejarle los mejores bocados, pero ella se negaba y los compartía con sus hermanos pequeños.

Tana se convirtió en la madre sustituta de Sonja, se desvivía por la pequeña y la cuidaba como si fuese propia. Esto emocionaba a Emanu, que en silencio daba gracias a la Madre Tierra por su benevolencia para con la niña y con él mismo. Miró el horizonte y sacudió su cabeza para centrarse en el camino hacia un nuevo futuro.

CAPÍTULO 26
Viajeros

Lo bueno de atravesar estos macizos montañosos fue que la caza era fácil, tanto que atraparon un jabalí enorme; Vena y Arlazón tuvieron que despiezarlo en el lugar donde lo abatieron. Con las piezas de carne envueltas en la piel del animal volvieron sonrientes al campamento. Tana los abrazó y besó al ver la gran presa que traían, mientras Emanu negaba con la cabeza.

—¿Qué pasa? Con esta presa podremos alimentarnos varias jornadas y descansaremos de buscar caza —dijo Vena.

—Pero el olor de tanta sangre puede atraer a depredadores —gruñó por lo bajo.

—Podemos esconder la carne —le contestó Ilena que escuchó su comentario.

—También podemos ahumarla. —Tana la miró dudosa—. Podríamos quedarnos aquí hasta que la carne esté lista. Así descansamos, llevamos muchas lunas caminando y todos estamos cansados.

—Cada vez hace más frío, debería construir un cobijo para los animales —dijo Emanu, más para sí que otra cosa.

—Bien, entonces descansaremos aquí hasta ahumar la carne. —Arlazón sonrió—. Incluso podemos cazar más piezas, y así estaremos preparados para el invierno cuando lleguemos a nuestro destino.

—El problema es que las yeguas ya van muy cargadas. No podemos sobrecargarlas o podrían enfermar y morir, entonces tendríamos que cargar nosotros con todo y nos haría el camino más lento y penoso.

—Tiene razón —Tana llamó la atención de todos—. De momento cazaréis solo para comer.

El grupo se reunió ante el fuego como siempre. Los cachorros habían crecido mucho, impresionaba su aspecto de lobo, pero su carácter juguetón y cariñoso les hacía reír a todos. Emanu miraba seriamente las llamas mientras su cabeza giraba en torno a varias ideas. Cogió el cuenco con el guiso sin mirar a Ilena; el resto lo miraba, pero no decía nada.

En cuanto la luz del disco solar asomó en el horizonte, Emanu salió a recorrer los alrededores. Con su hacha de piedra en la mano, empezó a talar árboles de tronco fino, limpió los troncos y los cortó a la misma altura. Vena se puso a su lado para llamar su atención.

—Dinos cuántos árboles más necesitas y te ayudamos.

—Los he marcado con el hacha. —Señaló los árboles jóvenes que los rodeaban.

—Vamos entonces. —Arlazón se dirigió a uno de los árboles marcados y comenzó a talar.

Tenían ya ocho troncos limpios y cortados, cuando aparecieron los niños riendo para anunciar que Ilena tenía la comida lista. Los tres muchachos siguieron a los niños agradecidos de parar por un momento la dura actividad. Junto al fuego les esperaba un cuenco de leche con avena, que devoraron con ansias para volver con rapidez al trabajo. Emanu clavó cuatro troncos grandes en la tierra, les ató troncos finos en diagonal y terminó cubriéndolos con ramas. Entró al interior y satisfecho dio varias patadas a los postes de soporte. Al ver que no cedían, llamó a los hermanos.

—Cubrid las paredes con ramas y dejad solo una abertura para que pasemos, este será nuestro refugio mientras ahumamos la carne.

Los muchachos llamaron a los tres niños para que los ayudaran, y entre todos, fueron cubriendo las paredes del refugio. Emanu, preparó una empalizada para guardar a los animales al abrigo de un gran matorral, con un árbol de ramas largas que los protegería del frío de la noche.

Cogió los palos más pequeños y elaboró un ahumadero sobre un gran agujero, preparó el fuego y, por último, colgó las piezas de carne del jabalí. Cerró completamente el cubículo y lo cubrió con ramas para que no se escapase el calor. Tendrían que alimentar el fuego por lo que fue a cortar más árboles.

Se adentró en el bosque y se topó con un gran árbol caído, el tronco era enorme. Con su gran piedra de sílex limpió el extremo podrido, hasta que vio donde los anillos de madera indicaban que el tronco era fuerte. Sonrió para sí mismo ante la idea que cruzó su mente y, sin perder tiempo, comenzó a cortar con cuidado una lasca del gran tronco.

El trabajo era lento y delicado, no quería que el disco circular se mellase, por eso fue limando con el filo los extremos hasta que por fin tuvo ante sí un disco perfecto. Lo puso en pie y lo hizo rodar entre sus manos, a pesar de lo que pesaba el disco rodaba sin que tuviese que hacer ningún esfuerzo. Ilena le abrazó por la espalda y le sacó de sus pensamientos.

—La comida está lista. —Se puso delante de él y le lanzó los brazos al cuello—. El refugio que has construido es impresionante, podremos dormir calientes sin tener que pegarnos unos a otros. —Se rio.

—Entonces, ¿no te quieres pegar a mí? —Emanu la cogió por las caderas y la acercó a la suyas hasta hacerla notar el bulto.

—Precisamente a ti es a quien me quiero pegar. —Rio tras meter la mano entre sus cuerpos y darle un apretón a su miembro.

Él contuvo el aliento, pero le duró poco, ella le soltó y salió corriendo mientras su burbujeante risa lo atraía. Sonriendo, llegó hasta el fuego y la cogió en brazos, ella gritaba y se reía hasta que él la calló con un apasionado beso. Cuando la dejó en el suelo con

piernas temblorosas y la cara arrebolada, se dio cuenta de que todos la estaban mirando con sonrisitas.

Carraspeó y se sentó a comer.

—Ya hemos terminado el refugio para dormir, ¿ponemos las pieles dentro? —Arlazón hablaba mientras comía, lo que hizo que se le saliera un trozo de carne.

—Come y calla. —Tana le dio un pescozón ante la risa de los niños.

—Sí. Además, llevad a los animales a la empalizada que he preparado junto al refugio.

—Has trabajado mucho. —Ilena volvió a llenar su cuenco, pero él lo rechazó.

—No quiero más, dame solo algunas bayas.

Ella le ofreció una canasta llena de frutos del bosque, mientras las comían todos los niños pidieron una historia. Se acomodaron todos alrededor del fuego y Emanu carraspeó para aclarar la voz.

—Hace muchas lunas vivió en las montañas un poblado de gentes pacíficas, creaban la imagen de los bisontes con tierra roja y el tizne de leña. De esta forma, durante la gran cacería el espíritu de los animales era atrapado y los cazadores podían llevar su botín a la cueva. Tenían tantos animales que no podían comer toda su carne y debían tirarla. Pero llegó el día que en la cueva no pudieron capturar más imágenes de los bisontes, la caza se volvió escasa y el hambre asoló la cueva al no poder atrapar el espíritu de los animales. Primero murieron los más débiles y cuando se dieron cuenta de que todos perecerían, la gran madre les anunció que buscarían una nueva cueva donde poder capturar el espíritu de los bisontes.

—¿Encontraron otra cueva? —Lor preguntó ansioso.

—¡Ajá! Y capturaron muchos más bisontes, pero esta vez solo cazaban los que necesitaban.

—¡Otra! —Car aplaudió entusiasmado.

—A dormir, mañana habrá más historias. —Tana se levantó con la pequeña Sonja dormida en su pecho y les indicó a los niños el

camino hasta el refugio.

—Esa es una buena idea. —Se estiró Vena—. Mañana iremos de pesca al río.

—Estará bien comer pescado asado —se relamió Arlazón.

—Sois unos glotones, solo pensáis en comer. —Ilena les sonrió, a pesar de la amonestación.

—Voy a avivar el fuego del ahumadero y comprobar que los animales estén bien. —Emanu se levantó y los dejó recoger los utensilios.

En la empalizada, las yeguas levantaron la cabeza al escucharlo. Sus sonoras respiraciones le indicaron que se alegraban de verlo, por lo que acarició a las yeguas y al potro, comprobó que tenían agua y les añadió un poco más de hierba. Las cabras dormían apretujadas mientras las gallinas, con la cabeza escondida entre las alas, emitían de vez en cuando un murmullo.

Entró al refugio y distinguió los cuerpos de los niños acurrucados unos contra otros, Tana los abrazaba protectora mientras en su pecho el pequeño bulto de Sonja llamaba su atención; al otro lado Vena y Arlazón se cubrían con la piel. El movimiento a su izquierda llamó su atención, Ilena golpeó la piel del suelo mientras abría la piel que la cubría. Sonriendo, se tumbó junto a ella, la besó en la frente y cayó dormido de inmediato.

Se levantó con las primeras luces y fue al claro donde dejó la rueda del árbol, se centró en el tronco caído y comenzó a sacar una nueva lasca. Con paciencia y cuidado siguió el mismo proceso que el día anterior, hasta que sacó una rueda igual a la otra, del mismo tamaño y grosor. La puso en pie y la hizo rodar, su movimiento ágil y sin peso le hizo exclamar de alegría.

Al mirar hacia el refugio, vio que Ilena le hacía señas con la mano, le devolvió el saludo y caminó deprisa hasta ella.

En cuanto llegó, la levantó hasta ponerla a su altura y la besó en la boca, ella abrió sus labios con deleite mientras sentía formarse

en su estómago una dulce tensión. Se tambaleó un poco cuando la dejó en el suelo y él la acercó a su pecho, sonriente.

—¿Ya tienes algo de comer? —preguntó con voz ronca.

—Puede. —Se volvió coqueta para inclinarse ante el caldero.

—Espero que sí, porque si no tendré que comerte a ti.

—No tengo mucha carne para alimentarte, temo que te quedarás con hambre —dijo riendo.

—Lo dudo, tienes la carne justa para saciarme —contestó Emanu con voz ronca y le dio un beso en la frente.

Ambos se miraron enrojecidos y se apartaron cuando Tana se acercó con la niña colgando de su pecho, ella les sonrió y preparó un cuenco con avena, luego se sentó ante el fuego mientras los miraba orgullosa de verlos felices.

Emanu comió deprisa y volvió al tronco. Miró las dos ruedas en el suelo y se fijó en los anillos concéntricos, buscó entre las herramientas una punta de sílex y fue clavándola en el anillo central con una piedra, hasta hacerle un agujero que pulió haciendo rodar en su interior la punta. Hizo lo mismo en la otra rueda y cogió una rama que atravesase el agujero. La pulió y ensartó las dos ruedas, cada una a un lado, después empujó el palo y vio que las ruedas giraban.

—¿Para qué es eso? —La voz de Ilena le sacó de la concentración.

—Para ponerlo en la parihuela, así la yegua la arrastrará con más facilidad.

—¡Qué listo eres! —Lo abrazó por la espalda.

—Bueno, ahora tengo que averiguar cómo ponerlas y que no se estorben.

El disco solar salió varias veces hasta que sintieron que el frío del invierno se hacía más fuerte. Emanu consiguió poner las ruedas en la parihuela. Todos se emocionaron al ver la facilidad con que la yegua tiraba del artilugio. Descansados del largo camino que habían tenido, decidieron emprender el viaje de nuevo. Cargaron la carne

ahumada, las pieles y sus utensilios, y en cuanto salió el disco solar volvieron a la senda hacia un clima más cálido.

Gracias al carro fabricado por Emanu, podían llevar sus pertenencias y la comida sin cargar en demasía a los animales, incluso podían llevar a Tana sentada detrás. Los niños también querían montar en el carro y se peleaban por ir sobre él. Los cachorros corrían alrededor de la caravana y les avisaban si había algún obstáculo.

El tiempo se hizo más amable. Emanu sintió que estaba cerca su destino cuando se encontraron con una familia. El hombre parecía enfermo, con la cara demacrada y grandes ojeras; la mujer no estaba mucho mejor, pese a que los ayudaban a caminar una chica y un muchacho.

Al verlos se apretaron unos contra otros asustados. Emanu sintió pena y les sonrió para tranquilizarlos. Ilena se les acercó con las manos extendidas y él se dio cuenta de que llevaba varios trozos de carne ahumada. La familia no hizo nada por alcanzar el regalo, entonces Ilena se les acercó, y les habló con voz suave.

—Hola, somos viajeros como vosotros. Me llamo Ilena y estos son mi hombre, mi madre y mis hermanos. ¿Queréis compartir nuestra comida y nuestro fuego?

La muchacha soltó a sus padres y cogió con temor la carne que le ofrecía. La olió, chupó y finalmente la mordió. Sus ojos brillaron de alegría, se volvió hacia sus padres y hermano y les dio un trozo de carne a cada uno. Comieron con ansias la carne y al terminar miraron agradecidos a Ilena, que con palabras suaves les conquistó.

Después de conseguir la confianza de la familia, los invitaron a unirse a su caravana. Encantados por el golpe de suerte, continuaron el camino con ellos. Jor estaba tan débil que apenas podía caminar por lo que lo sentaron en el carro. La mujer, Ali, caminaba un poco mejor y se agarró a la parihuela para seguir el paso. Eda comenzó a contarle a Ilena su historia.

Los expulsaron de su tribu al no querer a unirse al hijo del jefe cazador de la tribu. Sus padres la apoyaron, pues el muchacho no

estaba bien. Como represalia, el jefe hizo que los echaran sin nada más que sus pieles y los pocos utensilios que pudieron reunir. Llevaban varias lunas sin comer. Desesperados, su padre probó a comer unas plantas extrañas que crecían en la base de un árbol, pero se puso muy enfermo; y eso que solo probó un trozo. Por eso apenas podía caminar, y ya no sabían qué más hacer cuando se toparon con ellos.

Por la noche compartieron el fuego y la comida mientras Vena, Arlazón y Luca fueron a cazar. Tana se ofreció a preparar una bebida para el estómago de Jor. Puso en el fuego el caldero con agua y cuando hizo burbujas la echó en un cuenco, sacó una bolsa de piel y le añadió unas flores secas. Se lo ofreció al hombre y volvió a poner el caldero con agua, Ilena le echó unos bulbos de cebolla y zanahorias que había encontrado en el camino.

Mientras esperaban el regreso de los jóvenes, Ilena cogió a Sonja y se acercó a ayudar a Emanu que alimentaba a los animales. Ella ordeñó las cabras y recogió tres huevos que guardó para añadir al guiso.

Volvieron juntos al fuego, cogidos de la mano y vieron a las mujeres limpiando varios conejos, mientras los jóvenes discutían sobre quién tenía más puntería. Los niños llegaron persiguiendo a los cachorros. Sus gritos llamaron la atención de todos hasta que vieron que uno de los cachorros llevaba un pájaro en las fauces. Emanu se levantó deprisa. El animal le gruñía para que no se acercase, pero él no se asustó, debía impedir que comiese carne cruda. Sacó un trozo de carne ahumada y se lo ofreció, el animal olisqueó y movió la cabeza. Al final, soltó la presa para coger la carne ahumada.

Con un suspiro de alivio, Emanu puso el ave fuera del alcance de los cachorros hasta que pudieran guisarla.

La forma en que el animal soltó la presa a cambio de un trozo de carne, le dio a Emanu una idea. Esa noche durmió pensando en cómo aprovechar el instinto cazador de los cachorros.

Después de varias jornadas de camino, llegaron a una llanura rodeada de matorrales y árboles, estaba a los pies de una montaña y cerca había aguas subterráneas. Además, la tierra era buena para cultivar cereales y verduras.

Se reunieron ante el fuego del campamento y Emanu les habló de la aldea que tenía en la cabeza.

—Estas tierras son buenas para cultivar. —Emanu, de pie ante el fuego, miraba a su pequeña tribu—. Tenemos cerca bosques donde cazar, el río no queda lejos para pescar y podemos construir un poblado con casas para cada familia. Entre todos, podemos hacer en este lugar una aldea única y, quién sabe, tal vez venga más gente.

—Será mucho trabajo y el invierno está cerca. —Jor parecía escéptico.

—A mí no me asusta el trabajo. —Lo miró muy serio—. Más me asusta estar ocioso.

—A mí me gusta la zona. —Vena se cruzó de brazos.

—Vamos a someterlo a votación. —Tana se incorporó a la discusión—. ¿Quién está a favor de montar el poblado aquí?

Lentamente, todos fueron levantando la mano; el más reticente fue Jor, pero finalmente levantó su brazo. Se miraron todos y sonrieron con la decisión ya tomada.

—Entonces, lo primero que haremos será construir una cabaña donde quepamos todos, luego iremos construyendo las individuales. Así tendremos siempre la primera cabaña como espacio comunal y para acoger nuevos pobladores mientras se instalan. —Emanu los miró esperando la protesta de alguien, pero todos asintieron ante la propuesta.

—Es una buena idea, pero si estamos construyendo, no podremos ir a proveer el fuego. —Arlazón miró a Emanu en busca de una solución.

—Haremos turnos para ir de caza y pesca, así todos participaremos en todo.

Tal y como dijo Emanu, construyeron una gran cabaña para cobijarse todos. Con piedras y arcilla como argamasa, fueron levantando una gran estructura de base circular, con un gran tronco a modo de columna en el centro, y a su alrededor una abertura para dejar salir el humo del fuego. Cubrieron el techo con ramas unidas y entretejidas, por encima colocaron pieles para evitar que la lluvia entrara y volvieron a cubrir con más ramas unidas con arcilla. El suelo lo cubrieron con hojas y junto a la columna central, pusieron las piedras del fuego.

Construyeron también una empalizada cerrada para guardar a los animales, esta vez con troncos clavados en el suelo y cubiertos en la techumbre con ramas y hojarasca. Pegada a la empalizada, Emanu levantó un gallinero. El frío era cada vez mayor, por lo que decidieron dedicar varias jornadas a cazar y pescar. La suerte quiso que en su camino se cruzara una familia de jabalíes y consiguieron abatir a un adulto y tres crías.

Las mujeres cuartearon la carne y limpiaron las pieles mientras los hombres bajaron al río para pescar. El ahumadero se llenó de carne y pescado para subsistir en los fríos y oscuros días que les esperaban.

Cuando los fríos del invierno se terminaron, prepararon una parcela para cultivar cereales. Después fueron construyendo las cabañas familiares. Incluso Vena y Arlazón quisieron una cabaña a parte de la de su madre.

La última que levantaron, fue la de Emanu e Ilena. Al menos de momento, porque el pequeño asentamiento fue recibiendo más pobladores que construyeron cabañas alrededor de la choza comunal.

Incluso, con el tiempo, construyeron una muralla para evitar la entrada de depredadores al poblado.

El hombre miró fijamente a la mujer cargada con la cesta de frutas, sabía que ese era el momento en que ella atravesaba la aldea hasta su cabaña. A pesar de observarla todos los días no se cansaba

de verla; ya no era tan joven y él tampoco. De hecho, tenía pelo blanco entre su oscuro cabello. Aun así, contempló el suave balanceo de sus generosas caderas, mientras su cabello del mismo color que deja el disco solar cuando se esconde, se mecía con el movimiento. Sintió que el corazón se le aceleraba y las ansias por tenerla entre sus brazos aumentaban hasta dejarle tembloroso.

Dejó salir el aire lentamente por la boca y apretó los puños en un intento de controlar su cuerpo.

—¿Qué miras tan concentrado? —La voz de Sonja lo distrajo y volvió la cabeza hacia su hermana.

—¿Tú qué crees? —Le sonrió con picardía.

—¡Puaj! Siempre lo mismo. —La niña puso cara de asco—. No entiendo cómo no habéis llenado el poblado de niños.

—¿Qué sabrás tú de eso? —Se sorprendió Emanu por el comentario.

—Por favoooor, que tengo casi diez veranos. —Le sacó la lengua—. Además, no estoy sorda, ni tus hijos tampoco.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —Se puso nervioso.

—Blanca me preguntó por qué gruñes por las noches con su mamá —contestó descarada.

Él se tapó la cara con las manos y negó con la cabeza, nunca pensó que sus hijos los escucharan mientras se amaban. Se sintió enrojecer como un muchacho y miró con seriedad a su hermana.

—¿Qué le dijiste? —gruñó con más fuerza de la que quería.

—La verdad. —Le guiñó un ojo—. Que estabais haciendo más niños para llenar el poblado. —La niña se carcajeó y salió corriendo mientras él la perseguía.

Le dio alcance cuando casi salta el cercado de los animales, ella reía a carcajadas hasta que él la puso en sus rodillas y le dio una palmada en el trasero, la niña se quejó y protestó hasta que la dejó en el suelo.

—No deberías decirle eso a mis niños —la señaló con un dedo —. Si te preguntan, me los mandas a mí y ya está. ¿Entendido?

—¿Por qué? Todo el mundo sabe lo que hacéis, no es un gran secreto.

—Por la Madre. Niña, no me avergüences más. —Negó con la cabeza.

—No es ninguna vergüenza que todavía puedas hacer gritar a tu mujer. —Se encogió de hombros.

—Serás… —Esta vez la niña saltó con agilidad el cercado y corrió hasta perderse en el bosque—. ¡Ya te pillaré!

—¿A quién le gritas? —Ilena lo abrazó por detrás y se le olvidó todo.

Se dio la vuelta y la abrazó pegándola a su cuerpo hasta sentir sus senos rozarse con su pecho, de inmediato su cuerpo respondió a su cercanía. Bajó la cabeza hasta dejar sus bocas casi juntas.

—Al parecer, todo el poblado te escucha gritar de placer —la besó—, y mi hermana les ha explicado a nuestros hijos que estamos haciendo más niños para llenar el poblado.

—¡Por la Madre! —Lo miró a los ojos sonrojada—. Tendrás que contenerte si queremos parar estos comentarios.

—Ni hablar, en todo caso tendré que taparte la boca.

Atrapó sus labios y se regodeó en su dulzura, mientras gemía y se deleitaba una vez más con su sabor, su lengua la invadió y la sintió temblar entre sus brazos. La soltó con pesar y apoyó su frente en la de ella mientras soltaba un suspiro.

—Será mejor que me ocupe de guardar los animales para la noche. —Volvió a suspirar—. De lo contrario, te haré gritar en medio de la aldea.

—¿Eso significa que ya no volverás a hacerme gritar? —Ilena se contoneó entre sus brazos haciéndolo gemir.

—Esta noche discutiremos ese punto —ronroneó en su cuello mientras se lo chupaba.

—Acostaré a los niños temprano —le susurró ella con voz ronca.

—No me recuerdes a los niños —gimió él mientras apoyaba la frente en su cabeza.

—Es difícil que olvides su presencia —dijo riendo y se apartó de él unos pasos—. Después de todo, no hay forma de olvidar cinco criaturas.

—Mujer, no me distraigas más. —Le sonrió y volvió sus pasos hacia la empalizada para comprobar que todos los animales estaban de regreso.

—¡No te retrases que tenemos que hablar! —Ilena volvió a su cabaña mientras él la miraba embelesado con el suave ondular de sus caderas.

Cuando entró en su cabaña se encontró a los seis niños comiendo alrededor del fuego, saludó sonriente a todos hasta detenerse en su hermana, la señaló con el dedo y negó con la cabeza mientras ella se reía a carcajadas. Ensombreció su mirada y se llevó las manos a la cabeza.

—Papi, la tía Sonja quiere que durmamos bajo las estrellas —dijo la más pequeña de sus hijos.

—Cuando la tía Sonja provea este fuego, podrá decir dónde dormimos. —Le lanzó una mirada de advertencia a su hermana.

—Hermano, no te enfades, solo lo hago para daros más… intimidad —terminó diciendo en voz baja.

—¡Serás descarada! —La miró muy serio, pero vio de reojo que sus hijos los observaban embelesados—. Vamos a comer, si queréis que os cuente una historia antes de dormir.

Cuando por fin acostaron a todos los niños, Emanu se abrazó a Ilena y la llevó hasta sus pieles, aspiró el aroma de su pelo y la acercó a su cuerpo, tanto que la dejó notar su excitación.

—Emanu —susurró ella mientras se arrebujaba en sus brazos.

—Dime. —Se concentró en chupar su oreja.

—Vamos a tener otro hijo.

—¡Por la Madre! Mujer, ¡vamos a necesitar otra cabaña más grande! —La besó extasiado mientras le agradecía el milagro de una vida nueva en la familia.

Emanu miró el poblado y pensó todo lo que tuvieron que pasar hasta llegar a este magnífico lugar. No se arrepentía de nada, aquí encontró el espacio donde fundar su familia, donde sus inventos no le apartaban del resto de pobladores. Un lugar para mirar el futuro.

Satisfecho, miró las diferentes cabañas organizadas en círculos. El espacio habitado estaba organizado en una serie de anillos concéntricos, delimitados por un sistema defensivo de fosos de agua excavados en la base de la montaña, con sección en **U**, flanqueados en su lado interior con empalizadas de madera y muros de adobe y piedra. El sistema de fosos permitía recoger el agua procedente de los manantiales del cerro que se alzaba tras ellos, facilitando así su distribución hacia las zonas de huerta que quedaban entre los respectivos fosos».

Caravana, 1220 a.C.

Las sombras de la noche bailan ante la hoguera. Emanu nos saluda con la cabeza y se pone en pie. Después de escuchar cómo se fundó el poblado, me siento más segura. Tengo muchas preguntas, no sé si se molestará por mi curiosidad, pero decidida, comienzo a hablar.

—¿Tú fundaste la aldea? —Lo miro sonriendo.

—No, fue un antepasado del cual llevo su nombre con orgullo.

—Pensé que la historia trataba de ti.

—No, esta es la historia de mis antepasados. La contamos y pasamos a nuestros descendientes para que no se olviden. —Me mira sonriente—. Ya ves, nosotros también fuimos viajeros en una tierra extraña.

—Gracias por compartirla.

—Espero que nos mires con otros ojos cuando compruebes que no todos somos como Karle. —Inclina la cabeza y se despide.

Cosmo se cruza de brazos mientras Emanu niega con la cabeza. Con paso lento se vuelve a su carreta y vuelve a su trabajo. Nosotros nos miramos, el dolor y la sensación de vulnerabilidad todavía me atenazan con crueldad, pero intento meterlos muy dentro de mí. Olvidar no es una opción. Lo sucedido siempre estará ahí, pero no le dejaré tomar el control de mi vida.

Mientras terminamos de acomodar sacos en la tierra alrededor del fuego, los pasos que se acercan al campamento hacen que se levanten todos en tensión, hasta que la cara de Ion les sonríe desde la oscuridad iluminada por las luces del fuego.

—¡Mirad lo que he cazado! —Nos muestra un pequeño jabalí y se le escapa una carcajada—. No podemos echarlo entero, así que lo trocearemos y guardaremos la carne para mañana.

Dos de los campesinos se afanan en trocear uno de los cuartos traseros y otros dos, despiezan el animal para envolverlo con pieles, luego lo atan y lo cuelgan de una rama lejos del campamento, por si acaso aparecen lobos u otras fieras.

El guiso empieza a burbujear y el aroma atrae a todos los hombres al círculo de fuego; uno de ellos prueba el contenido y sonríe.

—Ya podemos comer. —Se carcajea y mete la cuchara en el puchero. Cuando la prueba se le escapa un gemido porque está hirviendo, pero sonríe ante el sabor—. Quema, pero está riquísimo.

—Es una suerte tenerte con nosotros, Ion. —Emanu vuelve a meter su cuchara—. Es el mejor viaje que he hecho nunca, por lo menos en cuanto a comida. —Se carcajea y prueba otra cucharada.

—Es cierto, eres el mejor cazador que hemos tenido, has sido una gran incorporación a nuestra caravana —dice otro de los campesinos.

—Me alegro de ser de ayuda —me mira sonriente—, solo espero ser útil para que mi mujer, mi amigo y yo podamos vivir en vuestro poblado.

—De momento tienes la cabaña de Karle, y te ayudaremos a ponerla en condiciones para el invierno.

—Gracias, os lo agradezco de veras. —Ion no me quita la vista de encima.

—Hemos salido ganando —dice otro de los campesinos—. Con Karle siempre había problemas y apenas hacía nada por la comunidad.

Comemos en una animada charla, ya no son incómodos silencios, se ha instaurado una especie de camaradería. Sus carcajadas me hacen sonreír, y aunque no me entero de todo lo que dicen, la mayoría son bromas que se gastan entre ellos. Se me abre la boca de sueño y eso que he pasado casi todo el día sobre los sacos durmiendo. Estiro los brazos y me levanto, toco el hombro de Ion y le susurro al oído.

—Necesito aliviarme, ¿me acompañas?

—Por supuesto. —Mira a los hombres—. Si me disculpáis, nos iremos a dormir.

Salimos del campo de visión de los hombres y nos internamos en el bosque, yo le señalo unos arbustos y él asiente con la cabeza. Me escondo tras las frondosas ramas y en cuanto termino corro hacia Ion, le cojo del codo y me abrazo a él.

—¿Todo bien, princesa? —Me coge por el hombro y me acerca a su torso.

—Sí. —Le sonrío—. Solo necesito tu calor.

—¡Ya! —Chasquea la lengua y se queja—. Solo quieres mi calor.

—¡Ion! —le regaño—. No sé si estoy preparada para…

—Chist, solo estoy bromeando. —Me besa en la frente—. Esta noche tendremos que compartir mucho calor, porque hace un frío que se me van a congelar las pelotas.

—¡Ion! —Le doy un golpe juguetón—. Eres incorregible.

—Pero ¿te dan ganas de compartir el calor? —Levanta varias veces las cejas de forma cómica.

—Claro que sí, guapo —digo riendo y me aparto de él echando a correr hacia el campamento.

Entramos riendo y nos dirigimos a la zona donde hemos puesto nuestras pieles para dormir, me acuesto lo más cerca posible del fuego, han puesto más troncos y la lumbre calienta bastante. Aun así, Ion se acuesta detrás de mí, me abraza y nos cubre con las capas. Veo varios bultos arrebujados entre capas de piel y en formación circular al fuego. Me quedo mirando las llamas danzarinas y recuerdo lo ocurrido. Se me escapa un escalofrío, pero me recompongo con rapidez, entonces pienso en lo que me dijo e hizo Ion. Tiene razón, nada podría haber hecho para librarme del agarre de Karle. No tengo fuerza, si me hubiese dado espacio tal vez podría haber escapado, pero en la lucha cuerpo a cuerpo no tengo posibilidades y no me gusta. Eso tiene que cambiar.

Me quedo dormida con esa idea en la cabeza.

Por la mañana, como siempre, salimos antes de que el disco solar corone el cielo, recogemos con eficiencia y después de recuperar las piezas de carne de jabalí, emprendemos el camino.

CAPÍTULO 27

Resistencia

La ruta es cada vez más dura, el frío se mete entre las pieles y me hace castañetear los dientes. Ion me da su capa, pero la rechazo, él la necesita más que yo. Cosmo sustituye a Ion en la carreta y solo lo veo de vez en cuando, avanzando entre el resto de las carretas y volviendo a la nuestra. Paramos como siempre, cuando el disco solar está bien alto en el cielo.

Bajo de la carreta, Ion ha preparado una pequeña fogata para que me siente junto al fuego. Le sonrío y se lo agradezco con un beso en los labios. Al principio corto, pero él se demora en mi boca y la saborea como solo un amante sabe hacerlo. Atrapa mi labio inferior y luego lo chupa para después hacer lo mismo con el labio superior, se da cuenta de que no hay ninguna queja por mi parte y su lengua entra en mi boca. Comienza un baile sensual que me calienta desde dentro.

Nos apartamos jadeando y con la respiración alterada, mi corazón late tan fuerte que parece que se me va a salir del pecho. Ion se aparta a desgana, pero me da un último beso.

—Siéntate junto al fuego mientras te traigo algo de comer. —Vuelve a besarme antes de salir en busca de la comida.

Miro a los hombres alimentar a las mulas, Cosmo se ocupa de la nuestra. Suspiro, doy una vuelta con la mirada al campamento y veo venir a Ion con un puchero en la mano, lo deja sobre las piedras

del fuego y le echa el agua. Me da unas zanahorias que troceo, luego saca un poco de carne de una piel y lo echamos todo al puchero.

—Hoy hace mucho frío, es mejor que calentemos el estómago, aunque tengamos que parar más tiempo. —Me da un beso en la frente y vuelve junto a Cosmo para ayudarlo.

Me ocupo del puchero, y se me despierta el apetito cuando el rico olor sale del recipiente para envolver el campamento. Parece que no soy la única atraída por el rico olor, porque empiezan a llegar los hombres y a sentarse alrededor de la pequeña fogata. Cuando llega Ion, apenas tiene sitio para sentarse.

Me sonríe con picardía, me levanta y se sienta en la piedra donde estoy para después sentarme sobre sus piernas. El resto de los hombres se carcajean de la ocurrencia y entre risas y comentarios, algo subidos de tono, comemos la rica sopa acompañada de pan duro. Al terminar, recogemos en equipo; todos colaboran para desmantelar el campamento improvisado en tiempo récord y volver al camino.

Esa noche paramos más tarde de lo normal, el cielo casi está oscurecido del todo, aun así, con eficiencia todos colaboramos para manear las mulas, alimentarlas y preparar un buen puchero caliente para cenar. Ion ha preparado unos sacos junto al fuego para que durmamos, pero antes me acompaña al bosque para aliviarme.

—¿Todo bien, Eirene? —Me abraza y me da un beso en la frente.

—Sí. —Lo miro incómoda—. Tengo mi sangre de mujer.

—¡Ah! —Me mira muy serio—. ¿Te molesta?

—No, qué va —lo miro con timidez—, es solo que mi vientre no se llena con tu semilla —termino en voz baja.

—Cariño, llevamos mucho tiempo sin estar juntos, recuerda que en el barco eras mi hermano pequeño —se carcajea—, y ahora solo hemos tenido unos días para encontrarnos antes de… —calla de repente.

—Tienes razón. —Agacho la cabeza—. Si no me hubiese venido la sangre de mujer no sé si podría querer a la criatura.

—No digas tonterías, claro que la querrías. —Me besa en la frente.

—No lo creo. ¿Y si hubiera sido de Karle?

—No podría ser suyo, lo paré antes de que se vaciara en ti —lo dice muy serio.

—En todo caso, es mejor así. —Se me escapa un suspiro.

—Princesa, cuando tengamos un hijo será bienvenido, cualesquiera que sean sus circunstancias de nacimiento. —Me mira muy serio, pero deja ver una mueca risueña—. Siempre querré un hijo tuyo.

—Eres demasiado bueno. —Lo beso en la barbilla—. Si te soy sincera, tengo miedo a despertar y que seas un sueño.

—Pues no temas nada —me besa en la frente—, soy muy real.

Me coge la mano y me la lleva a su entrepierna. En cuanto toco su erección, me río a carcajadas, pero no suelto la protuberancia que levanta la piel de su faldellín, al menos no lo hago hasta que llegamos donde la luz del fuego ilumina el campamento en silencio. Cosmo está tumbado junto a nuestras pieles, pero en cuanto llegamos se aparta un poco y nos da espacio, el resto se han distribuido alrededor del fuego, salvo Emanu, que de pie recorre con pasos silenciosos el perímetro exterior. Nos hace una inclinación con la cabeza y continúa con su lento pasear.

Nos tumbamos y me quedo dormida casi de inmediato, la mano de Ion acaricia mi rostro mientras me da suaves besos en la frente. Despierto con una sensación de vacío, la oscuridad envuelve el campamento, solo rota por el leve crepitar del fuego. Me incorporo con miedo cuando veo una gran sombra inclinarse sobre las danzantes llamas y se me escapa una exclamación. Entonces lo veo, Ion está alimentando el fuego y al escucharme se vuelve hacia mí.

—¿Qué ocurre?

—Nada, solo me sorprendí al verte en las sombras.

—He añadido más leña para que el frío no te alcance. —Me besa en la frente.

—Mejor te acuestas a mi lado. —Le doy un pequeño beso en los labios.

—Lo siento, princesa, acabo de relevar a Emanu en la guardia. —Su mano acaricia mi rostro con suavidad—. Vuelve a dormir, yo velaré tus sueños.

Me empuja con suavidad a nuestro lecho improvisado y me cubre bien con las capas y pieles, luego lo veo caminar despacio por el perímetro del campamento, mientras el suave crepitar del fuego me relaja y vuelvo a dormirme.

Apenas despunta luz sobre las montañas, cuando me despierta el ruido de los hombres al recoger el campamento. Me estiro con pereza y me levanto con agilidad para recoger nuestras cosas. Las agrupo a un lado y espero a que me ayuden Ion y Cosmo para subirlas a la carreta. Miro alrededor, buscándolos y al darme cuenta de que estoy sola con los hombres de la caravana, un sudor frío recorre mi espalda. Me acurruco junto a nuestras cosas y le pido a la diosa que vuelvan pronto.

Cierro los ojos en un intento de hacerme invisible y cuando una mano se posa en mi hombro se me escapa un grito.

—Chist, soy yo. —Ion me abraza con fuerza.

—Lo siento, me asusté al verme sola con ellos. —Lo abrazo por la cintura con fuerza.

—No pasa nada, Cosmo siempre te ha estado vigilando —dice y sus palabras me tranquilizan—. No te volveremos a perder de vista.

—Lo siento, soy una carga. —Se me escapa un sollozo.

—No digas eso ni en broma —contesta enfadado y me coge de la barbilla—. Eres muy valiosa para nosotros. —Me tranquiliza con otro de sus besos.

—¿Dónde fuiste?

—Anoche puse unas trampas y las fui a revisar —me enseña varios conejos—, así esta noche no tendré que ir a cazar y

cenaremos antes.

—Bien pensado —digo contenta y me aprieto a su cuerpo en busca de calor.

—¿Tienes frío?

—Un poco. —Asiento también con la cabeza.

—Espera. —Se acerca a Emanu y tras hablar un rato con él, vuelve con una piel—. Toma, échatela por los hombros.

—Gracias. —Hago lo que me dice con entusiasmo y vuelvo a la carreta con uno de los paquetes en los brazos.

—Dame eso. —Cosmo me quita el paquete de pieles de las manos y lo sube a la carreta junto con el resto de las cosas—. Sube al pescante.

Veo que el resto de la caravana ya está poniéndose en marcha, así que me siento sobre la carreta y me cubro bien con la piel. Cosmo azuza a la mula y seguimos el camino. Junto a nosotros, a paso rápido va Ion. Lo miro y le sonrío con picardía mientras me echo hacia atrás en el respaldo.

—Dice Emanu que mañana llegaremos a su poblado —me informa sonriente—. Nos ofrece quedarnos y ocupar la casa del des… ¿Qué opinas?

—Parece buena gente. Si no fuera por él… Podemos quedarnos un tiempo y decidir más adelante.

—Es lo que Cosmo y yo hemos hablado, y si tú piensas igual —se encoge de hombros—, se lo diré a Emanu. —Me lanza un beso y corre junto a las carretas hasta alcanzar la del líder.

—Todos están avergonzados por lo que hizo su compañero. —Cosmo me mira interrogante—. ¿Tú podrás perdonarles el despiste?

—Ya lo he hecho —contesto dejando escapar un suspiro—. Pero no puedo evitar asustarme cuando no estáis a mi lado.

—No te preocupes, princesa, solo necesitas tiempo para recuperar tu confianza —asegura y me aprieta la mano—. Mientras tanto, no te perderemos de vista.

El resto del camino lo hacemos como los días anteriores. Al salir el disco solar desaparece el frío matutino, por lo que me quito la piel y cuando está en lo más alto del cielo, nos detenemos para comer algo rápido, compartimos un poco de fruta y reanudamos la marcha tan pronto acabamos nuestras raciones.

El disco solar se vuelve rojo sobre nuestras cabezas cuando paramos de nuevo, esta vez levantamos el campamento y ponemos el puchero con verduras y la carne de los conejos que atrapó Ion, quien aprovecha para hacer igual. Coloca trampas en el terreno, pero esta vez vuelve mucho más rápido.

Emanu se nos acerca y tras saludar con respeto, nos dice que mañana a la hora de comer estaremos en su poblado. Nos señala las montañas en el horizonte y nos dice que se encuentra a los pies de sus laderas. Siento alegría y aprensión al mismo tiempo, pues no conocemos a los habitantes del lugar, y tras mi encuentro con Karle, desconfío de todos los hombres.

¿Y si los que quedan allí son igual que él? O tal vez no nos quieran cuando sepan que Ion acabó con la vida de uno de los suyos.

La historia que nos contó Emanu sobre cómo se formó su aldea, no ha eliminado mi aprensión hacia ellos. Las dudas me asaltan con crueldad y siento escalofríos por todo el cuerpo, a pesar de que el tiempo no es tan frío como cuando atravesamos las montañas. Recuerdo la historia que nos contó, no es una garantía, pero si un grupo de personas fueron capaces de dejar todo lo conocido para formar una nueva tribu, poner reglas donde todos son iguales y olvidarse de la prevalencia de uno u otro sexo para dirigir el poblado. Si un grupo de personas puede hacer eso, sus descendientes criados en la misma ideología y con la misma sabiduría, merecen una oportunidad, así que decido confiar. Se lo merecen, e intentaré olvidar lo que solo uno de ellos ha hecho. Mi mente se tranquiliza con este último pensamiento.

Me acerco al puchero que ya huele muy bien, me aparto un poco y sigo sumida en mis pensamientos mientras los hombres

hablan en voz baja. Su murmullo me pone en alerta. Me vuelvo hacia Ion y lo miro sin comprender a qué viene tanto cuchicheo, pero no digo nada pues me hace movimientos con la cabeza para advertirme.

El golpear sobre el cobre del puchero nos llama a acercarnos al fuego con las cucharas y todos van cogiendo su porción por turnos. Yo me llevo la cuchara a la boca, pero no tengo hambre. Trago poco a poco el guiso hasta que Ion me quita la cuchara y la vuelve a meter para coger otra porción. Sin embargo, me niego a tomarla.

—No quiero más —me quejo y le aparto la cuchara.

—Tienes que comer algo, ya que mañana madrugaremos para llegar al poblado antes de comer. Será un trayecto largo sin comida —me riñe y me tiende de nuevo la cuchara.

—No puedo —insisto y me aprieto el estómago—. No puedo comer más.

—Está bien, guardaré un poco para mañana —concede y me besa en la frente.

—Gracias por todo.

—No me las des, esto es cosa de dos —dice con voz suave y me guiña un ojo—. ¿Me vas a decir que si yo estuviese desganado no harías lo mismo por mí?

—¿Tú, desganado? —Rio divertida ante semejante imagen—, no creo que llegue a ver eso.

—¿Acaso me estás diciendo glotón? —pregunta mientras levanta una ceja.

—Noooo, no se me ocurriría —me defiendo a la vez que suelto una risilla.

—¿O es que me ves gordo? —Se levanta la capa, se mira la barriga y luego el trasero.

—¡Qué va! Serás presumido —contesto riendo todavía más fuerte.

—Me gusta verte sonreír de nuevo —añade contento, me da un beso en la frente y se pone a recoger.

Mientras resuenan las carcajadas lo veo guardar varias cucharadas del puchero en una piel que luego esconde en la carreta. Vuelve junto a mí y me coge en brazos sin importarle mis chillidos. Nos alejamos del campamento entre nuestras carcajadas y las risas del resto de hombres de la caravana.

Me baja al suelo junto a un pequeño arroyo, no es muy caudaloso, pero con la suficiente agua para lavarnos. Limpio el paño entre mis piernas y lo sustituyo por otro, él se da la vuelta para darme intimidad, pero no se aleja de mi lado. Sigo lavando mis brazos y cara, pero evito meterme al arroyo; el agua está demasiado fría para mi gusto. El ruido del agua hace que me vuelva. Ion se ha metido desnudo, y aunque no le cubre se frota el cuerpo con fuerza; no sé si para limpiarse o para entrar en calor.

Lo miro embobada. El pelo húmedo deja caer gotas de agua sobre su torso, pero el frío de estas le pone el vello de punta allí por donde pasa. Los músculos de los brazos se tensan mientras frota el cuerpo y las piernas musculosas dan fe de su fuerza física. Su piel dorada por el sol contrasta con el vello rubio que corona su pecho y brazos. Sigo observando hasta que lo miro a la cara, sus ojos verdes están fijos en mí y noto que su mirada me atraviesa.

Trago saliva y le sonrío con timidez.

—Eirene, no deberías mirarme así —dice mientras se acerca a la orilla y se seca con un paño que ha traído.

—Lo siento. —Aparto la mirada.

—No, no lo sientes.

Me guiña un ojo, me coge por la cintura y me besa con pasión, sus labios sobre los míos provocan un cosquilleo interior que me hace gemir, sus manos recorren mi cuerpo con impunidad sin detenerse. Me coge por el trasero para acercarme a su cuerpo aún más y puedo sentir su miembro cobrar vida, a la vez que su lengua entra y sale de mi boca como una parodia del acto entre hombre y mujer. No soy capaz de pensar, me dejo llevar por las placenteras

sensaciones que deja en mi piel. Su tacto me provoca descargas y ardo por dentro haciendo que me sienta viva otra vez.

Dejo atrás lo ocurrido y lo entierro muy dentro de mí, estoy viva y tengo la mitad que me faltaba, no necesito nada más.

Con mi mano le rodeo el miembro y lo escucho gemir, a la par que sus labios se aprietan contra los míos sin piedad. Lo acaricio desde la base a la punta y vuelvo a bajar, su mano se posa en la mía y me apremia para infundir velocidad al movimiento. Atrapo en mi boca sus gemidos de placer hasta que se descarga en mi mano.

Su respiración vuelve poco a poco a la normalidad y apoya su frente en la mía.

—Esposa, deja que alivie tu pasión —me pide excitado y mete la mano dentro de mi taparrabos, pero lo detengo.

—Estoy en mi sangre de mujer.

—No pasa nada.

Sigue bajando hasta que toca mi centro de placer, traza círculos lentos con sus dedos y siento la tensión de mi vientre a punto de explotar. No necesita mucho, con sus caricias me llega el placer en oleadas tan altas que no puedo pensar en nada que no sea recibir el desahogo y rendirme ante tan exuberante pasión.

Me tiemblan las piernas, pero él me sujeta y me da tiernos besos en las mejillas y la frente. Siento su piel fría bajo mis manos y me aparto con rapidez.

—Vístete antes de que enfermes —lo amonesto.

—No podría, aunque quisiera —confiesa y vuelve a apoderarse de mi boca—. Solo deseo tocarte, complacerte, adorarte. —Me besa en la nariz—. Pero esta vez te haré caso.

—Más te vale, porque yo no podría cargar contigo si enfermas —le digo con guasa.

—No te preocupes, que solo puedo enfermar si me faltas tú. —dice y coge su ropa para vestirse.

Volvemos al campamento abrazados y riendo, pero a diferencia de la noche anterior, esta vez están casi todos levantados. Las risas nos llegan estridentes y nos unimos en torno a la fogata.

—Si no os lo creéis, cuando lleguemos al poblado os haremos una demostración. —Cosmo está más risueño de lo habitual.

—Tendréis tiempo de sobra. —Emanu se vuelve ante nuestra llegada—. Durante el invierno hay poco que hacer en el campo, por lo que se agradecerá cualquier diversión que nos ayude a entretenernos en las largas noches de frío.

—Pues, ¿qué hacéis en invierno? —pregunto mientras me siento.

—Cazar, recolectamos aceituna para hacer aceite, pulimos pieles y poco más. —Me mira atento—. Los días son tan cortos que pasamos mucho tiempo dentro de casa.

—¿Tienes mujer?

—Sí, se llama Saran y ya me ha dado tres hijos fuertes. —Sonríe satisfecho—. Esperamos el cuarto en unos discos de plata.

—Vaya, ¡eso es estupendo! —Hay mujeres en el poblado. Eso, añadido a la historia que me contó Emanu, me da una sensación de seguridad y confianza.

«Este será un buen lugar para rehacer nuestra vida», pienso sonriente.

Con unas palmadas, Emanu da la velada por terminada. Nos acurrucamos en nuestras pieles y me aprieto contra el cálido pecho de Ion que nos tapa, pero antes de cerrar los ojos veo a uno de los hombres recorrer el perímetro exterior del campamento con pasos lentos y sin hacer ruido. Después de eso, la oscuridad me acoge con un sueño soporífero.

El suave traqueteo en mis hombros me despierta, apenas hay luz en el cielo, pero los hombres se afanan recogiendo el campamento. Me incorporo con rapidez y recojo las pieles, pero Ion

me las quita de las manos y las lleva con rapidez a nuestra carreta, luego me coge del codo y salimos al bosque.

—Si tienes que hacer algo será mejor que lo hagas ahora, no pararemos hasta llegar al poblado. —Se da la vuelta y me deja un poco de intimidad.

—Gracias.

Después de tan rápida recogida emprendemos la marcha, hasta los animales parece que se den cuenta de que están cerca de casa, porque su andar parece más ligero que en días anteriores. Los hombres charlan a gritos animadamente y nuestra caravana consume las últimas distancias hasta el poblado. Ion se para junto a nosotros y toma las riendas de la carreta mientras Cosmo le releva en su vigilancia del entorno.

Lo veo coger una piel de la parte trasera de la carreta y me la da sin mirarme.

—Come un poco.

Su voz no admite discusión alguna, por lo que tomo la piel y mastico la carne fría, aunque de vez en cuando lo miro enfurruñada por su orden. El disco solar está bien alto en el cielo cuando distinguimos las construcciones del poblado en la falda de la montaña. Están dispuestas de forma circular, y por la cantidad que hay, me doy cuenta de que el poblado es bastante grande. Al menos treinta construcciones revelan su contorno en el paisaje.

El ruido de los animales al saberse en casa atrae la atención de los pobladores y salen a recibirnos. Hay muchas mujeres y niños, también ancianos y algunos hombres con lanzas.

Emanu es el primero en llegar. Apenas se detiene la carreta y salta con brío al suelo, una mujer en avanzado estado de gestación sale a su encuentro y lo abraza, mientras los niños tiran de las pieles para llamar la atención. Donde quiera que mire, veo parejas abrazarse y algunos llantos de alegría.

Una mujer delgada y de cabello oscuro mira a todos los hombres, parece buscar a alguien, pero sus ojos reflejan miedo. Se

yergue en toda su estatura y con una dignidad que parece extraña en tan pequeña mujer, se acerca a Emanu. Espera hasta que la pareja rompe su abrazo.

—Karle no volverá —Emanu habla con voz de mando—. Eres libre de elegir un nuevo compañero.

—¿Qué pasó? —le tiembla la voz.

—Abusó de una mujer que no era suya, nos deshonró atacando a nuevos ciudadanos que nos acompañaban y el esposo de la mujer, le dio su merecido castigo.

—¿Qué será de mí ahora? —pregunta a la vez que llora desconsolada.

—Puedes quedarte en la casa comunitaria hasta que decidas qué hacer —Emanu habla con voz autoritaria—. Tu casa se entregará en compensación a los nuevos ciudadanos.

—¡Noooo! —grito antes de que pueda continuar—. No queremos la casa de Karle, construiremos nuestro propio hogar. —Miro a Ion que asiente.

—Sea. Entonces, os ayudaremos a levantar vuestra casa antes de que entre más el frío.

—Gracias —dice la mujer y se arrodilla a mis pies—. Gracias.

—Levanta, mujer. —La cojo de los hombros—. No hagas eso.

—Muchas gracias —repite y besa mis manos—. Mientras levantáis vuestra casa, podéis quedaros conmigo.

—Te lo agradecemos. —Acepto su ofrecimiento y le sonrío.

—Soy Nemar y mi casa es vuestra casa.

Después de las presentaciones, descargan los carros en un almacén y nos reunimos todos en torno a una gran fogata. Las mujeres preparan un gran caldero y vierten dentro carnes y verduras junto con hierbas. En otra fogata, se asan varias piernas de jabalí. La reunión se hace muy amena con la música que hacen algunos hombres con unos tubos huecos. Varias mujeres se les unen entonando con sus voces y el resto hace palmas siguiendo el rítmico

sonido. Un pellejo con licor fuerte pasa de uno a otro, cuando me lo tiende mi esposo y bebo me atraganto, pues es tan fuerte que quema la garganta. Toso y me quejo mientras Ion me palmea la espalda entre risas.

La oscuridad discurre entre las montañas y nos arrulla en esta nueva tierra que nos acoge con espléndida generosidad. Bebemos, comemos y bailamos como si fuésemos uno más del poblado, lo que me llena de alegría, ya que si nos acogen así es imposible marcharnos más adelante.

Creo que hemos encontrado nuestro hogar.

Construimos nuestra casa en un extremo del poblado, junto a la montaña que se alza amable mientras protege nuestro hogar de las inclemencias del frío. Todos nos ayudan, traen piedras que luego tallan para igualar los sillares lo más posible, se van turnando para colaborar sin importarles dejar sus tareas. Gracias a esa labor titánica tenemos la casa construida en unos discos de plata, justo antes de que llegue el frío invernal. Cosmo se queda en la casa de Nemar y creo que algo está surgiendo entre ellos, pero me callo con la esperanza de no incomodarlos y ahuyentar la intimidad que puedan iniciar.

Como nos dijo Emanu, el invierno con sus largas noches nos obliga a vivir dentro de casa, pero una jornada de cada siete nos juntamos todos para compartir comida y distracciones.

Uno de los días en que no salimos, me doy cuenta de que hay un movimiento extraño al fondo de la casa. Al acercarme, veo que una rata se cuela por una rendija para salir, agrando la cavidad y me sorprendo al dar con una cavidad aún mayor del otro lado. Cojo una antorcha y me cuelo por el agujero, bajo hasta encontrar una cueva enorme y las paredes de piedra me llaman a pintar. En ese momento cierro los ojos y la visión me encoge el corazón: puedo ver a la diosa Nut de los egipcios, pintada bajo un fondo azul lapislázuli, su cuerpo está decorado con estrellas doradas flexionado hacia la tierra sosteniéndose con las manos y los pies. Entre ellos, varios niveles de personajes pintados al estilo egipcio.

No sé lo que significa, pero debo hacer lo que mi visión me ha mostrado.

Desde entonces, mis jornadas las empleo en hacer realidad mi visión. Sé que necesitaremos esta cueva; no sé cuándo ni porqué, pero será importante en nuestras vidas, y si la diosa me ha concedido la visión, no debo ignorarla.

Además de pintar techo y paredes, con el tiempo consigo papiro para crear nuestro propio libro de los muertos. No sé si resultará eficaz con los seguidores de la diosa, pero necesito darnos esta oportunidad, porque cada día que paso junto a Ion me parece poco. Por eso preparo el hechizo tal y como me enseñó Ani en Egipto.

Solo espero que nuestras almas se queden hasta que el tiempo nos alcance y volvamos a vivir, porque solo una vida no es suficiente para amar.

CAPÍTULO 28

Presente

Jaén 2002

Levanto la vista del papiro, todavía estoy en shock, pues acabo de vivir la vida de otra persona. Sacudo la cabeza y miro a Juande, él también tiene cara de incredulidad. No lo he soñado, y creo que tampoco son alucinaciones causadas por la falta de oxígeno.

Me levanto y con las piernas temblorosas me acerco al ataúd de piedra, los huesos siguen plácidamente abrazados como si el tiempo no lo hubiese tocado. La mano de Juande sobre mi hombro me saca de mis pensamientos.

—No lo hemos soñado, hemos vivido la vida de estas dos personas. —Me abraza desde atrás y coloca su barbilla sobre mi hombro—. Es más, creo que nosotros somos ellos —dice en voz baja.

—¿Qué? —Niego con la cabeza—. No te dejes llevar por alucinaciones.

—Piénsalo, Ana. Primero, podemos leer con claridad una escritura para la que no existen apenas traducciones y se han descifrado muy pocas tablillas —me mira esperando que diga algo—; segundo, las descripciones que hace de ellos son como si nos

describieran a nosotros y tercero, no solo hemos leído su historia, sino que la hemos vivido.

—No puede ser, seguro que son alucinaciones por la falta de oxígeno —digo dudosa y me aparto de él.

—Ana, sabes que desde que nos conocimos hemos sentido una atracción casi irresistible, y desde que me aceptaste he notado que mi vida cobra sentido. —Me mira levantando una ceja—. Es como si llevase una eternidad esperándote en el limbo, y cuando por fin nos reunimos, ocurre esto.

—Son casualidades. —Niego con la cabeza—. Tal vez hemos tenido el mismo sueño.

—Ana —me coge por los brazos—, no intentes engañarte; ni a ti ni a mí. Este descubrimiento me ha abierto los ojos. Yo soy Ion y tú eres Eirene, nuestras almas están condenadas a estar juntas y haberlo descubierto nosotros no es una casualidad. No puede serlo.

—¿Te imaginas lo que dirán de nosotros si contamos esta historia? —lamento y me dejo caer al suelo—. Perderemos cualquier prestigio que pudiésemos adquirir con este descubrimiento, seremos el hazmerreír del mundo entero.

—¿Y quién dice que tengamos que decir todo lo que aquí hemos encontrado? —contesta con picardía—. Además, todavía tenemos que salir del *tholos* antes de que ese chiflado nos vuele por los aires.

—¡Mierda! Se me había olvidado —exclamo y lo miro compungida—. Estamos muertos, ya que más da —añado desanimada con la cabeza entre las manos y empiezo a temblar.

—¡Tranquilízate! —Se sienta a mi lado—. Lo primero que tenemos que hacer, es buscar una salida alternativa. —Me coge de la mano—. Venga, tú rastrea las paredes desde la izquierda y yo desde la derecha.

Me levanto no muy convencida de que esto sirva para algo, pero, aun así, cojo una linterna y empiezo a tantear la pared desde la izquierda, mientras Juande lo hace desde la derecha. Con

minuciosidad, tanteo con las manos la pared desde abajo hacia arriba, busco cualquier hueco que pueda darnos salida al exterior. Miro hacia atrás y veo que Juande hace lo mismo que yo, él tiene que apartar los *pithoi* y figurillas guardadas en ese lado, por lo que su escrutinio es mucho más lento. Sigo mi meticuloso tanteo y casi me pasa desapercibida una pequeña brisa. Asustada, me vuelvo a la dirección en la que he sentido entrar el aire, pero no lo encuentro.

—¿Tienes una cerilla o un mechero? —Me vuelvo hacia Juande.

—Sí, espera —dice y se hurga en los bolsillos, luego viene hacia mí sonriente—. Toma.

Con el mechero en la mano derecha y la linterna en la izquierda, vuelvo a revisar la pared. Entonces lo veo, la llama oscila ante mis ojos y enfoco con la linterna hacia el núcleo de luz que provoca el viento. Es una pequeña incisión en la pared, tan pequeña que pasa casi desapercibida. Juande se acerca y comienza a rascar alrededor de la incisión. El hueco se hace cada vez más grande, enfoco directamente al interior y descubrimos una especie de palanca. Él me mira con ansiedad, en sus ojos puedo leer la pregunta no hecha: «¿Tiro de la palanca y activo el mecanismo?»

Recuerdo una escena muy similar en la película de Indiana Jones. ¿Qué ocurre cuando activa el mecanismo? Ya no me acuerdo, pero no tenemos muchas alternativas: morimos sepultados por el loco del concejal Santos o morimos al accionar un mecanismo que puede estrechar paredes o dejar caer flechas; vete tú a saber lo que pone en marcha esa palanca.

Bufo de frustración.

—No tenemos muchas opciones.

Me sonríe y se pega a mi cuerpo mientras acciono el mecanismo, escucho moverse los engranajes y ruedas produciendo un ruido ominoso. Con pavor, cierro los ojos mientras espero que algo caiga sobre mí y me aplaste, pero nada de eso ocurre. En la pared de enfrente se escucha moverse algo con pesadez, enfocamos las linternas y vemos abrirse una puerta; está tan bien camuflada que no nos habíamos dado cuenta de su existencia.

Cogemos dos linternas por si acaso y entramos a la oscuridad tras la puerta. El olor a rancio y polvo es fuerte, pero se mezcla con algo más, huele a humedad. Bueno, no es exactamente humedad, es el olor a tierra mojada que queda después de la lluvia.

Recorremos el angosto pasillo y el olor se intensifica. Miro mi reloj, llevamos andando casi veinte minutos, y entonces, nos topamos con una pequeña abertura. Parece una madriguera de conejos, pero al asomarnos distinguimos la luz del día.

Saltamos y nos abrazamos, ya que hemos hallado una salida.

—Deberíamos volver y coger todo lo que podamos salvar antes de que…

—No. Todo no. Podemos sacar algo, pero no debemos dejar huellas de lo que el *tholos* escondía. —Juande me mira muy serio—. No sabemos cuánto tiempo tenemos, puede que en estos momentos estén poniendo dinamita para destruir la excavación.

—¡Pero no podemos dejar que lo destruyan! —Me giro hacia el interior, y no puedo seguir porque me coge del brazo.

—No podemos salvar todo y, sobre todo, no podemos hablar sobre este hallazgo.

—¿Estás loco? Yo no me voy a quedar callada. —contesto y me suelto para correr hacia el interior antes de que vuelva a detenerme.

—Ana, ¿no lo entiendes? Construirán sus edificios, haya lo que haya aquí abajo, pero si damos a entender lo importante que puede ser este hallazgo, nos eliminarán antes de que lo publiquemos.

—No podemos dejarles destruir esta tumba y no es solo por su valor histórico —contesto, enfadada, mientras me detengo y lo enfoco con la linterna—. Somos nosotros los que estamos en ese ataúd, es nuestra vida la que quieren destruir.

—Lo sé —dice con sencillez y me abraza con fuerza—. Cogeremos solo lo imprescindible.

—¿Y qué es eso? —respondo enfadada.

—Los anillos y los papiros —dice con rotundidad—. Son cosas que podemos esconder con facilidad.

—Está bien —acepto apenas convencida.

Llegamos de nuevo al interior de la tumba, miro por última vez los huesos abrazados y palpo los anillos en el interior de mi bolsillo delantero. Reviso la belleza de las policromías que decoran el interior, quiero guardar en mi cabeza esta impresionante imagen. Al volverme, veo que Juande coge un pico en una mano mientras esconde los dos rollos de papiro en la parte delantera de su camisa, me mira sonriente y me cede el paso al oscuro pasillo. Una vez dentro, empuja a la puerta para cerrarla y recorremos de nuevo los metros que nos conducen hacia la libertad.

Al llegar al final, con el pico en la mano, agranda el hueco abierto en la tierra. Esta cede con facilidad y el olor a petricor, se intensifica hasta llenar nuestro olfato y darnos esperanzas de libertad. Cuando el agujero es lo suficientemente grande para que pasemos, salimos. El aire limpio llena mis pulmones y sonrío, mientras me empapo de esa sensación y me deshago de las horas de enclaustramiento.

Hemos atravesado bajo tierra toda la zona del bulevar, así que, al salir, miro alrededor y solo veo prado. Estamos fuera del campo de visión de la excavación. Juande me coge de la cintura y me vuelve hacia él.

—Tenemos que escondernos, por lo menos hasta que sepamos qué van a hacer o han hecho con la excavación.

—No podemos ir a nuestras casas, allí será el primer sitio donde nos busquen. —Observo nerviosa a nuestro alrededor para comprobar que no nos han descubierto.

—Te equivocas, es el último sitio donde nos buscarán —objeta sonriente—. De momento piensan que estamos atrapados en el *tholos*. Eso sí, no debemos dejarnos ver hasta que ellos hagan algo.

—Tienes razón. —Asiento y le cojo de la mano—. Vamos a mi casa.

Me da un corto beso en la boca y subimos hasta la estación de tren andando. Tomamos un taxi hasta mi casa. Una determinación hasta ahora desconocida para mí bulle en mi interior, bajo ningún

concepto me dejaré amedrentar por un político sin escrúpulos y sus ansias de poder y dinero.

Desengancho las llaves de la trabilla del cinturón y abro la puerta de la calle, Juande revisa el exterior y entra detrás de mí. Subimos cansados en ascensor y entramos a mi piso. Me apoyo en la puerta después de cerrarla con llave. Miro a Juande que se saca de la camisa los rollos de papiro y los lleva con cuidado hasta el despacho, luego le sigo todavía algo aturdida por los acontecimientos.

—¿Tienes bolsas de basura?

—¿Eh? —Lo miro algo aletargada—. Sí, claro.

Voy a la cocina y cojo un rollo de bolsas de basura. Vuelvo al despacho y observo que está envolviendo los papiros con papel blanco, le paso las bolsas y mete cada rollo en una, luego las lía bien y las ata.

—¿Dónde podemos esconderlas? —Me tiende los rollos envueltos.

—No sé, lo mejor sería tenerlos a la vista, pero que no se sepa lo que es. —Pienso un momento el lugar adecuado para ello—. Ya lo sé.

Cojo los rollos envueltos y los llevo a la cocina, en un lateral bajo tengo una pequeña estantería donde guardo arriba las bolsas de basura para utilizar y debajo el detergente y suavizante para la lavadora. Meto entre las bolsas los rollos de papiro envueltos en la bolsa de basura.

—Genial, nadie distinguiría una bolsa de otra y, además, ¿quién va a revisar el detergente? —Me da un beso en la frente—. Ahora, vamos a ducharnos.

Levanta el sobaco y se lo huele, pone cara de asco y me sonríe, luego me tiende la mano y nos dirigimos al cuarto de baño que está en la entrada. Despacio, desabrocha mi camisa, saca la camiseta, me quita el sujetador y baja hasta el pantalón, luego desabrocha el botón y baja la cremallera. Llegados a este punto, muevo las

caderas para dejar caer el vaquero, me saco las botas pisándolas y de la misma forma saco el pantalón. Al levantar la vista, veo que Juande ya se ha quitado la camisa y se está bajando los pantalones, así que lo cojo del bóxer y se lo bajo despacio. Me agacho para sacárselo por los pies y me quedo mirando su gran erección frente a mis ojos, trago saliva y me muerdo el labio inferior.

Su carraspeo me saca de mi ensimismamiento, levanto la vista y veo sus verdes ojos oscurecidos de pasión. Nos unimos en un lío de brazos y piernas, nuestras bocas se encuentran y establecen una comunicación que no necesita traducción. Entramos a la ducha y mientras el agua cae sobre nuestros cuerpos unidos, nos encontramos en ese espacio donde no sabes dónde empieza uno y termina el otro. Una vez más, siento ese hilo invisible que tira de mi alma y me une a la suya. Puedo comprobar que es la mitad de mí, que estamos en ese punto donde no importa nada, salvo nosotros.

Siento que la tensión en mi vientre se acumula hasta que el mundo estalla a mi alrededor, mis oídos pitan y en mis ojos veo luces estroboscópicas. Me tiemblan las piernas tanto que apenas me puedo sostener en ellas y grito de placer cuando el clímax se apodera de mis sentidos y mi cuerpo. Los temblores que me recorren empiezan a relajarse. Le siento ponerse tenso y al minuto siguiente gritar al tiempo que se vacía en mi interior.

Me besa en la nuca y sus manos acarician mis pechos, pero lo que realmente me trae de vuelta a la realidad, es su miembro abandonando mi sexo mientras su esperma se derrama al suelo y baja por mis muslos.

—Vamos —invita y me coge de la cintura, después le da al agua para que nos refresque.

Corta el grifo y nos envolvemos en toallas, yo cojo una de baño que me ato sobre el pecho y él con una pequeña de ducha se envuelve las caderas. Me cubro el pelo con una toalla y me voy al dormitorio.

Medio adormilada, me pongo un tanga y un camisón corto de Hello Kitty, al girarme lo veo ponerse un bóxer blanco. Trago saliva,

pero me obligo a salir del cuarto antes de saltarle al cuello y comérmelo.

Pongo en el horno una pizza y saco lechuga, pepino y tomate para una ensalada rápida. Él entra con un pantalón corto y descalzo, contempla el reloj con mirada ausente y yo le observo de reojo. Desde aquí puedo sentir cómo giran los engranajes de su cerebro. No dice nada, solo mira el reloj mientras mordisquea su labio. Termino de aliñar la ensalada y la dejo en la pequeña mesa de la cocina. Me siento frente a él y lo observo, cuando me doy cuenta de que no va a decir nada le apremio para que hable.

—Bueno, ¿me lo vas a contar? —Lo miro, pero es como si no estuviese—. ¡Juande! —le grito y se sobresalta.

—¿Qué? —responde, aunque su mirada está en otra parte.

—¿Qué ocurre? —pregunto mientras mira el reloj y luego a mí.

—¿Ese reloj está bien? —Lo señala.

—Sí. ¿Por?

—Según tu reloj solo hemos estado un día en el *tholos*. Son las nueve de la noche, luego en apenas veinticuatro horas hemos vivido las vidas de Ion y Eirene, hemos escapado por el pasillo subterráneo y nos ha dado tiempo a ducharnos.

—¿Y?

—A mí me pareció que llevábamos encerrados varios días —comenta y me mira muy serio—. Empiezo a dudar de lo que hemos vivido.

—Pues somos dos, no puedes dudar de lo que yo corroboro —digo y me levanto enfadada.

—¿Y si ha sido histeria colectiva?

—Tenemos los papiros para probarlo. ¿Los saco?

—No, no hace falta —replica sonriente—. Tienes razón, no puedo dudar de algo que hemos visto y vivido los dos.

Saco la pizza y pongo los platos para comer, yo picoteo más de ensalada y dejo la pizza para Juande que la devora con hambre.

Estamos en silencio hasta terminar la cena, después me ayuda a recoger la mesa, dejo los platos sucios en el fregadero y me vuelvo hacia él.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—De momento nos quedaremos en casa, hasta que veamos si Santos tiene valor para destruir la excavación.

—¿Y cómo sabremos que la destruye?

—Por los medios de comunicación, cualquier desastre será noticia en todos los medios locales.

—Tienes razón —afirmo a la vez que él se levanta y me coge por la cintura—. Mientras tanto, nada nos impide disfrutar de nuestro encierro.

Su boca se cierne sobre la mía, me avasalla y controla. Su lengua recorre mi labio inferior y luego me da un mordisquito que me hace gemir. Me coge en brazos y me lleva al dormitorio. Su abrazo me hace saber que estoy en casa, y que ahora somos uno.

CAPÍTULO 29

Futuro incierto

Abro los ojos, cegada por la luz del sol que se cuela entre las rendijas de la persiana. Me levanto y la bajo despacio para no despertar a Juande, pues su cabello leonino descansa en la almohada, sus ojos cerrados me impiden ver el verde de su iris. Me deleito con la mandíbula fuerte y esos labios algo gruesos que hacen que ignores su nariz aguileña. Me duelen los dedos por el ansia de tocar su piel dorada por el sol, pero consigo controlarme.

Vuelvo a repasar su rostro dormido y me sorprendo al verlo con los ojos fijos en mí. No dice nada, solo se muerde el labio inferior y esa parece ser la señal, porque me lanzo sobre él y lo beso como si no hubiese un mañana. Su lengua entra en mi boca con decisión y yo disfruto de la invasión, se me escapan gemidos de placer y me abandono a lo que me hace sentir. Tan pronto estoy sobre él, que de improviso me encuentro bajo su cuerpo, ambos desnudos, piel con piel. Nuestros cuerpos unidos entablan una danza más antigua que el tiempo, pues nos aceptamos y fundimos disfrutando del placer de nuestro encuentro.

Me dice palabras susurrantes que aceleran mis latidos cardíacos, mi vientre se tensa y todo mi cuerpo implosiona, mientras descargas eléctricas me recorren y los temblores que me invaden hacen que grite. No puedo detenerme, convulsiono sin control mientras el placer recorre mi cuerpo y me vacía. Estoy tan absorta

en mi éxtasis que apenas noto cuando él se tensa sobre mí, y con un gruñido, da los últimos envites en mi interior. Nuestros corazones laten al unísono, y los jadeos inundan el silencio de la habitación, pero no puedo abrir los ojos, así que me dejo llevar por la placentera sensación de letargo que me invade. No me molesta su peso, ni siquiera su semen mojando mis muslos. Abro los ojos, le sonrío y le acerco a mi pecho. Él se vuelve y me arrastra hasta ponerme sobre su torso, me besa en la frente y nos quedamos dormidos en un sueño ligero.

Una palmada en el trasero me saca de mi duermevela. Me incorporo con rapidez y parpadeo para enfocar, Juande se sienta en la cama y me mira con esa sonrisa de perdonavidas. Se inclina sobre mí y me da un piquito.

—Vamos, dormilona tenemos mucho que hacer hoy —dice con energía y me da otra nalgada mientras se levanta riendo.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Levántate y te lo cuento.

Sale del dormitorio y me incorporo con rapidez, me pongo un tanga, una camiseta extragrande y salgo en su busca. Lo encuentro en la cocina con varias tostadas en un plato y una cafetera humeante en la mesa. Sin decir nada, me siento y levanto una ceja a modo de interrogación, él pone dos tazas con leche en la mesa y se sienta sonriente.

—Bueno, ¿me lo vas a contar o te tengo que torturar?

—Hum… Suena bien lo de la tortura —bromea y me hace reír también a mí.

—Eso es porque no has conocido mis métodos. —Le doy una patada en la espinilla, pero con los pies descalzos apenas le hago daño.

—Te has levantado peleona, ¿eh?

—¡Vaaaamos!

—He hablado con un amigo que tiene un puesto en el gobierno de la Junta de Andalucía, evidentemente no se lo he dicho todo, pero le he contado las presiones urbanísticas, el hallazgo en el yacimiento de Marroquíes Bajos. En fin, que le he puesto los dientes largos —me sonríe—, y ahora quiere que hagamos unas declaraciones públicas para que la Junta intervenga y, a partir de ahí, el yacimiento estará protegido.

—¿Así de fácil?

—Bueno es un poco más complicado, pero en líneas generales es lo que nos salvará de los tejemanejes del concejal Santos —explica mientras añade azúcar a su taza y bebe sin apartar su mirada de mí.

—Cuando Santos vea que no nos ha quitado de en medio, volverá al ataque.

—Puede que sí, pero ya no controlará el yacimiento —objeta convencido—. Entonces, ¿para qué meterse en problemas liquidando a dos arqueólogos?

—¿Y cuándo haremos esas declaraciones?

—Hasta que Santos no lleve a cabo su plan de destruir el *tholos* no podemos aparecer.

—Pero entonces lo perderemos todo.

—No, nosotros sabemos lo que allí había y honraremos su legado.

—Pero su legado son las pinturas, los *pithoi.* —Carraspeo—. El trabajo de toda una vida lejos de su tierra.

—Eso lo tenemos nosotros a buen recaudo.

—Ya, pero sin una prueba de lo que encontramos en el *tholos* carecerá de valor.

—Ana, escucha. Su vida es nuestra vida y sus almas son las nuestras. Desde que hallamos los papiros sabemos que nos corresponde continuar con nuestro amor; su amor. Ellos somos nosotros, nos necesitan para vivir la eternidad, y nosotros los necesitamos para vivir nuestro amor más allá del tiempo. —Me coge

las manos—. Esto no es solo un hallazgo, es una prueba de vida. ¿Te atreves a vivirla?

—No lo sé. —Bajo los ojos al plato con tostadas—. Hace tiempo que tengo mi vida trazada y esto … Me supera.

—No lo pienses, solo vive la vida y deja que su historia continúe con la nuestra —comenta con firmeza—. En solo un día hemos aprendido más de la cultura minoica y egipcia que en años de estudios, hemos adquirido memoria histórica y una visión de dos culturas que, hasta ahora, eran meras suposiciones.

—Tienes razón, pero me niego a dejar que se destruya el *tholos* —añado airada y me levanto de golpe —. Nuestro deber es protegerlo y que las futuras generaciones disfruten del hallazgo.

—Te equivocas, nosotros ya hemos cumplido al descubrirlo, ahora queda saber si tendremos el valor para continuar donde ellos lo dejaron. —Se levanta conmigo—. No lo dudes más.

—Está bien, pero hay que detener a Santos antes de que… — Me pone un dedo en la boca.

—Ven conmigo.

Me lleva hasta el despacho y le da la vuelta al portátil sobre una de las mesas, me fijo y tiene abierta una página del Diario Jaén; una fotografía a todo color del yacimiento ocupa toda la pantalla. Me fijo y se me escapa una maldición. Donde debería estar el *tholos* hay una masa amorfa de piedras y polvo. La destrucción es total y se me escapan las lágrimas. Lo ha hecho, el maldito idiota ha destruido un patrimonio de valor incalculable, y todo para que su plan urbanístico continúe en marcha y seguir llenándose los bolsillos con la especulación.

Juande se acerca a mí y me abraza con fuerza, mis ojos repasan el destrozo ocasionado; es imposible que haya sobrevivido nada de lo que se ocultaba en el interior del *tholos*. La magnitud del daño me hace llorar con fuerza y me aferro al sólido cuerpo que me sostiene. Pienso en las maravillas que hemos perdido, y el alma se me cae a los pies.

—Podemos salvar lo que queda y darle a Santos donde más le duele —dice bajito sobre mi cabeza.

—¿Tú crees?

—No lo creo. Lo sé. Ese especulador se va a dar con un canto en los dientes, vamos a promover la conservación y estudio del yacimiento, pararemos su plan urbanístico, por lo menos en lo que respecta al suelo de la excavación.

—Está bien. ¿Cómo y cuándo lo hacemos?

—Tenemos una entrevista en una hora, en el salón de actos del hotel Infanta Cristina. —Me da un beso corto y luego me empuja hacia el baño—. Una ducha rápida, y bajamos a poner patas arriba los planes de Santos.

Salimos en media hora de mi casa, limpios y vestidos con ropas de trabajo. Él me advierte de que bajo ningún concepto podemos hablar de Santos, nuestro encierro, ni de sus planes para retomar el plan urbanístico eliminándonos a nosotros. Además, no debemos hablar de las pinturas ni los papiros, solo lamentar la pérdida de tan hermoso vestigio de la época calcolítica y lo que podremos averiguar sobre el asentamiento.

Llegamos con diez minutos de antelación y nos asomamos con discreción al salón donde empiezan a llegar periodistas de varios medios. Hay cámaras de Canal Sur; los micrófonos con los logotipos de los diferentes medios están apilados en el centro de la mesa. En primera fila, me sorprende ver al concejal Santos, sentado como si tal cosa, con sonrisa de elecciones y ojos de halcón escrutando la sala. A un lado, veo a los dos armarios empotrados que nos encerraron en el *tholos*. Trago saliva y me tiemblan las piernas.

Juande toma mi mano y me la aprieta para infundirme valor. Entran varios periodistas más, y sacan pequeños casetes con el logo de radio Jaén y Onda Cero. Me fijo que el logo de Televisión Española también está en uno de los micrófonos.

—Vamos. —Me da un leve empujón en el hombro y entro a la sala.

Subo el pequeño escalón donde está la mesa y me siento, Juande ocupa la silla junto a mí. Veo que hay una tercera silla y me giro hacia Juande que niega con la cabeza. Al mirar al frente, puedo ver la cara de asombro del concejal Santos, que, con ojos nerviosos, pasea su mirada de nosotros a sus guardaespaldas. Puedo ver la inquietud en las caras de los armarios empotrados, mis nervios están a flor de piel y Juande se da cuenta, así que se inclina en mi oído y me susurra.

—Tranquila, después de hoy no podrá hacernos nada.

Asiento con la cabeza y bebo agua de una de las botellas que hay sobre la mesa, la voz ronca y suave de Juande llena el espacio del salón y se hace el silencio.

—Buenos días, y gracias por acudir a esta rueda de prensa. Soy Juan de Dios Fernández y ella es mi compañera, Ana García. Somos los arqueólogos responsables del yacimiento de Marroquíes Bajos. Lo primero, lamentar el derrumbe anoche del *tholos* que estábamos excavando —mira al concejal—no sé cómo se pudo venir abajo, pues tomamos todas las medidas de prevención posibles. Por suerte, el desplome se produjo cuando no había nadie y no hay que lamentar víctimas. —Pasea su mirada por toda la sala—. Pero este accidente, no impedirá que sigamos excavando para descubrir el inicio de la civilización en Jaén. Este hallazgo, supone un modelo singular de hábitat de la prehistoria de Europa Occidental. Hemos podido analizar de momento el descubrimiento de diez casas, pero hay muchas más en proceso de excavación. Son estructuras de hábitat, defensivas, funerarias, de almacenaje y de otras necesidades, pero lo más destacable es el reaprovechamiento de las estructuras y remodelaciones, lo que explica la compleja estratigrafía. Podemos confirmar la existencia de un anillo que delimita un sistema defensivo con fosos de agua excavados, aunque podría haber más anillos defensivos, dada la cantidad de restos de edificaciones que estamos descubriendo. Todo esto hace del yacimiento de Marroquíes Bajos un enclave fundamental para el estudio de asentamientos en la zona. Con nosotros, se encuentra Ismael González, secretario de Cultura de la Junta de Andalucía. —Señala a un hombre de unos

cuarenta y pico de años, bien trajeado y con una gran sonrisa Profident.

El interpelado se acerca a la mesa y ocupa el asiento vacío junto a nosotros, carraspea y sonríe a los representantes de los medios de comunicación.

—Buenos días. Lo primero, agradecer el gran trabajo realizado por los arqueólogos en este yacimiento, y aunque la iniciativa privada y pública ha estado financiando dicho proyecto, me complace anunciarles que la Junta de Andalucía, va a entrar como responsable subsidiaria del patrimonio cultural de Andalucía y ensalzará los trabajos de la excavación, ubicando en esta parcela, el futuro centro de interpretación de Marroquíes Bajos. No podemos mirar al futuro si no comprendemos de dónde venimos. —Sonríe conciliador y mira a Santos a la cara con suficiencia—. Ahora, si me disculpan debo asistir a otro evento en Córdoba, pero los arqueólogos contestarán todas las preguntas que quieran hacer. El secretario sale de la sala, no sin antes estrechar la mano de Santos quien, a todas luces, está cada vez de peor humor.

—Alberto Chica, de Diario Jaén. ¿A qué se ha debido el derrumbe de la estructura hallada?

—Todavía no hemos hecho un análisis del desplome, pero en cuanto tengamos claras las causas haremos un comunicado.

—Andrea Romera, de Canal Sur. ¿Pudieron sacar fotografías del interior antes del derrumbe?

—Lamentablemente, no nos dio tiempo. La apertura se produjo en la noche y dejamos el trabajo para hacerlo a primera hora de la mañana del lunes, apenas nos dio tiempo a echar un vistazo bajo las linternas.

—Arturo Fernández, del Diario Ideal. ¿Qué contenía el edificio?

—Pues era una estructura funeraria, con un enterramiento y varios *pithoi* acumulados a un lado. Por desgracia, no nos dio tiempo a explorar más el espacio.

—Sonia Morillo, de Onda Cero. ¿Intentarán reconstruir la tumba?

—Posiblemente, aunque he de reconocer que hay tanto trabajo que hacer, que prima más descubrir el perímetro del asentamiento y sus edificios, que reconstruir nada. —Se levanta y me coge de la mano—. Ahora, si nos disculpan, tenemos que dar por terminada esta rueda de prensa.

Entre las quejas de los periodistas, salimos por una puerta lateral. Casi llegamos al vestíbulo del hotel cuando nos alcanza uno de los armarios empotrados de Santos.

—Señores, esperen un momento al concejal, por favor. —Me coge del codo e intento soltarme.

—¿Ahora quiere hablar? —pregunta y me vuelvo furiosa hacia la masa humana.

—Sí, señorita García —dice y me mira ofuscado—, me gustaría tener unas palabras con ustedes. En privado.

—Este es un buen sitio para hablar. —Juande señala un grupo de sillones en torno a una mesita con vistas a la calle.

—Como quieran.

Me suelto con brusquedad del agarre del guardaespaldas y me pego a Juande todo lo que puedo mientras nos acercamos al grupo de sillones y nos sentamos.

—¿Cómo salieron? —Su voz es ahora brutal y furiosa.

—Por la puerta, antes de que echaran abajo el *tholos*. —Juande sonríe con malicia.

—Tuve a mis hombres apostados para evitar eso, precisamente. —Ahora suena muy enfadado.

—Tal vez no vigilaron tan bien como debían —apunto yo con una risita.

—Esto no quedará así —gruñe por lo bajo.

—Deberías dejarlo, Santos —Juande se acerca a él—. La Junta se ha involucrado en el proyecto de excavación. Además, nosotros

de momento no hemos sacado a la luz lo que destruiste en tu camino corrupto hacia el proyecto urbanístico. Y ten por seguro de que, si algo nos sucede, llegará a la policía así como a todos los medios de comunicación, un amplio archivo fotográfico del descubrimiento. Por no hablar de nuestro testimonio ante notario, de lo que ocurrió la tarde del viernes cuando nos encerraste para dejarnos morir bajo los escombros. —Lo observa y sonríe con malicia —. Puedes echar cuentas de las acusaciones a las que te enfrentarás —va levantando un dedo con cada palabra—: tráfico de influencias, corrupción, intento de asesinato, e incluso, destrucción del patrimonio nacional. Estoy seguro de que podremos sacar unos cuantos cargos más en cuanto hablemos con el fiscal.

Se levanta y tira de mí para incorporarme, coge mi mano y se vuelve con chulería hacia Santos que está rojo como la grana.

—Tú decides, puedes empezar de cero y perder con elegancia o puedes actuar y acabar tus días en una celda.

Salimos cogidos de la mano y no me sorprendo cuando giramos hacia el solar del yacimiento, pero no entramos, andamos un poquito más y lo veo abrir su coche. Subo al asiento del copiloto y al relajarme, comienzo a temblar, mi cuerpo parece no responder. Él se da cuenta y me abraza con fuerza mientras me besa en la frente.

—Chist. Ya está, todo ha terminado —dice con dulzura y me besa en la boca—. Santos no es tonto, sabe que lo tenemos pillado.

—¿No volverá a intentar…? —Se me escapa un escalofrío.

—No. Es un hombre listo y sabe cuándo ha perdido.

Volvemos al centro en su coche, lo metemos en el parquin de su casa y andamos los pocos metros que nos separan de la mía. Su brazo sobre mis hombros me consuela y me da fuerza. Hago un repaso mental de lo que me ha ocurrido en las últimas semanas y apenas puedo detenerme en nada que no sea Juande. Todo me lleva a él: la excavación, las risas, el placer. Siento que he encontrado la otra mitad de mi alma y pienso en las palabras del papiro como un preludio de lo que ocurrirá: «Hasta que el tiempo nos alcance». Y realmente lo ha hecho.

El tiempo nos volvió a unir. Siento que solo una vida con él no es suficiente. Al igual que los estratos me dicen la época en que se construyó un edificio, siento que los años han ido dosificando todos los hechos de mi vida hasta convertirme en lo que soy ahora. Puedo recordar mi ambición para ser la digna sucesora del Minos; mi esfuerzo día a día para convertirme en lo que nunca fui, y eso que mi destino estaba escrito. Mi alma paseó por los pliegues de los tiempos hasta que encontró lo que le faltaba: la otra mitad de mi yo. Esa parte que me complementa y que me hizo recorrer las épocas sin importar cuánto debía esperar, pero que al final, como un bumerán, me encontró.

Y esto es solo un atisbo de lo que fue mi vida, de lo que será por el resto de los siglos. Algo tan grande que no entiende de países, culturas ni tiempo. Después de lo que he vivido, pienso en la memoria del ADN. Seguramente, la memoria genética es la que ha hecho que los extraordinarios sucesos que han zarandeado mi vida sucedan, y doy gracias, porque ahora sé que el tiempo me encontró.

EPÍLOGO

Me incorporo y masajeo las lumbares; ya no puedo estar tanto tiempo inclinada, lo sé, me lo han dicho montones de veces. Con cincuenta y dos años, mi cuerpo se resiente del trabajo de campo y, aunque delego el trabajo duro en los estudiantes del aula de voluntariado, a veces no es suficiente con supervisar. Soy así de controladora, necesito corroborar que no pierden ni rompen nada importante. Al levantar la mirada, veo a Juande encabezando una procesión de personas trajeadas, entonces recuerdo que hoy es el último día del segundo campo arqueológico de voluntariado, y vendrán al cierre el alcalde y sus concejales. Evidentemente, no vienen nada más que para hacerse la foto, salir en los medios de comunicación y poco más, porque, por mucho que pidamos más financiación para acelerar los trabajos de la excavación, todo es inútil.

Me estiro todo lo que puedo y pinto mi mejor sonrisa al verlos acercarse a mí, Juande me guiña un ojo, lo que me hace rodar los míos y ponerlos en blanco. Ya lo hemos hablado antes, y aunque no estoy de acuerdo, le seguiré la corriente. Eso sí, no pienso dorarle la píldora a nadie para que haga lo que tiene que hacer.

Noto a dos chicos que se colocan a mi lado, rodeándome. No quiero mirarlos o se me caerá la baba como siempre, pero cuando me cogen cada uno de una mano y me la aprietan, me deshago. ¿Qué madre no lo haría con semejantes muchachos? Son gemelos idénticos, y a sus dieciséis años, ya superan en altura a su padre, del

que han heredado su pelo leonino y sus ojos verdes. Pero lo mejor, es que ambos son unos locos de la arqueología y pasan sus vacaciones trabajando con nosotros en el yacimiento de Marroquíes Bajos.

Llevamos años luchando para el desarrollo del yacimiento contra los intereses urbanísticos, y aunque contamos con el apoyo del Instituto Almenara para el progreso y el Desarrollo de Andalucía, que ha iniciado una campaña internacional llamada: «Salvemos Marroquíes Bajos, la primigenia Jaén», que se puede encontrar en la *web* marroquiesbajos.org, la verdad es que todo se nos pone en contra. Ahora quieren construir «La ciudad de la justicia» y las obras que actualmente se están llevando a cabo en una de las parcelas del llamado «quinto foso», para la construcción del Conservatorio Superior de Música, afectará gravemente a una gran parte del terreno, a pesar de que se diga que va a conservar la zona de la muralla y el foso.

Es un grave atentado patrimonial, ya que la muralla y el foso apenas representan un 30 % de la parcela que está declarada como BIC y de la cual, no se ha excavado ni siquiera al 50 %. Es obvio para cualquier arqueólogo que una zona de tal valor, que conserva una muralla; bastiones con una puerta de entrada e incluso, una fosa común cuyos huesos se han olvidado, sin que se les realice el correspondiente estudio genético que podría aportar datos muy reveladores, puede contener restos importantes en cualquier lugar. Pero esto no significa nada para quien no quiere ver, solo vienen a hacerse la foto de rigor y minimizan las aportaciones.

—Mamá, sonríe y no te tires al cuello del alcalde, recuerda que es una oportunidad de arrancarles un compromiso. —David me da un beso en la mejilla.

—Eso. Y si, además, te pones tan encantadora como tú sabes, los tenemos en el bote. —Darío secunda a su hermano.

—Es fácil decirlo —me quejo.

Me recompongo y suelto la mano de David para estrechar la del alcalde. Estoy a punto de hablar con él, pero se da la vuelta y me

coge de los hombros para acercarme a él. No me da tiempo a quejarme cuando me susurra:

—Sonría, doctora García.

Entonces, miro al frente y veo varios fotógrafos y el ruido continuo de los clics al hacer las fotografías. Luego se marchan hacia el frente y cogen a varios de los alumnos y les toman unas instantáneas riendo y hablando, mientras cogen las herramientas y las estudian como si fuesen última tecnología.

Me vuelvo furiosa para que no vean mi cara de enfado, mis niños me abrazan y besan hasta que se me escapa la risa. Me sueltan y escucho en mi oído, la voz susurrante que me persigue desde hace mucho.

—No ha sido para tanto, ¿verdad, princesa?

Me besa en la frente y se marcha con la comitiva. No sé qué es peor, que me deje o que me haya susurrado. Miro en derredor y compruebo que nadie me presta atención, todos están pendientes de los visitantes. Me muevo hacia la carpa y recojo las cosas para cerrar. Pronto vienen mis niños, que sin preguntar se ponen a guardar herramientas en las cajas. Abro los arcones con los últimos hallazgos catalogados y repaso mentalmente la lista, satisfecha vuelvo a cerrarlos y les engancho los candados. Al volverme hacia mis hijos, los veo sonrientes mirando hacia fuera.

—¿Qué pasa? —Me asomo entre ellos.

—Papá tiene acorralado al alcalde, y ya sabemos lo que le estará diciendo. —Se carcajea Darío.

—Lo tiene en el bote —corrobora David.

—Yo no estoy tan segura, estos políticos son cada vez más escurridizos: hoy dicen una cosa y mañana hacen otra. —Hago una negativa con la cabeza.

—Ya veremos —responden los dos al mismo tiempo.

Volvemos a casa entre risas, después de dejar los cajones para que los traslade la empresa de transporte. Hace tiempo que nos compramos una casa cerca del yacimiento y como siempre volvemos

andando, comparando nuestros hallazgos; nos recorta tiempo. Aunque hoy, por ser el último día, ha sido aún más corto. Entramos y ellos salen disparados para su cuarto, suben los escalones de dos en dos. Yo voy a mi habitación, me ducho y me pongo fresquita.

Estoy preparando una ensalada César cuando mis chicarrones me cogen cada uno de un lado y me besan.

—Mamá, no te molestes por nosotros, hemos quedado en Las Fuentezuelas para comer con los amigos y refrescarnos en la piscina. —David me besa una mejilla.

—Hoy tenéis la casa para vosotros solos. —Darío hace lo mismo y luego me guiña un ojo.

—Genial, podríais haberlo dicho antes —les regaño.

—Ha sido una decisión de última hora, lo siento, mamá. —David parece compungido, pero no me engaña.

—Está bien, largaos, pero no se os olvide el protector solar. ¡Ah!, y tomad. —Saco cincuenta euros del cajón de la entrada—. Compraros un bocata, y ya sabéis… —Les guiño un ojo y salen riéndose a carcajadas.

Me quedo sola terminando de preparar la ensalada y escucho la puerta de la calle cerrarse. Mientras friego los utensilios de cocina que he usado, unas grandes manos me cogen por detrás. El suave susurro de un: «Hola», suena en mis oídos y me doy la vuelta en el dulce abrazo que me sostiene. Juande me da un beso más largo de lo normal y cuando se aparta, mira a ambos lados.

—¿Dónde están los chicos?

—Se han ido a la piscina con los amigos, y la niña se fue ayer de fin de semana a la playa con las amigas. —Me aprieto contra él—. Tenemos unas horas para nosotros.

—Pues habrá que aprovechar. —Me coge, me echa sobre el hombro y sube las escaleras con prisa.

—¡Juande, bájame que te vas a romper la espalda!

—Preocúpate por ti, princesa.

Apenas veo por donde me lleva hasta que me deja caer en la cama, se quita la ropa con rapidez y luego me desviste a mí; con las prisas rompe mis bragas. Me rio a carcajadas. Él me pone en pie y me da una nalgada.

—Seriedad, princesa, si no quieres que te castigue —dice y vuelve a cogerme en brazos para llevarme a la ducha.

—¡Juande, que ya me he duchado! —me quejo.

—Pero yo no. —Me lanza esa sonrisa ladeada de perdonavidas y siento fuego líquido recorriendo mi cuerpo.

Bajamos a la cocina mucho más tarde, cogidos de la mano y sonrientes. Mientras él pone unos mantelitos individuales en la isla, yo saco la ensalada y reparto en dos platos, cojo dos cervezas y me siento frente a él.

—¿Has conseguido algo firme? —Pincho la lechuga y la mastico despacio.

—Puede ser, pero todavía es muy pronto —dice y me guiña un ojo.

—¡Como siempre! —me quejo.

—¿Cómo es que Adara se ha ido a la playa? —gruñe por lo bajo.

—Cariño, es joven y lo ha aprobado todo —lo amonesto con el tenedor—, dale un respiro.

—Se lo doy, pero no puedo dejar de pensar que es mi niña —vuelve a gruñir.

—Ya es una jovencita de diecinueve años y con la cabeza muy bien amueblada, dale espacio. —Me levanto y lo abrazo.

—Es muy difícil lo que me dices —añade, luego vuelve la cabeza y me besa—. ¿Y si encuentra a un chico que le pone el alma al aire?

—Pues habrá que respetar su decisión y aconsejarla, como hacen todos los padres con sus hijos.

—No quiero que se vaya. —Se pone en pie y me abraza.

Adara fue nuestra primera hija, llegó de improviso. Bueno, no tanto, si mantienes relaciones y no pones métodos anticonceptivos es lo más normal que ocurra. Su llegada inesperada nos unió aún más, y al año de nacer, nos casamos por el registro civil. Cuando dos años más tarde llegaron los gemelos, fue otro regalo inesperado, pero nos hizo unirnos más aún. Y lo que es mejor, actualmente, nuestra relación sigue como el primer día. No podemos separarnos y en cuanto nos dejan solos, disfrutamos de una unión que sabemos que va más allá del tiempo.

—¿Has pensado ya lo que haremos con los papiros?

—Sí —respondo y lo miro sonriente—. Los guardaremos en la caja fuerte del banco y se los legaremos a nuestros hijos. Quiero que conozcan toda la historia y que crean en la magia más antigua del mundo.

—¿Y qué magia es esa? —Me coge de la cintura y me acerca a su cuerpo.

—El amor, tonto. —Me río y lo beso con pasión.

Después ya no hay nada más, solo nosotros y una historia que continúa hasta que el tiempo nos alcance.

Fin

Agradecimientos

Son tantas las personas a las que agradecer su apoyo incondicional en la aventura de escribir y publicar este libro, que espero no dejarme a nadie y si lo hago, pido perdón por anticipado pues no ha sido intencionado.

En primer lugar, agradecer a mi esposo Manolo, de quien no solo tuve su apoyo incondicional, también fue de los primeros en leer mi libro y en hacer aportaciones valiosas. También a mi hija Natalia, la primera en leer mi libro y valorarlo como lector beta. Pero no creáis que fue benévola, todo lo contrario, sus aportaciones fueron muy acertadas.

A mis hermanos: Manolo, Loli, Susana, Natalia y Eduardo; ¡qué gran familia tengo!

A mis hermanos por elección: Quini, Agustín, Antonio Manuel; qué suerte tengo al teneros a mi lado.

A mi hijo Antonio Manuel, a su mujer Laura y a mi yerno Jose; que siempre tienen algo que aportar.

Por supuesto, a mi padre Manuel Cruz y a mi madre Dolores Romero, pues gracias a ellos soy quien soy.

A mi amiga Mar Horno, cuyo valioso aporte también contribuyó a este libro.

A Cova González-Pola de la escuela Tinta Púrpura, por enseñarme tantos recursos de escritura; sus clases fueron decisivas para dar forma a este libro.

A Roger Domingo, mi mentor de MAPEA 7, gracias por enseñarme tanto sobre el mundo editorial.

Nota de la autora

En 1995 se descubrieron en Jaén los restos de una ciudad del calcolítico en Marroquíes Bajos. El crecimiento urbanístico de la ciudad ha sido un gran obstáculo en cuanto a la conservación del asentamiento, si bien, las distintas campañas de excavación arqueológica que se han sucedido de forma intensiva desde el hallazgo han permitido recuperar toda la información concerniente a estructuras y restos materiales, permitiendo así avanzar en el conocimiento global del asentamiento antes de su definitivo desmantelamiento. Se ha salvaguardado, asimismo, una parcela de 6.000 metros cuadrados, situada en el área donde, según los indicios, se hallaría el centro del asentamiento en su fase calcolítica, y que aún permanece por excavar en su mayor parte. Si bien, las excavaciones que se han realizado en los años 2002 y 2003 han permitido confirmar esta idea, esta parcela está destinada a albergar el futuro Centro de Interpretación de Marroquíes Bajos.

El espacio habitado se organizaba en una serie de anillos concéntricos delimitados por un sistema defensivo de fosos de agua excavados en la base geológica (con sección en U o V), flanqueados en su lado interior con empalizadas de madera y muros de adobe o piedra. El sistema de fosos permitía recoger el agua procedente de los manantiales del Cerro de Santa Catalina. Se han llegado a contabilizar hasta cuatro anillos seguros y otros dos probables.

Pero todavía queda mucho por descubrir, si es que la expansión de la ciudad permite que se estudie en profundidad este gran hallazgo arqueológico.

La civilización minoica fue una de las más avanzadas del momento. En el palacio de Cnosos se han descubierto, por ejemplo, tuberías para el desagüe de baños. Dominaban el mar y comerciaban con todos los países de su entorno: Egipto, Canaán… El avance de los denominados pueblos del mar, así como los dorios y aqueos…, les hicieron reducir sus áreas de influencia hasta que,

hacia el 1400, se produjo una gran catástrofe. La expulsión de la caldera de Santorini produjo la erupción por la chimenea central, por fisura regional, también submarina, explosiva y de flujos piroclásticos. También amplios daños materiales, flujos de lodo, un tsunami y el colapso de la caldera.

Este desastre natural llegó hasta Creta y propició el declive de la civilización minoica que fue absorbida, colonizada o invadida por la civilización micénica, quienes fueron llamados Aqueos.

La primera civilización europea que llegó a ser una potencia naval fue la minoica. De ellos habla Homero, y en estos poemas se basó Sir Arthur Evans; descubridor del palacio de Cnosos que, ayudado por Heinrich Schiliemann; arqueólogo aficionado descubridor del mundo homérico, fueron quienes descubrieron la civilización minoica, precursora del mundo griego. Aunque hay que tener en cuenta que la evolución en arqueología ha definido el palacio de Cnosos como un centro directivo y administrativo, fue la visión victoriana de Sir Arthur Evans en la reconstrucción del palacio la que lo convirtió en una residencia, asignando incluso habitaciones como, por ejemplo, el megarón de la reina, dándole un uso particular para una supuesta familia real; lo cual queda muy lejos de la realidad descubierta y analizada con posterioridad.

Debo aclarar que he modificado las fechas para hacer coincidir al personaje histórico de Akenatón en esta historia. Este faraón soñador, asceta, genio iconoclasta e intelectual, fue el primer hombre del que se tiene noticia que dio el salto del politeísmo a la creencia en un solo dios, que identificó como Atón. Aunque realmente fue su abuelo Tutmosis IV quien se relaciona con los minoicos.

Akenatón, posiblemente, padecía hidrocefalia, síndrome de Marfan (significa rostro y ojos alargados, aparte de dedos de manos y pies muy largos y finos), además de desajustes cardíacos y lipodistrofia muscular (que es la acumulación de grasa de cintura para abajo, dando aspecto de caderas femeninas).

Amenofis III, coronado en la infancia, posiblemente entre los seis o doce años, tuvo un largo reinado. Se apoyó en dos consejeros: el visir del Alto Egipto, Ramose y el arquitecto Amenhotep, hijo de Hapu. Con la poderosa influencia de la primera gran esposa real Tiy, su problema interno lo creaban los sacerdotes de Amón, que debido a las donaciones de Thutmose III se habían vuelto tan poderosos que amenazaban al propio faraón. Tutmosis IV había intentado frenar al clero potenciando el culto al disco solar, Atón, que figura en su tumba. Amenhotep III continuó con esta huida diplomática, se alejó de Tebas construyendo un palacio en Malkata, en la ribera occidental y otro en El Fayum. Muertos sus consejeros y al subir como corregente su hijo, este empezó la verdadera guerra política contra los amonianos, apoyado por la reina Tiy.

Thutmose, el hijo varón mayor del rey no era hijo de Tiy, pues de haber sido así, no habría tomado el nombre de Thutmose. Aun así, no se sabe con exactitud que hubiese nacido de la primera princesa mitania.

De la infinidad de mujeres que tuvo el faraón, solo tres ascendieron al rango de esposa real: su posible prima Tiy, una mujer con gran energía y una auténtica gobernante en la sombra; la princesa real Giluhepa de Mitani, que fue el símbolo de la alianza entre ambos países; y la primogénita de Amenhotep III y Tiy, la dama Sitamón, con la que cometió incesto en los últimos años de reinado. Este caso es puntual, pero no es el único en la historia de Egipto. El viejo faraón se casaría con otras dos hijas suyas, a las que no ascendió al rango de gran esposa real.

Amenhotep, hijo de Hapu, fue un escriba de alto rango que se convirtió en una de las personalidades más poderosas e influyentes del Antiguo Egipto en el S. XIV a. C. como chaty de Amenhotep III.

Una de las obras por las que Amenhotep ha pasado a la historia, ha sido por la edificación del templo funerario de Amenhotep III; la necrópolis tebana. Fue la mayor construcción de aquel lugar, pero desgraciadamente, ya no queda de él más que los Colosos de Memnón y en pésimo estado de conservación. Por

aquella bella edificación, fue recompensando con un honor insólito y nunca repetido en toda la historia egipcia: la construcción de un templo funerario dedicado al propio Amenhotep, hijo de Hapu. Este templo, aunque mucho más pequeño que el de la mayoría de los faraones, sería un regalo digno de reyes que le aseguraría la inmortalidad por miles de años.

Otras grandes edificaciones dirigidas por este eficaz ministro fueron los templos de Luxor y Soleb, así como nuevos pilonos en Karnak y los templos de Mut y de Jonsu en aquel lugar.

También fue el responsable del palacio de Malkata, regalo de Amenhotep III a su Gran Esposa Real, la reina Tiy.

Amenhotep murió en el año 31 de Amenhotep III, cuando contaba con unos ochenta y un años; quizás alguno más. Su última misión importante, fue encargarse del primer jubileo del faraón, en el que se casaría con su hija mayor; la princesa Sitamón (también una posible devota de Amón). Por aquel tiempo los partidarios de Atón comenzaban a ser más numerosos y ya se anunciaba la tremenda crisis que viviría el panteón egipcio en los años siguientes con Akenatón, el hijo de Amenhotep III y Tiy.

Sería lógico pensar que Amenhotep; hijo de Hapu, murió a consecuencias de la edad, pero un mito de épocas posteriores recogido por autores latinos, así como las turbulencias que comenzaban a surgir en la próspera y poderosa alta sociedad egipcia, parecen indicar que fue asesinado, o incluso obligado a suicidarse. De ser así, ¿quién podría ser el responsable? Los más serios candidatos serían el futuro Akenatón, su madre Tiy o cualquiera de sus seguidores.

Sea como fuere, al sabio se le lloró durante mucho tiempo después de ser enterrado en su tumba, próxima al templo funerario dedicado a su memoria, y su fallecimiento marcó un antes y un después en el imperio nuevo egipcio. La brillantez y el esplendor de los reinados de Thutmose I a Amenhotep III, acababan en ese punto y se abría la llamada Crisis de Amarna, que daría al traste con esta dinastía.

Narrar la historia de la Historia es muy difícil, sobre todo cuando no hay constancia escrita de lo acontecido, solo podemos imaginar sus usos y costumbres a través de los restos que se han conservado hasta llegar a nosotros. Es mucho lo que hemos aprendido de los periodos de la prehistoria, pero todavía falta mucho por saber; precisamente por la falta de una tradición escrita. Incluso el lenguaje debemos imaginarlo, es por ello que he tratado de no utilizar conceptos modernos de lenguaje escrito. Pero es muy difícil abstraerse de palabras tan sencillas como hora, día, sol y tantas otras que tenemos tan asimiladas que no sabemos expresarnos sin ellas, o al menos nos resulta muy difícil por las vueltas que debemos dar con el lenguaje.

Mención aparte merecen las frutas y verduras, algo tan simple, pero que, si tenemos en cuenta que muchas de ellas llegaron hasta nosotros gracias a los viajes de los grandes descubridores, se convierte en un imposible. Por ejemplo, la manzana es una fruta procedente de Asia. Aunque después se han creado diferentes variedades según la zona de cultivo, su consumo es muy posterior a la cronología de esta historia.

Le he dado al personaje Emanu, antepasado del caudillo que guía la caravana, la creatividad que debieron tener los primeros hombres para los grandes descubrimientos que nos sacaron de la oscuridad, y no solo porque descubrieron el fuego. Cosas tan simples como una rueda, o un ahumadero para conservar la carne y el pescado; un simple caldero donde guisar o la capacidad para controlar y domesticar animales para usarlos en su propio beneficio. Hasta la aparición de la agricultura fue un hito, que transformó los pueblos nómadas en poblados con una sociedad jerarquizada y una economía simple, pero que sirvió de base para lo que es hoy en día nuestra sociedad.

La sociedad que describo en la cueva es una dramatización basada en los hallazgos de homínidos en Atapuerca, incluso me he permitido la licencia de especular con la muerte del individuo del cráneo 17, que se encontró en la Sima de los huesos con dos golpes

punzantes causados perimorten. De este yacimiento he extrapolado a los personajes que crearon los Marroquíes Bajos.

Realmente, la historia se podría haber ambientado en cualquier sitio. De hecho, en un principio pretendía que la acción transcurriera en el asentamiento de Jaén, pero dada la fase de estudio en la que se encuentra el yacimiento, preferí convertir a mis personajes en los fundadores del mayor asentamiento como modelo de hábitat singular de Europa Occidental.

No sé si la vida en el calcolítico o edad de bronce fue como he descrito, pero me gustaría pensar que la creatividad es el punto de inflexión que ha marcado la evolución del hombre. Y todo lo demás, las luchas de poder, la supremacía como herramienta para dominar a los débiles, la avaricia por poseer más que el vecino, incluso la dominación mediante la violencia. Esas son características extrínsecas al hombre. Es por eso por lo que he querido darle a este asentamiento un inicio democrático cuando ese concepto ni siquiera era posible como idea.

Me quedo con la capacidad de amar del hombre que antepone la vida a cualquier otro beneficio, y hace de la moralidad una virtud intrínseca al individuo. Lo demás quisiera creer que entra en el estado de lo anecdótico y como tal hay que tener en cuenta, pero solo para saber lo que NO queremos ser.

Glosario

1.- *Tholos* o tolos: En la arquitectura de la antigua Grecia, una construcción de forma circular.

2.- *Pithoi:* Plural. Es una vasija grande habitualmente de forma ovoide y panzuda. Se utilizaban para conservar virtualmente cualquier cosa, pero, sobre todo, cereales y aceite.

3.- *Tumba en cista*: es un monumento megalítico funerario individual, de pequeñas dimensiones. Básicamente está formada por cuatro piedras planas o lajas, colocadas verticalmente formando un rectángulo. Sobre ellas solía colocarse otra piedra horizontal a modo de tapa. En el interior se depositaban los difuntos, generalmente en posición fetal.

4.- *Nut o Nuit*: «La Grande que alumbró a los dioses» es la diosa personificación del cielo según la mitología egipcia.

5.- *Mastaba*: Tumba egipcia en forma de pirámide truncada, de base rectangular, que comunica con un hipogeo funerario.

6.- El bajo relieve policromados (también bajo relieve): es una técnica escultórica para confeccionar imágenes o inscripciones en los muros, que se consigue remarcando los bordes del dibujo, rebajando el muro y tallando las figuras que sobresalen ligeramente del fondo, con lo que se obtiene un efecto tridimensional.

7.- La civilización micénica se desarrolló en el período prehelénico del Heládico reciente, es decir, al final de la Edad de Bronce, entre 1600-1200 a. C. Representa la primera civilización avanzada de la Grecia continental con sus estados palaciales, organización urbana, obras de arte y sistema de escritura.

8.- El tesoro de *Atreo*: tumba de Atreo o tumba de Agamenón, es un Tholos de Grecia, una gran tumba localizada en la colina de Panagitsa, a las afueras de Micenas, y construida durante la Edad de Bronce.

9.- La civilización minoica: es la primera cultura de la Edad de Cobre y de Bronce aparecida en la isla de Creta. A veces se usan

como sinónimos de minoica los términos «cretense» o «minoana». Forma parte de las civilizaciones egeas, un término que engloba a un grupo de civilizaciones prehelénicas que se desarrollaron en la protohistoria en el espacio en torno al mar Egeo.

10.- *El Libro de los muertos*: es el nombre moderno de un texto funerario del Antiguo Egipto que se utilizó desde el comienzo del Imperio nuevo (hacia el 1540 a. C.) hasta el 60 a. C tras la caída de Egipto.

11.- *El papiro de Ani:* es la versión más conocida del libro de los muertos. Se calcula que fue escrito durante la dinastía XIX hacia el año1300 a.C. y, entre todos los textos del libro que se han encontrado, es el que tiene el mayor número de capítulos. Todos decorados con dibujos que explican cada paso del *Juicio de Osiris*.

12.- *Osiris*: es un dios y rey mítico del Antiguo Egipto. Según la mitología egipcia, fue el inventor de la agricultura y la religión y su reinado fue beneficioso y civilizador. Murió ahogado en el Nilo, asesinado en una conspiración organizada por Seth; su hermano menor. A pesar del desmembramiento de su cuerpo, fue devuelto a la vida por el poder mágico de sus hermanas, Isis y Neftis. El martirio de Osiris le valió para conquistar el mundo del más allá, donde se convirtió en juez soberano y supremo de las leyes del Maat.

13.- *Aqueo*: En el período histórico los aqueos fueron los habitantes de Acaya, una región en la zona septentrional del Peloponeso. Las ciudades-estado de esta región formaron una confederación conocida como liga Aquea, que fue muy influyente durante los siglos III y II a. C.

14.- *Maat o Ma'at*: símbolo de la verdad, la justicia y la armonía cósmica; también era representada como diosa, la hija de Ra en la mitología egipcia

15.- *Ammyt:* se situaba bajo la balanza en el *Juicio de Osiris,* celebrado en el inframundo. Dyehuti comparaba el peso del corazón del difunto Ib, símbolo de los actos pasados terrenales, la conciencia

y moralidad, contra la pluma que representaba la Maat, la verdad, justicia y armonía universal.

16.- *Horus:* (el elevado, el distante), era el dios celeste en la mitología egipcia. Se le consideraba como el iniciador de la civilización egipcia. Era el dios de la realeza en el cielo, de la guerra y de la caza.

17.- El *lineal A*: es una escritura de la civilización minoica de Creta. Se empleó del siglo XIX al XV a. C. para escribir el idioma minoico. La escritura solo ha podido ser descifrada en una pequeña parte.

18.- *Chiton:* es una prenda de vestir semejante a una túnica llevada tanto por los hombres como por las mujeres.

19.- *Festos:* fue uno de los principales centros de la civilización minoica, y la más rica y poderosa ciudad del sur de Creta.

20.- *Malia:* pueblo y palacio de la civilización minoica.

21.- *Shenti o schenti:* era una prenda de vestir masculina en forma de falda corta que fue utilizada por los antiguos egipcios.

22.- *Usej:* significa ancho en egipcio. El collar *usej* lo utilizaba la nobleza en el Antiguo Egipto como talismán relacionado con Hathor (era una de las principales diosas de la religión del Antiguo Egipto que desempeñaba una gran variedad de papeles. Como deidad del cielo, Hathor era la madre simbólica de sus representantes terrenales; los faraones). Estaba compuesto por dos cierres planos y semicirculares que formaban una media luna de gran tamaño.

23.- *Canaán:* es la denominación de una antigua región y civilización de Asia Occidental situada entre el mar Mediterráneo y el río Jordán y que abarcaba parte de la franja sirio-fenicia, conocida también como el creciente fértil.

24.- *Ptah*: «Señor de la magia» era un dios creador en la mitología egipcia.

25.- *Propileos*: entrada monumental con columnas a un edificio o recinto cerrado.

26.- *Megarón*: local generalmente de dimensiones relevantes, en el cual los soberanos recibían a sus huéspedes. En ese lugar llevaban a cabo los banquetes rituales.

27.- *Taurocatapsia*: el saltador pasa por encima del toro desde una posición inversa, bien sea bajando desde arriba o brincando desde abajo, con o sin la ayuda de otro humano o de un mecanismo como una pértiga. El motivo por el que se hacía era, asimismo, teórico.

28.- *Mampostería*: sistema tradicional de construcción que consiste en erigir muros y paramentos mediante la colocación manual de los elementos o los materiales que los componen (denominados mampuestos), que pueden caracterizarse por estar sin labrar (o con una labra muy tosca).

29.- *Lucerna*: Abertura en el techo o en la parte alta de una habitación que comunica con el exterior y proporciona luz y ventilación.

30.- *Kebenit*: barcos construidos en los astilleros egipcios con madera importada, y siguiendo el modelo fenicio, tenían un largo casco curvado con espolón en la proa y una popa elevada, con dos casetas a cada extremo. Una soga pasaba por cuatro apoyos y unía los extremos, y en el centro se instalaba un mástil que portaba una vela rectangular. En popa había dos timones, uno a cada costado. Cuando el viento amainaba, la tripulación tomaba los remos.

31.- *Dársena:* parte resguardada artificialmente de las corrientes, en un puerto o en aguas navegables, para que las embarcaciones puedan fondear o cargar y descargar con comodidad.

32.- *Campaniforme:* tiene forma de campana invertida. De manera simbólica, esta tipología representaba el penacho de espigas del papiro en flor abierta.

33.- *Papiroforme*: capiteles del Antiguo Egipto que tienen forma de papiro. El papiro era una planta muy común en el río Nilo, de donde se extraía la materia prima con que elaborar pliegos para escribir.

34.- *Sala hipóstila:* es la denominación historiográfica de los recintos arquitectónicos cubiertos sostenidos por columnatas que a veces llegan a ser verdaderos bosques de columnas. Habitualmente, son adintelados de techumbre plana.

35.- *Naos*: es la cámara interior de un templo en la arquitectura clásica

36.- *Spkent*: nombre helenizado de la corona doble, *sejemty*, portada por los faraones desde los albores de la época dinástica. Significaba que poseían el poder en las Dos Tierras (Egipto).

37.- *Segmet:* diosa de la mitología egipcia, símbolo de la fuerza y el poder. Era considerada la diosa de la guerra y de la venganza, pero también la diosa de la curación. Se decía que su aliento creó el desierto. Era la protectora de los faraones y los guiaba en la guerra. También el *alter ego* de la diosa Hathor.

38.- *Hathor*: es una de las principales diosas de la religión del Antiguo Egipto que desempeñaba una gran variedad de papeles. Como deidad del cielo, era la madre o consorte del dios celeste Horus y del dios solar Ra, ambos relacionados con la realeza, por lo que Hathor era la madre simbólica de sus representantes terrenales: los faraones.

39.- *Atón*: (cuyo nombre significa todo o completo en egipcio) se cree que era una deidad solar del Antiguo Egipto que representaba al disco solar en el firmamento. Se consideraba, en la mitología egipcia, el espíritu que alentaba la vida en la Tierra.

40.- *Heb Sed,* Fiesta Sed o Fiesta de renovación real: fue posiblemente la más importante celebración de los soberanos del Antiguo Egipto. El propósito de esta festividad parece haber sido la renovación de la fuerza física y la energía sobrenatural del faraón.

41.- *Mitani:* fue el nombre de un antiguo reino ubicado en el norte de la actual Siria, también conocido como Naharina

42.- *El cuneiforme*: es uno de los sistemas de escritura más longevos en la historia de la humanidad, con una tradición de más de tres milenios.

43.- *Plañidera*: mujer a la que se paga una cantidad de dinero para que asista a un entierro y llore en él.

44.- *La botavara:* es el palo redondo de una pieza y de proporcionadas dimensiones que, enganchado en el palo mayor, según sea la embarcación y extendiéndose hasta fuera del coronamiento de popa, sirve para cazar en él la vela.

45.- *Pilono:* construcción maciza de forma piramidal que franquea la entrada de los templos del antiguo Egipto.

46.- *El escarabeo:* fue un amuleto de vida y poder, con forma de escarabajo pelotero que representaba al sol naciente, y era símbolo de la resurrección en la mitología egipcia. En vida proporcionaba protección contra el mal, visible o invisible, dando diariamente fuerza y poder. En la muerte, quien lo portaba adquiría la posibilidad de resucitar y poder alcanzar la vida eterna.

47.- *Sidón:* es la tercera mayor ciudad del Líbano y se encuentra en la costa del mar Mediterráneo a unos cuarenta kilómetros al norte de Tiro y cincuenta al sur de la capital; Beirut.

48.- *Malaka*: fue un asentamiento fenicio situado en la costa sur de la península Ibérica, en el lugar donde actualmente se encuentra la ciudad de Málaga.

Bibliografía musical

- *Can't get you out of my Heart* de Kylie Minogue
- *Suerte* de Shakira
- *Volverte a ver* de Juanes
- *El alma al aire* de Alejandro Sanz
- *Lady Marmalade* de Pink

Bibliografía

- Fernández Uriel, Pilar (2002). *Historia Antigua Universal II. El mundo griego hasta la segunda mitad del siglo IV a.C.*. Madrid: UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia*)*. pp. 37-87. ISBN: 978-84-362-4751.

- *La epopeya humana*, editorial Luís Miracle, S.A. Aribau 179- Barcelona – España Depósito legal B. 22.414-68

- Storch de Gracia, Jacobo (1999). «Historia del Arte 5: arte griego (I). *Madrid: Historia 16*. ISBN: 978-84-7679-403-7.

- García Iglesias, Luís: *Los orígenes del pueblo griego*. España: Síntesis, 2000, ISBN: 84-7738-520-3.

- Fletcher, Joan (2001). *El Rey Sol de Egipto: Amenhotep III*. Folio. ISBN: 84- 413.21413-2141-8

- Dodson, Aidan y Hilton, Dyan (2005). *Las familias reales del Antiguo Egipto*. Oberon, Madrid. ISBN: 84-96052-51-6

- Naguilian Mahfuz; (2006) *Akenatón*. El País. ISBN: 84-9815-231-3.

-Empece, B.J. (2008). *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*. Barcelona: Crítica.

-Martín, Francisco J. (1998). *Amenhotep III. El esplendor de Egipto*. Madrid: Alderabán.

- Guía ilustrada de Luxor. Kent R. Weeks. White Star, 2006.

- *Los templos del antiguo Egipto.* Richard H. Wilkinson. Destino, Barcelona, 2002.

- Zafra de la Torre, Narciso (2006). *De los campamentos nómadas a las aldeas campesinas. La provincia de Jaén en la Prehistoria*. Jaén: Universidad de Jaén. ISBN 84-8439-336-4.

- Hora Jaén.com 26 de mayo de 2021 Campaña: «Salvemos Marroquíes Bajos, la primigenia Jaén».

BOOKS BY THIS AUTHOR

Oscuridad

El hallazgo de un cadáver en pleno centro de Madrid parece un robo, pues en el cuerpo no se encuentran ni cartera ni documentación que dé luz a la identidad del fallecido.
Jonathan Task es el CEO de una empresa cuyos principales activos radican en la investigación tecnológica. El último de ellos es la creación de un chip para cargar con energía solar, desde la batería de un móvil a la de un coche. Un gran descubrimiento que pondrá en jaque a los oligopolios energéticos que aunarán esfuerzos para impedir el desarrollo de este proyecto.
La oscuridad lo envuelve todo y pondrá a cada uno en su lugar. Asesinatos, luchas de poder, engaño, todo vale con tal de controlar lo que les rodea, unos su pequeño mundo del delito, otros su gran mundo de energía y, en medio, la fragilidad del ser humano ante los poderosos con ansias sin límite por mantener el poder.

La Chica Del Serbal

María Estuardo lucha por recuperar el control de Escocia, pero su propio hermano, los lores de la congregación y el implacable predicador, Jhon Knox, la relegan a un papel secundario como mujer. Sabe que su única esperanza está en Francia, con su poderosa familia de Guisa. Sin embargo, antes de pedir ayuda, debe poner a salvo a su hijo.
Cuando su plan de fuga fracasa y el heredero desaparece, la

lealtad, y el destino se entrelazan en la figura de Shannon, su dama leal, que arriesgará todo para proteger al heredero, sin imaginar que su destino cambiará la historia.
Siglos después, el declive de la dinastía Windsor desentierra un secreto: la línea Estuardo puede recuperar sus derechos sucesorios. Mientras la leyenda de los cuervos de la Torre de Londres cobra vida, una antogua Logia se moviliza para impedir que el linaje perdido reclame la corona.
Una novela de ficción histórica llena de intrigas, conspiraciones y un legado que podría cambiar el destino de Inglaterra.
